

JUAN TAMAÑO Y RUBIO

ELEMENTOS DE HISTORIA
GENERAL DE LA LITE-
RATURA e e e e e e e



GRANADA. EDITORIAL URANIA

R. 18607

ELEMENTOS
DE
HISTORIA GENERAL
DE LA LITERATURA

POR

JUAN TAMAYO Y RUBIO

LICENCIADO EN FILOSOFÍA Y LETRAS
EXAUXILIAR DE LA FACULTAD EN LA UNIVERSIDAD DE GRANADA
Y CATEDRÁTICO DE LA ASIGNATURA, POR OPOSICIÓN,
EN EL INSTITUTO DE JAÉN

GRANADA
EDITORIAL URANIA
Mantel Pasq. 2
1922

Juan Tamayo y Rubio

Rubio y Rubio

2 400 40

Salta



R. 18607

ELEMENTOS
DE
HISTORIA GENERAL
DE LA LITERATURA

POR

JUAN TAMAYO Y RUBIO

LICENCIADO EN FILOSOFÍA Y LETRAS

EXAUXILIAR DE LA FACULTAD EN LA UNIVERSIDAD DE GRANADA

Y CATEDRÁTICO DE LA ASIGNATURA, POR OPOSICIÓN,

EN EL INSTITUTO DE JAÉN

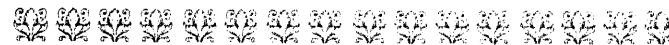
Juan Tamayo y Rubio

GRANADA
EDITORIAL URANIA

Manuel Pasp. 2

1922

Rubio



ELEMENTOS

DE

HISTORIA GENERAL DE LA LITERATURA

PRELIMINARES

Definición.—El concepto previo que hemos de formar de nuestro estudio, está claramente determinado en el vigente plan de enseñanza que llama a esta asignatura «Elementos de Historia general de la Literatura» y como los términos que la integran han sido ya objeto parcial de conocimiento, enlazándolos y relacionándolos, podremos anticipar una definición, siempre con carácter provisional y transitorio, que luego será confirmada y desarrollada en el transcurso de nuestra ciencia, y por lo tanto podremos decir que *Historia general de la Literatura es el conocimiento de los hechos artísticos de la humanidad manifestados por medio del lenguaje hablado o escrito.*

Límites de la asignatura.—De esta definición se deduce que la Historia Literaria tiene que concretar su estudio al de aquellas obras que merecen el nombre de artísticas porque en más o menos grado, ya de un

ES PROPIEDAD

*Se ha hecho el depósito que
la ley determina.*

lle. Respecto al orden en que, dentro de cada periodo, han sido colocadas las distintas literaturas, se ha tenido cuidado de poner en primer lugar de un modo constante las de aquellos pueblos que fueron iniciadores en las diferentes épocas del movimiento cultural; así, Italia en el Renacimiento, Francia en la época pseudo-clásica; Alemania, en el periodo romántico.

Ciencias auxiliares de la Historia literaria.—Aunque nuestra asignatura tenga un objeto particular de estudio que la convierte en ciencia independiente, no ha vivido ni puede vivir separada de las demás, sino que por el contrario, de éstas se nutre, con ellas se relaciona y en el organismo general científico penetran sus raíces para alimentarse de su savia.

Como ciencia histórica pide su ayuda a la *Historia universal*, a la de *España*, a la *Arqueología*, ciencia de los monumentos de la antigüedad y dentro de ésta muy especialmente a la *Epigrafía* que interpreta las inscripciones, a la *Paleografía* o arte de leer la escritura y signos de los libros y documentos antiguos y a la *Bibliografía*, ciencia crítica de los libros impresos.

Desde el punto de vista artístico, nuestra asignatura tiene íntima relación con la *Preceptiva literaria* y, principalmente, con la *Estética* o ciencia de la belleza; y con la *Crítica*, que aprecia y juzga los méritos y defectos de las obras artísticas; y atendiendo a la forma externa, se relaciona con la *Lingüística*, ciencia del lenguaje humano en general, que estudia comparativa y filosóficamente, y con la *Filología*, ciencia histórica que lo estudia en sus diversas manifestaciones externas.

Clasificación de las lenguas.—Observando los caracteres externos de las palabras, la forma es el fundamento más firme de clasificación de las lenguas, que, por esto, se dividen en *monosilábicas*, *aglutinantes* y *flexivas*.

Las lenguas monosilábicas, forma elemental de los idiomas, constan únicamente de *raíces*, elemento simple que se confunde con la palabra y es producto de una sola articulación. No hay en estas lenguas formas gramaticales y su oficio en la Sintaxis se determina por el uso, el ritmo, la entonación, el lugar, etc.

Lenguas aglutinantes son las formadas por palabras que tienen un elemento invariable—raíz—cuya significación se modifica por la adición de otros elementos variables—*afijos*—que según el lugar que ocupan se llaman *prefijos*, *infijos* o *sufijos*. Lenguas las más numerosas y variadas, su extensión geográfica es muy grande.

Las lenguas flexivas constan de raíz y afijos unidos indisolublemente y con variación y modificación cada uno de dichos elementos, que de ese modo se pliegan con fecundidad inextinguida a la expresión de la vida espiritual.

Clasificación morfológica de las lenguas

Lenguas monosilábicas:

Chino, annamita, siamés, birmano, tibetano, etc.

Lenguas aglutinantes:

Africanas.—Hotentotes, bosquimanos, bantús, etc.

Americanas.—Atapasco, algonkín, iroqués, azteca, maya, etc.

Caucásicas.—Circasiano, georgiano, etc.

India central y meridional.

Australianas.

Malayo-polinésicas.—Tagalo, javanés, etc.

Japonesa.

Hiperbóreas.

Uralo-altaicas.—Samoyedo, turco, mongol, finnés (húngaro, báltico, lapón, estonio, etc.)

Vasco.—Vizcaíno, souletín, bajo navarro oriental, bajo navarro occidental, alto navarro septentrional, alto navarro meridional, labourdín.

Lenguas flexivas:

a) *Semíticas.*

Arameo asirio.—Asirio, caldeo, siriaco.

Cananeo.—Hebreo, fenicio.

Árabe.—Árabe, abisinio.

b) *Camíticas.*

Egipcio.

Libio o berberisco. ⁽¹⁾

Etiópico.

c) *Arias o indo europeas.* ⁽²⁾

Indas.—Védico, sánscrito (lengua clásica), prácrito (lengua vulgar), pali, hindí, etc.

Iranias.—Zendo, persa, armenio.

Helénicas.—Griego antiguo (eolio, dorio, jonio, ático), griego moderno.

Célticas.—Gaélico (irlandés, escocés, manés), kimrico (galés, córnico, bretón o armoricano, galo).

Germanas.—Gótico, escandinavo (irlandés, noruego, sueco, danés), alto alemán, bajo alemán (sajón [antiguo sajón (holandés, flamenco) y anglo-sajón (inglés)], frisón).

Eslavas.—Ruso, polaco, tcheque o bohemio, servio, búlgaro.

Léticas.—Lituano, lete.

Itálicas.—(Antiguas) latín, osco, umbrio; (neolatinas, llamadas también románicas o romances), rumano, dalmático, rético, italiano, sardo, provenzal, francés, español, gallego-portugués.

(1) Impropiamente se dice por otros berebere.

(2) Impropiamente las llaman otros jaféticas.

Método.—Diversos son los métodos o caminos que podemos seguir en la exposición de nuestro trabajo. Los principales son los siguientes: 1.º *alfabético*, que estudia los autores por el orden de la inicial de sus nombres o apellidos; 2.º *cronológico*, que consiste en la exposición y estudio de las obras según la fecha de aparición en el tiempo; 3.º *estético*, que las agrupa atendiendo al grado de belleza que realicen, clasificándolas por géneros literarios; en todos ellos hay dificultades, bien porque no se aprecia el desarrollo de las ideas al través del tiempo o porque se estudian fragmentariamente aquellos autores de complejas manifestaciones artísticas. Por lo cual, y para evitar dichos inconvenientes, la mayor parte de los tratadistas emplean el método *mixto*, que recoge y reúne las ventajas del cronológico y del estético.

División de la asignatura.—Siendo la historia literaria uno de los aspectos en que se manifiesta la vida de los pueblos, y perteneciendo por eso a la Historia en general, su estudio lo dividiremos en Historia de la literatura antigua, media, moderna y contemporánea, subdividiendo la primera en tres épocas que llamamos: Oriente, Grecia y Roma. Y dentro del estudio particular de nuestra patria dedicaremos atención preferente a los autores cuya fama ha traspasado las fronteras y a aquellos otros que deben ser conocidos de toda persona culta.

Procedimiento.—Nuestra asignatura es una ciencia histórica, que tiene por base la observación directa de los hechos literarios; tiene su laboratorio, la biblioteca, y sus aparatos, los libros; y por eso podemos decir que el *texto* deben ser los *textos*: una lectura constante y variada, con la limitación impuesta por la edad de los estudiantes, pero que solicite el desarrollo de su propio pensamiento y, sobre todo, le

estímule las investigaciones futuras, es más útil que el penoso trabajo de memoria, dirigido a aprender nombres y fechas que nada dicen a la inteligencia y que no despiertan idea ninguna. Por esta razón se ha procurado recoger en forma de notas aquellos datos biográficos o indicaciones de obras literarias que, necesarios para un conocimiento más completo de los autores, no son indispensables para la apreciación de su labor artística.

CAPÍTULO I

LITERATURAS ORIENTALES

Su extensión.—Pueblos muy diversos se comprenden en estas literaturas; unos, como el *egipcio* y el *chino*, hablan lenguas monosilábicas; otros, como el *caldeo*, semítica; y otros, como el *persa* e *indo*, lenguas arias; y aunque no dejan de tener variedad literaria, principalmente el *chino* y el *persa*, como prueban los estudios hechos modernamente sobre estas literaturas, por el aislamiento en que han vivido no han ejercido influencia y no merecen atención especial.

El pueblo egipcio y la escritura.—Igual puede decirse del *egipcio*, aunque en otro aspecto merece la estimación y agradecimiento del mundo por haber sido el inventor de la escritura, lenguaje universal que ha perpetuado y transmitido las obras del pensamiento humano.

Los jeroglíficos egipcios representaron primeramente los objetos mismos—escritura mímica o figurativa—; más tarde expresaron ideas—escritura simbólica—; y, por último, con signos convencionales representaron sonidos—escritura fonética.

De los egipcios tomaron los fenicios su alfabeto, y en alas del comercio y de la navegación fué conocido por los demás pueblos con quienes se pusieron en contacto. ⁽¹⁾

EL PUEBLO INDIO

Caracteres de su literatura.—De todos los pueblos orientales el que más nos interesa literariamente es el pueblo *indio*, el foco más vivo e influyente de esta civilización, pues posee una literatura de gran valía y que se remonta a extraordinaria antigüedad. En ella, como en todo su arte, se advierte una poderosa grandiosidad de concepción en la que no se descuida el detalle fino y minucioso. El fondo del cuadro es siempre de una gran simplicidad, pero la intriga se enmaraña en una profusión de incidentes que acusan extraordinaria potencia imaginativa y que encubren casi siempre un contenido alegórico. Esta literatura ha permanecido desconocida en Europa hasta fines del siglo XVIII.

Los primeros monumentos.—Son los *Vedas* los primeros monumentos de la literatura india; su antigüedad es muy grande y aunque se atribuyen a *Viasa* debe pensarse al escuchar este nombre en un gran número de compiladores que reunieron en los *Vedas* las sen-

(1) La imprenta no es más que una de las formas de la escritura y su valor en la vida de la humanidad lo cantó gallardamente nuestro gran Quintana en su oda «A la invención de la imprenta», diciendo:

. Sin tí se devoraban
los siglos a los siglos, y a la tumba
de un olvido eternal yertos bajaban.
Tú fuiste: el pensamiento
miró ensanchar la limitada esfera
que en su infancia fatal le contenía.
Tendió las alas y arribó a la altura
de do escuchar la edad que antes viviera
y hablar ya pudo con la edad futura

tencias y los himnos religiosos de lejanas generaciones. De las cuatro colecciones Rig Veda, Yadyur-Veda, Atharva Veda y Sâma Veda, la primera es la que tiene un valor estético más alto.

Muy posteriores a los Vedas son los *Puranas*, escritos ya en lengua sánscrita, la lengua literaria del pueblo indio; son como comentarios alegóricos de las doctrinas contenidas en aquéllos.

El libro *Manava-Dharma Zastra*, conocido también por Código de Manú, está escrito en lengua sánscrita y establece ya las castas, la condición de los anacoretas y los medios de purificación.

Las epopeyas.—La grandiosidad y al mismo tiempo la gracia que caracterizan el arte indio se advierten tal vez mejor que en ninguna obra artística en sus dos grandes poemas: el *Mahabhârata* y el *Ramáyana*. También en ellos se encuentra un contenido alegórico.

El asunto del Mahabhârata es la lucha de los cinco hijos de Pandú—de ascendencia divina—con los koravas, a los que consiguen vencer tras enconados combates, reconquistando así su reino. Termina el poema, que se atribuye a Viasa aunque este nombre más bien significa compilador, con la ascensión de los hijos de Pandú al país de la paz infinita y su vuelta al primitivo estado de seres divinos.

Valmiki pasa por ser autor del Ramáyana, poema de proporciones no tan desmedidas y en el que se advierte una mayor unidad. En sus 48.000 versos canta la lucha de Rama con el demonio Ravana hasta que aquél consigue recobrar a su esposa Sita conquistando a Ceylán. Este asunto se ha interpretado como simbólico de las luchas que hubo de sostener la raza aria hasta conseguir establecerse en la India.

Poesía lírica y dramática.—La poesía lírica india en muchas ocasiones adoleció del defecto de conceder a

la forma una importancia excesiva. Deben recordarse los nombres de dos poetas: *Sayadeva*, autor del *Gita Govinda*, composición pastoril de fondo alegórico en que se cantan los amores de Krechna (el dios Vichnú) y que se ha comparado con el Cantar de los Cantares, y *Kalidasa*, que es, además del más elegante e inspirado lírico indio, el más importante de sus autores dramáticos. «Urvazi» es un drama heroico en que el final es satisfactorio, pues el teatro indio no conoce la categoría estética de lo trágico, y «Sakuntala» un drama, verdadera obra maestra, en donde hay exquisita gracia y frescura de sentimiento.

Si no por la delicadeza y elegancia, por la fuerza de realidad, por el desbordamiento de pasión y la energía de los caracteres, es notable la obra de *Zesdraka* «El carromato de tierra cocida». Otros poetas se inspiran para sus obras dramáticas en tradiciones religiosas o heroicas o en los argumentos de las epopeyas. También aparece la alegoría y se cultiva el monólogo en el teatro indio.

La fábula y el cuento.—La imaginación del pueblo indio creó innumerables cuentos y fábulas. La creencia en la metempsicosis y su fondo marcadamente didáctico favorecían la aparición en la India de estas composiciones en que los animales enseñan a los hombres prudencia, discreción y conformidad. El *Pantchatantra* es una nutrida colección, de la que el *Hitopadeza* es una selección posterior. Las fábulas no aparecen aisladas. Vixnuzarma, a quien se atribuye el Pantchatantra, pero que seguramente no existió y que no es más que el personaje que cuenta los apólogos, los refiere enlazándolos, empezando uno antes de terminar el anterior para que la narración no se interrumpa. Y en esta narración todo es inagotable inventiva y buen sentido. A los pueblos neolatinos llegaron estas famosas colecciones, aunque no

directamente; los persas fueron intermediarios que facilitaron el conocimiento de este género a los árabes conquistadores. Las traducciones árabes y hebreas determinaron la influencia en Occidente de estas ficciones, que fué muy duradera e importante. El mismo gran fabulista francés Jean de Lafontaine reconoce que debe gran parte de sus aciertos al que llama «Bilpai», sabio indio.

LITERATURA HEBREA

Aunque existieron libros de carácter tradicional o heroico de más remota antigüedad, en la *Biblia*, el libro de los libros, el libro por excelencia está contenida la literatura del pueblo hebreo. Inútil es encarecer su importancia religiosa, especialmente la de los libros del Nuevo Testamento, para los cristianos, ya que en ellos debían tener fijas continuamente sus miradas como en divino manantial de eternas verdades. Su importancia literaria es inmensa por haber en sus libros honda, grave, intensa y sublime poesía. El sabio profesor de hebreo señor García Blanco, dice que los caracteres de la poesía bíblica son: pensamientos profundos, imágenes brillantes y grandiosas, expresión enérgica y canto dulcísimo.

Aunque de la Biblia no debe hacerse un imposible estudio anatómico, puede decirse que se advierte en ella, en la forma, un reiterado uso de la alegoría y del paralelismo poético, que consigue a veces efectos artísticos de gran fuerza, y un ritmo, además, no sólo de palabras y de sílabas, sino de figuras y de sentimientos que entrechocan con magnífica amplitud.

Integran la Biblia los llamados Antiguo y Nuevo Testamento.

Es de una gran dificultad por la complejidad de su contenido la clasificación de los libros del Antiguo

Testamento; hay en ellos por su fondo y por su forma una gran diversidad, pero casi siempre se distinguen cuatro grupos:

1.º *Libros históricos* (el Pentateuco y los de Josué, los Jueces, los Reyes, Paralipómenos, ⁽¹⁾ los dos de Esdras y los libros biográficos de Tobías, Ester y Judit).

2.º *Libros filosófico-morales* (los Proverbios, el Eclesiastés, el Eclesiástico, el de la Sabiduría y el libro de Job).

3.º *Libros proféticos* (comprende los cuatro de los profetas mayores—Jeremías, Isaías, Ezequiel y Daniel—y los doce de los menores).

4.º *Libros poéticos* (Salterio, Trenos, libro de Ruth y Cantar de los Cantares).

No hay que deducir de esta clasificación que sólo haya poesía en los libros comprendidos en la cuarta clase; es que a éstos no se les ha podido atribuir un significado intencional distintivo; pero hay también sublime poesía en todos, y principalmente en los cinco libros del Pentateuco de *Moisés* (Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio) sobre todo en el primero; en la maravillosa y arrebatada elocuencia de los cuatro libros de los profetas mayores y en la profunda emoción que late en el libro de Job. Excelsa poesía hay también en la magnificencia y el sentimiento de los Trenos o Lamentaciones dictados por Jeremías a su discípulo Baruch, en la piedad de los Salmos del Rey David reunidos en el Salterio ⁽²⁾ que tienen un sentido profético y alegórico y en la inspiración viva y suave del Cantar de los Cantares de

(1) Lo que se olvidó.

(2) Tal vez no todas las composiciones que contiene puedan atribuirse a este rey.

Salomón que por su forma alegórica ha sido comparado con el *Gita Govinda* indio. ⁽¹⁾

Hay que incluir aquí el estudio del Nuevo Testamento aunque no estén escritos sus libros en lengua hebrea. Todos ellos se escribieron en griego excepto el Evangelio de San Mateo que lo fué primeramente en siríaco. En el Nuevo Testamento están incluidos, además de los cuatro Evangelios, los Hechos de los Apóstoles, las Epístolas y el Apocalipsis, libro en que San Juan alcanzó a elevarse con una gigantesca y nunca superada inspiración.

Tres de los cuatro Evangelios son los llamados sinópticos porque siguen paso a paso, cronológicamente, la Vida de Cristo; son los de San Mateo, San Marcos y San Lucas. El de San Juan, escrito después, sería innecesario si no tuviese otro objeto: demostrar la Divinidad de Jesucristo, para lo cual presenta, en un orden elegido por él y propio para el fin que desea alcanzar, los hechos de su Vida.

Las ediciones de la Biblia son innumerables; la más famosa es la llamada Políglota, obra gigantesca del Cardenal Cisneros. Sus traducciones, muy numerosas, arrancan de la versión griega de los setenta. Su influencia es muy grande en los poetas cristianos.

(1) Canta los amores de un pastor y la sulamita que representan, según se cree, a Cristo y la Iglesia.

CAPÍTULO II

LITERATURAS CLÁSICAS

I. - LITERATURA GRIEGA

El pueblo y la lengua.—En el vasto cuadro de la literatura universal ningún pueblo merece estudio más detenido ni mayor atención que el formado por la raza helénica que pobló, allá en remotos tiempos, no sólo la parte oriental de Europa y las islas adyacentes, sino también el Sur de Italia, llamada Magna Grecia y una parte del Norte de Asia.

Aunque el pueblo griego, orgulloso de su civilización y cultura, las considerase autóctonas, es lo cierto que de Asia y de África recibió los primeros gérmenes del saber, aunque supo transformarlos creando una literatura tan original y espontánea, que además de ser expresión de la vida helénica y manifestación de su unidad espiritual, se ha perpetuado al través del tiempo, sirviendo de modelo a todas las literaturas, que han encontrado en la griega fuente inextinguible de placer espiritual.

Para ello se sirvió de un instrumento tan hermoso como la lengua griega que por la abundancia de su vocabulario, la riqueza de sus formas y la variedad de su construcción, pudiéramos decir que es la lengua propia del arte.

Extensión de la literatura griega.—La literatura griega abarca un largo período de tiempo cuyo punto inicial no puede señalarse con exactitud, pero que termina con la toma de Constantinopla por los turcos en 1453, en el cual pueden señalarse tres épocas:

1.^a de *formación*, hasta el siglo v a. de J. C.; 2.^a de *floreCIMIENTO*, clásica o siglos de oro, hasta el III a. de J. C., y 3.^a de *decadencia*, hasta la fecha señalada.

Época de formación

En Grecia, como en todas partes, la poesía es anterior a la prosa (1) y en esta época y en un período que pudiéramos llamar *antehistórico* se manifiestan en forma confusa e indistinta gémenes de los varios géneros literarios—épico, lírico y dramático—en composiciones corales anónimas, ya tristes como el *lino*, que se cantaba al terminar la primavera, y el *treno*, canto de funerales; ya alegres como el *himeneo*, canto de bodas, o en obras debidas a poetas como Orfeo, Museo, Tamiris, Oleno, Femio, Demodoco, llamados *aedas*, cuando cantaban composiciones propias, y *rapsodas*, cuando recitaban obras ajenas.

Termina esta época antehistórica con la aparición de los poemas homéricos, *Iliada* y *Odisea*.

HOMERO.—Sus poemas.—La lucha de la civilización occidental representada por Grecia, con la oriental representada por Asia, y la victoria de aquélla sobre ésta conseguida al través de esfuerzos extraordinarios, hirieron vivamente la imaginación de los cantores épicos, los cuales crearon la poesía heroica popular, que alcanzó su máxima importancia en un aeda llamado *Homero* y en dos poemas modelos de la epopeya, *Iliada* y *Odisea*.

La oscuridad que envuelve todo cuanto se refiere a la vida de este autor, del cual se ignoran con exactitud la fecha de su nacimiento y la ciudad en que vió la luz, ha originado las hipótesis más atrevidas, que han llegado hasta negar su existencia; pero hoy, pasada la acción de la crítica de los siglos XVIII y XIX, se cree

(1) La prosa no aparece hasta que no existe una curiosidad intelectual, una iniciación del espíritu científico. Además, para la prosa, es indispensable la escritura. En cambio la poesía se conserva por la repetición tradicional de los recitados.

que ambos poemas son de un solo autor o de dos a lo sumo, pues la unidad de concepción de la «Iliada»—en la que todo se deriva de la cólera de Aquiles—es indudable. (1)

La Iliada.—La guerra de Troya, originada por haber sido robada Helena, esposa de Menelao, rey de Esparta, por Paris, hijo de Príamo, rey de aquella ciudad, es el hecho más importante de la época heroica de Grecia y originó la *Iliada*, vasto poema de las virtudes cívicas.

Asunto de la Iliada (2).—Comprende los hechos ocurridos delante de los muros de Troya durante los cincuenta y uno últimos días del décimo año de la guerra, y en el desarrollo de la acción, siempre interesante y majestuosa, abundan las descripciones; los símiles son muy expresivos y enérgicos, tomados con frecuencia de objetos de la naturaleza, cual corresponde a un poema de remota antigüedad, y en el lenguaje se recogen formas lingüísticas de toda la Grecia, teniendo por tanto un vocabulario extensísimo.

La grandeza de la composición se aumenta con la intervención de las divinidades, favoreciendo la diosa Juno a los griegos y Venus o Afrodita a los troyanos, y de los personajes se destacan entre los primeros Aquiles, el protagonista del poema, que aparece impetuoso y valiente, aunque no exento de delicadeza y ternura y accesible a los vivos sentimientos de la amistad y de la compasión; Ulises, fecundo en recursos, por su habilidad y prudencia; y Ajax por su fuerza y arrojo; y entre los segundos Héctor, por su valor y talento militar; Paris, encarnación del tipo enamorado y afeminado; Príamo, expresión admirable del sentimiento paternal; la bellísima Helena, que parece a todos digna de que mueran por ella tantos hombres, pues es tan hermosa que se parece a las diosas inmortales, y Andrómaca, mujer de Héctor, modelo de esposa amante y resignada.

(1) Aunque no hiciera Homero más que elaborar una materia épica anterior. Todas las afirmaciones referentes a estos poemas son dudosas.

(2) Para el conocimiento más detenido del argumento de este poema y de otros que se citan en esta obra, véase nuestra *Antología Universal*, segunda edición.

Las primeras palabras del poema fijan el tema que Homero se propone cantar: «De Aquiles de Peleo canto ¡oh diosa! la cólera fatal...» pero la obra, cuya idea fundamental ya hemos señalado, excedió en mucho al propósito porque nos revela la civilización griega en los tiempos heroicos, sus dioses, la organización de la familia, las leyes sociales, en suma sus costumbres y sus pasiones.

Odisea.—Esta obra, que si es de Homero, es a lo sumo poema de su vejez ⁽¹⁾, tiene un asunto menos grandioso y amplio que la Iliada, pero quizás más humano y conmovedor, porque es la epopeya de la fidelidad y de las virtudes domésticas, pues el protagonista no es un pueblo sino un hombre, Ulises, que pone en juego todos los recursos de su fértil ingenio para vencer en su empresa y ver realizado su ideal, que sostiene con tenacidad inquebrantable, comparable sólo a la de su esposa Penélope sostenida en su aislamiento por la fidelidad amorosa al esposo ausente.

Asunto de la Odisea.—Con inventiva inagotable y fecunda imaginación poética narra Homero en este poema las aventuras que Ulises, uno de los héroes griegos que asistieron al sitio de Troya, pasa en unión de sus compañeros, desde que esta ciudad fué tomada, hasta que consigue volver a Itaca su patria, después de larga ausencia durante la cual le buscó infructuosamente su hijo Telémaco y su fiel esposa Penélope había resistido con admirable constancia el asedio de numerosos pretendientes.

Importancia de estas obras.—La importancia de ambos poemas es enorme: escuchando sus cantos se edu-

(1) Ya se encuentra esta idea en el «Tratado de lo sublime» atribuido a Longino.

caron muchas generaciones de jóvenes griegos; en ellos se encuentran los gérmenes de los demás géneros literarios; todo lo llena el espíritu de Homero ⁽¹⁾ y durante siglos la humanidad ha vaciado sus composiciones épicas en los moldes señalados por estos poemas.

Hesiodo.—Este autor, que se supone contemporáneo de Homero, da nuevos horizontes a la poesía épica, pues abandona los asuntos heroicos y legendarios y sus poemas tienen carácter didáctico, exponiendo en el transcurso de ellos principios morales y de justicia, fundamento de la paz y del derecho.

Sus obras.—Se le han atribuido numerosas obras, pero las que se consideran como suyas son *La Teogonía* y *Obras y días*. El primero es un poema filosófico religioso en el cual el poeta explica el origen del mundo y la generación y genealogía de los dioses y de los héroes. Es el tratado más antiguo de mitología pagana y la aridez de la seca enumeración de nombres, se salva por el arte del poeta y por lo expresivo y enérgico de los epítetos. Su estilo no tiene la serena grandiosidad del de Homero, aunque hay pasajes como el combate de los Titanes y Júpiter, de imponente sublimidad.

Las *Obras y días* es un poema que incita al goce de la vida reposada y serena, basada en el orden y virtudes domésticas. Además de numerosos mitos y de abundantes reflexiones filosóficas y consejos morales, el poeta da principios prácticos y reglas de aplicación inmediata para el cultivo de la viña, el laboreo de las tierras, la exportación de los productos, etcéte-

(1) Sus sucesores e imitadores, los llamados *aedas cíclicos*, giran siempre alrededor de una especie de núcleo central constituido por la guerra de Troya. También, a imitación de los homéricos, se escribieron poemas acerca de Edipo y la guerra de Tebas.

ra; es, en suma, un tratado de agricultura esmaltado de principios morales ⁽¹⁾.

La poesía lírica.—Los aedas épicos cantaron sus composiciones al son de un instrumento llamado cítara o forminge, pero más adelante se empleó la lira para las composiciones de carácter subjetivo, llamándose por eso poesía lírica a la que canta los sentimientos que agitan el alma del poeta, como intérprete de los de la colectividad.

La forma lírica más antigua se llamó *elegía* entre los griegos, no porque sus asuntos fueran tristes y melancólicos, sino porque estaban escritos en versos dactílicos, o sea un hexámetro y un pentámetro alternados.

De los numerosos poetas líricos griegos sólo citaremos los representativos, o sea los de mayor importancia: estos son *Tirteo*, *Safo*, *Anacreonte* y *Píndaro*.

Tirteo (siglo VII a. de J. C.) fué el creador de una nueva dirección lírica, y por esto, y por la forma externa de sus composiciones, escritas en versos de desigual medida, la leyenda le supone cojo y maestro de escuela. Escribió una elegía modelo de arte y de moderación política, inculcando a los espartanos el respeto a las leyes, pero es notable principalmente por sus cantos guerreros, en los cuales pinta en estrofas viriles y candentes la gloria del soldado que muere combatiendo por su patria y la vergüenza que acompaña al que salva la vida en la fuga. En sus poesías se templó el corazón de los espartanos, y cantadas en coro por el ejército inflamaron el valor de éstos y les hizo triunfar en la segunda guerra mesenia.

La poetisa **Safo**, de cuyas composiciones sólo que-

(1) La crítica moderna ha negado a Hesíodo una realidad mayor que la de Homero. A veces se supone un viejo Hesíodo autor de ciertas partes de *Obras y días*, y a un autor, poco posterior, se le atribuyen el resto de esta y la *Teogonía*.

dan dos odas completas y varios fragmentos, es la creadora de la estrofa sáfica, tan usada más tarde por el poeta latino Horacio, y canta en ellas el sentimiento del amor con vehemencia y fuego extraordinarios.

La intimidad subjetiva de la pasión encuentra en las composiciones de Safo expresión adecuada y esta misma vehemencia ha sido la causa de que se oscurezca la delicadeza y ternura que laten en el fondo de sus composiciones, creando una leyenda amorosa que seguramente no tuvo fundamento.

Anacreonte de Teos (siglo VI a. de J. C.) es el lírico del amor y de los placeres en composiciones alegres, festivas y graciosas, que de su inventor se han llamado anacreónticas. Abandona los asuntos heroicos y legendarios, pues su lira, como él dice, sólo canta al amor, y no tiene más preocupación que usar los goces que la vida ofrece, antes que la vejez lo impida. Su fama fué extraordinaria y sus imitadores numerosísimos en todas las literaturas, tanto, que muchas de las composiciones que corren con su nombre son obra de sus discípulos.

Notables son también *Arquíloco* de Paros (siglo VII a. de J. C.), que dió a la lírica un carácter personal y se le supone inventor del yambo, metro de la sátira, y *Simónides de Ceos* (siglo VI antes de J. C.), poeta elegante e inspirado y muy conocido por sus epigramas, tomada esta palabra en el sentido clásico del género, y principalmente por el dedicado a los héroes de las Termópilas. ⁽¹⁾

Pero el poeta lírico más célebre y popular fué **Píndaro**, nacido en Cinocéfalos, cerca de Tebas, en el si-

(1) Por su brevedad ponemos la traducción que hizo D. Angel Lasso de la Vega:
Extranjero, ve a dar el testimonio
al buen lacedemonio
que el sueño de la muerte aquí dormimos
porque observantes de las leyes fuimos.

glo vi a. de J. C. y que en realidad pertenece a la época clásica de esta literatura.

Píndaro es el príncipe de los líricos griegos por el tono arrebatador y sublime de sus odas, por el vigor de la frase y por la exaltación tumultuosa de los sentimientos que le inspiran. Pero siendo esto mucho no es el principal mérito de Píndaro, porque al cantar en sus *odas* a los vencedores en los certámenes que periódicamente se celebraban en diversas ciudades de Grecia, por lo cual se dividen en Olímpicas, Píticas, Istmicas y Nemeas, prescinde del carácter puramente local* y de panegírico en que hubiera caído otro poeta falto de su genio, y enlazando a los vencedores en los juegos y a sus familias con los dioses helénicos, y buscando en aquéllos ascendencia divina, es el cantor de la Grecia única y grande, y se eleva por esto a la categoría de poeta nacional.

Parodia y fábula.—En la poesía paródica o imitación de grandes hechos tienen los griegos un poema *Batracomiaquia*, o combate de las ranas con los ratones, falsamente atribuido a Homero, pues ni por el estilo ni por el lenguaje se parece en nada a las obras del cantor épico, poema que ha tenido abundantes y felices imitadores en todas las literaturas.

En la fábula, composición alegórica con carácter didáctico y moral, es famoso el nombre de **Esopo**, a quien se supone frigio de origen y cuya existencia es negada por los autores. En efecto, es casi seguro que no existiera, pero sus viajes y correrías por el Asia, prueban que Esopo es un nombre que simboliza la influencia espiritual del Oriente sobre Grecia, más intensa y viva en un género como éste cuyo abolengo es totalmente asiático y cuya eficacia persistió al través del tiempo, concretándose en el nombre de Esopo.

De todos modos, las fábulas esópicas, cuya actual redacción es muy posterior a Esopo, han servido de modelo a numerosos autores, influyendo principalmente en los latinos, de donde han pasado a todas las literaturas.

Época clásica

Poesía dramática.—La fuerza y poderío de Atenas alcanzan su máximo esplendor en la época que se conoce con el nombre de *siglo de Pericles*, durante el cual todos los géneros literarios se desarrollan vigorosamente, aunque algunos, como el lírico y el épico, se transforman prestando su concurso a la dramática, que toma de la épica los asuntos y que contiene elementos corales de indiscutible importancia: puede por lo tanto afirmarse que la dramática no es otra cosa sino la épica reducida a formas representadas, por lo cual es cierta la frase de un autor francés⁽¹⁾ que afirma que la tragedia griega nació de las migajas de la mesa de Homero.

El origen histórico de las representaciones teatrales, aunque oscuro, puede conjeturarse que nacería de fiestas colectivas, probablemente religiosas, y aun se afirma que fueron de las celebradas en honor de Dionisio o Baco, dios del vino. En esas fiestas el pueblo entonaba ditirambos y danzaba alrededor de un altar sobre el cual se había inmolidado un macho cabrío⁽²⁾ y de vez en cuando un corista, actuando de único personaje, narraba un episodio de la vida del dios; más adelante se cantaron toda clase de asuntos, y lo que nació al calor religioso se convirtió en profano, adquiriendo mayor movimiento escénico y aumentando la impor-

(1) Patin: Etudes sur les tragiques grecs.

(2) De aquí se quiere deducir la etimología de tragedia, de *tragos*, macho cabrío, y *ode*, canto, aunque otros suponen que se le dió este nombre porque los que formaban el coro se disfrazaban de sátiros, con piernas y barbas de macho cabrío. Ninguna de estas etimologías explica satisfactoriamente la naturaleza y desarrollo de la tragedia, que es, en último término, el *canto del terror*, de *taraj* y *ode*: para el desarrollo de esta etimología véase el folleto que acerca de este asunto ha escrito D. Braulio Tamayo, catedrático de Literatura en el Instituto de Granada.

tancia del diálogo, progreso a que contribuyeron *Tespís*, *Frínico*, *Pratinas* y *Querilo*, de quienes no se conserva ninguna obra.

La composición de la tragedia griega era la siguiente: 1.º un *prólogo* que llegó a ser la exposición del argumento; 2.º un *parodos*, parte lírica que cantaba el coro; 3.º *episodios* o actos, en número de tres o cinco, que eran la parte oral y dialogada, al final de cada uno de los cuales el coro entonaba un canto lírico, y 4.º el *éxodo* o salida, que indicaba la terminación de la tragedia y constituía por lo tanto el desenlace.

El coro tenía una gran importancia en la tragedia helénica; especie de personaje colectivo, dialogaba con los actores o intervenía en el desarrollo de la acción expresando los sentimientos del pueblo y siendo intérprete de las ideas de éste. ⁽¹⁾

Los nombres más importantes que compendian la historia de la tragedia griega son *Esquilo*, *Sófocles* y *Eurípides*.

Esquilo de Eleusis ⁽²⁾ fué el creador de la tragedia griega, pues perfeccionó los escasos elementos escénicos que antes de él existían, añadiendo un personaje, con lo cual al mismo tiempo que nace el verdadero diálogo, disminuye la importancia del coro, reduciéndole a su verdadero papel de personaje colectivo, cuya intervención debe ser limitada.

(1) La afición del pueblo griego al teatro fué extraordinaria y el actor, *hipócríta*, tenido en gran estimación y aprecio. Los teatros, de capacidad enorme, fueron primeramente de madera y más tarde de piedra y se hicieron aprovechando algún accidente del terreno, por lo cual se emplazaban a espaldas de alguna montaña o teniendo por fondo bosques o el mar. Los actores usaban la máscara o careta, que sí daba inmovilidad al rostro, quitándole la acción expresiva del gesto, favorecía la colocación de la *persona*, especie de bocina con la cual elevaba la voz, cosa indispensable en teatros de extensión ilimitada y capaces para sesenta mil o más espectadores. Además los actores trágicos usaban el *coturno*, borceguí de altas suelas y vestían ropas amplias que aumentaban su tamaño y estatura en conformidad con la grandeza de la acción que representaban. En las comedias el calzado era de tacón y suelas bajas.

(2) Esquilo nació en Eleusis (529) y murió en Gela (Sicilia), cerca del Etna, en 456. Tomó parte como soldado en los combates de Maratón, Platea y Salamina, siendo herido en el primero. Se cuenta que abandonó Atenas por Sicilia, celoso de la fama de Sófocles y Eurípides.

La acción de las tragedias de Esquilo es sencilla, y sus asuntos de gran relieve épico: tienen grandeza extraordinaria, a lo que contribuyen los personajes, que son dioses o semidioses, cuyas pasiones sobrehumanas excitan el terror más profundo; pues aunque se desenvuelven bajo la acción de la *fatalidad*, que inexorablemente les impulsa a cumplir el destino que les tiene señalado, las pasiones que les mueve exceden de la comprensión de las fuerzas humanas.

Escribió unas 80 obras, pero sólo nos quedan siete: *Las suplicantes*, cuyo asunto es la leyenda de las Danaides; *Los persas*, tragedia histórica contemporánea, pues se representó siete años después de la victoria de Salamina; *Los siete contra Tebas*, en la que intervienen los hijos de Layo II y Yocasta, los desgraciados reyes tebanos: *Agamenón*, *Coéforas* y *Euménides*, trilogía ⁽¹⁾ llamada *Orestíada*, de asunto también legendario, y *Prometeo encadenado*, quizás la obra de mayor pensamiento y grandeza de Esquilo.

Prometeo encadenado es la segunda parte de una trilogía que completan *Prometeo robando el fuego del cielo*, que es la primera, y *Prometeo libertado*, que es la tercera, y con ella expresa Esquilo la importancia y transcendencia que en la historia de la humanidad tiene el uso del fuego, atributo de los dioses inmortales, que no se desprenden generosamente de él, para dárselo a los humanos, seres de un día. En efecto, podemos asegurar que el descubrimiento y empleo del fuego marca el tránsito del salvajismo a la civilización: con él, los hombres se defienden de las fieras, combaten las inclemencias de la naturaleza, da principio a la familia, nace el hogar y disfruta de comodidades que le hacen más agradable y placentera la vida. La tragedia de Esquilo tiene en su acción y desarrollo toda la grandeza del hecho que simboliza.

(1) Ordinariamente los autores griegos presentaban a los certámenes teatrales tres obras—trilogía—a la que seguía un drama satírico, constituyendo todo una tetralogía.

Sófocles de Colona.—⁽¹⁾ Es el segundo de los grandes trágicos griegos, y para la crítica en general, el más perfecto de todos ellos. Dió mayor importancia a la acción, que adquiere gran vida y movimiento, pues aumentando con uno más el número de los personajes, el diálogo dramático adquiere casi su forma definitiva; el protagonista se destaca de un modo más vigoroso y el coro se limita a interpretar los sentimientos de los espectadores como eco de la colectividad.

Los asuntos de sus tragedias los toma de la época heroica de Grecia, pero no los trata con la fuerza de la epopeya, sino que los desarrolla por el juego de las pasiones humanas, y por eso los personajes hablan un lenguaje en perfecta armonía con las situaciones, por lo cual nos interesan y conmueven.

Más de cien tragedias escribió, pero sólo se conservan siete: *Edipo rey*, *Edipo en Colona*, *Antígona*, *Filoctetes*, *Ajax*, *Electra* y las *Traquinianas*, todas enlazadas con las tradiciones legendarias de Grecia, en las cuales las hay de maticés tan delicados como *Antígona*, víctima del amor fraternal, y *Filoctetes*, de acción plácida y serena e interesante por la nobleza de los sentimientos que expresa, pues el protagonista lucha entre su deseo de recobrar la salud y ver a su patria querida y el odio hacia los que tan impiamente lo habían abandonado en la isla de Lemnos.

La investigación moderna ha descubierto una obra satírica de Sófocles, titulada *Los rastreadores* ⁽²⁾.

(1) Sófocles nació en Colona hacia el año 496 y murió en Atenas probablemente en 405. Hijo de un rico fabricante de armas, a los 27 años ganó el premio de la tragedia en lucha con Esquilo, y una vez muerto éste ocupó el primer lugar entre los trágicos griegos. Los atenienses le erigieron un monumento; sobre su tumba se levantaba una estatua de Baco en recuerdo del origen de la tragedia, y en una extensa inscripción se declaraba a *Antígona* y *Electra*, las mejores obras de este autor.

(2) Esta obra se ha descubierto en los papiros de Oxyrhynchus en 1912 y hasta ahora sólo se conocen los 400 primeros versos.

Eurípides de Salamina.—⁽¹⁾ Es el último de los grandes autores dramáticos griegos en orden cronológico, pero el más humano de todos ellos, en lo cual estriba su fama, no inferior a la de Esquilo y Sófocles. Por eso su teatro nos interesa grandemente, porque los personajes no se mueven a voluntad de los dioses, sino a impulso de sus propias pasiones, y por eso mismo, como responsables de sus actos, en ellas encuentran su recompensa o su castigo. La fatalidad, pues, no es ya la fuerza que señala a los hombres el camino que invariablemente han de seguir, y el coro ha pasado a la categoría de recuerdo histórico y con frecuencia tiene sólo un valor decorativo y lírico.

Escribió más de cien tragedias y dramas satíricos, pero sólo se conserva uno de éstos, el *Cíclope*, y diecisiete de aquéllas, ⁽²⁾ en las que son de notar los tipos de mujeres de tan contrapuesta psicología como *Alceste*, reina de Feres, que por salvar a su esposo sacrifica su vida y es salvada por Hércules; *Medea*, que abandonada por Jasón, a impulso de los celos hace morir a su rival por medio de una túnica envenenada, y para castigar más duramente al perjurio mata a sus propios hijos, e *Ifigenia en Tauris*, en la que el amor fraternal es utilizado como resorte dramático en escenas del más delicado sentimiento.

Eurípides se adapta, pues, a la realidad, y por eso es sobre todo hombre de abundantes recursos teatrales y de diversos procedimientos técnicos que indican la variedad de su genio, que pe-

(1) Nació en Salamina en 480 y murió en 406 pocos meses antes que Sófocles. De familia humilde, se consagró a la pintura, a la filosofía y a la elocuencia, y a pesar de su mérito, Aristófanes le hizo objeto de sus burlas. Se retiró a la corte de Arquelao, rey de Macedonia, y allí murió.

(2) He aquí los títulos de ellas: *Alceste*, *Medea*, *Hipólito*, *Ión*, *Andrómaca*, *Las Troyanas*, *Helena*, *Orestes*, *Ifigenia en Aulis*, *Las Bacantes*, *Hécuba*, *Electra*, *Los Heráclidas*, *Las suplicantes*, *Hércules demente*, *Ifigenia en Tauris* y *Las Fenicias*.

netra hondamente en el corazón humano con la profundidad de un psicólogo, y por su carácter más cercano a nosotros ha inspirado a muchos autores modernos: baste recordar la *Fedra* de Racine, la *Electra* de Alfieri y la *Ifigenia* de Goethe.

Comedia.—Etimológicamente esta palabra significa *canto de aldea*, en conformidad con su origen histórico, pues estas representaciones nacieron al calor de las pequeñas dionisiacas y de las canciones groseras y desenvueltas que el pueblo cantaba en sus fiestas más vulgares.

Históricamente la comedia griega presenta tres aspectos que originan las llamadas *comedia antigua*, *media* y *nueva*. La primera tiene carácter satírico y social a veces tan desenfadado, que una ley de los treinta tiranos limitó y hasta prohibió que tratara de los hombres políticos, naciendo así la *media*, de la que sólo se conocen escasos fragmentos que se refieren a filósofos y literatos ridiculizando sus tendencias, y por último en el siglo IV a. de J. C. aparece la *nueva*, que atendiendo a los vicios de la sociedad origina la comedia de costumbres.

De los numerosos autores que cultivaron la comedia sólo citaremos a *Aristófanes* como representante de la antigua y a *Menandro* como cultivador de la nueva, cuya descendencia espiritual ha sido muy extensa y duradera en las literaturas posteriores.

Aristófanes ⁽¹⁾ cultiva la comedia con carácter personal. Hombre de partido, recurre a toda clase de medios y procedimientos para ridiculizar las costumbres, las ideas, los personajes que no viven dentro del

(1) La vida de Aristófanes es casi desconocida, pues no se saben con certeza ni la fecha ni el lugar de su nacimiento y muerte. Se supone, sin embargo, que debió nacer a mediados del siglo V, quizás el año 452, y que murió en los primeros del IV, después del 390, pues en 386 hizo representar por última vez su comedia el *Pluto*.

mundo en que Aristófanes vivía. Por eso en sus chistes y en la composición de sus obras entran no solamente el ingenio del autor, sino la exageración del hombre de partido y la vehemencia del adversario. Así tiene obras de puro carácter personal, como *Las Ranas*, en la que se burla de Eurípides por su tendencia filosófica; *Las Nubes*, en la que zahiere a Sócrates y ridiculiza su pedagogía, que supone corruptora de la juventud, confundiéndole con un vulgar sofista, y *Los Caballeros*, en la que ataca duramente a Cleón y a la democracia.

En otras expone sus ideas por medio de personajes imaginarios, y así aparece como enemigo de la guerra en *La Paz* y *Lysistrata*; del comunismo, en *Plutos* y *La junta de mujeres*; de los jueces de Atenas, en *Las Avispas*, y, por último, llevado en alas de una imaginación poderosa, es creador de un mundo fantástico en *Las Aves*, en donde se burla de lo divino y de lo humano.

Del ateniense **Menandro** (340-292), aunque según parece escribió más de cien obras, sólo se conservan los títulos y cortos fragmentos de ellas, pero su técnica teatral la conocemos por haber servido de modelo a los autores latinos, principalmente a Terencio, su más fiel imitador. Mirando siempre a la realidad observa sus vicios y defectos y procura corregirlos de una manera suave y reposada con la tranquilidad y firmeza del filósofo, y por eso en sus obras hay abundantes principios de sana y consoladora moral que hacen más sensible todavía la pérdida de las obras de este autor. ⁽¹⁾

(1) Recientemente y en una aldea egipcia a orillas del Nilo se han descubierto unos papiros escritos en caracteres griegos y que son fragmentos de cuatro obras de Menandro, tituladas *El héroe*, *El arbitraje*, *La mujer rasurada* y *La Samiana*. La más completa de todas es la última y su estudio confirma la opinión de Quintiliano y de los críticos acerca de Menandro. Estos fragmentos han sido presentados a la Academia francesa por Mauricio Croiset, pero han sido descubiertos por el investigador Lefebvre.

Prosa.—La prosa es más tardía en su florecimiento que la poesía, lo cual no quiere decir que no coincidiera con ésta, pero en formas primitivas y rudimentarias y con carácter didáctico, ya filosófico, ya histórico.

Historia.—El cultivo artístico de la prosa tiene en la historia tres grandes autores: *Herodoto*, *Tucidides* y *Jenofonte*.

Herodoto de Halicarnaso ⁽¹⁾ ha sido llamado el padre de la historia, por ser el primero que presentó los hechos unidos por un plan metódico y ordenado, aunque llenos del espíritu heroico de la épica.

Su obra, dividida en nueve libros, cada uno de los cuales tiene por título el nombre de una de las musas, no es ya una relación de hechos fantásticos tomados de la mitología y propios de la poesía épica, sino una narración sencilla y amena de los sucesos que en las guerras médicas ha visto él por sí, en su ansia inextinguible de viajero infatigable, y de aquellos otros que recoge con espíritu investigador, sirviendo a unos y otros de lazo de unión un vivo sentimiento patriótico expuesto en estilo sencillo e interesante, aunque a veces incorrecto. ⁽²⁾

La narración gira alrededor de las victorias de los griegos sobre los persas en las famosas guerras médicas, y aunque haya otros autores más filosóficos y documentados que Herodoto ninguno ha tenido el encanto de la narración como él, cuya obra llamada también *Los nueve libros de la historia*, tiene una sencillez e ingenuidad difíciles de conseguir por un autor culto y erudito.

(1) Nació Herodoto en Halicarnaso, ciudad del Asia Menor, hacia el año 490, y a consecuencia de las discordias entre los sátrapas persas se retiró a Samos y más tarde se estableció en Atenas. Recorrió muchos países y murió hacia el año 424 en Pella según unos en Thurium, según otros.

(2) Recuérdese la famosa conversación entre Jerges y Demarato en el libro VI.

Tucidides ⁽¹⁾ se propuso narrar los sucesos de la guerra del Peloponeso en los cuales había intervenido como general, y recogiendo cuantos materiales pudo, además de los que le proporcionaba su propia observación, escribió dicha guerra hasta la toma de Atenas por los lacedemonios.

Sigue un orden puramente cronológico ajustándose a una severa imparcialidad, ⁽²⁾ y de las páginas de su obra se desprenden conocimientos estratégicos y políticos muy elogiados por los militares, de tal modo que se cuenta que la Historia de Tucidides era la lectura favorita de Carlos V, quien llevaba esta obra en todos sus viajes y expediciones.

Pone en boca de los personajes de Atenas y Esparta arengas y razonamientos que aunque fingidos, amenizan la narración y sirven para caracterizar a quienes los pronuncian contribuyendo a la investigación de las causas y móviles de los sucesos.

Jenofonte ⁽³⁾ es escritor de muy diversas aptitudes. Prescindiendo de sus obras filosóficas, políticas, económicas y militares y de la *Ciropedia*, o educación de Ciro, novela pedagógica en la que late constantemente el ideal socrático y es antecedente de otras obras famosas en el género, nos quedan como propiamente

(1) Tucidides nació en Halimunta, barrio de Atenas, en 471 y murió en 395. Tomó parte en la guerra del Peloponeso y no habiendo podido socorrer a Anfipolis contra Brasidas, fué condenado al destierro, en el que estuvo veinte años, en los que reunió los materiales que le sirvieron para su obra.

(2) Según dice él mismo «no dará crédito a los historiadores que mezclan las poesías con sus historias y procuran antes decir cosas deleitables y apacibles a los oídos del que escucha, que verdaderas».

(3) Nació en Erquia (Ática) hacia el año 445 y murió en Corinto por el año 356. Fué discípulo de Sócrates, quien le salvó la vida en la batalla de Delium. Después de la toma de Atenas y de ser derribados los treinta tiranos emprendió largos viajes y estuvo a las órdenes de Ciro el Joven dirigiendo la famosa retirada de los 10.000 griegos. Fué desterrado de Atenas y peleó en la batalla de Queronea al lado de Agesilao, retirándose a Scilunta, cerca de Olimpia, a gozar de los bienes que Esparta le había concedido, pero antes de morir se había reconciliado con Atenas.

históricas la *Anábasis*, relato de la campaña de Ciro el Joven en el Asia y retirada de los diez mil, y las *Helénicas*, continuación de la historia de Tucídides. Escribe sin artificio, con absoluta naturalidad, huyendo de todo amaneramiento retórico, y por eso su estilo es tan fácil y su lectura tan amena, que Cicerón dijo que era más dulce que la miel, por lo cual se le ha llamado Abeja del Ática.

La variedad literaria ⁽¹⁾ de este autor le ha perjudicado si juzgamos sus obras aislada y parcialmente, pero examinadas en conjunto están avaloradas por la idea de la subordinación del bien general y de la colectividad a los intereses y conveniencias particulares; además, hay en las obras filosóficas, y especialmente en las que se refieren a Sócrates, vivo sentimiento de amor y veneración al maestro, que las perfuma intensamente con la emoción del agradecimiento.

Filosofía.—También la Filosofía, como forma especial de la didáctica, tuvo en Grecia numerosos cultivadores y dos de ellos han llenado el mundo con las maravillas de su sabiduría y con las galas poderosas de su dicción.

Un estudio de las diversas escuelas filosóficas ni nos pertenece ni es oportuno; atendemos principalmente en esta obra al aspecto estético, y por eso nada decimos de la primitiva filosofía, presentada en formas breves, ni de otros poemas faltos de la belleza de la forma.

De todos modos, el movimiento filosófico fué tan numeroso como vacuo y superficial, originando una serie numerosa de retóricos y oradores llamados *sofistas*, que, retorciendo el lenguaje y torturando la dialéctica, defendían el pro y el contra de las co-

(1) He aquí una nota de las obras de Jenofonte, que con las ya señaladas completa el catálogo literario de este autor:

Filosóficas: Memorables o Memorias acerca de Sócrates; Apología de Sócrates; el Convite.

Políticas y económicas: la Economía; la República de Esparta; Rentas públicas; Hierón.

Militares: Anábasis; Hiparco o Jefe de caballería; la Equitación; la Caza.

sas, y ensalzando hoy la virtud y mañana defendiendo el vicio, hundían el pensamiento humano en el escepticismo y le ahogaban en la paradoja.

Contra los sofistas luchó **Sócrates** con la fuerza formidable de su genio y con la aplicación del procedimiento pedagógico conocido desde entonces con el nombre de socrático; sentó las bases de una nueva filosofía, dirigida fervientemente a la investigación de la verdad, y que si no conocemos por él mismo, pues Sócrates no escribió nada, ha pasado a la posteridad por haberla conservado y propagado sus discípulos, especialmente Platón.

Platón ⁽¹⁾ expone las doctrinas del maestro empleando con preferencia el diálogo, con tal intensidad y energía que adquiere en él interés dramático, y los interlocutores, que son Sócrates y sus habituales amigos y discípulos, tienen la plasticidad y fuerza de lo vivo.

Platón recoge y reproduce en el fondo las enseñanzas y las doctrinas de Sócrates, pero en la forma la lengua griega adquiere vuelos inusitados por el incomparable encanto del estilo, pues nadie como él ha sabido exponer de un modo más bello y elegante, en un lenguaje poético modelo de claridad y sencillez, el aspecto especulativo de la doctrina socrática, llevando la Idea a primer principio de las cosas.

Un diálogo platónico es una obra de arte acabada y de gran complejidad; casi siempre señala el lugar

(1) Platón nació en Atenas el año 429. Recibió brillante educación, y son de notar en sus primeros años inclinaciones poéticas, que se transforman cuando muy joven aún conoció a Sócrates, de quien fué entusiasta discípulo. Apartándose de la política viajó por Egipto y Sicilia, y en Siracusa le mandó vender como esclavo Dionisio el Viejo. Regresó a Atenas, y cuando tenía 40 años se dedicó a la enseñanza en los jardines de Academo, de donde se deriva el nombre de Academia que se dió a su escuela. Se llamaba *Aristocles*, pero Sócrates le dió el nombre de Platón, según se dice, por la anchura de su frente y de sus hombros.

en que conversan los interlocutores, los cuales tienen su personalidad muy marcada. Con admirable habilidad Sócrates, por medio de preguntas y respuestas o de discursos o de mitos, convence o confunde a sus contrincantes, aunque a veces el diálogo quede como interrumpido y pueda ser continuado.

La complejidad de los diálogos platónicos hace difícil su clasificación; es corriente dividirlos en *metafísicos* y *dialécticos* (como *Teetetes*, o la ciencia, y *Timeo*, o de la Naturaleza); *morales* (como *Protágoras*, o los sofistas); *políticos* (que son tres: *El Político*, *La República*—extenso diálogo en que describe la organización de una ciudad ideal—y *Las Leyes*—que es de los diálogos escritos por Platón al final de su vida y cuando era menos viva la influencia de Sócrates) y *estéticos*, entre los cuales sobresalen el *Convite*, del amor; *Ión*, que trata de la poesía, y *Fedro*, de la belleza. Entre los morales se suelen incluir aquellos referentes a los últimos momentos de Sócrates; el *Fedón*, uno de los más importantes, en que el maestro de Platón discute con sus amigos acerca de la inmortalidad del alma; *Critón*, o el deber, y la *Apología de Sócrates*, que es, más que un diálogo, el discurso pronunciado por aquel sabio ante los jueces que le condenaron a muerte.

Aristóteles ⁽¹⁾ es el otro filósofo griego cuya fama persiste al través del tiempo y las fronteras. Fué un

(1) Aristóteles nació en Estagira (Tracia) en 384 y murió en Calcis (Eubea) en 322. Huérfano de padre, fué discípulo de Platón. Viajó por el Asia Menor y tuvo amistad con Filipo, rey de Macedonia, quien le confió la educación de su hijo Alejandro. Después de residir ocho años en Macedonia regresó a Atenas, y estando ocupada la Academia por Jenócrates, explicó durante trece años filosofía y retórica en el Liceo, enseñanza que daba paseando, de donde se dió a esta escuela el nombre de peripatética. Enemistado por último con Alejandro, quien le había auxiliado generosamente en sus investigaciones, y temeroso de la venganza de los Atenieses que le acusaban de impiedad, pues no era muy respetuoso con los dioses, se refugió en Calcis, en donde murió.

vasto talento enciclopédico que con alientos de gigante abarcó todas las manifestaciones de la ciencia, que estudiaba basándose en los hechos y en el empleo de la observación y de la experiencia.

Aristóteles es un genio sistematizador y metódico que lleva a la ciencia la clara luz del raciocinio y de la lógica, y por eso su estilo no tiene la fuerza atractiva de la belleza, que tanto nos encanta en Platón, del que fué discípulo y del que se apartó para seguir distinto camino en la investigación de la verdad.

La solidez de su criterio y la claridad del método hacen de Aristóteles uno de los maestros de la humanidad de influencia permanente en la ciencia, pues hasta sus mayores enemigos en filosofía y procedimiento de investigación han reconocido su gran cultura y sus enciclopédicos conocimientos.

Entre las numerosas obras que escribió citaremos sólo la *Lógica*, célebre, entre otras cosas, por su tratado de las categorías; la *Metafísica* o *Filosofía fundamental*; los ocho libros de la *Política*, en donde preconiza la superioridad del talento y de la virtud a quienes de derecho corresponde la gobernación de los Estados; la *Ética*, en donde enaltece la amistad, que considera una virtud, y la *Retórica* y la *Poética*, código mal interpretado y entendido por los pseudo clásicos, con capítulos tan interesantes como el que trata del instinto de imitación.

Hay que tener en cuenta que muchas de las obras conservadas de Aristóteles no son más que apuntes y notas aún no definitivamente preparados para su publicación, existiendo no sólo errores de copia sino confusión y amalgama de fragmentos.

Elocuencia.—La elocuencia en Grecia se propaga y fomenta al calor de las instituciones democráticas,

pues facultado todo ciudadano ateniense mayor de cincuenta años para defenderse a sí propio, e interviniendo todo el pueblo en el desarrollo de los negocios públicos, la oratoria forense y la política encuentran campo abonado para su fecundo desarrollo.

Convertida más tarde en profesión por los retóricos y sofistas, son muy numerosos y variados los nombres que han llegado hasta nosotros como cultivadores de la oratoria, pero los más excelentes y los que han alcanzado la cumbre de la fama son *Demóstenes* y *Esquines* y principalmente el primero.

Demóstenes ⁽¹⁾ no es un orador apasionado y vehemente: la fuerza de sus discursos nace de la estrecha unión que existe entre la bondad del fondo y la solidez de la argumentación libre de adornos superfluos y repleta de la elocuente fuerza de la verdad; a nadie mejor que a Demóstenes puede aplicarse el *vir bonus dicendi peritus* de Quintiliano.

Con tenacidad inquebrantable puso toda la fuerza de su genio al servicio de la independencia y libertad de Grecia y Filipo nunca tuvo enemigo más formidable que el orador ateniense. El patriotismo es la idea generadora de todos sus discursos y el sentimiento caloroso que les da vida; así se ve en sus cuatro *Filípicas* oraciones en las que combate los propósitos del rey macedónico y descubre las ambiciones de éste;

(1) El célebre orador griego nació en Peania (Ática) en 383. Huérfano de padre en edad temprana, los tutores disiparon su fortuna que en parte recobró más adelante. Sintiendo arder el fuego de la inspiración y careciendo de condiciones físicas para brillar en la tribuna, las adquirió por su constancia y, recurriendo, según se dice, a procedimientos ingeniosos. Peleó en la batalla de Queronea y más adelante contra Alejandro y muerto éste volvió a Atenas en donde fué recibido con gran entusiasmo. Ansioso de la independencia patria organizó nuevamente la lucha, pero vencido el ejército popular por Antipater, sus jefes, Demóstenes, Hipérides y otros fueron condenados a muerte, que evitaron al pronto con la huida. Refugiado en la isla de Calauria se envenenó en el templo de Neptuno para no caer en poder de los soldados que le perseguían, hecho ocurrido el año 322.

así en sus tres *Olintianas* pronunciadas en defensa de la ciudad de Olinto; así en el *Discurso de la embajada* en el que con cálidos acentos censura el crimen de prevaricación, lesiva para su patria; así en el de *La Corona*, el más famoso de todos, en el que desviándose del punto inicial y que le afectaba directamente, se eleva a consideraciones generales defendiendo la hermosa doctrina de que la justicia y la razón de las acciones humanas son independientes del éxito, con lo cual justifica los generosos aunque estériles esfuerzos de Atenas en favor de la independencia de toda la Grecia.

Esquines ⁽¹⁾ rival y enemigo de Demóstenes en política lo fué también en oratoria. Sólo quedan de él tres discursos llamados por los antiguos las *tres gracias* que son tres momentos de su lucha contra Demóstenes. En el primero, *contra Timarco*, Esquines vence a su rival; en el segundo, *proceso de la Embajada*, se defendió hábilmente de la acusación de prevaricador; en el tercero, *De la Corona* contra Ctesión, no consiguió sus propósitos y fué vencido por Demóstenes.

Poseedor de los más secretos recursos del arte es apasionado y vehemente y con su poderosa imaginación consigue hábilmente encubrir la debilidad de sus argumentos y su falta de patriotismo.

Época decadente

Esta época abarca el tiempo comprendido desde el advenimiento de Alejandro Magno al trono de Macedonia, hasta la toma de Constantinopla por los tur-

(1) Esquines nació en Cotocia (Ática) en 393 y murió en 314 en Samos. Hijo de padres humildes ocupó altos cargos, entre ellos el de embajador de Atenas cerca de Filipo. Intervino activamente en las cuestiones políticas de su tiempo siempre a favor del partido macedónico, y por último, se retiró a la isla de Rodas en donde vivió cultivando la oratoria en una escuela de Retórica que fundó y dirigió.

cos, o sea, desde el siglo III a. de J. C., hasta 1453 de la era cristiana, y en este largo espacio se señalan tres épocas perfectamente marcadas por la transformación política del pueblo helénico, que se llaman respectivamente, *alejandrina*, *romana* y *bizantina*, y en ellas, aunque continúan cultivándose los géneros literarios que tan brillante esplendor habían adquirido anteriormente, no hay ningún autor de genio ni mucho menos, como si el espíritu helénico agotado ya o envilecido por la decadencia nacional, hubiera plegado sus alas, sobre todo en sus dos últimas épocas; en cambio, florecen los estudios de erudición con gran ventaja para la lengua, se inician algunos géneros como la poesía bucólica, adquiere algún desarrollo el novelístico, y sobre todo, se manifiesta potente la elocuencia religiosa alimentada al calor de la fe cristiana.

En el período *alejandrino* (siglo III a. de J. C. al II d. de J. C.) el cultivo de la ciencia y del arte se traslada a Alejandría favorecido por los Ptolomeos, sucesores del héroe macedónico, los cuales retuvieron con regia hospitalidad y favorecieron en sus investigaciones y en sus trabajos de restauración y conservación literaria a los sabios y eruditos.

Edificaron el *Museo*, palacio de la ciencia y del arte y, en su magnífica biblioteca, que constaba de más de 400.000 volúmenes, se reunieron los tesoros de la cultura helénica. Allí se hicieron revisiones de los textos antiguos y se publicaron comentarios; allí se hizo la traducción de los libros hebreos del Antiguo Testamento, llamada versión de los setenta, y que sirvió de base para la Vulgata de San Jerónimo, y allí se acumuló numeroso material épico, que utilizaron diversos autores con varia fortuna, y principalmente *Apolonio*, que narró la empresa de los argonautas.

En este sentido, los eruditos alejandrinos tienen la importancia de haber detenido la decadencia y, sobre todo, la de haber conservado y popularizado la antigüedad clásica, que por su benemérita diligencia se ha transmitido a la posteridad en textos cuidadosamente depurados.

Desde el punto de vista de la poesía, esta época nos ofrece un

género nuevo, el bucólico, que parece propio de las decadencias literarias y sociales, como si el hombre buscara en la belleza del campo la paz y el sosiego que no encuentra en la agitada vida de la ciudad ni en las intranquilas inquietudes del espíritu cortesano.

Poesía bucólica.—Representa esta nueva modalidad artística **Teócrito de Siracusa** (290-210?), el último de los poetas clásicos griegos y que vivió en el período alejandrino. Este autor encontró en la naturaleza fuente fecunda de realización artística y dió a la poesía bucólica su forma definitiva.

Los numerosos imitadores de Teócrito no han hecho más que seguir sus huellas, pero sin alcanzar la sencillez, la delicadeza y la espontaneidad características del autor griego, tan difíciles de conseguir, pues frecuentemente han caído en la afectación y en un falso idealismo, consecuencias de un equivocado concepto de la naturaleza. Ha sido preciso la enorme evolución de las literaturas en el siglo XIX, favorecida por el cambio de las ideas sociales y políticas, para que la poesía bucólica adquiriera nuevos derroteros, en los cuales tiene una significación especial nuestro poeta Gabriel y Galán.

Los *idilios* de Teócrito son de diverso carácter, unos propiamente líricos, como *El Amor ladrón* y *La hechicera*; otros de fondo épico, como *Las Gracias* y *El Ciclope*, y otros dramáticos y perfectamente representables, como *Tirsís* y *Las Siracusanas en la fiesta de Adonis*.

Historia.—Por las razones anteriormente dichas, en este período florece principalmente la prosa en sus manifestaciones didácticas, y en la histórica hay un autor, **Polibio** (205-122), que en sus *Historias* da a estos estudios un aspecto filosófico. En su obra, que se conserva incompleta, trata de los hechos ocurridos desde la segunda guerra púnica hasta la toma de Corinto, y con un método rigurosamente científico, no

sólo narra los hechos, sino que procura investigar las causas que los motivaron.

En el período *romano* merece especial mención **Plutarco de Queronea** (50-120), por haber introducido la novedad de los estudios biográficos, con su obra *Vidas paralelas*, en la que estudia la vida de veintitrés personajes griegos, célebres por su talento o por sus hechos, y la de otros tantos romanos, presentándolos en parangón.

Aunque Plutarco no puede salvar totalmente la monotonía del género, sin embargo, los curiosos datos con que ameniza las biografías y, sobre todo, las frecuentes máximas de sana moral que deduce de los hechos, justifican la fama y popularidad de esta obra.

Un nuevo aspecto literario aparece en esta época con **Luciano de Samosata** ⁽¹⁾, genio solitario y único en la literatura griega. En composiciones de carácter muy variado se nos muestra como orador, moralista, crítico y filósofo y autor de narraciones en estilo ligero y alado, especie de crónicas de sucesos y hechos contemporáneos.

Pero su gran fama es como satírico y humorista: viviendo en una época de decadencia social y política, en composiciones llenas de vida y gracia se burla, con ironía despiadada, que hace más cruel una aparente indiferencia, de las preocupaciones, ridiculeces e hipocresías de su tiempo; nada escapa a su sátira burlescamente escéptica, que si en el fondo tiene sus

(1) Nació en Samosata (Siria) en 130 d. de J. C. y murió probablemente en Alejandría el año 200. Hijo de padres humildes, intentó primeramente ser escultor, pero sus aptitudes, que favoreció con el estudio, le llevaron al ejercicio de la literatura. Recorrió el Asia Menor, Grecia, Italia y Galia pronunciando discursos preparados al efecto y obteniendo brillantes resultados pecuniarios. En tiempo de Marco Aurelio parece que obtuvo en Egipto un alto cargo en la magistratura y murió en Alejandría.

precedentes en Aristófanes, adquiere en Luciano una vigorosa y potente originalidad.

En los *Diálogos de los muertos*, los más famosos de todos, Diógenes y Menipo, filósofos cínicos que exponen los pensamientos de Luciano, se burlan con gracioso e irónico escepticismo de las grandezas humanas, que desaparecen ante la acción niveladora de la muerte.

Infundadamente se le ha atribuido *El asno*, novela de aventuras, que quizás sea de un tal *Lucio de Patras* y que por las transformaciones por que pasa el protagonista, podemos encontrarla entronque con algunas formas de nuestra novela picaresca.

Novela.—En esta época, y más aún en el período bizantino, adquiere mayor desarrollo la prosa narrativa de carácter imaginativo, o sea, la novela como natural evolución y forma definitiva de la épica. Ya en el siglo II a. de J. C. aparecen las *Fábulas milesias*, demasiado libres, debidas a Aristides de Mileto y desde entonces se sigue cultivando el género, aunque no con mucha fortuna ni en cantidad ni en calidad. Hay que exceptuar, sin embargo, dos obras, las *Etiópicas* o *Amores de Teágenes* y *Cariclea*, novela de amor y de aventuras de abundante descendencia en todas las literaturas, y *Dafnis* y *Cloe* de Longo, elegantemente traducida por nuestro D. Juan Valera, narración sencilla y real de un candoroso amor a la naturaleza, en estilo quizás demasiado atildado y que parece preludiver la afectación del género bucólico.

Oratoria.—De todos los géneros literarios, ninguno cayó en mayor decadencia que la oratoria, desprestigiada por la insustancialidad de los sofistas y ahogada por un ambiente de tiranía. Con anhelo generoso, el bitinio **Dión**, apellidado **Crisóstomo**, es decir, *boca de oro*, en sus discursos y en sus obras, escritas casi

todas en diálogos, trabajó por la reinstauración de la moral y de la virtud, tanto públicas como privadas, inspirándose principalmente en las doctrinas del antiguo estoicismo, pero todo fué inútil; la elocuencia no floreció hasta que los oradores cristianos le dieron forma nueva al calor del ideal que propagaban, ya ensalzando y defendiendo el cristianismo—*apolo-gistas*—, ya desarrollando los fundamentos de la nueva doctrina—*dogmáticos*—. En este sentido, llega a las cumbres de la fama **San Juan Crisóstomo**, en el cual se aunan en feliz consorcio la profundidad del pensamiento con la belleza de la forma.

CAPÍTULO III

LITERATURAS CLÁSICAS (CONTINUACIÓN)

II.- LITERATURA LATINA

Extensión de esta literatura.—Bajo el nombre de literatura latina comprendemos todas las obras escritas en latín en los diversos estados constituidos por el genio romano, limitándola en el tiempo por la destrucción del Imperio y la toma de Roma por los vándalos en 476 d. de J. C.

Esta literatura nace más tarde que la griega, y después de una larga y penosa gestación se perfecciona y abriga al calor del genio helénico, con quien se pone en contacto más intenso después de la primera guerra púnica, y si es cierto que el pueblo romano, impulsado por sus anhelos de dominación universal, venció por la fuerza de las armas y sojuzgó al pueblo griego, no lo es menos que éste, más culto, más civilizado, se impuso literariamente al pueblo vencedor: una vez más se verificó el fenómeno de que puestos en contacto dos pueblos vence el de mayor energía espiritual: admirable persistencia de la supremacía del cerebro sobre la inconsciente fuerza del músculo!

Caracteres de esta literatura.—El pueblo romano, vacía, pues, sus manifestaciones artísticas en los moldes de la literatura griega, sigue las huellas de sus modelos helénicos, pero aunque carezca de la fuerza del sentimiento de éstos y de su potente originalidad, no crea, sin embargo, una literatura de servil imitación, pues supo adaptar los elementos que recibiera a sus cualidades características de pueblo de poderosa energía, que pareció destinado a realizar la unidad espiritual del mundo, con una tendencia práctica y utilitaria a la cual servían admirablemente las condiciones de su lengua.

La lengua latina.—La lengua latina, hermana de la griega y de la sánscrita, tiene cualidades perfectamente harmónicas con las condiciones del pueblo que la hablaba. Admirable por su concisión y energía, es especialmente apta para las manifestaciones del derecho y las fórmulas legislativas, breves y terminantes como la sequedad rectilínea de la ley: de gran fuerza expresiva, sus admirables elipsis y su sobriedad varonil, tan distante de la sonora amplificación de los griegos, la hacen única para las inscripciones epigráficas, por lo cual alguien ha dicho que el mármol siempre habló en latín.

Importancia de la literatura latina.—Además de la que por sí misma tiene, el estudio de la literatura latina es interesante por lo que contribuye al conocimiento más perfecto y acabado de la griega, pues muchas obras de ésta se han perpetuado en el mundo y han sido transmitidas a la posteridad por mediación de los latinos, que las estudiaron y tradujeron con amoroso entusiasmo. Además, para nosotros los españoles tiene el interés particular de haberla ennoblecido y abrigado muchos autores nacidos en nuestra patria, la cual recogió en algunos aspectos artísticos

con más fidelidad que nadie las modalidades del pueblo latino, del cual somos hijos espirituales.

División.—En el espacio de tiempo que abarca la literatura latina, podemos señalar tres épocas generales, que llamaremos de *formación*, que llega hasta la muerte de Sila (78 a. de J. C.); de *apogeo*, hasta la de Augusto (14 d. de J. C.), y de *decadencia*, épocas que en estudios más detallados pueden a su vez subdividirse en períodos.

Época de formación

Los primeros monumentos literarios.—Las primeras manifestaciones de la literatura latina, tienen más importancia gramatical y filológica que artística, y ni el espacio que podemos dedicar a este asunto ni el plan de la obra permiten sino una mera enunciación de nombres.

Hay obras de carácter lírico como los cantos religiosos de los sacerdotes *arvales* que entonaban himnos en la primavera como símbolo de la fecundidad, pidiendo la protección de los dioses para que las cosechas fuesen abundantes y fructíferas; y como los llamados *salios* en honor de Marte, cantos en los cuales probablemente irían unidas las tres artes, poesía, música y danza. Hubo también ciertas composiciones dialogadas de carácter satírico y obsceno, gérmen informe de la poesía dramática, llamadas *cantos fesceninos*, palabra derivada según unos de Fescenia, ciudad de Etruria, y según otros de «fascinus», maleficio, y las *farsas Atelanas* cantadas por coros de rústicos y soldados, ya en sus fiestas agrícolas, ya en honor de triunfos militares.

Dado el carácter del pueblo romano, no podían faltar composiciones de brevedad epigráfica como las *Inscripciones de los sepulcros de los Escipiones* y la grabada en la columna rostral de *Duilio*, o legislativo como la llamada *Ley de las Doce Tablas*.

Después de estos primeros balbuceos del genio latino, verdadera infancia de su arte, aparecen otras manifestaciones más importantes, épicas y trágicas, de

las cuales quedan escasos fragmentos, nacidas al contacto de la civilización griega y al impulso patriótico de las guerras púnicas.

Entre los autores cuyos nombres se han conservado, citaremos al griego de Tarento *Livio Andrónico* que además de hacer una tosca traducción de la *Odisea*, dió a conocer los grandes trágicos helénicos; *Cneo Nevio* que abandonando la imitación griega, en sus obras dramáticas se inspira en asuntos romanos y además escribe un poema heroico de asunto nacional acerca de la primera guerra púnica, y por último a *Quinto Ennio*, que aparte de otras composiciones, escribe tragedias, traduciendo a Esquilo y a Eurípides; sátiras, que con él adquieren carácter propio, constituyéndose en composición independiente y los *Anales*, narración poética en orden cronológico de la historia del pueblo romano desde la fundación de Roma hasta los tiempos contemporáneos al autor.

La comedia latina.—Aunque los romanos fueron más aficionados a los juegos del circo que a las representaciones teatrales, en esta época florece esta clase de obras con dos autores, *Plauto* y *Terencio*, los más importantes dentro del género.

Plauto ⁽¹⁾ es llamado el padre de la literatura cómica latina, aunque no se distingue por la originalidad de los asuntos, pues como él mismo confiesa en los interesantes prólogos de sus obras, se inspira en los autores griegos, principalmente en Difilo y Filemón, a los cuales frecuentemente traduce.

Sin embargo, Plauto debe al teatro griego menos quizás de lo que él mismo pensara, pues con frecuencia los personajes de sus obras son totalmente romanos y sólo tienen de Grecia el nombre. Piensa que el

(1) Plauto nació en Sarsinia (Umbría) hacia el año 227 y murió, según parece, hacia el año 184, aunque ambas fechas son muy inseguras. Lleno de aspiraciones pasó a Roma, en donde compuso comedias que vendió y representó él mismo, enriqueciéndose. Arruinado más tarde, fué esclavo de un tahonero, viéndose obligado a dar vueltas a la rueda de un molino.

interés es la suprema condición de las obras literarias, y atento exclusivamente a divertir y regocijar a los espectadores, no se defiende en la mayor o menor verosimilitud de la intriga, ni en la urbanidad y corrección de los chistes, con demasiada frecuencia obscenos.

Usa del retruécano y del equívoco, y recoge y conserva muchas formas lingüísticas populares que él conocía perfectamente por haber vivido en contacto con las ínfimas clases sociales, y desde este punto de vista tiene también gran importancia para el estudio de la lengua.

Dentro de la limitación del teatro romano, que no podía representar ni la vida política ni la familiar en su aspecto íntimo, recoge tipos perfectamente observados en la sociedad contemporánea a él, como son el viejo avaro, el joven aturdido y pródigo, el esclavo enredador y el soldado perdonavidas, de abundante descendencia en todas las literaturas, algunos de los cuales son todavía regocijo de los públicos contemporáneos.

De las numerosas obras que escribió sólo se conservan veinte ⁽¹⁾, y aunque los antiguos sólo conocieron el drama y Plauto cultivó exclusivamente la comedia, su obra *Los Cautivos* tiene un carácter especial, y al pintar la abnegación del esclavo Tíndaro por salvar a su amo, ofrece altos y saludables ejemplos dignos de ser imitados. ⁽²⁾

Mostellaria, cuya acción se complica por la fingida existencia de duendes y aparecidos, fué imitada por

(1) He aquí los títulos: Anfitrión, Asinaria, Aulularia, Los Cautivos, Curculio, o sea el gorgojo, Casina, Cistelaria, Epidico, Las Baquis, Mostellaria, Los Menechmos, Miles gloriosus, o sea el soldado fanfarrón, El Mercader, Pseudolo, Poenelus, es decir, el cartaginesillo, Persa, Rudens, Sticho, Trinummus, es decir, los tres escudos, Truculento, o sea el Brutal.

(2) Véase especialmente la escena V del acto III.

el francés Regnard en su obra «La vuelta más pesada»; en *Aulularia*, o sea la marmita, crea el tipo del avaro, obra que más tarde imita Molière en «L'Avare», y *Menechmi*, comedia de enredo fundada en la semejanza de dos hermanos gemelos que no se conocen, inspira al inglés Shakespeare «La comedia de las equivocaciones».

El otro autor cómico de esta época es **Publio Terencio Afer** ⁽¹⁾ cuyo arte es totalmente distinto del de Plauto. La sociedad aristocrática y culta en que vivió y el ambiente de civilización elegante que le rodeaba, hacen que sus obras se distinguan por la regularidad del plan, la corrección del lenguaje y lo urbano y decente del chiste. Sin embargo, lo que ganan las obras de Terencio en perfección lo pierden en interés y amenidad y por eso no fueron populares ni aplaudidas en su tiempo, pues sus excelencias se perciben más en la lectura reposada y tranquila que en la rapidez de la representación.

Terencio imita a los autores griegos, principalmente a Menandro, y por su corrección de estilo, naturalidad de lenguaje y elegancia en el diálogo, ha sido muy elogiado por la crítica, especialmente la francesa, que quizás ha exagerado la tendencia moralizadora del autor latino, que si se percibe algunas veces, en otras falta por completo.

De las seis obras que de él quedan ⁽²⁾ la más importante es *Adelphi*, o sea «Los Hermanos», en la cual

(1) Se cree que nació en Cartago en 185. Prisionero en África, fué esclavo de un senador, llamado Terencio, quien lo manumitió y dió su nombre. Muy estimado por los personajes más importantes de Roma, tales como Escipión el africano y Cayo Lelio, consiguió gran fama como literato y por último marchó a Grecia, en donde murió en 159, según parece en un naufragio, desapareciendo con él las obras que había compuesto durante su estancia en este país.

(2) He aquí los títulos: Andriana, Hecyra, Heautontimorúmenos, o sea, el que se atormenta a sí mismo, Formión, El Eunuco y Adelphi.

plantea el problema de la educación de los hijos, tema de constante actualidad aunque mueve a sus personajes entre dos extremos, la excesiva libertad y la exagerada represión, obra que inspiró a Molière su comedia «La escuela de los maridos».

Prosistas.—A esta época pertenecen también numerosos oradores, de los cuales no se conocen sino los nombres y algunas frases sueltas, y bastantes escritores didácticos, de los cuales el más famoso es *Marco Porcio Catón el Censor*, notable por su austeridad y energía y por su obra *De re rústica*, especie de tratado de agricultura.

Época clásica

Sus límites.—La época de apogeo o florecimiento de la literatura latina es llamada *época clásica* y *edad de oro* y comprende el tiempo que media entre la muerte de Sila (78 a. de J. C.) y la de Augusto (14 d. de J. C.) que en la historia de Roma representa la última evolución política de la República que se transforma en el gobierno de los triunviros, entre quienes culmina Julio César, y la aparición del Imperio con Octavio Augusto.

En esta época triunfa definitivamente la cultura helénica, y Grecia, vencida y dominada por Roma, se impone espiritualmente a sus vencedores. Florecen todos los géneros literarios: solamente el teatro enmudece falto del ambiente popular, pues el público prefería las farsas paródicas y mímicas y los juegos del circo, más en armonía con el carácter del pueblo romano y con la misión política que desempeñaba en el mundo.

Augusto, el primer emperador romano, y su ministro Mecenas, protegen y favorecen a los sabios y artistas y a este tiempo pertenecen los hombres más importantes de la historia de la literatura, los cuales viven y prosperan a la sombra del monarca, al que con cierto espíritu de servilismo procuran adular en extremo, aunque esto lo encubran con la máscara del agradecimiento. Por esto, si florecen todos los géneros, en tiempo de Augusto plegó

sus alas la oratoria. Antes de él, en los últimos años de la República, época de agitación política y de evolución y transformación de la democracia, la oratoria vivió vida esplendorosa, que coronó brillantemente la mágica palabra de Cicerón, pero instaurado el régimen imperial, enmudeció, o corrompida por los halagos o temerosa de la violencia.

Poetas.—Entre los poetas de esta época y el primero en orden cronológico aparece **Tito Lucrecio Caro** (1), autor que se destaca con individualidad poderosa.

La obra de Lucrecio Caro se titula *De Rerum natura* y es un poema épico filosófico en el cual, siguiendo las doctrinas del filósofo griego Epicuro, explica el origen y la conservación del mundo, entreviendo doctrinas y teorías que hoy tienen actualidad.

Prescindiendo de ellas, pues este no es lugar para su examen, hay que reconocer en su autor una poderosa imaginación y una brillante fantasía, con las cuales hace agradables y atractivas cuestiones de gran dificultad de exposición, y así hay fragmentos como la invocación a Venus (canto I) de gran sentimiento lírico; otros, como el principio del canto II, de serena placidez espiritual, y algunas descripciones de la naturaleza y la famosa de la peste (canto VI), de gran potencia imaginativa, que demuestran que el poeta brilla más alto que el didáctico.

Pero los grandes poetas latinos de la época son *Virgilio*, *Horacio* y *Ovidio*.

En las diversas composiciones que escribe **Virgilio** (2)

(1) Poco se sabe de la vida de este autor. Nació en Roma hacia el año 98 a. de C. Perteneció a una familia noble y fué amigo de los principales literatos contemporáneos a él. Probablemente estuvo en Atenas en donde estudió la filosofía epicúrea, y a su regreso compuso su poema, aprovechando los intervalos de lucidez, pues según la tradición cayó en la demencia. Se suicidó en 55 a. de J. C.

(2) Virgilio (70-19) nació en Andes, cerca de Mantua. Aunque hijo de padres humildes, recibió esmerada educación. Víctima de las guerras civiles, fué desposeído de su patrimonio, pero más adelante tuvo la protección de Augusto y de Mecenas,

predomina el sentimiento y además una idea patriótica y nacional corre por todas ellas y mueve su pluma.

En las *Églogas* sigue las huellas de Teócrito, y si no canta la vida de la naturaleza con la sencillez que éste, tienen en cambio cierta sentimental delicadeza tan difícil de conseguir que sus numerosos imitadores han caído en la afectación y falseamiento del género.

En *Alexis*, tal vez la primera que escribió, sigue a Teócrito más de cerca que en otra alguna; *Títiro* le sirve para demostrar su gratitud a Augusto por haber devuelto a su padre los campos que le fueron arrebatados por los legionarios, y en *Polión* augura el nacimiento de un niño que hará que los hombres vuelvan nuevamente a la edad de oro, lo cual en una época de fe exaltada fué considerado como una profecía del nacimiento de Jesucristo; *La Hechicera*, inspirada también en Teócrito, fué imitada en la primera parte por nuestro gran poeta Garcilaso, quien en general está constantemente influido por el poeta latino.

Las *Geórgicas* son un poema épico didáctico escrito para reavivar en los romanos el amor a la agricultura, abandonada por la excesiva afición a la guerra. Inspirándose en el poeta griego Hesiodo, explica las labores del campo y los animales útiles a la agricultura, y por la sencillez del estilo, la naturalidad del lenguaje, la belleza de la versificación y aun por los episodios que la esmaltan, todos los autores la consideran como la obra más perfecta de Virgilio y uno de los poemas didácticos más notables de todas las literaturas.

Por último, en la *Eneida* hace el poema heroico nacional, y por las condiciones del plan y el desarrollo de la acción, se considera como un modelo de

que le obsequiaron y agasajaron espléndidamente. En edad ya madura hizo un viaje a Grecia, con objeto de comprobar ciertos detalles necesarios para su poema *Eneida*, y murió a los pocos días de su regreso.

poesía épica erudita, en cuyas fuentes han bebido casi todos los cultivadores del género.

Es cierto que no tiene la espontaneidad y grandeza propias de las composiciones populares, pero el patriotismo que corre por todas sus páginas y las diversas aventuras del héroe, justifican el calificativo de *epopeya del mar latino*, que se ha dado a la *Eneida*.

Hecha esta obra por encargo de Augusto, Virgilio tomó por modelos la Iliada y la Odisea, y en los doce cantos de que consta trata de las peregrinaciones de Eneas, uno de los héroes troyanos, y sus batallas y afaes en el Lacio, hasta que en combate singular vence a Turno y obtiene la mano de Lavinia y el dominio de la comarca sobre la cual había de elevarse Roma. La ruina de Troya (Canto II), los desdichados amores de Dido (Canto IV), la visita de Eneas a los Campos Elíseos, en donde su padre Anquises vaticina los destinos de Roma (Canto VI) y el combate singular entre Eneas y Turno (Canto XII) son los episodios más notables de la *Eneida*.

Sin embargo, el más excelso de los líricos latinos es **Quinto Horacio Flaco** ⁽¹⁾, cuya influencia principalmente desde el renacimiento para acá ha sido extraordinaria.

Su inspiración recorre solamente la vena lírica en diversidad de forma que origina su caudal literario compuesto de *Sátiras*, *Odas*, *Epodos*, *Epistolas*, y el *Carmen seculare*.

La sátira, como género literario e independiente es totalmente romana, pues los griegos con este carácter no conocieron sino la comedia antigua, la de Aristófanes, personal y violenta. En Roma ya se había cultivado principalmente con Lucilio, que en

(1) Nació en Venusia el año 65 y murió en Roma el año 8 a. de J. C. Perfeccionó en Atenas la esmerada educación que recibiera en Roma, aunque nacido de padres humildes. Asistió a la batalla de Filipos y más adelante fué protegido por Augusto y Mecenas, con quienes le unió estrecha y fiel amistad, muriendo en Roma pocas semanas después que éste.

tono demasiado rudo y con frecuencia dirigiéndose al vicioso y no al vicio, aspira a la corrección y enmienda por medio del ridículo.

Horacio en sus *Sátiras* prescinde casi siempre de alusiones personales y en un estilo entre suave e irónico que llamaron los antiguos estilo medio, censura defectos y vicios que son de todas las épocas, como la avaricia, la hipocresía, la maledicencia, el lujo, el libertinaje y la inconstancia.

A todas esas deformidades y vicios presenta en tono plácido y sereno que rara vez adquiere inusitada energía como en la sátira segunda del libro 2.º, las ventajas de la virtud y de la sabiduría del vivir, como fundamento de una tranquila medianía.

En las *Odas* y en los *Epodos*, aunque en estos predomina el carácter satírico, es donde aparece el temperamento lírico de Horacio, en composiciones de diverso asunto, heroico, filosófico, amoroso, elegíaco, moral, etc., pero siempre con el reposo y serenidad característicos de las poesías de este autor, que armonizaba muy bien con su filosofía levemente egoísta, que *ambiciona* solamente no tener *ambición*, o sea lo que se llamó *áurea mediócritas*.

Esa serenidad y reposo no le abandonan ni aun en las composiciones heroicas, como en *O navis*, en la que con generoso amor avisa a su patria en forma simbólica de los horrores de la guerra civil y de los peligros que la amenazan; y se manifiesta en marco adecuado en sus *Odas a Mecenas y Augusto*, en las que testimonia su agradecimiento a sus bienhechores, y es fruto maravilloso y sazonado cuando los anima con su amor a la naturaleza en su *Beatus ille*, igualada, si no superada, por Fray Luis de León, el más horaciano de nuestros poetas, en su oda «A la vida del campo».

Las *Epístolas* son la obra de la edad madura de Horacio y reproduce con mayor reflexión, dirigién-

dolas a algunos amigos, los temas tratados en las *Sátiras* y en las *Odas*.

Especial interés tiene la tercera del libro II, o sea la *Epístola a los Pisones*, por ser un compendio de las reglas de la literatura clásica.

El sistema literario que preconiza, más espontáneo que reflexivo, es el triunfo del buen gusto más depurado, advirtiéndose en él una tendencia hacia el arte docente común con casi todos los antiguos. La mayor parte de todos sus preceptos tienen tan perenne frescura que aun conservan su vigor, y sólo algún detalle referente a la composición dramática ha quedado reducido a valor histórico. Menéndez y Pelayo llama a esta epístola «código admirable de preceptiva racional y sana, basado en la experiencia más que en la especulación».

Por último, el *Carmen seculare* fué un himno de carácter patriótico y religioso cantado por niños, mujeres y ancianos en unas fiestas que los romanos celebraban cada siglo, de aquí el nombre de *seculares*, para pedir la paz y el poderío de Roma.

Uno de los poetas más grandes de la literatura latina es **Publio Ovidio Nasón** ⁽¹⁾ ejemplo notable de decidida aptitud versificadora que exteriorizó en diversas composiciones unas líricas, como *Los Amores* y los *Tristes y Heroidas*, y otras épicas, como los *Fastos* y las *Metamorfosis*, pues una tragedia titulada *Medea* se ha perdido.

(1) Ovidio nació en Sulmona el año 43 a. de J. C., de familia rica perteneciente al orden ecuestre. Fué a Roma y ejerció diversos cargos políticos, que no ahogaron su nativa facilidad versificadora, pues aunque él mismo se proponía no hacer versos,

Juro, tibi, pater, nunquam componere versus,
sin embargo,
Et quod tentabat dicere, versus erat.

Dedicado totalmente al cultivo de la poesía, fué amigo de los personajes más influyentes de la corte de Augusto, y el mismo emperador le distinguió con la suya, hasta que el año 9 d. de Cristo fué desterrado, por causas probablemente políticas y que la crítica moderna va descubriendo, a Tomes, a orillas del mar Negro en donde murió el año 17 de Cristo, sin haber olvidado nunca la patria querida.

La poderosa vocación poética de Ovidio recorre con igual facilidad todos los tonos y los asuntos más diversos; hasta en los más áridos y ajenos al arte encontraba fáciles veneros de inspiración que le servían para hacer alarde de sus facultades poéticas, en obras tan diversas como *Los Amores*, elegías eróticas de carácter frívolo y mundano; las *Metamorfosis*, poema épico cosmogónico en el que con brillante estilo explicó las transformaciones de los seres, empezando por la del Caos en los distintos elementos del mundo y acabando por la de César en astro; las *Heroidas*, cartas amorosas que personajes de la mitología dirigen a sus amantes o esposas, y los *Tristes y Desde el Ponto*, elegías escritas en el destierro, en las que con intimidad subjetiva llora la ausencia de la patria querida.

Poetas eróticos.—También se cultiva por otros autores la poesía elegíaca de asunto amoroso, entre los que sobresalen **Catulo**, **Titulo** y **Propercio**, que florecieron en el siglo I a. de J. C., y que tienen su musa inspiradora en alguna dama, a la que dedican sus composiciones, sobresaliendo Catulo por el sentimiento, Tibulo por la elegancia, dulzura y sensibilidad, quizás excesivas, y Propercio por su arte y erudición mitológica y por ser el creador de la elegía nacional de asunto patriótico.

La prosa latina en la época clásica.—La prosa latina en esta época tiene, lo mismo que la poesía, un gran florecimiento. Las instituciones jurídicas y políticas de Roma favorecen el desarrollo de la oratoria, que alcanza las cumbres de la elocuencia con Cicerón, y los géneros puramente didácticos, en sus diversas manifestaciones, principalmente en la histórica, lo cultivan con gran fortuna literatos cuyo nombre ha pasado a la posteridad. Contribuye a este floreci-

miento la perfección de la prosa literaria y de la lengua, que en Cicerón tienen flexibilidad y abundancia que no habían de ser superadas.

Historiadores.—En la *Historia*, hay que citar el primero, en orden cronológico, al célebre triunviro **Julio César** (100-44 a. de J. C.), cuya vida es tan conocida, quien además de orador, epistológrafo, gramático y poeta, fué historiador muy notable. Escribe los *Comentarios de la guerra de las Galias* en siete libros ⁽¹⁾ y los *de la guerra civil* en tres, en lenguaje castizo y correcto y estilo conciso y animado, más difícil de imitar por esto mismo, por la naturalidad que brota de la pluma del autor, exenta aparentemente de toda preocupación literaria.

Las obras históricas de Julio César son igualmente notables desde los puntos de vista militar y geográfico, por las noticias que nos da acerca de los pueblos contra quienes guerreaba.

Cornelio Nepote (¿99-24?) fué contemporáneo de Julio César, y escribió veinte biografías de hombres ilustres de Grecia, Roma y Cartago, con el título *De los hombres ilustres*, que a falta de otros méritos tiene el de la sencillez de lenguaje y estilo, por lo cual sirve de texto a quienes desean iniciarse en el estudio de la lengua latina.

Gran fama tiene **Cayo Crispo Salustio** ⁽²⁾, que cultivaba con gran fortuna la historia de sucesos particulares en sus dos obras la *Conjuración de Catilina*, y

(1) El libro octavo de estos Comentarios fué escrito por Aulo Hircio, quien además escribió tres libros que tratan de las campañas de Julio César en Alejandría, África y España.

(2) Nació en Amiterno el año 86, y murió en Roma en 36. De familia modesta, se educó en Roma e intervino activamente en las cuestiones políticas, conspirando contra Cicerón. Partidario de César, fué pretor y más tarde procónsul en África, en donde no perdonó medio alguno para enriquecerse, como lo consiguió. A su regreso a Roma edificó un magnífico palacio en donde vivió sus últimos años, dedicado al disfrute de las riquezas que había acumulado durante su inmoral vida de gobernante.

la *Guerra de Yugurta*, narraciones interesantísimas y amenas y de gran valor para el conocimiento de los hombres y costumbres de Roma, cuyos vicios censura y quiere corregir con máximas de austera moralidad que es lástima no cumpliera en su vida política.

También escribió cinco libros de *Historias*, en los que narra los sucesos ocurridos de Yugurta a Catilina, completandó así la historia de Roma en ese período; pero de esta obra sólo quedan escasos fragmentos.

Pero el autor más importante en este género es **Tito Livio** ⁽¹⁾, quien escribió una historia completa de Roma con el título de *Anales* y que actualmente se conoce con el nombre de *Décadas*, por haberla dividido los copistas en períodos de 10 años. Desgraciadamente no ha llegado completa hasta nosotros, pues de los ciento cuarenta y dos libros que comprendía, y que abarcaban desde la fundación de Roma hasta la guerra germánica y la muerte de Druso, sólo se conservan treinta y cinco, de narración viva y animada, a lo que contribuyen las arengas y los discursos que pronuncian los personajes.

Tito Livio no es un historiador crítico y erudito, y por eso no se detiene a investigar la verdad de los hechos que recoge en su obra; al tratar, sobre todo de los tiempos primitivos, no desdeña ninguna fábula, tradición ni leyenda que contribuya a enaltecer la historia de Roma, que él abriga y enaltece con espíritu patriótico que viene en cierto modo a completar el pensamiento de Virgilio en la Eneida.

Oratoria.—Cicerón.—Uno de los hombres más famosos de la literatura latina, y desde luego, el primero

(1) Tito Livio nació en Padua en 59 a. de J. C. y murió el año 19 de la Era cristiana. Augusto le distinguió mucho y le facilitó toda clase de medios para la composición de su obra. Al ocupar el trono Tiberio se retiró a su ciudad natal y en ella murió.

en la oratoria es **Marco Tulio Cicerón** ⁽¹⁾. Polígrafo eminente, y según el Sr. Menéndez y Pelayo, «el primer prosista de la tierra y uno de los escritores más grande y a quien se toma más cariño». La flexibilidad de su talento hizo que cultivara con gran éxito diversos géneros, y por eso hay que estudiarlo como *orador, didáctico y epistológrafo*.

Los discursos de Cicerón, lo mismo los forenses que los políticos, se caracterizan por la abundancia del lenguaje, lo elegante de la construcción y la belleza de los adornos, que si quita fuerza lógica al pensamiento, consigue en cambio cautivar la sensibilidad, que queda subyugada por la armonía y sonoridad del período ciceroniano. En este aspecto se citan como modelos los discursos pronunciados en favor de Milón y de la ley Manilia; las *Verrinas*, oraciones contra Verres, acusado de crímenes horrendos en su cuestura de Lilibea (Sicilia) y, sobre todo, las *Filípicas*, vehementes arengas contra Catilina conocidas de todos los estudiantes.

En las *obras didácticas* quizás sea más grande Cicerón, aunque es menor su popularidad, pues su talento y su actividad se diversifican en multitud de aspectos que le hacen aparecer como filósofo, retórico, crítico, moralista, gramático y político. En estas obras se despoja de la grandilocuencia externa y amplificadora de la oratoria y con espíritu reposado y sereno y con gran originalidad de pensamiento, que dirige rectamente al bien y a la virtud, escribe con sencillez

(1) Nació en Arpino en 106 a. de J. C. y recibió esmerada educación, favoreciendo con el estudio y los viajes las brillantes facultades naturales que poseía. Desde muy joven intervino en los asuntos políticos de su patria, llegando hasta el consulado y descubriendo y venciendo la conjuración de Catilina. Partidario de Pompeyo y más tarde de Octavio, éste le abandonó a la venganza de Fulvia, mujer de Antonio, quien le hizo degollar el 7 de Diciembre del año 43, siendo expuestas en la tribuna pública su cabeza y su mano derecha.

llez y nobleza incomparables, que dan a sus páginas interés y atractivo extraordinarios.

En este sentido, sus *diálogos literarios*, *Del orador*, especie de preceptiva de la oratoria, y el *Bruto*, o *de los ilustres oradores*, historia de la elocuencia romana; el *político*, *De la República*, en donde expone sus doctrinas acerca de la constitución de los Estados; los *filosóficos*, *De senectute* y *De amicitia*, en los que imita a Platón; el tratado *De officiis*, o sea, de los deberes, obra de amplio valor educativo llena en todas sus páginas de espíritu patriótico y las *Cuestiones tusculanas*, escritas en su retiro de Túsculo en momentos de desengaño, y en las que investiga los medios para conseguir la felicidad espiritual, son, con otras, las obras más famosas de Cicerón.

Por último, como *epistológrafo*, tiene las *Cartas*, colección numerosísima—cerca de 800—que son modelos del género, y su carácter de intimidad y confianza las convierte en verdaderos documentos utilísimos para el estudio de la época y del artista.

Época decadente

Su extensión.—La decadencia de la literatura latina comprende el espacio de tiempo que media entre la muerte de Augusto (14 d. de J. C.) y la destrucción del Imperio romano de Occidente (476).

Su carácter.—La inmoralidad pública y privada, el despótico poder personal de los emperadores, la pérdida de las virtudes cívicas del tiempo de la república, todo este estado de perturbación y desorden se refleja también en la literatura, que no puede sustraerse al ambiente que respira y que no produce obras maestras, ni autores de genio, aunque desde Augusto hasta Adriano (14-117) todavía florezcan algunos literatos estimables que en parte contienen la decadencia.

En esta relajación general se cultivan, como es lógico, aquellos géneros literarios que, como la sátira y la fábula, aspiran gene-

rosamente a ser disciplinas que corrijan el vicio y el desorden, ya con acentos de indignación o suave y calladamente, dejándolos correr bajo el velo de la alegoría o con obras de marcado carácter didáctico, dirigidas principalmente a enseñar a los literatos el camino del buen gusto. Y es notable que sea en un español, en Quintiliano, en quien cristaliza esta tendencia, realizando una labor cuyo mérito no ha disminuido con el tiempo; nombre y tendencia que pueden oponerse a quienes acusan al genio español, tan notable en esta época, de haber contribuido a la decadencia de la literatura, como si ésta no se produjera natural y espontáneamente cuando se agotan los ideales y hay que buscar la originalidad en el retorcimiento de la frase y en la novedad inusitada de la palabra.

No contribuyó, pues, el pensamiento español a la decadencia de la literatura latina, que entonces ya era la manifestación artística de un pueblo en plena descomposición: lejos de esto, podemos afirmar, que así como España dió entonces a Roma sus mejores Emperadores, también le dió literatos de importancia que en algunos géneros no tuvieron rival ni quienes les superara. Dentro de los límites de este trabajo cabe sólo un breve estudio de los más importantes, y para que se vea la variedad del genio español, aquí citaremos los nombres de Marco Porcio Latrón, Julio Galión, Turrino Clodio y los gaditanos Balbos, que sobresalieron en la oratoria; Cayo Julio Higinio, Pomponio Mela y Junio Moderato Columela, didácticos de importancia; Silio Itálico, Draconcio y San Orencio, poetas, y Floro, Idacio y Paulo Osorio, historiadores.

Poesía épica.—**Lucano.**—Entre los poetas épicos el más notable de todos es el cordobés *Marco Anneo Lucano* ⁽¹⁾, autor de la *Farsalia*, que narra la guerra civil entre César y Pompeyo, la cual por ser contemporánea a su autor no pudo idealizar, faltándole por lo tanto el elemento imaginativo necesario en la poesía

(1) Lucano nació en Córdoba el año 39 de la Era de Cristo. Amigo de Nerón, perdió el favor de éste que envidiaba los aplausos que Lucano obtenía con sus poesías. Entró más tarde en una conjuración contra el tirano y sometido al tormento, denunció a sus cómplices, pero al fin murió con valor desangrándose en el baño en el año 65.

épica que sólo puede conseguirse cuando el tiempo ha actuado sobre los hechos que se narran.

Hay en la «Farsalia» cierta tendencia a la hipérbole y gran fuerza de color, producto de una poderosa fantasía, que a veces le da cierto tono declamatorio y retórico, pero tiene bellas descripciones, como la de la selva mágica de Marsella y caracteres como el de Catón enérgicamente pintados.

Poesía satírica.—En estas composiciones, a cuyo cultivo tanto se prestaba la época, son notables **Persio** (34-62), que en las seis *Sátiras* que de él nos quedan en estilo conciso, exhorta al cumplimiento de la virtud y del bien y censura el vicio con la austeridad de un estoico: **Marcial** (42-102 español, nacido en Bilibis, cerca de Calatayud, que en sus quince libros de *Epigramas*, recoge en pinceladas rápidas, precisas y plélicas de gracia aunque con frecuencia demasiado libres, todos los defectos de sus contemporáneos y **Juvenal** (47-130), quien en las dieciseis *Sátiras* que se le atribuyen ataca la inmoralidad y corrupción que le rodeaban en tonos enérgicos y de viva indignación según el mismo declara en su *Sátira* primera, aunque tampoco le es desconocida la ironía como se ve en la *Sátira* VI en la que se burla de la mujer sabihonda.

La Fábula.—Fedro.—El fabulista de esta época es Fedro, liberto de Augusto. Sus composiciones, lo mismo las originales que las imitadas de Esopo, se distinguen por la sencillez y naturalidad y una concisión exenta de toda clase de adornos para que el hecho no pueda desviarse del propósito didáctico que le guía. Muchas de sus composiciones originales tienen interés para el estudio de algunos personajes romanos de su tiempo a quienes parece que alude.

Prosistas.—Tácito.—El historiador más notable de la época y en opinión de muchos, el primer historiador

latino es **Cayo Cornelio Tácito** (54-119), que se distingue por la concisión del estilo, profundidad del pensamiento, por la energía con que fustigó el vicio y enalteció la virtud. Además, su espíritu filosófico le lleva a buscar las causas de los hechos y a deducir sus consecuencias.

Las obras que de él han llegado hasta nosotros son: 1.º *La vida de Agrícola*, suegro del autor, célebre general romano, biografía admirablemente escrita de carácter panegírico en la que se armonizan perfectamente la severidad de la justicia con la ternura del afecto; 2.º *De las costumbres de los Germanos* de carácter geográfico histórico y de interés extraordinario para el estudio de los antiguos pueblos del Norte; 3.º *Las Historias*, narración de los hechos contemporáneos al autor y que se extiende desde Galba hasta Domiciano y 4.º *Los Anales* que abarcan desde la muerte de Augusto hasta la de Nerón, obras en las que su amor a la verdad histórica le lleva a narrar los hechos con tal fidelidad que el relato adquiere la plasticidad de la dramática.

Interesante es también **Cayo Suetonio Tranquilo** (75-160), que escribió la vida de *Los doce Césares*, desde Julio César a Domiciano, biografías interesantísimas por las anécdotas intercaladas en la narración y que contribuyen al detallado conocimiento del personaje.

Didáctica.—En contra de lo que ordinariamente se cree, los didácticos españoles contribuyeron a detener los vicios de la oratoria romana, ya censurando sus defectos, ya dando reglas para el acertado desarrollo de la elocuencia. Importa por lo tanto rehabilitar el nombre de los ingenios españoles, y principalmente, el del cordobés **Marco Anneo Séneca** (59 antes de J. C.-37 d. de J. C.), conocido con el sobrenom-

bre del *Retórico*. Las *Controversias* y *Suasorias*, obras que corren con su nombre, son discursos de carácter judicial y deliberativo notables por la pureza del lenguaje, pero que han sido muy censurados por su tono enfático y declamatorio: pues bien, estas obras no son más que una recopilación de discursos que Séneca había oído y que recordaba, gracias a su feliz memoria: pertenecen, pues, a oradores romanos de plena decadencia y de Séneca son exclusivamente los prólogos que puso en la colección. Juzgándole por ellos, aparece precisamente como severo crítico de los vicios de la oratoria romana, en la cual censura, ya la debilidad de la argumentación, ya el exceso de figuras y adornos retóricos.

Pero el mayor didáctico de la época es **Marco Fabio Quintiliano**.⁽¹⁾

Prescindiendo de algunas obras menos importantes como las *Declamaciones* y *Arte de Retórica* y de otras como el *Diálogo de los oradores*, o *Causas de la corrupción de la elocuencia*, cuya paternidad está en litigio, pues muchos autores se la atribuyen a Tácito, tiene bastante para su fama con las *Instituciones oratorias*.

Esta obra es un tratado completo de la educación del orador, a quien presenta desde la cuna señalando las cualidades que ha de tener la nodriza y le sigue en todo el desarrollo de su vida estudiando las condiciones del pedagogo que ha de acompañar al niño, del gramático que ha de instruirlo y del retórico que

(1) Nació en Calagurris, hoy Calahorra, hacia el año 42 y murió en 118. El emperador Galba que le había conocido en España le llamó a Roma, en donde obtuvo grandes triunfos como abogado y profesor de Retórica, siendo el primer profesor oficial de esta materia. Lleno de consideraciones y respetado por todos, después de 20 años de ejercicio abandonó la cátedra, retirándose del bullicio de la corte, no siendo feliz en sus últimos años a causa de lamentables desgracias de familia.

completará su educación hasta hacerle perfecto en su arte.

Nada escapa a la mirada de Quintiliano, que con esta obra, código del buen gusto y de la perfección pedagógica, consiguió detener la decadencia de la oratoria y dignificarla insistiendo constantemente en su aspecto moral: el orador no es nada si no es hombre de bien.

Quintiliano, aunque necesariamente se inspiró en las obras análogas de Aristóteles y Cicerón, dió carácter personal y propio a sus conocimientos teóricos y prácticos en la materia, consignando reglas y preceptos que en su mayor parte son aún de necesaria aplicación y tratando cuestiones, como la elección de maestro y la de si es preferible la educación pública a la privada, que hoy tienen palpitante actualidad.

Lucio Anneo Séneca⁽¹⁾, llamado *el Filósofo* para distinguirlo de su padre, el Retórico, tiene una importancia enorme en la historia del pensamiento humano, y hay que estudiarle como trágico y como filósofo.

En el primer aspecto se le atribuyen diez obras de asuntos griegos todas ellas⁽²⁾ menos una titulada *Octavia*. Estas tragedias, cuya paternidad es una cuestión crítica muy discutida, se escribieron para ser leídas en recitaciones públicas o ante un auditorio de personas cultas y eruditas. Por eso, no tienen gran interés dramático ni la intensidad de la pasión mueve

(1) Nació en Córdoba el año 3 y murió en Roma el 65. Hijo de Marco Anneo, fué famoso por su elocuencia y consiguió riquezas y honores. Encargado de la educación de Nerón, las envidias y celos de éste hicieron que cayese en desgracia, y complicado más tarde en la conspiración de Pisón contra el tirano, fué condenado a muerte, que sufrió con serenidad de estoico, abriéndose las venas.

(2) He aquí los títulos de todas ellas, de las cuales sólo dos, *Medea* e *Hipólito*, parecen que indudablemente le pertenecen: *Medea*, *Tebaida*, *Edipo*, *Hécuba*, *Thyestes*, *Hércules furioso*, *Agamenón*, *Hipólito*, *Troades* y *Octavia*, la de más dudosa autenticidad.

a sus personajes, pero en cambio la abundancia gramatical es muy grande y la sonoridad de la versificación, que se manifiesta esplendorosa en los coros de verdadero carácter lírico, y la riqueza amplificadora de las descripciones, contribuyen a la brillantez del estilo.

Como filósofo es mucho más importante, habiendo pasado a la posteridad como el tipo del hombre sabio y bueno, pues, en efecto, nadie como él enalteció la perfección moral, la austera práctica de la virtud y del bien y la tranquilidad del alma en medio de las desgracias terrenas ⁽¹⁾.

La novela.—En esta época hay también alguna manifestación de la novela, aunque este género no se prestaba al carácter y al genio del pueblo romano, poco imaginativo e idealista, atento con preferencia a los esfuerzos de la voluntad.

Sin embargo, con carácter autobiográfico, existen dos obras, el *Satiricón*, debida a **Petronio**, nacida en el ambiente corrompido e inmoral de la corte de Nerón, y cuya vida licenciosa se retrata en sus páginas y el *Asno de oro*, de **Apuleyo**, escrita en el siglo II de J. C., basada en una novela griega que ya conocemos, y que trata de las aventuras de un hombre desde que es transformado en burro por la acción de un mito maravilloso, hasta que recobra su forma primitiva.

Lo más interesante de esta última es el episodio *Psiqué*, o sea el alma, que anda por el mundo llorosa y acongojada por haber perdido la inocencia primitiva, y que al fin encuentra la felicidad después de purificarse por el dolor y el sufrimiento.

(1) He aquí los títulos de las obras filosóficas de Séneca: De la ira; De la consolación; De la elocuencia; De la Providencia; De la vida bienaventurada; De la tranquilidad del ánimo; De la constancia del sabio; De la brevedad de la vida; De la pobreza; De los beneficios; Epístolas a Lucilio y Cuestiones naturales.

De aquí en adelante, la literatura romana puede decirse que agoniza lentamente, en un largo periodo de cerca de tres siglos. No hay en los escritores de la Roma pagana ni un destello de genio, ni quizás un atisbo de talento. Los poetas y prosistas viven del recuerdo de las antiguas grandezas literarias, y sus nombres pertenecen al erudito y al especialista, pero no al campo de la cultura general. Aquel todavía podrá encontrar algo plausible en las obras poético-didácticas de *Nemesiano*, o en los idilios de *Ausonio* o en el poema satírico personal de *Claudio*, no falto de imaginación, pero demasiado elocuente, o en el *Itinerario de Rutilio*, que tiene algunos fragmentos descriptivos animados por un vivo afecto a la grandeza de Roma; pero ni estos poetas ni los prosistas de la *Historia Augusta*, escritores biográficos de los Emperadores, ni *Simaco*, el último orador del paganismo, logran galvanizar el cadáver de la literatura romana.

Escritores latino-cristianos.—Para completar el cuadro de la literatura latina hay que reseñar, aunque sea brevemente, algunos autores que si emplearon el latín en sus composiciones pertenecen por su pensamiento al ideal cristiano, y al calor de estas doctrinas produjeron sus obras. Entre los

Poetas citaremos al español **Aquilino Juvenco** (siglo iv), que en sus composiciones, y principalmente en la *Historia Evangélica*, canta la vida de Cristo y la historia de la redención, «que valen más que los que habían dado fama a los antiguos poetas». No es un gran poeta y su latín es incorrecto, pero tiene el mérito de haber sido el primero que se inspiró en las ideas cristianas.

Mayor fama tiene otro poeta también español, **Prudencio**, probablemente aragonés y nacido, como el anterior, en el siglo iv. Escribió diversas obras, pero las más famosas son *El libro de los himnos* (Cathemerión), y *El libro de las coronas* (Peristefanón), en las que puso el entusiasmo y ardor de un apologista. En la segunda, sobre todo, narra con viril energía los tormentos de los mártires cristianos y se deja arreba-

tar por su inspiración lírica al contemplar la gloria que alcanzaron, y para ello, ni se detiene en el lenguaje ni en el metro, que transforma y modifica para adaptarlo a la exacta manifestación de su pensamiento, que así adquiere viveza y colorido, y nos conmueve por la intensidad de lo patético.

También hay que citar en este sitio a **San Ambrosio** (siglo iv), famoso por su energía con Teodosio el Grande ⁽¹⁾ y por su elocuencia, llena de unción religiosa en el fondo, pero demasiado sutil y enfática en la forma. A pesar de esto, sus triunfos para la fe cristiana fueron grandes, pero su fama como literato es mayor como poeta lírico, autor de los *Himnos*, de los que compuso la letra y la música, llenos de intenso amor a la Divinidad, y admirables por su enérgica concisión.

Prosa.—Los prosistas latino-cristianos encuentran en las nuevas doctrinas manantial inextinguible de inspiración artística, y dan a la *oratoria* una actividad y florecimiento que había desaparecido por completo en el corrompido ambiente del paganismo.

En discursos apologeticos y dogmáticos, y en escritos de carácter variado, pero con verdadera finalidad oratoria, los escritores cristianos pelean sin cesar contra las antiguas doctrinas y las herejías que ya habían aparecido, y enaltecen la nueva fe y la contrastan con la eficacia del ejemplo que con frecuencia se engrandece con la aureola del martirio.

Apologistas.—Entre estos sobresalen **Tertuliano** (siglos ii-iii), de elocuencia apasionada, vehemente y arrebatadora, que culmina en su principal obra el *Apologético*, en la que defiende a los cristianos perseguidos; **San Cecilio Cipriano** (200-258), que en sus dis-

(1) Por la crueldad empleada con los habitantes de Salónica, San Ambrosio prohibió al Emperador la entrada en la Basílica de Milán, diciéndole que estaba cerrada para los que habían vertido sangre inocente. Además le impuso severa penitencia y le obligó a pedir públicamente perdón de su pecado.

ursos y en su obra *De la unidad de la Iglesia*, demuestra su cultura y erudición; **Lactancio** (siglo iii-iv), autor de diversas obras, pero que en la más famosa de todas, *Instituciones divinas*, confirma sus dotes de escritor de palabra fácil y armoniosa, que da al conjunto una elegancia que justifica el sobrenombre de Cicerón cristiano, con que se le designa.

Dogmáticos.—Entre éstos, los más famosos de todos los Padres de la Iglesia latina son **San Ambrosio**, de quien ya hemos hablado, **San Jerónimo** y **San Agustín**.

San Jerónimo ⁽¹⁾ es un escritor de vasta cultura y de portentosa erudición.

Utilizando sus profundos conocimientos en literatura, lenguas, teología y demás disciplinas filosóficas, realiza la magna empresa de traducir el Antiguo y Nuevo Testamento, base de la Vulgata, cosa que nadie como él podía realizar por serle familiares el griego, el hebreo y el latín literario y culto, y como además era un gran literato en el que ardía el sentimiento de la belleza, esta traducción tiene el encanto y atractivo de una obra poética.

Escribe también numerosos comentarios sobre cuestiones religiosas y acerca de los Profetas y de las Epístolas de San Mateo y San Pablo y algunos tratados polémicos, y en todos ellos la aridez del asunto desaparece ante lo galano de la frase, producto de su potente imaginación.

En sus *Cartas*, modelos del género, la ternura de su alma y su profundo conocimiento del corazón hu-

(1) Nació en Estridonia (Dalmacia) en 3317 y murió en 420. Hijo de padres ilustres, se dedicó con afán al estudio y después de una vida agitada y mundanal, viajó por Oriente y vivió cuatro años en los desiertos de Siria. Fue a Roma llamado por el papa San Dámaso, quien le encargó la traducción de la Biblia, pero muerto éste fue a Palestina y se fijó en Belén, viviendo en humilde celda dedicado al estudio y en estrecha y severa penitencia y mortificación, hasta que murió en la fecha indicada.

mano, se manifiestan suave y plácidamente, favorecida por la intimidad de esta clase de composiciones.

San Agustín ⁽¹⁾ supera a San Jerónimo y a todos los escritores de su tiempo por su elocuencia y sabiduría, Genio enciclopédico, abarcó con mirada de águila toda la ciencia de su tiempo, que con él adquiere vultuos inusitados. La diversidad heterogénea de sus aptitudes se demuestra en sus numerosos escritos, de los cuales se han nutrido todos los filósofos cristianos, y su sabiduría, profundidad de pensamiento y elocuencia, han sido la admiración de todos los tiempos.

De todo hay en las numerosas obras de San Agustín; el crítico, el filósofo, el moralista, el teólogo, quedan abrumados ante su ciencia incomparable, pero las más famosas son *Confesiones*, autobiografía sincera y espontánea de su época turbulenta y borrascosa; las *Retractaciones*, en las que juzga los escritos de su juventud; las *Cartas*, que con las obras anteriores contribuyen al conocimiento de la psicología del autor; los *Sermones*, de los que desgraciadamente sólo quedan escasos fragmentos y, sobre todo, la más famosa de todas, la *Ciudad de Dios*, obra de vasto y variado plan en la que para demostrar que la invasión de Alarico y su entrada en Roma no era castigo de los dioses paganos irritados por el triunfo del cristianismo, crea la filosofía de la historia y señala el orden providencial que preside a los actos humanos.

(1) Nació San Agustín en Tagaste (África) a mediados del siglo IV; murió en Hiponax en el año 430. Su padre era pagano, su madre Santa Mónica, cristiana. En su juventud llevó una vida borrascosa y cayó en los errores de los maniqueos. Enseñó elocuencia en Cartago, Roma y Milán, y en esta ciudad le atrajo al cristianismo San Ambrosio, conversión que él nos cuenta de un modo encantador en sus *Confesiones*. Dedicado a la oración y a la penitencia, se entregó con entusiasmo extraordinario a la propaganda y defensa de la religión y consagrado obispo de Hiponax, ejerció 35 años el episcopado, dedicado al cultivo de las virtudes cristianas y asombrando al mundo con su sabiduría y piedad.

SEGUNDA PARTE

EDAD MEDIA

CAPÍTULO IV

LA LITERATURA LATINA EN LOS PUEBLOS ORIENTALES

Sus límites.—La Edad Media comprende desde el año 476, fecha de la caída del Imperio Romano de Occidente, hasta 1453 en que Constantinopla fué tomada por los turcos. En literatura esta división está muy bien marcada por el desarrollo—no la aparición—de la revolución artística que se conoce por el nombre de Renacimiento.

Continúan escribiéndose en la Edad Media libros en latín, lo cual no termina del todo al empezar a utilizarse las lenguas nuevas. Período de formación, envuelto en oscuridades en muchos puntos, el cuadro de la literatura en la Edad Media es de una gran complejidad. Mientras la cultura árabe y hebrea alcanzan extraordinario valor, y en la misma Roma existía actividad literaria, los estados cristianos en formación, todavía no disponen de un instrumento apropiado para la elaboración artística en sus lenguas, aún torpes y balbucientes. Pronto estas lenguas van a servir para entonar cantos épicos populares de extraordinario valor, mientras un pueblo, el provenzal, cultivando preferentemente la lírica, ha de tener resonancia en todos los pueblos hasta que la atención se fije en las nuevas direcciones italianas. Perdida la tradición del teatro clásico, en los misterios y las farsas están los gérmenes de los nuevos teatros nacionales; y pronto, más avanzada la Edad Media, iniciado el cultivo de la prosa, los escritores clásicos, nunca olvidados del todo, serán leídos, traducidos e imi-

tados; son los albores del Renacimiento, que pondrá una literatura erudita y sabia al lado de un gran desarrollo de la narración breve—el cuento—de marcada influencia oriental, mientras los antiguos cantos épicos se transforman en los libros de caballerías, tan popularizados, y se intentan otras clases de novelas como la sentimental y la histórica.

La literatura en lengua latina en la Edad Media.—Lo que es llamado por algunos primera Edad Media, se ha creído a veces casi totalmente estéril para las letras: no hay tal cosa. Tanto en Italia como en España y en otros países, la tradición literaria no se interrumpe y se destacan figuras de extraordinario relieve, iniciándose las transformaciones que habían de llevarse a cabo más adelante, y sirviendo la lengua latina, como ya había servido en el período anterior, de instrumento para una literatura nueva, en que si el lenguaje no alcanzaba la perfección de la época clásica, en cambio en el fondo había, a veces, la riqueza ideológica proporcionada por el cristianismo ya triunfante y avasallador.

No puede olvidarse tampoco la labor paciente y oscura desarrollada por los monjes en la alta Edad Media en los monasterios; se distinguen principalmente dos órdenes, la benedictina, cuyo monasterio matriz era el de *Montecasino*, (fundado por San Benito en Italia el siglo v), y la del Cister, cuyo monasterio más importante estaba en Aquitania y que tiene un gran interés en el estudio de la arquitectura de los cristianos. Los principales monasterios españoles fueron los de Sahagún, Oña, Silos, Cardeña y Arlanza.

En *Italia*, dominada por los ostrogodos, hay un renacimiento cultural impulsado por Teodorico, y cuyas figuras más interesantes son **Boecio**, autor, entre otros libros, del titulado *De la consolación de la filosofía*, en prosa y verso, que alcanzó gran fama y fué muy estudiado en toda la Edad Media; **Jornandes**,

obispo de Rávena, que, aunque de origen griego, escribió obras históricas en bastante buen latín; **Casiodoro**, autor de obras muy diversas, y el emperador **Justiniano**, a quien se deben, además del maravilloso templo de Santa Sofía en Constantinopla, trabajos de enorme importancia en Derecho Romano (Digesto, Código, Instituta, Novelas).

La Scholástica.—A esta época pertenece también el desarrollo de la filosofía escolástica en cuya doctrina es dominante la influencia aristotélica, y se encuentra el intento de armonizar la Teología con la Filosofía, que se halla también en Averroes y Maimónides que influyeron, el primero al menos, en Santo Tomás de Aquino y la teoría de los universales que promovió tan apasionada discusión en la Edad Media.

El sabio Juan Escoto es el fundador de la *Schola*. Entre los muchos teólogos y filósofos escolásticos citaremos a *Pedro Abelardo* (famoso por su amor a Eloisa), *San Anselmo*, *Pedro Lombardo*, *Alberto Magno* y su discípulo

Santo Tomás de Aquino (1225-1274), llamado *el Ángel de las escuelas*, cuya fama llegó a todas partes, siendo inmensa su autoridad y dando su nombre a la escuela *Tomista*, de la cual es el más esclarecido representante, aunque no el iniciador. Sus numerosas obras, escritas en latín, tratan principalmente asuntos teológicos y filosóficos, siendo las que mayor fama han alcanzado la *Summa catholicæ fidei contra Gentiles*, y, sobre todo, la *Summa theologiæ*, que desde su aparición ha sido incansablemente estudiada.

En *Francia* fué menor el grado que alcanzaron los francos. Se citan casi siempre dos historiadores, **Gregorio de Tours** y **Fredegario**, pero más importancia tienen los escritores del renacimiento cultural correspondiente a la época de Carlo Magno, entre los cuales sobresalen el inglés **Alcuino**, autor de obras muy diversas (cuyo discípulo **Eginardo**, escribió *Los Anales* y

vida de Carlo Magno), y el español **Teodulfo**, poeta predilecto de la corte carolingia, en que revive la fuerza de inspiración de los clásicos con una potencia de colorido desusada en los poetas latino eclesiásticos, y que se distingue también por el empleo de la alegoría en ciertos pasajes.

Además de Alcuino, **Beda el Venerable** es de los escritores de mayor importancia correspondientes a Inglaterra, país en donde la romanización no fué tan profunda, y también **Juan Escoto Erigena**, teólogo famosísimo.

Alemania, que formó parte del imperio de Carlo Magno, tuvo también una cultura muy desarrollada, pero una mujer excepcional se distingue sobre todos los escritores de su época: es la monja **Rotswitah**, que con bastante conocimiento de los clásicos escribió obras piadosas, ya de carácter histórico y legendario, ya, lo que es más interesante, en forma dramática, aunque siempre con un sentido alegórico ⁽¹⁾.

En España. Epoca visigoda.—Invadida España por los bárbaros e instaurada en ella la monarquía visigoda, continúa el movimiento literario en latín, que se intensifica al terminar las luchas religiosas con el triunfo de la iglesia católica sobre el arrianismo, debido en gran parte al elocuente y docto **San Leandro**.

La prosa histórica.—Es cultivada con preferencia; entre los numerosos cronicones que son compuestos, solamente hemos de citar el de **Juan de Biclara**, notable por su imparcialidad, para llegar enseguida a la gran figura que deslumbró con su saber toda la Edad Media: **San Isidoro** (570?-636), que sucede a su hermano San Leandro en la diócesis de Sevilla, y que si no

(1) Sobre el teatro de la monje *Rotswitah* puede verse un trabajo del Sr. Fernández Espino en sus «Estudios literarios».

es un genio original es un hombre de extraordinario saber que dedica sus esfuerzos a recoger la moribunda cultura clásica. Su obra más importante es la enciclopedia conocida con el título de *Etimologías*, dedicada a San Braulio, el cual la dividió en 20 libros, esfuerzo gigante en que se reúne toda la cultura de su época y que no deja de influir hasta el renacimiento. Tiene además obras de muy diverso carácter; sólo citaremos las históricas: el *Cronicón*, la *Histhoria de régibus Gothorum*, *De ortu et obitu Patrum*, y el *Liber de viris illustribus*.

Entre los continuadores de San Isidoro se destaca el arzobispo de Toledo **San Julián**, filósofo y orador que escribe la *Historia de la rebelión de Paulo contra Wamba*, apartándose de la sencillez de los cronicones y utilizando descripciones y arengas retóricas, con lo que se declara conocedor e imitador de los historiadores clásicos.

Los himnarios.—El versificador más diestro y elegante de la época es **San Eugenio**; al mismo San Isidoro se atribuyen unos dísticos que tal vez no son suyos. Pero la mayor riqueza poética de este período está en los himnos de la liturgia, manifestación literaria importantísima contenida en gran parte en el *Himnario* de la catedral de Toledo conservado en la Biblioteca Nacional, que contiene himnos no solo de carácter religioso, sino adecuados a las diversas situaciones de la vida.

Los himnos de la Iglesia eran fieles al antiguo ritmo (cualitativo), pero el moderno (cuantitativo) vencía. Y, al mismo tiempo, se acrecienta la importancia de la rima, que antes era permitida tan sólo por las licencias métricas *similiter cadens* y *similiter desinens* o no era advertida, pero que ahora aparece en un modo constante en los versos y en la prosa misma, como ocurre en el diálogo *Synónima* atribuido a San Isidoro en el que Menéndez y Pelayo vislumbra algunos elementos dramáticos.

Invadida España por los árabes, la literatura en lengua latina es continuada por los cristianos independientes y por los cristianos sometidos o mozárabes.

Escritores cristianos independientes.—*La prosa histórica* es casi exclusivamente cultivada, aunque reducida en su mayoría a secos apuntamientos sin valor literario. Las más importantes son la *Gesta Ruderici Campidocti*, probablemente escrita hacia 1140 y referente a Rodrigo Díaz de Vivar; la *Historia Compostelana* que gira alrededor de la interesantísima figura del arzobispo Gelmírez y la *Crónica Adefhonsi Imperatoris*, que refiere las hazañas de Alfonso VII.

Hay otros muchos cronicones, como el de *Don Pelayo*, el *Burgense*, el *Barcinonense*, etc. Además se escriben vidas de santos; la más importante la de *Santo Domingo de Silos* por el monje del monasterio de este nombre **Grimaldo**, discípulo del Santo, que compuso también, entre otras cosas, el epitafio de su sepulcro primitivo y siete himnos.

El cultivo de *la poesía* es menor que el de la prosa; se escriben himnos y algunas composiciones de otro carácter; las más interesantes son el *Cantar latino* que relata los hechos del Cid en versos sáficos y adónicos, y el *Poema de la conquista de Almería* inserto en la *Crónica Adefhonsi Imperatoris*, que revela ya el despertar del espíritu épico castellano próximo a manifestarse en lengua vulgar.

Hay que citar también un libro escrito en latín, aunque sus fuentes son colecciones árabes de procedencia india, la *Disciplina clericalis*, del judío converso de Huesca **Pedro Alfonso**. Aunque su latín es poco literario tuvo el libro gran fortuna y fué traducido muy pronto a las lenguas vulgares, en las que se narraron estos cuentos y fábulas de origen oriental.

Los mozárabes, conviviendo con los mahometanos, conservan mejor la tradición isidoriana, no floreciendo entre ellos las crónicas por su condición de sometidos, sino la literatura teológica y apologética, en la que sobresale **Juan Hispalense** por sus comentarios a la Biblia.

Los mejores escritores mozárabes pertenecen al siglo ix y representan una reacción del espíritu religioso, provocada por la persecución del tiempo de Abderramán II. El **Abad Speraindeo**, autor del *Apológico* contra Mahoma, fué el maestro de los dos más famosos: **San Eulogio** y **Álvaro Cordobés**, ambos de gran cultura para su tiempo y ardientes defensores de la fe cristiana. A San Eulogio pertenecen entre otras obras el *Memorial de los Santos* y el *Apológico de los Mártires*. La obra principal de Álvaro Cordobés es el *Indículo luminoso*, apasionada defensa de los mártires y de la religión católica. Se le ha tachado alguna vez de oscuro, presentándole como continuador de Lucano y antecedente de Góngora. También escribió poesías, pero las composiciones más interesantes de este género escritas entre los mozárabes, son los ocho epigramas del *Arcipreste de Córdoba* **Cipriano**. También de Córdoba fué el **Abad Sansón**, autor de un *Apológico*, en prosa, que merece no ser olvidado.

CAPÍTULO V

LITERATURAS ORIENTALES EN LA EDAD MEDIA

LITERATURA PERSA

Ferdusi.—En la Edad Media, antes de la conquista de Persia por los árabes, hay un renacimiento de la literatura de este país. Al siglo x pertenece el más importante de los poetas persas de esta época, Ferdusi o Firdusi, que compuso el extenso poema heroico *Sah Nameh*, de carácter nacional, brillante monu-

mento levantado a la historia y las tradiciones de su pueblo, en el que se reflejan el estado de su cultura y el carácter de sus doctrinas religiosas.

LITERATURA ARABE

Sus épocas.—Mientras la lengua latina se encontraba en plena descomposición, un pueblo oriental lleno de vigor y de energía, se prepara para ocupar un importante puesto en la historia del mundo. Mahoma dió unidad a las creencias de las tribus y pueblos de la Arabia, mezclando confusamente las doctrinas más seguidas (sabeísmo, cristianismo, judaísmo) y encauzó una enorme fuerza vital que tendía a desbordarse. Por eso la aparición del *Corán* puede considerarse como punto de referencia para el estudio del desarrollo literario de este pueblo, distinguiendo en él la poesía anterior, coetánea y posterior al *Corán*.

En la primera época refleja la poesía la vida nómada del árabe en el desierto; los sentimientos de la hospitalidad y del amor, y, más aún, los afanes de la caza y de la guerra se manifiestan en sus obras que, no por la sencillez y aun monotonía de su composición dejan de tener notable refinamiento de estilo. Están reunidas en colecciones como el *Diván de los Hudseilitas* y las *Moallacas*.

También en el segundo período se cultiva la poesía, pero la atención toda de los árabes estaba fija en el *Corán*, libro escrito por Mahoma—aunque parece que él no ordenó sus capítulos—, que debió ser un hombre de extraordinaria fascinación para las muchedumbres. El *Corán* hoy parece a los que no lo estudian sino desde el punto de vista literario, un libro un tanto monótono y desproporcionado, dividido en capítulos y en suras escritos en prosa poética y a veces con imaginación arrebatada. Su influencia en el mundo musulmán fué enorme y las doctrinas de Mahoma determinaron una corriente expansiva en los árabes. Es la época de las grandes conquistas: se funda el gran Imperio y llega la cultura a tener un desarrollo tan marcado que hay que señalar aquí el tercer período.

En el tercer período los príncipes musulmanes protegen las artes y las ciencias. Ocupando Alejandría son los continuadores de la cultura helénica, principalmente en la ciencia, menos sujeta que el arte a condiciones de raza y lengua; por esto la filosofía griega alcanza un nuevo e inesperado florecimiento.

Su situación geográfica les permite transmitir al mundo occidental los cuentos y fábulas de la India. Bagdag—sobre todo en la época de Harum al Raschil—y Damasco son las capitales intelectuales del mundo. **Alkandi el filósofo** comenta a Aristóteles, y **Alfarabi**, médico y matemático, escribe entre otros muchos libros su estudio *De la tendencia de la filosofía platónica y de la aristotélica*. El médico **Avicena** alcanza con su talento enciclopédico en el siglo xi fama universal, siguiendo a Aristóteles, aunque con originalidad, en obras como *La Salvación*, que contiene la Lógica, Física y Metafísica.

Por el contrario, **Algazali** escribe contra los filósofos. («Intención de los filósofos» y «Destrucción de los filósofos»).

Tienen los árabes novelas principalmente caballerescas y colecciones de cuentos y fábulas de procedencia india, y además cuentan con historiadores como **Almakari** y, sobre todo, **Aben Jaldún** (1332-1406), que viajó mucho, estuvo en Granada, y escribe con elegancia e ingenio su *Itinerario* (narración de viajes) y su libro histórico *El intérprete de las lecciones de la experiencia*, en cuyos *prolegómenos* hay notables ideas sociológicas. Pero ya cuando escribía Aben Jaldún, la literatura árabe había entrado en una decadencia franca; España era entonces el foco de la cultura árabe.

Literatura árabe en España.—En nuestra patria se manifestó de una manera poderosa la cultura árabe a la cual dieron impulso los califas de Córdoba, principalmente Abderramán III, quien con más intensidad

favorece este movimiento intelectual, que no se detuvo con sus sucesores y buena prueba de ello es la famosa biblioteca de Alhaken II, que se componía de más de 400.000 volúmenes. Más tarde los reyes de Taifas, aun en plena decadencia, continuaron esta labor, sobre todo, en Sevilla y Granada, no desapareciendo de España la civilización árabe, sino con los árabes mismos (1492).

La poesía lírica-culta.—El principal género cultivado por los árabes españoles es el lírico, continuando la tradición de la poesía de las *moallacas* y cuidando de un modo tan exagerado del artificio métrico, que muchas veces son intraducibles estas composiciones, que se reducen a juego retórico. Tienen cantos de guerra y de amores, poesías satíricas, elegíacas, religiosas, panegíricas y báquicas, no muy conformes con sus preceptos religiosos, y que se caracterizan por la delicadeza, pasión y gran fantasía, que hace que se adviertan en ellas más imágenes que pensamientos.

De los numerosísimos poetas de esta época los más famosos son **Almotamid**, rey de Sevilla, cuya larga prisión y trágica muerte son tan conocidas como su tierna y notabilísima elegía, y **Abulbeca**, cuya elegía a la pérdida de Ronda es, tal vez, la más admirable composición escrita en la España árabe. Don Juan Valero insinuó que podía ser precedente de las coplas de Jorge Manrique, pero la crítica ha fallado en contra de una manera unánime ⁽¹⁾.

También fueron poetas importantes, entre otros, **Aluacaxi**, la poetisa **Ualada**; **Aben-Zaidún**, la poetisa granadina **Racunía**, **Abensaid** de Granada, autor del poema *Almogrib* y **Ahmed-ben-Farach**, de Jaén, autor de la colección poética titulada *Libro de los Huertos*.

(1) La mayor semejanza se la da Valera al traducir ésta composición en la estrofa manriqueña. En la traducción en prosa del Sr. Carbonero y Sol no se advierte la supuesta semejanza.

La poesía popular.—Al lado de esta poesía culta que se recitaba en los palacios, existió una poesía popular que se cantaba en la plaza pública y que casi siempre adoptaba la forma de recitado de un hecho para terminar alabando a un poderoso de quien se solicitaba una dádiva utilizando los estribillos para los coros. Ejemplo de estas poesías, en la que se mezclaban numerosas palabras romances, es el interesantísimo *Cancionero de Aben Cuzmán* ⁽¹⁾.

La prosa.—En la España árabe abundan los escritores enciclopédicos, como consecuencia de la variada cultura desarrollada en este período, pero sus obras más numerosas e importantes son las históricas y filosóficas.

Es muy grande la lista de los **historiadores árabigos**, lo cual corresponde a un florecimiento extraordinario, mayor aún si se le compara con la sequedad de las crónicas cristianas; su importancia ha sido reconocida modernamente y es motivo de interesantísimos estudios de erudición.

Citando sólo los principales historiadores, recordaremos entre los más antiguos a **Ahmed Arrazi** (siglo X) cuya *Historia*, perdida casi en su totalidad, es, probablemente, base de la célebre *Crónica del moro Rasis*, que tanto influyó en la Edad Media, y **Aben-alcutia** (el hijo de la goda, llamado así por ser descendiente de Vitiza) cuya *Historia de la conquista de España* llega hasta la época de Abderramán III; y de los posteriores, entre otros muchos, a **Aben Hazam**, de Córdoba, autor de una *Historia de los Omeyas* y de otras obras muy numerosas, y **Abenaljatib**, de Loja (1313-1374), que también escribió mucho, alcanzando en el reino de Granada gran fama y altos puestos; su obra más famosa es el libro biográfico de hombres célebres granadinos titulado *Ihata* (Círculo), también llamado *El Círculo sobre la Historia de Granada*. Es también muy abundante en la España árabe el número de geógrafos.

(1) Estudiado por D. Julián Ribera en el discurso de ingreso en la R. A. E.

Los estudios filosóficos adquirieron igualmente extraordinario desarrollo a pesar de la hostilidad del vulgo y de los sacerdotes. Como iniciador aparece el cordobés **Abenmasarra** (siglo X), el cual, como **Aben Hazam**, ya citado entre los historiadores ⁽¹⁾, se inspiran en Platón, pero Aristóteles es seguido por **Abempace** en *El régimen del solitario*, cuya fama fué oscurecida por la de su discípulo **Averroes** (1126-1198), cordobés, autor de comentarios a Aristóteles y de varias obras más, entre las cuales las más famosas son el *Libro sobre la armonía de la ciencia y la religión*, y la conocida por el título de *Destructio destructionis*. Su doctrina influyó en la filosofía cristiana largo tiempo, por ejemplo en Santo Tomás de Aquino, pero hay que tener presente que lo que se ha llamado durante mucho tiempo averroísmo nada tiene que ver con sus ideas filosóficas.

De gran interés son igualmente **Aben Tofail**, de Guadix, autor de la novela filosófica *El filósofo autodidacto* ⁽²⁾, y el murciano **Abenarabí**, cuyas doctrinas han influido, no sólo sobre Raimundo Lulio, sino sobre el mismo Dante.

LITERATURA JUDAICA

Literatura rabínica.—Después de la literatura hebrea la labor literaria de los judíos se reduce a la depuración, interpretación y comentario de los textos sagrados como el *Thargum*, el *Talmud* y más tarde la *Masora*, y a intentos de enciclopedia científica como la *Cábala*, en que no logran librarse de las trabas de la superstición, consagrándose su actividad principalmente a la astrología y la alquimia. A esta literatura se la conoce con el nombre de *rabínica*.

Destruída Jerusalén, vienen a España numerosos hebreos que facilitan la conquista de la península a los árabes y conviven con ellos, llegando a poseer un

(1) Es autor de la «Historia crítica de las religiones» y del bello libro traducido por D. Miguel Asín «Los caracteres y la conducta». Madrid, 1916.

(2) Don Marcelino Menéndez y Pelayo (Orígenes de la novela Tomo I), ha señalado la semejanza de esta obra con parte de «El Criticón», de Gracián.

altísimo grado de cultura y a crear obras poéticas y filosóficas de primer orden.

La poesía hebrea en España.—A la época de Abderramán III hay que referir la fecha inicial del desarrollo de la civilización hispano-judía. Pronto aparece una de las más grandes figuras de la filosofía y de la poesía hebreas, la de **Salomón ben Gabirol** (1021-1070), conocido entre los cristianos por *Avicebrón*, y que es uno de los más grandes artistas de la humanidad: artista, a la vez, de la palabra y del pensamiento. Nació en Málaga, vivió en Zaragoza y, tal vez, en Granada, habiendo influido quizás algo en su métrica, aunque no tanto como se ha dicho, la laberíntica y complicada de los árabes, pero quizás por esto su poesía está libre de la cercana imitación bíblica que en tantos poetas judaicos se advierte. En su lírica nunca faltan la emoción, un tanto pesimista, y la profundidad de pensamiento. La mejor de sus obras de esta clase es *Corona real* (Kether-Mal-Kuth), especie de himno en donde canta la creación y la unidad de Dios en prosa poética. Como filósofo es famoso por su *Fuente de la vida* (Wakor Hayim), libro de tendencia neoplatónica escrito en árabe y que influyó en teólogos y filósofos cristianos por la traducción al latín de Domingo Gundisalvi, de la escuela de traductores de Toledo.

En esta ciudad nació otro de los más grandes poetas hebreos, **Jehudá Haleví**, más conocido por Judá Leví (1085?-1143), que también escribió un libro en árabe, el *Cuzary*, diálogo en que quiere demostrar la superioridad de la fe sobre la razón, y, por lo tanto, de la religión sobre la filosofía, y de la religión judaica sobre todas las demás, y que fué imitado por D. Juan Manuel (*Libro de los Estados*), y Ramón Lull (*Del gentil y de los tres sabios*). Como poeta nos quedan

de él más de 800 composiciones en que, con inusitada grandeza, se hace intérprete de los sentimientos de su pueblo desterrado; así en la colección titulada las *Siónidas*, que recuerdan a Graetz ⁽¹⁾ por sus patéticos acentos los salmos de David, el rey poeta. Citaremos también el himno *Kedusáh de la Hamidá de la mañana*, admirable por la forma y, sobre todo, por la grandeza del pensamiento, y el *Himno a la creación*, que fué traducido por Menéndez y Pelayo.

Menor importancia que los anteriores tienen **Moisés ben Ezrá**, poeta amoroso en sus elegías (*Collar de perlas*); **Abraham ben Mair ben Ezrá**, escritor muy variado y cuya vida inquieta y aventurera tiene aún más interés que sus obras, y **Salomón Aljarizi**, traductor e imitador de las *Makamas* o *Sesiones de Hariri*, a quien se ha llamado el Ovidio israelita; es autor también de un libro en que juzga a poetas antiguos y modernos.

La prosa.—Por la extensa y variada cultura que llegaron a poseer los hebreos en España, la prosa alcanzó gran desarrollo. Pero, a diferencia de los árabes, se advierte predilección, no por los estudios históricos, sino por los filosóficos. Entre la muchedumbre de los prosistas se destaca la figura del más grande de los pensadores del pueblo judaico, la de **Moseh ben Maimón Sefardi** (1135-1204), conocido por Maimónides ⁽²⁾, más famoso que por sus obras de medicina, por las teológicas y, sobre todo, por las filosóficas.

La principal de ellas es la *Guía de los descarriados*, escrita en árabe y traducida muy pronto al he-

(1) H. Graetz, *Les juifs d'Espagne*, trad. Stenne. París. 1872.

(2) Nació en Córdoba y su vida no carece de aventuras y sobre todo de desventuras, teniendo que convertirse en apariencia al islamismo para librarse de continuadas persecuciones; esto le obligó a salir de España, muriendo en el Cairo, en donde había llegado a adquirir gran fama ejerciendo la medicina

breo, latín, castellano y otros idiomas. Como Averroes y Santo Tomás, intenta concordar la fe y la razón, la Biblia y la Filosofía.

Después de Maimónides pueden citarse muchos nombres de prosistas—Abraham ben Hasdai, Bechali, Ha'alaian, Jonás Aben Ganach—cuyas obras se refieren a todos los ramos del saber.

Influencia hebrea en España.—La cultura hebrea influye en la castellana más en la ciencia que en el arte. En la poesía su influencia es casi nula y la que pudiera observarse se explica porque tanto los poetas hebreos como los cristianos tenían su inspiración en la Biblia; verdadera influencia hebraica en la poesía no se encuentra hasta D. Sentob de Carrión. En la ciencia no ocurre lo mismo, y no podía menos de señalarse esta influencia, pues los hebreos convivieron con los cristianos, colaboran con Alfonso X, y uno de ellos, convertido a nuestra religión llega a ser obispo de Burgos. Este movimiento científico termina en el siglo xvi en lengua hebrea. Los judíos buscan otros instrumentos más inteligibles, y abandonando su idioma utilizan, ya el latín, ya el castellano (en el que ya acostumbraban a escribir desde antiguo), ya otras lenguas como la italiana, en que Judas Abravanel, el famoso León Hebreo, escribe sus conocidos *Diálogos del amor* a la manera platónica.

CAPÍTULO VI

EVOLUCIÓN Y DESCENDENCIA DEL LATÍN

Las lenguas románicas ⁽¹⁾.—Al fraccionarse el Imperio Romano con la invasión de los bárbaros, persistió la lengua latina en casi toda la gran extensión que ocupaba, pero sufriendo importantes modificaciones que originaron la formación de las diferentes lenguas llamadas *románicas*, *neolatinas* o *romances*. La extensión de territorio que hoy ocupan estas lenguas se llama Romanía, y no coincide de un modo perfecto con los límites del antiguo Imperio Romano, porque en el transcurso de los siglos y en su roce con las lenguas de las comarcas vecinas, tuvo notables propagaciones y sufrió importantes pérdidas, sobre todo en Dalmacia y en Suiza Oriental.

Diversificación del latín.—Las causas de esta tendencia del latín a una diferenciación en las distintas comarcas son: los mismos matices que existían en la lengua latina que fué importada a los diversos países conquistados por Roma en diferentes épocas; la diversidad de raza de los pueblos latinizados; la diferencia de relaciones comerciales que, separando o apartando las diversas regiones hizo evolucionar su lengua con mayor o menor celeridad; la influencia de

(1) Creemos necesaria una corta explicación de la transformación de la lengua latina en la Edad Media para comprensión de las modernas literaturas. Aun dentro de la brevedad concederemos atención preferente a la formación de la lengua castellana y se presentarán algunos casos concretos de derivación comprensibles para los alumnos que ya tienen algún conocimiento de la lengua latina: además servirá para su iniciación en unos de los aspectos más interesantes del estudio de dicha lengua, quizás el de mayor importancia dado el carácter de cultura general del bachillerato.

otras lenguas (ya de elementos indígenas, ya invasores, ya vecinos) y hasta la misma posición geográfica.

Clasificación de las lenguas romances.—Las lenguas románicas (a su vez subdivididas en numerosos dialectos), son las siguientes: Rumana, Dalmática, Rética, Italiana, Sarda, Provenzal, Francesa, Española y Gallego-portuguesa.

1. *Rumano* (que comprende mayor extensión geográfica que el reino de este nombre al que llegaron en la Edad Media en emigración procedente del Sur de la península de los Balcanes).

2. *Dalmático*, que existe en las costas de Dalmacia.

3. *Rético*, hablado en la antigua Retia, que comprende parte de Italia, Suiza y Austria.

4. *Italiano*, hablado en Italia, aunque con gran número de dialectos, de los cuales el toscano por su cultivo literario ha alcanzado la categoría de lengua nacional.

5. *Sardo*, que se habla en la isla de Cerdeña.

6. *Provenzal*, que alcanzó madurez y cultivo literario prematuros. Uno de los dialectos del provenzal es el *atalán*, «que no es otra cosa que el provenzal que se extendió por la Península a medida que retrocedían los árabes; comprende las costas del Mediterráneo (Cataluña y Valencia) y también las Baleares». (1)

7. *Francés*, en el que hay que distinguir los dialectos del Norte, entre los cuales está el de la Isla de Francia, que por su cultivo literario es hoy la lengua culta, de los dialectos, muy diferentes de la región que corresponde a la antigua Burgundia y a las diócesis de Lyon y de Viena de Francia, y que llama Meyer-Lubke Francés Sud-Oriental.

8. *Español*.

9. *Gallego-Portugués*.

A esta extensión territorial hay que añadir la propagación del español en América Central y del Sur, del francés en el Canadá, del portugués en el Brasil, y los dialectos *criollos* (negro-francés, negro-portu-

(1) Palabras del gran romanista Meyer-Lubke. «Introducción al estudio de la lingüística romance». Trad. de A. Castro. pág. 49. Publicaciones de la Revista de Filología Española.

gués, malayo-español), que presentan una estructura morfológica muy diversa.

La lengua española.—Todas las lenguas románicas presentan en su comparación con el latín modificaciones semejantes, marcándose en ellas una constante tendencia analítica. Aquí no podemos sino iniciar el estudio de las transformaciones del latín en España y del mapa filológico de nuestra península, que es bastante complejo, lo cual se debe a circunstancias históricas y geográficas.

En el siglo VIII, cuando los árabes invadieron la Península, en ésta la lengua popular no era ya el latín, sino un romance que por su forma de diptongar se parecía al leonés, según demuestran los nombres toponímicos. (1) Los árabes redujeron considerablemente los dominios de los cristianos y allá en las oscuridades de la Edad Media empezó a hablarse la lengua castellana en un rincón de la Bureva, (provincia de Burgos) alcanzando después un desarrollo tal por su expansión conquistadora y su cultivo literario que, destacándose considerablemente de los dialectos leonés y aragonés, ha merecido el nombre de lengua española con el que la designaron nuestros primeros tratadistas, siendo esta denominación por la que en el extranjero es exclusivamente conocida.

Lenguas de la Península ibérica.—Así, pues, en nuestra península, actualmente, se hablan las siguientes lenguas; la vascuence, la catalana, la gallego-portuguesa y la española en la que hay que distinguir del español o castellano propiamente dicho, los dialectos leonés—que se distingue por un exceso de diptongación—, aragonés y andaluz, que no es transformación del latín, sino propagación del castellano, y que se caracteriza, entre otras cosas, por sus particularidades fonéticas.

(1) Véase el trabajo de don Ramón Menéndez Pidal en la «Revista de Filología Española.»

Elementos de la lengua española (1).—La base de nuestro diccionario está en la lengua latina, pero hay muchos de procedencia muy variada, debidos principalmente a los diversos pueblos que invadieron la Península. Muy dudosa es la influencia *ibérica*, aunque se citan algunas palabras típicas de nuestra topografía (páramo, nava, vega), y otras *vascas* (izquierdo, del vasco izquierda, y muchos terminados en rro, como cerro, guijarro).

Más numerosas son las de origen *griego*, que, o son palabras griegas adoptadas por los romanos o proceden de la dominación bizantina en la parte oriental de España, o son palabras tomadas por los eruditos en época muy posterior (púrpura, gruta, guitarra, botica, drama, telégrafo, monarquía); también hay muchas palabras *germánicas* que ya habían tomado los romanos; otras son procedentes de influencia directa (guerra, guardar, tocar, burgo, dardo, yelmo, etc.; la mayor parte son términos guerreros o propios de las costumbres feudales).

Los *árabes* no dejaron de influir considerablemente, aunque no todas las palabras que empiezan con *al* son de esta procedencia, pues el artículo árabe (*al*) se antepuso a otras de origen latino (son palabras muy diversas de oficios, de guerra, de cultura: albeitar, albañil, alarife, atalaya, algarada, almena, adarve, alhóndiga, alcoba, zaguán; hay muchas referentes a su notable sistema de riegos: alcantarilla, alberca, albufera, algibe, acequia, azuda, noria). Del *hebreo* quedan algunas palabras procedentes de la liturgia (aleluya, amén), y otras del *gallego* (morriña), del *catalán* o *valenciano* (nao, seo), y de las lenguas indígenas *americanas*, a consecuencia del descubrimiento, conquista y civilización de este país, (*caribes*: canoa, huracán, cacique, *quichua* (Perú); cóndor, loro, jaguar; *azteca* (Méjico): jicara, petaca, chocolate, tomate).

De las restantes naciones europeas las que más palabras nos han proporcionado han sido *Italia*, por su influencia en el Renacimiento y nuestra dominación en aquel país (casi todas de vocabulario artístico: fachada, escorzo, barcarola, soneto), y, sobre todo, *Francia*, que influyó en tiempos remotos, principalmente en el siglo XVIII. Los galicismos anteriores al siglo XVI representan la

(1) Toda esta materia se destina a la lectura en clase: aunque los alumnos ya han cursado latín, su edad y otras causas no permiten pasar en este asunto de una sencilla iniciación adquirida por ese procedimiento, iniciación que el profesor se encargará de ampliar y hacer amena despertando la curiosidad científica del estudioso.

g. j. francesas por j castellana (que tenía el mismo sonido, paja, jardín); en los posteriores se representa por *ch* (charretera, pichón). Son galicismos: bajel, sargento, coqueta, hotel, silueta, corsé, couplet; otros, muy usados en el siglo XVIII, como petimetre, remarcable, van siendo olvidados. El inglés y el alemán han proporcionado escasos vocablos a la lengua castellana.

Influencia del latín.—Pero la base de nuestro idioma es el latín; hay que apartar las palabras que entraron por influencia culta, sobre todo en el Renacimiento, y que no son sino transcripciones; así se da el caso de que una sola palabra latina ha formado dos españolas; una por influencia culta (utilizando como órgano la vista); otra por transformación popular (por medio del oído); son lo que llaman los franceses *doublets*; así, de medulam, medula y meollo.

También hay que distinguir dos clases de latín que se hablaban en España. El latín clásico, que procedía de los hombres cultos, y el latín vulgar, hablado por todos, por el obrero, por el soldado, por el campesino, y que fué el que más contribuyó a la formación de la lengua española, pues muchos fenómenos que aparecen en los romances (pérdida de la *m* final; formación analítica de la voz pasiva) se encuentran ya en el latín vulgar ⁽¹⁾; mas para resumir brevemente la acción de cada clase de latín, diremos que el vulgar-*plebeius* dió principalmente el léxico, el clásico-*urbanus*, la construcción.

Principales transformaciones.—Las más importantes son las siguientes: se pierde el sentido de la cualidad silábica (lo cual trastorna toda la teoría de la versificación) y se cambia el acento de musical en enérgico.

(1) El estudio del latín vulgar es muy difícil, por no quedar de él monumentos escritos. Sólo se conocen algunas palabras que consignaron los gramáticos censurándolas; sobre todo en el *Apendix Probis*. Grandgent: An Introduction to vulgar Latin. Boston, 1908, y Bourcier: Manuel de linguistique romane, Paris, 1910.

El acento tiene enorme importancia fonética, porque las vocales acentuadas se conservan siempre mientras las pretónicas o postónicas tienden a desaparecer.

Fonética.—*Las vocales:* Las diez vocales latinas (cinco largas y cinco breves en el latín clásico y abiertas y cerradas en el vulgar) se reducen a cinco: a, e, i, o, u, digtongando la e abierta en ie (metu, miedo) y la o abierta en ue (bonu, bueno). La a tiende a conservarse siempre, pero las restantes se debilitan, cambian o pierden cuando no llevan acento, ya sean iniciales (Emeritam, Mérida) ya protónicas internas (cálidum, caldo; famélicum, jamelgo). La e final se pierde tras T, D, N, R, L, S, C, y en la lengua antigua tras muchas más, lo cual da al castellano antiguo una mayor semejanza con otros romances.

Las consonantes.—⁽¹⁾ Hay que señalar la particularidad del sonido *ch* ⁽²⁾ que muchas veces procede de CT latina (pectus, pecho; lactem, leche). Entre las consonantes simples intervólicas se nota el cambio de ciertas letras del mismo órgano que, de sordas, se convierten en sonoras. P < B (lupu, lobo), T < D (vita, vida), C < G (securu, seguro). Estas letras sonoras, cuando son de procedencia latina unas veces se conservan y otras desaparecen; B, subsiste. D (sudare, sudar; pero pedes, pies), G (Augustu, agosto; pero legale, leal).

Igualmente F < V (escrita hoy casi siempre B) (trifoliu, trébol; Christophoro, Cristóbal).

J y G, suenan Y (majore, mayor). Esta Y se pierde ante ciertas vocales (sigillum, sello).

M, N, L, R, permanecen (fumu, luna, dolore, mauru).

Las consonantes dobles tienden a hacerse sencillas (sagitta, saeta; bucca, boca; flamma, llama; grossu, grueso). RR tiene una vibración más prolongada que R-L-L y NN se palatalizan en Ll y Ñ. (caballu, caballo; canna, caña).

En posición inicial se conservan casi todas las consonantes. La H, que representaba un sonido aspirado, no es ahora más que

(1) Atendiendo al carácter elementalísimo de estas notas, no nos hemos atrevido a hacer una clasificación de las consonantes por el órgano, ni por el modo de articulación ni a hablar de sonidos, como el de S, o C, que no se corresponden con los que estas letras representan hoy.

(2) En términos científicos esta articulación es oclusiva portálveolar mojada.

signo ortográfico. La F, excepto ante ue, ie, (fuego, fiera) se transforma en H que hasta el siglo XVI tenía un sonido aspirado (hiero, hacer) (1).

Consonantes finales: se pierden todas excepto la R que pasa a ser interior (inter, entre) y la S y la L que se conservan (Deus, Dios; mel, miel). Pero por pérdida de la E final, ante T. D. N. R. L. S. C. quedan estas consonantes como finales; la C convertida en Z (pace, paz; cruce, cruz). El castellano antiguo admitía como finales otras consonantes.

Morfología. Derivación nominal y pronominal.—El latín empleaba la flexión pospositiva, es decir, por medio de desinencias, y en castellano se cambió en prepositiva, favorecida por razones fonéticas y sintácticas, pues el empleo de la preposición es más cómodo y significativo.

De los diversos casos latinos que pudieron originar los castellanos, *el acusativo es el caso general de derivación* con pérdida en el singular de la desinencia *m*, que no sonaba en latín vulgar, y las modificaciones tónicas necesarias en la sílaba final; en el plural la derivación fué más sencilla todavía, pues la *s* es el signo propio del acusativo en este número. A veces el nominativo, el genitivo y el ablativo pasaron también al castellano, pero esto fué de una manera aislada y muy circunscrita.

Las cinco declinaciones latinas se convirtieron para la derivación en tres: temas en *a*, o primera, como *terra*; temas en *o*, segunda, como *dominus*, y temas en consonante, o tercera, como *dens*. Los temas en *u*, o sea de la cuarta, fluctúan entre la primera y segunda, y los de la quinta, o sea en *e*, se asimilan a los de la primera o tercera.

Lo mismo ocurre con los adjetivos, en los que se

(1) Por el carácter de este estudio prescindimos de lo referente a los grupos iniciales e intervocálicos de consonantes.

pierde el género neutro, pasando la terminación *a* del plural (*bona, santa*) a designar el género femenino.

Los pronombres personales son las únicas palabras que en castellano conservan restos de la flexión pospositiva (*yo, mí, me, conmigo*, etc.), a semejanza de los latinos, pero además tienen la declinación prepositiva, lo cual constituye una riqueza de nuestra lengua.

En general la derivación de los pronombres latinos fué muy variada y diversa, originando los castellanos no exclusivamente del acusativo, sino de diversos casos. Así ocurre que el pronombre *ego* pasa por las formas intermedias *éo, ío, ió*, para llegar a la castellana actual *yo*, y que el de tercera persona *ille, illa, illud*, origina el actual *él, ella, ello*, y perdiendo su significado demostrativo se convierte en el artículo *el, la, lo*. No es de los casos menos notables el relativo castellano *cuyo*, formado del genitivo latino *cujus*, de donde nace el carácter posesivo de esta palabra.

La derivación verbal.—Las cuatro conjugaciones latinas se reducen a tres castellanas, pues los infinitivos largos en *ere* se asimilan a los breves de la misma terminación, perdiendo todos la *e* final (amare, amar; legere, leer); en el perfecto hay tendencia a la desaparición de las formas acentuadas en el tema (formas fuertes). En el Imperfecto de Indicativo la *B* de la terminación latina *aba, eba, ieba o iba*, se conserva en la primera conjugación *amaba* (escribiéndose hasta el siglo XVII *aua: amaua*), y en las otras se pierde (pod[*b*]a; quer[*b*]a); este *ia* en la Edad Media se convierte en *ie* (teníe).

Aunque el verbo se conservó mejor que el nombre, pierde el futuro de indicativo (amabo) y el imperfecto de subjuntivo (amarem), los dos supinos y otras varias

formas. Además toda la voz pasiva que forman con el verbo ser y el participio; pero se enriqueció formando perifrásicamente los tiempos compuestos: he amado, hubiera y hubiese amado, habría amado, y el futuro de indicativo y el condicional, aparentemente simples, y que no son sino el infinitivo del verbo mas el presente e imperfecto de indicativo del verbo haber: amaré = amar-he; amaría = amar (hab)ía = amar-ía.

Los sufijos personales del verbo latino al pasar al castellano sufren en el Indicativo y Subjuntivo los siguientes cambios: singular, 1.^a persona, *-m*, se perdió; 2.^a persona, *-s* = *-s*; 3.^a persona, *-t*, se perdió; plural, 1.^a persona, *-mus* = mos; 2.^a persona, *-tis* = (des, es) *-is*; 3.^a persona, *-nt* = *-n*.

En el pretérito perfecto hay algunas características especiales que son: singular, 2.^a persona *-sti* = *-ste* ⁽¹⁾; plural, 2.^a persona, *-stis* = (stes) *-steis*; 3.^a persona, *runt* = *-ron*.

En el Imperativo sólo hay que tener presente la segunda persona del singular, cuya desinencia *-te* se convirtió en *d*.

En la *Temática* nuestra lengua se enriquece extraordinariamente aumentando su vocabulario, utilizando no sólo los numerosos prefijos y sufijos latinos, sino también otros procedentes de diversas lenguas; así están *-ico*, *ito*, que no son de origen latino; *-iego* (andariego), tal vez de procedencia ibérica; *-engo*, germánico (ej.: realengo); *í*, árabe (ceutí, marroquí, baladí). Algunos son todavía de inexplicable origen, como el sufijo *-ez*, que forma apellidos e indica descendencia (Fernández, hijo de Fernando; Rodríguez, López, etc.).

(1) Por esto es incorrecto decir en castellano *amastes*, *leistes*, *estuvistes*, etcétera, con una *s* final que no existe en la ascendencia latina.

En la **Sintaxis** pasa la lengua castellana por dos períodos: uno en el que construye a imitación de las lenguas semíticas, y por influencia hebrea y árabe hace el período breve y cortado con abundancia de conjunciones copulativas, pero más adelante, cuando se conocen y traducen directamente los autores latinos, como hace por ejemplo el canciller Pedro López de Ayala (1332-1407), la sintaxis latina da sus moldes a la castellana, aunque con hipérbaton menos violento y mayor tendencia al pleonasma y a la ampliación, lo cual hace el período más concadenado y elocuente.

Sin embargo, por mucho tiempo persistió en nuestros autores la colocación del verbo al final de la frase, latinismo que ya censuró Valdés (149...-1541) en su *Diálogo de la lengua* ⁽¹⁾, cuando dijo: «No pongáis el verbo al fin de la cláusula, cuando de suyo no se cae, como hacen los que quieren imitar a los que escriben mal latín».

CAPÍTULO VII

FORMACIÓN DE LAS LITERATURAS NACIONALES

Los cantos épicos.—En los siglos ix y x nacen las nuevas nacionalidades sobre las ruinas del Imperio Romano, y los pueblos que surgen afirman su personalidad al calor del recitado de sus leyendas y tradiciones. En esta poesía joven y vigorosa de los nacientes pueblos, hay como una exaltación de los viejos

(1) *Diálogo de la lengua*, p. 118.

héroes a lo largo de la vasta narración épica que en ciertos casos se mezcla también con un extraño contenido teogónico en que encuentra cauce la mitología de algunos pueblos.

En las **literaturas escandinavas** existen unos poemas, los *Eddas*, que parecen de remota antigüedad. En ellos y en otros relatos heroicos posteriores, los *Sagas*, se contiene la mitología de estos pueblos del Norte. En los países eslavos aparece el poema de *Igor*, cuya autenticidad se ha discutido, y que parece pertenecer al siglo XII.

En **Alemania**, hacia esta fecha adquiría perfección, fijeza y condiciones expresivas el alto alemán en el que se compone, además de otros poemas, la epopeya germánica, integrada por los *Nibelungen* y el *Gudruna*, llamados generalmente la Iliada y la Odisea de los Germanos. Aquel es un poema vastísimo, de complicada trama y de gran ferocidad de sentimientos; suele dividirse para su estudio en dos partes: en la primera muere el héroe, Sigfredo, asesinado de parte de Brunhilda; en la segunda se narra la venganza de Crimhilda, esposa de Sigfredo.

Épica popular francesa. Su división.—En Francia hay un número extraordinario de cantos épicos populares que permanecieron muchos siglos olvidados sin que su contenido fuese modificado por versiones nuevas. Tal vez llevaron los germanos a la Galia este uso de cantar hazañas guerreras, que en Francia tuvo una gran difusión. Estos poemas, llamados *Canciones de gesta*, con lo que se indica su carácter eminentemente narrativo ⁽¹⁾, se dividen, agrupándolos por su contenido en tres ciclos: el de Carlomagno y sus doce

(1) Gesta es un plural neutro latino que por raro caso se conserva en lengua vulgar; la gesta de un héroe son los hechos.

pares; el del Rey Artús y los caballeros de la Tabla Redonda, y el ciclo clásico ⁽¹⁾.

La canción de Roldán.—El más importante de los poemas franceses del primer ciclo y el más antiguo, es la *Chanson de Roland*, extensa composición escrita en versos de 10 sílabas según la métrica francesa, equivalente, aunque no por la acentuación y el ritmo, al endecasílabo castellano. Se basa en un hecho real: la derrota de la retaguardia del ejército de Carlomagno en el desfiladero de Roncesvalles.

La refiere el historiador Egiardo, el cual nombra a Roldán una sola vez. Pero este Roldán, de tan escasa importancia para el historiador, es para el poeta una figura gigantesca que sabe luchar con los sarracenos guiados por Marsilio, sin pedir ayuda haciendo resonar el cuerno hasta que abrumado por el número de los enemigos y extenuado por la lucha, muere después de intentar romper su espada «Durandal la fuerte».

La fecha de la conquista de Inglaterra por los normandos, después de la batalla de Hastings (1066), es la del desenvolvimiento del ciclo bretón. El Rey Artús, Merlín, la tradición del Santo Graal, aparecen cantados en lengua de oil, que es la lengua épica francesa, por varios poetas, de los cuales el más digno de ser recordado es Chestrien de Troyes.

En los poemas del ciclo clásico aparecen los héroes y los hechos de la antigüedad con grandes anacronismos, transformados en personajes de la Edad Media—asi en los poemas de Eneas, Alejandro, César, etc.—, pero el siglo XIII es el de la decadencia de las gestas francesas, que se convierten en recitados prolijos y fatigosos.

La sátira de la Edad Media.—Poema de la Rosa.—En Francia, en el siglo XIII, florece la poesía satírica en un poema, el **Román de la Rose**, cuyos primeros 4.000

(1) El poeta del siglo XIII Jean Bodel empieza un poema de este modo:
Ne son que trois materes a nul homme entendant
de France; de Bretagne et de Roma la grant.
He aquí, en el siglo XIII, señalados ya los tres ciclos de la épica francesa.

versos fueron compuestos hacia 1230 por Guillermo de Lorris y que fué continuado unos 50 años después por Juan de Meung; la primera parte es alegórica y canta el amor simbolizado en la rosa, en versos elegantes y correctos.

Juan de Meung es confuso y apasionado; su obra—mucho más extensa que la de Guillermo de Lorris—es atrevida y sincera en la sátira y aún más en la exposición de osadas teorías. Se inspira en los clásicos y a veces los traduce; dato interesante, pues los clásicos, sobre todo los latinos, no estaban tan olvidados en la edad Media como muchos creyeron.

Poema del Zorro.—El llamado **Román de Renard**, sátira de la sociedad feudal que alcanzó un gran éxito, pudo ser compuesto por varios poetas, aunque ni de ello ni de sus fuentes sabemos gran cosa. Los personajes son animales que parodian las luchas de los hombres; entre ellos Noble, es el León, Chanteclair, el Gallo; Isengrin, el Lobo (uno de los más importantes) y Renard, el astuto zorro, que da nombre al poema que tuvo tan gran popularidad que pasando Renard de nombre propio a genérico fué desde entonces denominado de esta manera el goupil.

En prosa o en verso se escriben los *fabliaux*, narraciones más breves, en las que hay una viva sátira social en ocasiones con excesivo atrevimiento. ⁽¹⁾

(1) Uno de los *fabliaux* refiere cómo cierto hombre se arrepiente de su intento de arrojar a su anciano padre del hogar dándole por todo equipaje una manta al ver que su hijo la rompe en dos pedazos guardando uno para cuando su padre sea viejo también.

Je vous partirai autressi
Comme vous avés lui parti

dice el hijo. Es el mismo asunto de un cuento de Grimm en que el nieto—en vez del incidente de la manta—hace una escudilla de madera para que en ella coma su padre cuando sea anciano. Pero en el *fabliaux* hay también sátira social porque sucede todo por haber casado el hijo con una mujer de posición más elevada.

LA ÉPICA EN CASTILLA

I. Las gestas.—Su origen y forma.—En España, formada la lengua castellana, aparecen las canciones de gesta, venerables cantos de recia y varonil poesía. No fueron tan numerosos como los franceses, pero sí existieron bastantes más de los que hoy se conservan. La causa de ello es que en Francia vivieron olvidados en los archivos, mientras el contenido épico castellano no se olvidó, modificándose siempre en sucesivas elaboraciones, siendo las gestas prosificadas en las crónicas, conservándose en otros cantos del pueblo más breves—los romances—y constituyendo el alma y el nervio de nuestro teatro del siglo de oro. Hay que suponer a nuestra epopeya como originada por los cantos épicos de los germanos igual que la francesa y no derivada de ésta como se ha supuesto, aunque indudablemente influyó sobre nosotros, pero esta misma influencia tiene que ser reducida a razonables límites, pues la epopeya castellana es menos frondosa e imaginativa pero más realista y de mayor exactitud histórica. Estos poemas están escritos en series indefinidas de versos monorrimos con tendencia a los paradigmas de 14 y 16 sílabas, pero con marcada fluctuación entre 11 y 18 sílabas ⁽¹⁾.

El poema del Cid. Su estudio.—El más antiguo de los poemas conservados es, como en Francia, el más importante. Es el Cantar de Mio Cid, que parece compuesto hacia 1140, y que conocemos únicamente por un códice, evidente copia, hecha en 1307 por Per Abad ⁽²⁾. El Cantar de Mio Cid tiene un fondo histó-

(1) P. Henríquez Ureña. «La versificación irregular en la poesía castellana», pág. 13. R. Menéndez Pidal, *Revista de Filología Española*. 1916, pág. 338, y 1917, al publicar el fragmento de *Roncesvalles*.

(2) A este códice le faltan tres hojas, una de ellas al comienzo. D. R. Menéndez

rico muy marcado. La figura del Cid y las de sus compañeros de armas, como Alvar Fañez «lanza fardida», nada tienen de fantásticas; son caracteres firmemente trazados, en los que hay simpática rudeza y alguna vez ternura varonil que no entiende de exquisitas galanterías cortesanas. Son escasos los elementos puramente literarios de la obra y predominan los históricos, aunque hay errores de detalle, como el de llamar D.^a Elvira y D.^a Sol a las hijas del Cid, cuyos nombres fueron Cristina y María.

Igualmente se observa exactitud en la geografía del poema, que, además de su interés literario y de su importancia artística, tiene el valor de monumento en el que late el espíritu patriótico y el generoso heroísmo de nuestra raza ⁽¹⁾.

Argumento.—El Cid es desterrado por Alfonso VI a consecuencia de cierta acusación. La ciudad de Burgos, por orden del rey le niega todo auxilio, que le proporciona la astucia de Martín Antolínez «el burgalés de pro», el cual consigue que le entreguen dinero los judíos Raquel y Vidas, dándoles como garantía dos arcas con imaginarias riquezas. El Cid combate victoriosamente con los moros, conquistando Valencia y conduciendo su familia a ésta ciudad. Una vez reconciliado con el Rey, accede a que sus hijas casen con los infantes de Carrión, celebrándose solemnemente las bodas. Los infantes de Carrión abandonan a las hijas del Cid afrentosamente para vengarse de las burlas que sufrieron en ocasión de cierta cobardía. Pide el héroe justicia y el Rey reúne Cortes en Toledo. El Cid recobra sus espadas Colada y Tizón y la dote de sus hijas, retando después a los condes. Las hijas del Cid se casan con los infantes de Aragón y Navarra por lo cual, al final del poema, el juglar afirma «Hoy los reyes de España sos parientes son».

Pidal las ha sustituido valiéndose de la Crónica de veinte Reyes. La mejor edición es la de R. Menéndez Pidal. Madrid, 1908. 3 vols. Texto, gramática y vocabulario. Ha publicado además otra edición más asequible a los estudiantes en las ed. de «Clásicos castellanos», Madrid, 1913.

(1) Olvidado durante varios siglos, fué publicado por primera vez por D. Tomás A. Sánchez en el siglo XVIII—cuando aún no había sido impresa ninguna gesta francesa—este poema.

El Rodrigo.—Un siglo después según se cree fué compuesto el poema conocido con el nombre de Rodrigo o Crónica rimada, aunque seguramente fué retocado más tarde. Se conserva en un códice de la Biblioteca Nacional de París, y ha influido más que el cantar de Mio Cid en la elaboración posterior de la leyenda en los romances. Pero no tiene su rico caudal de poesía y en él se encuentran «la fanfarronada y la hipérbole del valor, que es la caricatura del heroísmo sano de las rapsodias más antiguas» ⁽¹⁾. Predomina en este poema el verso de 16 sílabas con cesura.

Otros poemas.—Recientemente ha sido publicado por D. Ramón Menéndez Pidal un fragmento del poema de Roncesvalles, correspondiente al momento en que Carlo Magno descubre los cadáveres de los héroes Roldán, Oliveros y el obispo Turpin.

Hubo otros que nos han conservado las prosificaciones de las crónicas. D. Ramón Menéndez Pidal ha reconstituido sobre ellas la gesta de *Los siete infantes de Lara*, cuadro de venganza aterrador, en el que debe haber un fondo histórico y en el que la geografía es muy exacta.

Argumento.—Los siete infantes de Lara son odiados por doña Lambra, mujer de su tío Ruy Velázquez por haber matado el menor de los infantes Gonzalo González a un vasallo suyo en ocasión de una disputa provocada por este en Barbadillo desde donde los infantes marcha a Salas. Ruy Velázquez envía a Gonzalo Gustioz, padre de los infantes con una carta a Almanzor en la que le dice que le de muerte. Almanzor se contenta con apresarle. También, por traición de Ruy Velázquez Almanzor se apodera de los siete infantes y de su ayo Nuño Salido a los que manda decapitar. La escena más intensa se desarrolla en la prisión al reconocer Gonzalo Gustioz las cabezas de sus hijos. Almanzor se apiada del desdichado y le liberta. Más adelante llega a Salas Mudarra, hijo que tuvo Gonzalo Gustioz de una mora

(1) Son palabras del Sr. Menéndez y Pelayo.

durante su cautiverio, y que venga a sus hermanos matando en desafío a Ruy Velázquez y quemando viva a D.^a Lambra.

Otros cantares fueron el del Abad Don Juan de Montemayor, el de Sancho II de Castilla o del Cerco de Zamora y los de Sancho García y Garci Fernández, condes Castellanos, Alvar Fañez de Minaya, Bernardo del Carpio, Fernán González, todos de asunto histórico y el de Maynete que pertenece al ciclo carolingio.

De fecha posterior a estos poemas y pertenecientes quizás a últimos del siglo XII o principios del XIII, se conservan otros de origen francés como indica su versificación, de métrica irregular, aunque abundando el verso de nueve sílabas. Así el de la *Vida de Santa María Egipcíaca* y el *Libro de los tres Reis d'Orient*, más corto que el anterior.

Las primeras manifestaciones dramáticas.—En Francia han sido descubiertas bastantes obras dramáticas de carácter popular—misterios, milagros, moralidades y farsas—. Existió en remotas épocas el drama litúrgico en latín, pero ya en el siglo XII hallamos el drama de Adam, en lengua vulgar, que se representó seguramente en la plaza pública y en el que no puede negarse cierta habilidad dramática a la escena de la seducción.

En el siglo XIII hay ya más textos dramáticos, siendo dignos de recuerdo los nombres de Juan Bodel y Adam de la Halle, y, ya mucho después, hacia 1465, aparece una obra maestra del teatro cómico en la Edad Media; la farsa del abogado *Pathelin*, de autor desconocido, en la que existe el tipo de rústico socarrón, tan repetido después (1).

Como en Francia, el teatro aparece en *Inglaterra* con los llamados *Miracleplays*, en *Italia* con las *Sacre Rappresentazione*, en *Alemania* con los *Geistliche Schauspide*. •

El teatro en España.—En España hubo representaciones en latín en el interior de las iglesias, como

(1) El abogado *Pathelin* habla a veces en varios dialectos: limusino, flamenco, picardo... Es el mismo recurso cómico que utilizaron en España Torres Naharro y Moreto en alguna ocasión.

comentario a ciertas festividades religiosas, sobre todo en Navidad. El teatro surge en la Edad Media, interrumpida la tradición literaria, al calor de la iglesia y como arte religioso. Después aparecen los *misterios* en lengua vulgar, de los cuales todavía se representa el famoso misterio de *Elche*. De esta literatura dramática, seguramente muy extensa, solo ha llegado a nosotros un fragmento de 147 versos del *Auto de los Reyes Magos*. Parece obra del siglo XII, en la que no falta cierto sentido dramático, siendo de mucho interés el estudio de su versificación, en la que aparece el llamado verso leonino.

Argumento: Gaspar, Baltasar y Melchor se ponen en camino después de contemplar la estrella. Hablan con Herodes, y éste, preocupado, consulta a los rabinos. [«Pus catad,—dezid me la uerdad,—si es aquel omne nacido—que estos tres rees m'an dicho.»] Con la disputa de los rabinos termina el fragmento.

Al lado de este teatro religioso existió un teatro profano de carácter popular, con elementos cómicos embrionarios que más adelante habrán de desarrollarse con frondosidad extraordinaria.

El mester de clerecía.—Después de la poesía popular de las gestas, del mester de juglaría, aparece la primera escuela erudita con el mester de clerecía, entendiéndose aquí la palabra clérigo en el sentido de ilustrado. Estos poetas dan nuevos horizontes a la poesía, pues amplían extraordinariamente los temas poéticos, reducidos antes casi exclusivamente a los asuntos heroicos, y en la forma, a distinción de los juglares, versifican ya por *sílabas cuntadas*, utilizando constantemente la misma estrofa: el *tetrástrofo monórrimo alejandrino*, y aunque su lectura es a veces fatigosa, nunca falta en estos poemas sentidos, sinceros, simpáticos y candorosos rasgos.

Sus poemas.—El más antiguo de todos parece ser el *Libro de Apolonio*, que hay que referir al siglo XIII, y que tiene la particularidad de que en algunos casos sus estrofas constan de cinco y no de cuatro versos. Se desconoce quién ha sido su autor, que, por algunas formas dialectales, se supone aragonés. Su asunto es la historia del rey Apolonio de Tiro que, después de numerosas aventuras, encuentra a su hija Tarsiana convertida en juglaresa. Este asunto se deriva de una novela griega perdida y es precedente de la novela bizantina de aventuras con sus peripecias y reconocimiento final.

Gonzalo de Berceo (siglo XIII) es el primer poeta castellano de nombre conocido; fué clérigo secular y en su larga vida escribió nueve poemas⁽¹⁾. El más importante es el titulado *Milagros de Nuestra Señora*, colección de 25 leyendas piadosas, 18 de las cuales se han creído imitadas de los *Miracles de la Sainte Vierge* de Gautier de Coincy, aunque es más probable que tanto éste como Berceo se inspiraran en alguno de los numerosos hagiógrafos latinos. Es de las más notables la tradición de la casulla regalada por la Virgen a San Ildefonso, siendo de interés advertir que ya aparecen en esta obra leyendas de las que más

(1) No se sabe la fecha del nacimiento del poeta. Nació en Berceo, cerca de Calahorra, y perteneció, aunque como clérigo secular, al famoso monasterio de San Millán de la Cogolla. En 1237 era presbítero y su firma aparece en algunas escrituras posteriores, la última de 1264. Debió llegar a edad avanzada, pues escribe en su «Vida de Santa Oria»: «Quiero en mi vejez, magüer so ya causado,—de esta santa Virgen romanzar su dictado».

Las obras de Berceo son: «Loores de Nuestra Señora»; «Miracles de Nuestra Señora»; «Duelo de la Virgen el día de la pasión de su Hijo»; «Vida de Santo Domingo de Silos»; «Vida de San Millán de la Cogolla»; «Vida de Santa Oria»; «Martirio de San Lorenzo»; «El sacrificio de la misa»; «Los signos que aparecerán antes del juicio». Menéndez y Pelayo, en su «Antología de poetas líricos castellanos», tomo II, admite como de Berceo los tres himnos que comúnmente se le atribuyen.

Hace pocos años fué descubierto en el Monasterio de Santo Domingo de Silos un nuevo códice de la vida de este santo, por Berceo, que ha sido estudiado por el P. Alfonso Andrés.

adelante hubo nuevas redacciones, como la que popularizó Zorrilla en «Margarita la Tornera». Berceo utiliza siempre—excepto en el cantarillo de los judíos, de exquisita poesía, incluido en el «Duelo de la Virgen»—el metro de la escuela del mester de clerecía, pero a pesar de la facilidad con que el tetrástrofo se presta a la amplificación, no es de los poetas más prolifos.

Alguno de sus poemas—El sacrificio de la misa—no es casi más que un océano de prosa rimada, pero en casi todos abundan los rasgos felices—como la visión de las tres coronas en la Vida de Santo Domingo de Silos—y su inspiración, siempre cristiana, es tan alta en ocasiones, que para Menéndez y Pelayo «La vida de Santa Oria» es el primer esbozo de ese arte tan español que alcanza su perfección en «Las Moradas».

A Berceo se ha atribuído un poema, *El libro de Alexandre*, que hasta ahora hay que considerar como anónimo, pues aunque se creyó que su autor era Juan Lorenzo Segura de Astorga, «bon clérigo e ondrado», cuyo nombre aparece al final del poema, no hay que olvidar que los copistas, los amanuenses de códices, colocaban su nombre al final, como Per Abad, y los autores al principio, como Berceo.

El autor de este extenso poema de asunto clásico y en el que la figura del héroe macedónico y la de los demás personajes aparecen extraordinariamente adulteradas, fué hombre de variada y extensa cultura para su tiempo, por lo cual sus fuentes son muy diversas, pero principalmente se inspira en un poema latino y en otro francés, aunque prefiriendo el primero. El poema está escrito con gallardía y tiene trozos muy notables, como el de la tienda de Alejandro con la representación alegórica de los meses, y otros muy curiosos, como el viaje aéreo y el viaje submarino de

Alejandro, en los que tal vez haya influencia oriental. En este poema se encuentra también el más antiguo de los apólogos castellanos.

El **Poema de Fernán González**, escrito probablemente por un monje de Arlanza—monasterio ligado de un modo tan íntimo con la historia del conde a quien Castilla debió su independencia—tiene su inspiración en una canción de gesta perdida, y narra poéticamente la historia del héroe castellano. Contribuyó a esto el que al prosificarse los cantos épicos, en la Crónica general fué preferido este poema erudito a los cantos de los juglares en que se inspiraba. Los primeros versos del poema están tomados de los de Berceo en la «Vida de Santo Domingo de Silos».

La decadencia del mester de clerecía se advierte ya en la *Vida de San Ildefonso*, del beneficiado de Ubeda, en donde no hay aliento de poesía.

El *Hadiç de Yuçuf* o *Poema de José*, pertenece a la literatura aljamiada, o sea escrita en castellano con caracteres arábigos. Es obra anónima, y al referir la historia de José y las liviandades de Zaliya, sigue, no la Biblia, sino la sura 12 del Alcorán.

En 1920 fué publicado un nuevo poema por la cuaderna vía, el «Libro de Miseria de homne» ⁽¹⁾, que parece pertenecer al siglo xiv, siglo en que son escritos los dos grandes poemas del mester por el Arcipreste de Hita y el Canciller Pero López de Ayala, en que la escuela de Berceo aparece modificada y rota la monotonía del tetrástrofo en diversidad de metros, aunque sólo en la parte lírica y no en la narrativa.

Hubo otros poemas, hoy perdidos, como el de los Votos del Pavón, que cita el Marqués de Santillana en su Proemio.

(1) Por Miguel Artigas, en el «Boletín de la Biblioteca de Menéndez y Pelayo».

CAPÍTULO VIII

LA POESÍA LÍRICA EN LA EDAD MEDIA

Antigüedad de la poesía lírica.—Al fraccionarse el Imperio romano y surgir las nuevas nacionalidades, aparece una poesía épica, ya estudiada, que si indudablemente precede a la prosa artística, coexiste durante mucho tiempo con manifestaciones líricas olvidadas hasta ahora y no conocidas todavía muy bien, pero que indudablemente contienen una riqueza poética muy grande. En la mayor parte de los países, Alemania, Francia, Portugal y España, la épica se sobrepone como signo de su nacionalidad; en otros, como en Provenza, ocurre lo contrario: las manifestaciones épicas son muy débiles y la lírica triunfa como género casi único y desde luego preponderante.

Sus manifestaciones en Europa.—En *Inglaterra*, de los siglos xii a xv cultivan la poesía lírica los llamados *poetas menestrales*, trovadores de carácter popular que escriben en lengua inglesa, mientras los eruditos escriben en latín.

En *Alemania*, a los siglos xii y xiii pertenecen los *minnesinger* o cantores de amor, que experimentan la influencia de los trovadores provenzales, pero que presentan esta escuela modificada. Tienen delicadeza y sentimiento, adaptando a veces la poesía popular al refinamiento cortesano. Sus príncipes protegían a estos poetas, de los cuales los más interesantes son **Godofredo de Estrasburgo** (siglo xiii), autor del poema *Tristán e Isolda*, y, sobre todo, **Wolfram de Eschembach**, que en *Parsifal*—vastísimo poema no falto de habilidad artística y de aliento poético—canta las aventuras de

este héroe relacionadas con la leyenda del Santo Graal. A estos errantes trovadores, cuya existencia favorecía la organización feudal, sustituyeron en los siglos XIV y XV los *meistersinger* o maestros cantores ⁽¹⁾ artesanos que alternaban los trabajos de su oficio con el ejercicio de la poesía, pero a los que falta la fantasía y la delicadeza de los *minnesinger*. Uno de los más famosos, pero perteneciente ya a los comienzos de la Edad moderna, fué el zapatero **Hans Sachs** (1494-1576), que escribió innumerables obras líricas y dramáticas, a veces con gran fuerza cómica.

La lírica en Francia.—Se creyó por mucho tiempo que en Francia había estado vinculada la poesía lírica en los primeros tiempos en Provenza, como la épica en las regiones del Norte, que hablaban la lengua de oïl o francesa, mientras en el Sur se hablaba la lengua de oc, de donde surge una denominación topomínica: Languedoc. En lengua de oïl hay desde antiguo composiciones líricas, aunque menos subjetivas que las provenzales, hasta que la influencia de Provenza se propaga hacia el Norte, apareciendo en el siglo XII poetas a la manera provenzal algunos, como Quesnes de Béthune o el castellano de Coucy, muy notables. Las poesías de este último están impregnadas de gracia y de melancolía ⁽²⁾.

Lírica provenzal.—Pero la mayor riqueza lírica de la Edad Media es la que pertenece a las comarcas del Sur de Francia, llamada Provenza, y que fué escrita en lengua de oc. Adquirió esta lengua muy pronto una flexibilidad y dulzura de expresión que la hacen instrumento apropiado para los fáciles discreteos trovadorescos, y con ellas se multiplica el número de estrofas, adquiere complicación la métrica, y los libros

(1) Meister: maestro; singer, de singen cantar, en lengua alemana.

(2) A este poeta se le denomina el castellano de Coucy—su nombre es desconocido—porque fué, según parece, alcaide o jefe del castillo de Raul, señor de Coucy, cuya trágica leyenda fué tema predilecto de los dramaturgos del romanticismo. Murió en 1191.

de los teóricos fijan inmediatamente las leyes de la lírica provenzal, acatadas por todos con una verdadera disciplina de escuela.

Los trovadores.—Los nuevos poetas, llamados trovadores, penetran en los palacios y en los castillos, y viajan por las cortes vecinas, mientras los juglares llevaban al pueblo las nuevas invenciones de los poetas ⁽¹⁾. Una poesía de esta clase, lírica casi exclusivamente, tenía que convertirse al fin en sutil ejercicio de salón, y la decadencia vino muy pronto, que inútilmente intentó detener la instauración por la Academia de Tolosa, de los juegos florales (1324).

Trovadores provenzales.—El primer trovador cuyo nombre ha recogido la Historia es **Guillermo IX**, Conde de Poitiers, famoso guerrero, pero la perfección de sus poesías no permite que se le considere como iniciador. **Pedro Vidal de Tolosa** fué tan famoso como por sus poesías—alguna muy notable—por sus extravagancias. **Beltrán de Born** tiene gran fuerza satírica. Uno de los últimos fué **Giraldo Riquier**, poeta discreto y agradable, y muchos más que pudieran citarse.

Propagación de la lírica provenzal.—Esta poesía adquiere una gran difusión; influye en los *minnesinger* alemanes, y en la Francia del Norte, y en Cataluña, Galicia y Castilla. Contribuye a ello la dispersión de los trovadores, sus viajes y la buena acogida que hallaban en Reyes y Magnates. Pero también se propaga por la influencia de las poéticas que a todas partes llevan la métrica complicada del *serventesio*, la *cansó*, el *tensons*, que sirven de forma a numerosas composiciones.

Trovadores catalanes.—En Cataluña la influencia provenzal es marcadísima por la relación histórica y

(1) Téngase en cuenta que trovador es el poeta que escribe y recita o canta su obra, a veces, en los palacios de los próceres. Los juglares son simplemente recitadores populares de poesías ajenas.

semejanza de lengua, y a imitación de Provenza en 1393, en Barcelona establece Juan I los Juegos Florales. Pero la lírica catalana del siglo xv tiene ya carácter propio y distintivo.

De entre los trovadores catalanes recordaremos a **Alfonso II de Aragón**; **Hugo de Mataplana**, delicado poeta; **Guillén de Berdagan**, satírico desenvuelto; **Serveri de Gerona**, más humano y moral, y **Ramón Vidal de Besalú**, autor de una poética trovadoresca.

Literatura catalana en la Edad Media.—Para completar el cuadro de la literatura catalana trataremos de su desarrollo desde el siglo xiii en adelante, época en que alcanza caracteres especiales, creando en catalán una literatura propia que, sobre todo en la prosa didáctica, tiene enérgica individualidad.

Señala el apogeo de la literatura catalana la gran figura de Ramón Lull o **Raimundo Lulio** (1235-1315), escritor enciclopédico que dejó numerosas obras, la mayor parte en latín o en catalán⁽¹⁾. Como filósofo representa la lucha contra el averroísmo y el intento de crear un nuevo sistema de los conocimientos humanos, principalmente en su complejísima obra *Ars magna generalis*. La influencia oriental es en él marcadísima. Libro de gran interés es *Blanquerna*, novela utópica de fuerte originalidad, en la que está intercalado el *cántico del amigo y del amado*, escrito en prosa, pero que es una muestra de la potente inspira-

(1) Nació en Palma de Mallorca (1235) y murió en Bujja (África) después de recibir el martirio (1315). Su juventud fué desordenada y uno de los episodios más notables de ella, lo cantó en magistrales estrofas Niñez de Arce en su poema *Raimundo Lullio*. Éste se emplea en el servicio de Dios, vive en París, en Mallorca y en Roma, predica en Egipto y Túnez, profesa en la Orden Tercera de San Francisco y dedica todas sus energías a la propaganda de sus doctrinas y a combatir el averroísmo. Se le conoce con el nombre del Doctor Iluminado y fué beatificado por Pío IX. Además de las obras citadas en el texto, son suyas—entre otras—el *Libre del gentil e los tres sabis*, *Disputa de Raimundo y el averroísta* y el *Libre del Orde de Cavalleria*.

ción lírica del autor. También es una de las más notables obras poéticas de Raimundo Lulio el magnífico poema lírico didáctico el *Desconort* (Desconsuelo).

La gran figura de Raimundo Lulio pertenece a una época en que un gran rey, Pedro III, protector de las letras y las artes, escribe versos enérgicos e inspirados; y a otro rey, Don Jaime I, le ha sido atribuida por largo tiempo una crónica de su reinado, aunque es casi seguro que no es obra personal suya. Pero, de todos modos, en esta época se desarrolla extraordinariamente la prosa histórica. Después de la *Crónica de Jaime I*, sea de quien sea, aparece la *Crónica de Pedro III y sus antepasados*, escrita por *Bernardo Desclot*, que es uno de los más grandes cronistas de la Edad Media.

Però el mayor de todos es **Ramón Muntaner** (1265-1336), que tomó parte en la expedición de los catalanes y aragoneses a Oriente, en la que encontró la muerte Roger de Flor. Su *Crónica* empieza con el reinado de Jaime I y termina en el de Alfonso IV, siendo obra fuertemente personal y de un interés muy grande en la parte en que el autor refiere los hechos presenciados por él. Influye por el asunto que trata, en el historiador español Francisco de Moncada.

En el siglo xiv hay, entre otros, dos escritores dignos de ser citados: *Fray Francisco Eximenis*, autor del *Libro de las donas* y *Fray Anselmo de Turmeda*, que más tarde apostató pasando a Túnez y haciéndose llamar Abdalá, hombre de ingenio que fué muy estimado entre los musulmanes y que escribió en árabe. En catalán compuso *La disputa del asno contra Fray Anselmo Turmeda*, que tiene su origen en libros orientales.

Ya en el siglo xv aparecen los grandes poetas catalanes influenciados por Dante y Petrarca, pues el Renacimiento, por razones geográficas e históricas, llega antes a Cataluña que a Castilla.

El más importante de todos es **Ausias March** (1379-1459), caballero valenciano que contrajo matrimonio

por dos veces, pero que no canta a ninguna de sus esposas en sus poesías. Conocía bien a Dante y, sobre todo, a Petrarca, y como éste a Laura canta a su dama Teresa Bon en la vida y en la muerte. Pero sus poesías no tratan de una manera monótona un tema único, pues al amor ardiente une la exaltación religiosa, que le eleva algunas veces a la más alta inspiración.

Pero también merecen citarse: *Mosén Jaume Roig*, hábil satírico en su *Libre des Consells*; *Andreu Febrer*, que hace una notable traducción en tercetos de *La divina comedia*, y *Rocaberti*, que escribe su *Comedia de la gloria de amor* que acusa influencia de Dante. La influencia de Petrarca está representada por *Mosén Jordi de San Jordi*, alabado por el Marqués de Santillana que compone en su honor el poemita de la *Coronación*; *Mosén Jordi* es autor de poesías amorosas de positivo mérito, pero no puede competir con el más grande de los poetas catalanes, también alabado por Santillana en su *Proemio*.

Como en Castilla, hubo en Cataluña teatro profano de carácter popular y teatro religioso. De este último nos quedan el *Misteri de Sant Esteve*, de la Catedral de Gerona (1380), la *Representació de la Asumptió de Madona Santa Maria* y el *Misterio de Elche* que aún se representa en esta ciudad.

Trovadores gallegos. Los cancioneros.— En Galicia existe también un gran florecimiento lírico, determinado tal vez, según opina Menéndez y Pelayo, por influencia de las numerosas peregrinaciones que de la Provenza, como de todo el mundo cristiano, pasaban a Galicia a visitar, impulsadas por la fe, el sepulcro del apóstol Santiago, de donde indudablemente debió extenderse a Portugal, favorecida por la comunidad de lengua. Esta poesía gallega está recogida en grandes cancioneros, de los cuales es el más antiguo el de Alfonso X de Castilla titulado *Cantigas de Santa María*, aunque hay composiciones aisladas de más lejana fecha. Los restantes cancioneros son el de

Ajuda, el del Vaticano y el llamado *Colocci-Brancuti*, conocido por los nombres de su antiguo y actual poseedor, que contiene 1675 canciones. Hay noticia de otros cancioneros perdidos, como uno al que se refiere el Marqués de Santillana.

El más famoso de los poetas cuyas composiciones fueron recogidas en estos cancioneros es el rey Don Diniz, a cuya muerte se inicia la decadencia de la escuela.

Lírica popular.— Pero al lado de esta lírica cortesana artificiosa y frívola, existe también otra popular de gran importancia por los elementos musicales, en su mayoría gallegos, que contiene. Esta lírica popular recorre todos los matices del sentimiento y en ella aparecen ritmos como el endecasílabo anapéstico que tan fácilmente se adapta al aire bailable de la muñeira.

Extensión de la lírica en la Península.— Esta lírica en gallego no fué la única que existió en España, como se ha creído durante muchos años hasta que modernas investigaciones han iluminado las obscuridades de estas épocas lejanas. Es indudable que existió una lírica popular en castellano con varios géneros muy definidos y que influyó en la poesía árabe andaluza en los siglos xi y xii, al último de los cuales pertenece el famoso cancionero del cordobés Aben Cuzman: en ella se hicieron canciones de mayo, de romerías, de Nochebuena, de Carnaval, villancicos amorosos, serranillas, etc.

Sus primeros monumentos.— La composición lírica más antigua hasta ahora es la *Razón feita de amor e bien rimada* que parece corresponder al principio del siglo xiii. En realidad comprende dos composiciones, una amorosa, no exenta de sentimiento, y una disputa entre el agua y el vino, que pertenece a un género

popularísimo en la Edad Media. Como al final se declara que lo hizo Lope de Moros, parece indicar el nombre del copista y no el del autor.

Se conserva incompleto el poema de «Elena y María» en pareados, tal vez de autor leonés y de carácter popular.

CAPÍTULO IX

LA LITERATURA ITALIANA EN LA EDAD MEDIA

Dante.—De los diversos dialectos que empezaron a hablarse en Italia, alcanzó al fin supremacía el toscano, que poetas de genio extraordinario elevaron a la categoría de lengua nacional, aunque el concepto de nacionalidad no aparece en Italia en la Edad Media.

El primer gran poeta italiano, y hasta ahora el más grande poeta italiano, fué **Dante Alighieri** (1265-1321). A su nombre está unido el de una mujer, Beatriz, que supo hacer inmortal. ⁽¹⁾

Sus obras.—Importancia de la Divina Comedia.—En su obra la *Vita nuova*, mezcla de prosa y verso, nos refiere su pasión hacia Beatriz, viniendo a ser como una autobiografía espiritual, escasa de datos objetivos. Pero la obra inmortal de Dante es la que llamó *Co-*

(1) Nació Dante en Florencia en 1265. Fué político y diplomático, interviniendo directamente en las luchas de su siglo. No perteneció al partido gibelino, como se ha dicho, sino al güelfo, aunque a los llamados blancos, a quienes los negros tildaban de gibelinos, y después de ser elevado a una alta magistratura, sufrió el destierro por causas políticas, muriendo en Rávena en 1321. En su juventud enamoróse de Beatriz Portinari, y este amor ilumina su vida entera. Pero Beatriz casó con Simón de Bardi, muriendo a los tres años de casada, y Dante contrajo matrimonio con Gemma Donati, siendo su vida de casado una continua infelicidad. Además de «La divina comedia» y la «Vita nuova», son obras suyas «De vulgari eloquio», elogio de la lengua popular, escrito en lengua sabia; «El Convite», diálogo a la manera platónica; el tratado «De Monarchia», y las poesías reunidas en el Cancionero. También escribió poesías latinas.

media por la variedad de tonos, y que la posteridad ha calificado de *Divina*, inmenso poema, de genial concepción, que viene a ser la épopeya cristiana de la Edad Media. Dante, hombre de gran cultura y muy versado en ciencias teológicas, supo llevar a su poema los conocimientos, las creencias todas de su tiempo, haciendo así que tuviera un interés general, humano. Su fantasía poderosa le permite descender a las profundidades de las regiones infernales y remontarse a las alturas celestes con una inspiración arrebatada y siempre segura de sí misma. En este maravilloso viaje encuentra personajes de la historia y de la vida contemporáneas, utilizando las penas del Infierno para castigar a los que fueron sus enemigos en vida. Su fantasía creadora le permite trazar vigorosísimos cuadros, sobre todo en la parte del Infierno, que es lo más admirado de su obra. Está escrita en tercetos admirables de energía y fuerza expresiva, y utiliza la alegoría para sus ficciones ⁽¹⁾. La influencia de Dante es inmensa en todo el Occidente cristiano y en España; sin ella quedaría sin explicar toda una parte de nuestra literatura. Dante, en esta obra manifiesta una potente originalidad; sin embargo se le ha buscado precedentes en leyendas y cantos anteriores, como la leyenda del purgatorio de San Patricio, y, recientemente, en leyendas árabes, como «El libro del nocturno viaje», del murciano Benarabí ⁽²⁾.

(1) «La Divina Comedia» se divide en tres cantos: «El Infierno», «El Purgatorio» y «El Cielo». El primero consta de 34 cantos muy cortos y los dos restantes de 33 cada uno. En el viaje por el Infierno y el Purgatorio le acompaña Virgilio, el gran poeta latino; por las regiones celestes guía a Dante Beatriz. El Infierno de Dante viene a ser como una gran fosa con nueve círculos en donde se encuentran los condenados. Los dos pasajes de mayor intensidad son el encuentro de Dante con Francesca de Rimini (canto quinto), y el de la muerte del Conde Ugolino (canto 33). El Purgatorio es como una montaña con 9 escalones, y el Paraíso comprende 9 círculos, en 7 de los cuales están los 7 planetas y el emperio en el centro.

(2) Véase el interesantísimo discurso de ingreso en la R. A. E. por D. Miguel Asín, Madrid, 1919, sobre «La escatología musulmana en la Divina Comedia».

Petrarca.—También ha ejercido enorme influencia en todas las literaturas otro escritor italiano: **Francisco Petrarca** (1304-1374), que es el último trovador italiano y el primer gran poeta moderno ⁽¹⁾. La literatura italiana llega antes que ninguna otra a la madurez, y al publicarse el cancionero de Petrarca en 1370, nos encontramos ya en pleno siglo xiv, con un hombre del Renacimiento. Petrarca es un hombre del Renacimiento por sus estudios clásicos, su amor a la antigüedad, sus eruditas obras latinas. Pero ahora se le recuerda como poeta inspiradísimo, que en una lengua flexible y armoniosa canta su pasión delicada, honesta, espiritual, hacia Laura, cuyo nombre irá al de Petrarca eternamente unido como el de Beatriz al de Dante. Sus *Canciones* y, sobre todo sus 317 *Sonetos*, son cinceladas joyas en que consigue expresar los matices más delicados de su sentimiento. Su última obra, *Los Triunfos*, poema alegórico en tercetos, revela la influencia de Dante. Fué tan grande su fama, que en los siglos xv y xvi se imprimió 167 veces su Cancionero.

A Petrarca erudito, se le recuerda sólo por sus versos en lengua vulgar; a otro erudito, **Boccaccio** ⁽²⁾ se le nombra siempre como autor de una colección de cuentos no faltos de atrevimientos. **Juan Boccaccio** (1313-1379) escribió numerosas obras en latín y en italiano, en prosa y en verso, pero ahora su fama es como creador de la prosa narrativa italiana y el iniciador de la novela moderna. En la *Fiametta* es precursor

(1) Nació Petrarca en Arezzo (1304) y murió en Arquá (1374); vivió en la corte pontificia de Avignon y en esta ciudad, en 1327, vió a Laura salir de la iglesia de Santa Clara. Se ha identificado a Laura con Laura de Noves, muerta de la peste en 1348. Pasó Petrarca parte de su vida en el apacible retiro de Vaucluse, y en Roma fué coronado solemnemente.

(2) Boccaccio nació en 1313, probablemente en París, aunque de padres italianos y vivió en la corte de Florencia rodeado de gran fama, y en donde conoció y amó a María, hija natural del rey de Nápoles, a la que inmortalizó con el nombre de Fiametta.

de la novela psicológica, y en el *Decamerón* ⁽¹⁾, su obra más famosa en este género, se nos muestra como cuentista genial y variado, con gran talento descriptivo y lenguaje puro, pero sobre todo es un narrador ameno y espontáneo, que hace su lectura encantadora.

Boccaccio toma dirección literaria distinta a la de Petrarca, pero coincide con él en su entusiasmo por la antigüedad clásica que conocía perfectamente, de tal modo que la Iliada y la Odisea le eran familiares y en latín escribió dos famosas obras *De casibus principum* y *De claris mulieribus* por las que fué famoso en la Edad Media y que fueron, sobre todo la última, iniciación de una copiosa literatura ya en pro, ya en contra de las mujeres. Además trabaja porque la *Divina comedia* sea conocida y comprendida y la explica y comenta en lecturas públicas, y también es el primero que emplea la octava en la poesía épica, en cuyo metro escribe su poema *La Teseida*. Esta breve indicación servirá para conocer la importancia de Boccaccio dentro del Renacimiento.

En Inglaterra.—**Chaucer.**—En Inglaterra en el siglo xiii aparece una triple literatura; una literatura en latín, heredera de la tradición clásica de la Edad Media; una literatura en francés, importada por el pueblo conquistador, el normando, y una literatura que se iniciaba en lengua inglesa, la lengua de los sometidos. Así **Gower**, que muere en 1408, escribe en latín *Vox clamantis*, *Speculum meditantis* en francés, y en inglés la *Confessio amantis*, tres obras poéticas, cada una en una lengua distinta.

El primer gran poeta inglés es **Godofredo Chaucer** (1340?-1400). De humilde origen y protegido por Enrique III, recorrió Francia e Italia, y pudo llevar en la retina a las brumas de Inglaterra las esplendorosas visiones del Renacimiento. Sus primeras obras revelan la influencia del *Román de la Rose*, que tradujo; después aparece la influencia italiana, principalmente de Boccaccio en *Las mujeres ejemplares* (*De claris mulieribus*), y en otras obras se advierte la influencia de Dante, siendo su obra más importante la titulada *Cuentos de Cantorbery*, en verso, influenciada por el *Decamerón*; es una colección de narraciones que se suponen re-

(1) El *Decamerón* es una serie de cuentos que se suponen referidos por siete señoras y tres galanes en 10 días que pasan en el campo no lejos de Florencia, huyendo de la peste que la asoló en 1348. La descripción de la peste es una de las mejores páginas del libro.

feridas por 30 peregrinos como alivio del camino que les conduce de Londres a Cantorbéry, a donde se dirigen para adorar las reliquias de Santo Tomás Becket. Estos peregrinos pertenecen a todas las clases sociales y se expresan según su condición, resultando admirablemente dibujados ciertos tipos, el caballero, el abogado, el médico, el molinero, el fraile, la abadesa... Sobresale Chaucer en la riqueza y brillantez de las descripciones y se le considera como el primero, en el orden cronológico, de los humoristas ingleses.

CAPÍTULO X

ÉPOCA DE ALFONSO X

La prosa castellana.—Durante la Edad Media continuaron escribiéndose cronicones en latín en forma de seco apuntamiento, y más tarde, ya en el siglo XIII, estos cronicones se redactan en castellano, como los de Cardeña y las dos primeras partes de los *Anales Toledanos*, (escritos del 1220 al 1250), pues la tercera es muy posterior.

En latín escriben todavía el obispo Don Lucas de Tuy (*Chronicon mundi*), y el arzobispo Don Rodrigo Jiménez de Rada (1170-1247), pero su *Historia Católica*, de elegante redacción; y en la que revela condiciones de historiógrafo, fué traducida en parte y en parte compendiada con el título de *Estoria de los godos*, tal vez por persona distinta del autor.

Primeras obras.—A la misma época (1241) pertenece la versión romanceada del Fuero Juzgo, código visigodo, (aunque con muchos elementos romanos), que mandó traducir a la lengua vulgar Fernando III, y dió por fuero a varias ciudades, entre ellas a Córdoba al ser conquistada. Tal vez bajo la dirección de este rey, se escribiera el *Libro de los doce sabios* y otros catecismos morales y políticos dirigidos a la

educación de los príncipes. Otro modelo de prosa primitiva son las dos cartas escritas por Alejandro moribundo a su madre, que aparecen al final del poema de Alexandre, y que proceden de fuentes orientales.

Epoca de Alfonso X. Influencia oriental.—En la formación de nuestra prosa hay que tener en cuenta una influencia que trasciende también a los asuntos, perpetuándose en nuestra literatura en otros géneros: la de los cuentos y apólogos orientales que llegan a España por mediación de los árabes, quienes a su vez los conocieron de los persas.

Aunque no esté escrita en castellano, sino en latín, no se puede olvidar la obra *Disciplina clericalis*, del judío bautizado Pedro Alfonso, que tal vez la escribiera en árabe primeramente. Sus 33 cuentos son quizás los primeros que llegan a nosotros de origen oriental, y los utilizan Don Juan Manuel, Boccaccio, el Arcipreste de Hita y otros muchos, e incluyéndose en diversas colecciones como el *Libro de los exemplos*.

A esta cultura árabe fué aficionado Alfonso X, que siendo infante manda traducir al castellano el *Libro de Calila e Dimna*, de origen indio (*Panchatantra*). Del mismo origen es el *Sendebár*, que D. Fadrique, hermano de Alfonso X, mandó también traducir, titulólo *Libro de los engannos et los asayamientos de las mujeres*.

Alfonso X representa un poderoso esfuerzo por la cultura española. Si fué desgraciado en sus empresas políticas, en las literarias no le faltó nunca el instinto genial y la constancia creadora de obras grandes. Su figura en el orden literario es de una grandeza tan manifiesta que a él se han atribuído todas las obras anónimas de la época, creyéndolas hijas del entendimiento poderoso del Rey Sabio. De él arranca el desarrollo de nuestra prosa, lo cual es como decir que la

lengua se encuentra esencialmente formada y dispone ya de riqueza en los medios de expresión. Aunque es indudable que muchas veces no hizo sino dirigir a sus colaboradores limitándose a un trabajo de inspiración y corrección del que habla en el prólogo del libro de la Esfera, su figura no es por eso de menor grandeza.

Clasificación de sus obras.—Las obras escritas o inspiradas por Alfonso X, pueden ser clasificadas en la siguiente forma: *poéticas, históricas, recreativas, legislativas, científicas.*

Las *poesías* de Alfonso X están escritas en gallego, (las castellanas que se le atribuyen son evidentemente apócrifas) y se encuentran en el Cancionero del Vaticano y en el de Colocci-Brancuti, y además en un Cancionero: *Las Cantigas de Santa María* ⁽¹⁾, escritas en alabanza de la Virgen, con verdadera piedad y haciendo gala de gran variedad de metros, pues emplea versos desde 4 a 7 sílabas. En las 417 cantigas de que consta, las hay líricas y de carácter narrativo, éstas en mayor número, encontrándose sus fuentes en diversos autores latinos, franceses, provenzales y aun en Berceo, con el cual coincide en algunos asuntos, pero sin inspirarse en él, según el Marqués de Valmar, y ellas, a su vez, han inspirado a autores extranjeros como Schiller y Próspero Mérimée, y españoles como Calderón y Zorrilla.

De ellas citaremos la cantiga LXXXIV, en que la Virgen resucita y hace feliz a una dama que, dudando de la fidelidad de su marido, quien le confesó que amaba a otra señora mucho más que a ella, sin decirle que era la Virgen, se había dado muerte. La

(1) Es tradicional afirmar que esta es de las obras escritas por Alfonso el Sabio, y así debe creerse mientras no haya en contrario prueba decisiva. D. Narciso Alonso Cortés afirma que no todas las composiciones de esta colección están escritas por Alfonso X, y el francés Grousac duda de la atribución tradicional.

CLV, admirable por su sencillez, que narra los esfuerzos que hace un gran pecador para llenar de agua un vaso, penitencia que le ha sido impuesta para redimirse de sus pecados, y que no consigue realizar hasta que caen dentro de él dos lágrimas de arrepentimiento. La cantiga LV, en que nos dice cómo la Virgen sustituye a una tornera que había huido con su amante a Lisboa, que es el asunto de «Margarita la Tornera», de Zorrilla. La CLIII, de trágica grandeza, en la que un jugador a quien no había favorecido la suerte, ve caer sobre él mismo, ensangrentada, la saeta que había disparado contra el cielo pensando herir a la Virgen.

Las poesías castellanas que corren con el nombre de Alfonso X son evidentemente apócrifas. El romance «Yo salí de la mi tierra— para ir a Dios servir—» es de época muy posterior y el famoso *Libro de las querellas* es una invención de Pellicer.

Obras históricas: son la *Grande et general Estoria* que se conserva en varios códices y aún no ha sido publicada, constituyendo el primer intento de Historia Universal en nuestra patria; y la *Crónica general de España*, inspirada en diversas fuentes y que no fué dirigida totalmente por el rey Sabio, pues la segunda mitad se compuso en época de Sancho IV, lo cual explica la variedad de su prosa.

Los libros *recreativos*, de gran interés para el conocimiento de las costumbres de la época, son el *Libro del Alçedrez, dados et tablas* y el *Libro de Montería*. Aquí puede incluirse la traducción del Calila e Dimna que mandó traducir siendo infante.

Las obras *jurídicas*, aparte del *Espéculo* que se tiene por apócrifa, son además de algunos opúsculos, el *Septenario* empezado en tiempo de San Fernando; el *Fuero Real*, ensayo legislativo basado en el derecho nacional, y las *Partidas*, que se fundan por el contrario en el derecho romano, no llegando a tener fuerza legal hasta el ordenamiento de Alcalá de Alfonso XI (1348), no consiguiendo por lo tanto Alfonso X su propósito de llegar a la unidad legislativa. Pero, apar-

te de esto, son un monumento jurídico de extraordinaria importancia, en el que ya la prosa aparece formada, varonil y robusta. La empezaron a escribir en 1256 y duró la formación del código 7 ó 9 años, no siendo obra de Alfonso X tan sólo, pues debieron ayudarle famosos jurisconsultos, como Fernando Matínez y el Maestro Jácome Ruiz.

Las obras científicas son: *Los libros del saber de Astronomía*, las *Tablas astronómicas* o *alfonsinas*, los dos *Astrolabios* y el *Lapidario* y el *Libro de la Esfera*.

Sancho IV.—El movimiento cultural iniciado en la época de Fernando III y que en la de Alfonso X consigue su mayor intensidad, continúa bajo el reinado de Sancho IV, aunque éste le encauza en otra dirección, apartándose de las literaturas orientales para tomar como modelo las de otros pueblos, principalmente Francia.

Mandó Sancho IV traducir el *Libro del Tesoro*, obra de Brunetto Latini, maestro de Dante, y en su época se compuso el *Lucidario*, obra de carácter enciclopédico, inspirada en el *Speculum historiale* de Vicente de Beauvais y *La gran conquista de Ultramar*, historia fabulosa de las Cruzadas, de enorme extensión y de extraordinario interés por las leyendas que refiere, muchas de las cuales son verdaderas ficciones caballerescas. Esta obra, derivada de la Historia latina de Guillermo de Tiro se inspira directamente en fuentes francesas.

D. Juan Manuel (1282-1349?), nieto de San Fernando y sobrino de Alfonso el Sabio ⁽¹⁾, es el continuador de la obra de éste y escribió subyugado por la admiración que le producía la labor de su tío.

(1) Nació en Escalona en 1282. Murió, tal vez, en 1349. Su vida fué tan agitada que parece imposible su extensa y cuidada labor literaria, así como su inquietud no se adapta bien a su carácter de moralista. Luchó repetidas veces contra Alfonso XI, con quien se reconcilió al final de su vida. Su hija Constanza, que había celebrado esponsales con este rey, casó con D. Álvaro de Portugal.

La obra más famosa entre las que se conservan es el *Libro de Patronio* o *Conde Lucanor*, colección de 50 apólogos o cuentos, y que continúa el aspecto didáctico de nuestra prosa narrativa.

El libro de Patronio fué anterior en unos cuantos años al Decamerón, y las fuentes en que se inspira son muy variadas, predominando las orientales, y lo mismo que en éstas, los cuentos están enlazados por una ficción general que va de unos a otros, y que aquí la constituyen los diversos problemas de índole moral principalmente, que el conde Lucanor plantea a su consejero Patronio, y que éste resuelve con la narración de un breve cuento o apólogo que termina con una moraleja en verso en las que hay gran variedad métrica, y que son las únicas muestras del talento versificador de D. Juan Manuel, pues aunque parece que escribió un *Libro de cantares*, nada se conserva de él.

Tal vez la primera obra suya fué la *Crónica abreviada*, resumen de la *Crónica general* de Alfonso X. En Alfonso X, en San Isidoro, en Ramón Lull (*Libre del orde de cavayleria*) y en otros, se inspira para su *Libro del Caballero y del Escudero*, que no se conserva completo; es obra de carácter didáctico, como también el *Libro de los Estados*, cuyo asunto es la educación de Johás, hijo de un rey pagano, que al fin es convertido al catolicismo por el santo varón Julio.

D. Juan Manuel es un autor muy notable que señala un gran avance en la prosa castellana, y aunque no emplea el diálogo, forma de elocución de gran dificultad, sin embargo, las situaciones y las ideas están desarrolladas con gran fuerza lógica y con poderoso entendimiento, y en la forma la lengua tiene una viveza e interés desacostumbrados hasta entonces.

CAPÍTULO XI

TRANSFORMACIÓN DE LA ÉPICA

Evolución del mester de juglaría. El poema de Alfonso XI.—Este poema, de autor desconocido, y que se atribuye a Rodrigo Yáñez, que probablemente no hizo sino poner en castellano un original gallego, narra con fidelidad histórica las hazañas de este rey, cuya figura enaltece con acentos robustos y viriles, en los que se nota un cariño simpático.

Es la última manifestación del arte épico popular y de gran importancia, porque es el punto de transición entre el metro de 16 sílabas y el de 8 propio de los romances, y que será en adelante el que el pueblo emplee en sus composiciones poéticas narrativas.

Evolución del mester de clerecía. El Arcipreste de Hita.—Las manifestaciones de la épica erudita castellana habían alcanzado en esta época extraordinaria variedad en los asuntos, expresándose con monotonía casi ininterrumpida en la estrofa monórrima de cuatro versos alejandrinos; pues todo esto se altera y transforma, originando una evolución progresiva, con un poeta quizás el de más potente originalidad de la Edad Media, **Juan Ruiz, Arcipreste de Hita**, que nació o habitó, según él mismo dice ⁽¹⁾, en Alcalá de Henares, y que debió morir antes del año 1351.

El Arcipreste de Hita, hombre de vida agitada y

(1) Él mismo nos lo dice en uno de sus versos—Bija, mucho vos saluda uno que es de Alcalá—. Fue hombre de vida desenvuelta y de carácter jovial y divertido. Muy conocedor de la música popular, tocaba hábilmente diversos instrumentos, y por causas desconocidas aún, el arzobispo de Toledo Don Gil de Albornoz le tuvo 13 años en prisión.

desenvuelta, y que conoció íntimamente la sociedad de su tiempo, heterogénea y antitética, mezcla de virtudes extraordinarias y de corrupciones morales, en la que el desorden y la perturbación eran impulsados a veces por un idealismo caballeresco o sentimental, la retrata en su obra, a la que él no puso título, pero que hoy es conocida por el de *Libro de buen amor*, y que por eso mismo es tan variada y compleja en su fondo y en su estructura.

De tal modo es así que parece que el Arcipreste ha expresado poéticamente en esta obra todos los cambios y evoluciones de su espíritu, la variedad de hechos por que ha pasado en su vida agitada y turbulenta, y los que ha visto y observado en la realidad, que trata ya con ironía suave y desenfadada que le convierte en un humorista formidable o con acendrada devoción y ferviente amor a la Virgen.

A ello contribuye la cultura del Arcipreste, pues no le eran desconocidos ni el francés ni el árabe y sin duda estaba enterado del movimiento provenzal; y también sus dotes de observador sagaz y penetrante que no olvida ningún aspecto del tiempo en que vive; pero todo esto hubiera sido inútil si no hubiera poseído un temperamento poético genial y distintivo que individualiza a este escritor y le separa de todos los de la época.

Por esto mismo los elementos componentes del *Libro de buen amor*, tan variados y contrapuestos como que lo forman sátiras, *exiemplos*, cánticas de serrana, parodias, canciones a la Virgen, etc., están llenos de la vida del mismo Arcipreste dándoles unidad, quien puede decirse que ha hecho su novela poética y al mismo tiempo la epopeya cómica de su tiempo.

En él se rompe, como hemos dicho, la monotonía del tetrástrofo monórrimo aunque tan solo en la parte lírica, como ocurre en las cantigas de serrana y en las coplas de devoción a la Virgen; pues dicha combinación característica del mester de clerecía, persiste

en la parte narrativa, como los amores de Don Melón y Doña Endrina, en los que interviene la famosa Trotaconventos que viene a ser precedente de la Celestina y constituye el episodio más extenso e importante del poema; en trozos burlescos como el de la Batalla de Don Carnal y Doña Cuaresma; en las sátiras, como la donosa de las propiedades de las mujeres chicas, o la apasionada de los clérigos de Talavera; en los *enxiemplos*, o apólogos, que son intercalados como confirmación de los razonamientos.

El conocimiento del idioma permite a Juan Ruiz dar forma a un poema de tan gran complejidad, siendo la lengua del *Libro de buen amor* tan rica y variada como el fondo y aunándose con éste para constituir un estilo propio y personal.

El rabí Don Sem Tob.—El mester de clerecía aparece igualmente modificado en una obra del judío **Don Sem Tob**, rabí de Carrión, titulada *Consejos y documentos al rey D. Pedro*, suficientemente claro para que comprendamos su carácter sentencioso y moral, primera muestra de la poesía de este género en España. Además de esto merece citarse por estar escrito en estrofas heptasílabas de rima alternada o cruzada, lo cual indica el instinto didáctico del rabí, que comprendió la necesidad del metro corto para que se popularizaran sus máximas y advertencias.

La Danza de la Muerte.—A Don Sem Tob de Carrión se le ha atribuido, entre otras cosas, el poema de la *Danza de la muerte*, que no es suyo y que probablemente corresponde a un original francés. El tema es corriente en la literatura del Norte y en él, además de dominar el sentimiento de lo breve de la existencia humana y de la severidad de la justicia divina, hay una nota característica: la viva sátira social que pone, uno a uno, en interminable sucesión, al lado de los

seres más humildes de la sociedad medieval a los más encumbrados, como el Emperador, el Rey, el Arzobispo y el Duque.

El canciller López de Ayala.—El último autor importante de esta escuela es el canciller **Pero López de Ayala** (1332-1407), que tiene otros aspectos literarios que le conquistan gran importancia en nuestra literatura. ⁽¹⁾

Como poeta escribe el *Rimado de Palacio*, poema en el que de una manera dura y acre censura los vicios de la sociedad de su tiempo usando la dureza de la sátira y la severidad del consejo en largas disertaciones morales. Conserva el tetrástrofo monorrimo y en la parte lírica que contiene persiste la influencia trovadoresca.

En la historia de nuestra prosa hay que citarle como autor de las *Crónicas* de los reinados de Pedro I, Enrique II, Juan I y Enrique III, la cual no terminó. La más notable es la primera, cuya imparcialidad ha sido muy discutida pero que hoy parece fuera de duda. Ayala—que había traducido a Tito Livio—escribe historia a la manera clásica, y elige con gran acierto los hechos que caracterizan a los personajes, a los cuales retrata con pocos y expresivos rasgos y con gran agudeza psicológica.

Escribió, además, el *Libro de Cetrería*, de interés para el estudio de las costumbres de la época, traduce del latín a Tito Livio y Boecio, y del italiano a Boccaccio, iniciando una tendencia literaria que más adelante ha de aparecer en Castilla, y empezando la

(1) Nació en Vitoria año de 1332. Murió en 1407. Ocupó cargos bajo el reinado de don Pedro I, pero se apartó de éste para ponerse al lado de Don Enrique de Trastámara. Fué hecho prisionero dos veces; una por las huestes del príncipe Negro: otra por los portugueses, en la batalla de Aljubarrota, quienes le retuvieron un año en el castillo de Oviedes hasta cobrar el cuantioso rescate, pagado por su mujer doña Leonor de Guzmán, el maestre de Calatrava, pariente suyo, y los reyes de Francia y Castilla.

evolución de la prosa castellana que de aquí en adelante irá olvidando los moldes semíticos para vaciarse en los de la antigüedad griega y romana.

CAPÍTULO XII

LA POESÍA CASTELLANA EN EL SIGLO XV

Carácter general.—El siglo xv es uno de los más variados y fecundos de la historia literaria, aunque en él no lleguen a la plenitud de su desarrollo los géneros cultivados; pero lo mismo que el orden político se caracteriza por un caudal enorme de energía, con frecuencia contrapuestas, que los Reyes Católicos encauzan y dirigen a una finalidad común, igualmente en el orden artístico hay una gran abundancia de obras que llevarán pronto la literatura española a los siglos de mayor prosperidad y engrandecimiento.

Hay en el siglo xv tres periodos perfectamente marcados por los reinados de Juan II, Enrique IV y los Reyes Católicos, aunque este ya entra en el siglo xvi e inicia los siglos de oro de la literatura española.

REINADO DE D. JUAN II

Poetas. El Cancionero de Baena.—El gran desarrollo de la poesía lírica en esta época se demuestra con el estudio del *Cancionero de Baena*, llamado así del nombre de su compilador, que fué judío converso. Es sencillamente una colección de 576 composiciones pertenecientes a poetas de fines del siglo xiv y principios del xv, y aunque sus autores son conocidos, no faltan algunas anónimas, laguna que la crítica moderna no ha podido todavía llenar.

Estos poetas del Cancionero se mueven dentro de dos tendencias líricas, una la tradicional (que es lástima olvidara los elementos líricos populares, pues sólo imita el aspecto erudito de la escuela galaico-portuguesa), y que se llama *trovadoresca* por seguir tendencia parecida a la provenzal, y otra influenciada por Dante y la tendencia de su Divina comedia, por lo cual se la ha llamado *dantesca* y *alegórica*.

Entre los poetas de la primera escuela, el más notable es *Alfonso Alvarez de Villasandino* de facilidad versificadora extraordinaria que gasta sin tasa ni medida en composiciones amorosas de sutil y artificioso discreto sin asomos de verdadera pasión; satíricas, de excesiva libertad o en alabanza a la Virgen, en las que tiene sentidas y bellas estrofas.

También debe citarse a *Macías el enamorado*, cuyo nombre ha pasado a la posteridad más que como poeta como representación de la constancia amorosa, pues según parece fué muerto de un saetazo por el marido de una dama de quien estuvo enamorado y a la que cantaba en sus composiciones, hecho que inspiró a algunos de nuestros poetas del romanticismo.

El autor más importante de la escuela alegórica es **Micer Francisco Imperial**, genovés vecindado en Sevilla, cuya principal obra es el *Decyr a las siete virtudes*, en la que inspirándose en la Divina Comedia hace uso constante de la alegoría, y así como Virgilio acompañó a Dante, éste acompaña a Imperial, quien retrata al poeta florentino con un libro en la mano «escrito todo con oro muy fino» y que empezaba «En medio del camino», que son las primeras palabras de la epopeya italiana ⁽¹⁾.

(1) En efecto, la Divina Comedia empieza «Nel mezzo del cammin di nostra vita»...

Pero más todavía que por esto, pues quizás dentro de la escuela hay otros poetas de más robusta inspiración como **Ruy Páez de Rivera**, es famoso Imperial por haber escrito su poema en endecasílabos, metro que hasta entonces en España no se había empleado en composiciones de alguna extensión.

El Marqués de Santillana. Su importancia.—Pero entre todos los poetas del reinado de Juan II se destacan unos pocos cuyas figuras vamos a reseñar brevemente empezando por **D. Íñigo López de Mendoza (1398-1458), Marqués de Santillana** ⁽¹⁾, quien continúa la tradición literaria y científica de nuestros reyes y próceres de la Edad Media, los más cultos e ilustrados de Europa, quizás porque en España, y sobre todo en Castilla, no aparece el feudalismo con la fuerza absorbente y avasalladora que en otras naciones.

El Marqués de Santillana fué hombre de gran afición al saber y de variada cultura, ya clásica, ya del Renacimiento, que se refleja en sus obras, y que además de imitar a Dante y Petrarca, es poeta propio y original, lo que constituye su caudal literario, tan extenso y variado que parece mentira que un hombre de vida tan agitada y turbulenta, aún tuviera tiempo para una labor cultural tan intensa.

Imita a Dante y sigue la escuela alegórica en la *Comedieta de Ponza*, escrita en octavas de arte mayor, en la que canta la batalla naval de este nombre, en la que los genoveses derrotaron a los españoles, haciendo prisioneros al rey Alfonso V de Aragón, al de Navarra D. Juan y al infante D. Enrique, y en el *Infierno de los enamorados*.

Es *didáctico* en el diálogo de *Bias contra fortuna*, de gran

(1) D. Íñigo López de Mendoza, nació en Carrión de los Condes (1398), y murió en Guadalajara (1458). Fué hombre de gran importancia política en su tiempo, y uno de los enemigos más decididos del Condestable D. Alvaro de Luna, contra quien luchó en la batalla de Olmedo, interviniendo además en otras guerras interiores de España, ya contra el rey de Navarra, ya contra los moros granadinos.

elevación de pensamiento y de flexible estilo y versificación; en el *Doctrinal de privados*, inspirado en la caída de D. Alvaro de Luna y en los *Proverbios en rima*, escritos para la educación de su hijo, cuya doctrina está recogida de la sabiduría popular, pero versificada en forma fácil y amena.

Imita también a Petrarca, y siguiendo las huellas de éste, escribe 42 sonetos *fechos al itálico modo*, combinación que por primera vez aparece en España y que si no se aclimató entonces fué debido a que la lengua castellana carecía aún de las condiciones de flexibilidad necesarias al endecasílabo.

Pero además de esto, el Marqués es célebre por su *Prohemio* al Condestable de Portugal, carta que escribió a este prócer al enviarle sus obras y que es el primer ensayo de historia literaria en nuestra patria, notable por algunas afirmaciones críticas como la que se refiere al concepto de la poesía, a la que exige belleza en la forma, y por su opinión acerca de los romances, que llama de estilo *infimo*, y con los cuales «la gente baja e de servil condición se alegra».

Y es verdaderamente notable que quien hace esta afirmación publicara los *Refranes que dicen las viejas tras el fuego*, primera colección de esta clase interesantísima por la lengua y que declara que Santillana vió los tesoros de poesía didáctica que en el pueblo se conservaban.

Pero si por todas estas obras es conocido este autor por los eruditos y profesionales, ha tenido también la suerte de bajar al pueblo y de perpetuarse en la admiración de éste por sus *serranillas*, composiciones campestres de gran colorido en las imágenes, y que por su sencillez y fuerza expresiva nos ponen en vivo contacto con la naturaleza, y cuyo mayor elogio está hecho recordando que a pesar del tiempo y de las diferencias de lengua, alguna de ellas como la *Vaquera de la Finojosa*, aún es delicia de los niños españoles.

Además de las obras citadas, pertenecen al Marqués los poemas alegóricos *Coronación de Mosén Jordi*, *Defunción de D. Enrique de Villena*, *Canonización del maestro Vicente Ferrer*, *Glosas a sus proverbios* y *Lamentación en profecía de la segunda destrucción de España*.

Juan de Mena: su significación.—Menos variado y extenso pero en algún orden más famoso que Santillana, es su íntimo amigo **Juan de Mena** (1411-1456), natural de Córdoba, y a quien se presenta como uno de los supuestos eslabones de la escuela culterana ⁽¹⁾.

Su fama la debe al poema el *Labyrinto*, llamado también las *Trescientas*, del número de coplas que escribió, aunque parece que en realidad sólo le pertenecen 297, ampliadas más tarde a 365, o sea tantas como días tiene el año.

Su genio poético se nutrió del espíritu dantesco, educación literaria favorecida por su estancia en Italia, y por eso su poema pertenece a la escuela alegórica, pero adaptándola a las grandezas de la patria española para hacer un poema heroico nacional, sin que le falte inspiración lo mismo al narrar el valor de los héroes castellanos como en el famoso pasaje de la muerte de Niebla, que en las sentidas lamentaciones de la madre del desgraciado Dávalos.

Nada importa que en algunos pasajes recuerde a Virgilio y a Lucano, pues Juan de Mena los transfundió al calor de una idea patriótica, que desarrolla en la ficción poética de las tres grandes ruedas que le muestra la Providencia y que simbolizan lo pasado y lo futuro «firmes, inmotas e quedas», y el presente en continuo movimiento, la cual contenía gran número

(1) Se sabe muy poco de la vida de Juan de Mena. Nació en Córdoba y murió en Torrelaguna, en las fechas indicadas, y después de estudiar en su patria y en Salamanca estuvo en Italia, en donde se moldeó su gusto literario. A su regreso fué protegido por Juan II, nombrado veinticuatro de Córdoba y cronista real.

de seres humanos que llevaban escrito en su frente «el nombre e la suerte por donde pasaua».

Para realizar este pensamiento encontró pequeño los moldes de la lengua castellana y las formas poéticas, perdida en las sutilezas de la escuela trovadoresca, y por eso transforma el lenguaje ampliando sus horizontes con latinismos y galicismos y exagerando el hipérbaton, novedades que, si dieron oscuridad a sus poemas, enriquecieron el vocabulario con términos que se han perpetuado.

El poema está escrito en octavas dodecasílabas en la copla que se llama de Juan de Mena, y las incorrecciones que se notan en algunos versos se explican porque quizás fuese cantado en su época.

No se reduce a esto la labor literaria de Juan de Mena: además de composiciones satíricas, amorosas, etc., que existen en los cancioneros y que desdican del tono del poeta, escribió varios poemas, el más notable la *Coronación de Santillana*, en quintillas dobles, escrito para honrar al Marqués, al cual coronan en el monte Parnaso las Musas y las Virtudes, y en prosa, en estilo artificioso y afectado, un comentario a la *Coronación* y un compendio de la *Iliada*.

Alfonso V de Aragón. Cancionero de Estúñiga.—Pero la lengua castellana como forma externa de la lírica pasa los límites geográficos de su territorio, penetra en Aragón, y con su rey Alfonso V cruza los mares y va a Italia, y al conquistar Nápoles es vehículo poderoso que pone en íntima comunicación ambas civilizaciones.

A ello contribuye la afición del rey a la cultura de tal manera que en alguna ocasión llegó a decir que «antes preferiría perder todos mis reinos que las pocas letras que poseo», y en su corte encontraron cariñosa acogida y espléndida protección los sabios y

los poetas cuyas manifestaciones líricas son recogidas en un *Cancionero* llamado de *Lope de Estúñiga* del nombre del primer autor que aparece en la colección.

REINADO DE ENRIQUE IV

Carácter de la literatura.—En este reinado se aumentaron la perturbación y el desorden políticos que llegaron a un extremo inconcebible y como los poetas no pueden vivir aislados de la sociedad sino que en ella se inspiran y de ella viven artísticamente, en sus composiciones revelan ese desquiciamiento que aspiran a corregir en obras didácticas o a enmendar en sátiras con admoniciones severas y enérgicas. Por esta razón se cultiva la sátira, ordinariamente con carácter personal lo cual explica que sean anónimas las composiciones que de esta clase nos quedan.

Poetas.—La sátira política.—Con este carácter se publican las *Coplas del Provincial* en las que bajo la ficción de suponer que la corte es un convento, el provincial ataca a las damas y caballeros de la de Castilla citándoles por sus nombres y aplicándoles epítetos groseros.

Más importancia literaria y más urbanidad tienen las *Coplas de Mingo Revulgo*, anónimas como las anteriores. Es un diálogo en el que dos pastores, Gil Arribato que representa la nobleza y Mingo Revulgo que simboliza al pueblo (re-vulgo), censuran los vicios de la época dirigiéndose al rey, al que llaman Candaulo para que los corrija, y evite que los lobos destruyan el ganado aprovechándose de la ausencia de los perros defensores que son las cuatro virtudes cardinales.

También son anónimas las coplas de *¡Ay panadera!* en las que se censura citando nombres propios, la

cobardía de muchos nobles castellanos vencidos por D. Juan II y D. Alvaro de Luna en la batalla de Olmedo.

La familia de los Manriques.—Las dos grandes figuras de esta familia ⁽¹⁾ son *Gómez Manrique* ⁽²⁾ y su sobrino Jorge.

La importancia del primero (1412?-1490) se ha acrecentado últimamente con la publicación de su *Cancionero* que ha demostrado la injusticia del olvido en que se tenía a su autor.

Sobresale en diversas manifestaciones artísticas pues fué orador elocuente como demostró en alguna ocasión difícil, mereciendo que Alvarez Gato le denominara pintorescamente «orador ante quien todos son grillos».

Como poeta tiene importancia excepcional para el estudio de los orígenes de nuestro teatro, por dos misterios: *Lamentaciones fechas para Semana Santa*, y *Representación del Nacimiento de Nuestro Señor* que fueron representados.

Como lírico escribe composiciones festivas, amorosas, etc., con las sutilezas de pensamiento y las galan-

(1) El P. Sarmiento dijo «parece que toda esta familia tenía la poesía por herencia, pues también el mismo Conde de Paredes, padre de D. Jorge hizo diferentes coplas. Unas hizo en doce décimas burlescas a un tal Juan Poeta en que notoriamente le moteja de judaizante».

(2) Fué enemigo de D. Alvaro de Luna y en el reinado de Enrique IV partidario del infante D. Alfonso y después de Doña Isabel interviniendo directamente en el matrimonio de ésta con D. Fernando de Aragón. Siendo corregidor de Toledo impidió con un notable discurso que el pueblo abandonara la causa de estos príncipes en ocasión en que el Arzobispo de Toledo quería entregar la ciudad a los portugueses. Durante su corregimiento hizo grabar en la escalera del Ayuntamiento las dos siguientes quintillas que de una manera sintética y expresiva indican las cualidades que exigía a los gobernantes y administradores del pueblo:

Nobles discretos varones
que gobernáis a Toledo,
en aquestos escalones
desechad las aficiones,
codicias, amor y miedo.

Por los comunes provechos
dejad los particulares:
pues voz hizo Dios pilares
de tan riquísimos techos
estad firmes y derechos.

terías propias de la escuela trovadoresca, en las cuales no estriba su fama, sino en las serias como el *Planto de las virtudes* y los *Consejos* o *Coplas* a Diego Arias de Avila, la mejor de todas por la severidad de su juicio, la sana moral y las consideraciones filosóficas que hace sobre la inestabilidad de las grandezas humanas y en las cuales seguramente se inspiró más tarde su sobrino.

Jorge Manrique (1440-1478) ha conseguido la inmortalidad por una sola composición cuyos versos por nadie son ignorados y que han ahogado a otros festivos y amorosos en los cuales también se ocupó su Musa ⁽¹⁾.

Las *Coplas a la muerte de su padre el maestre de Calatrava Don Rodrigo Manrique* es la mejor poesía lírica de la época y una de las más famosas en la literatura universal. El dolor del hijo es un dolor varonil, de hombre fuerte y de cristiano sincero; cristaliza en un elogio de su padre, al que precede una larga e inspirada consideración sobre la brevedad de las glorias humanas, y termina refiriendo poéticamente el cristiano tránsito del caballero y presentando a la muerte, no como algo odioso, sino inevitable y nada temible para el justo. El dolor de Jorge Manrique llega a una intensidad lírica pocas veces lograda y al apartarse del caso concreto para deplorar lo deleznable y transitorio de las glorias humanas, es el eco de la colectividad y el intérprete de los sentimientos de todas las épocas y de todos los pueblos.

Este fondo tan profundamente moral y cristiano se exterioriza en una forma poética tan bella y fácil, que hace su lectura tan extraordinariamente grata y ame-

(1) Su vida fué breve (1440-1478). Intervino en las contiendas de la época y se significó como ardiente partidario de Isabel la Católica, muriendo en un combate librado ante el castillo de Garcí Muñoz en lucha contra el Marqués de Villena.

na que facilita el aprendizaje y repetición de muchas de sus estrofas.

Un capricho de D. Juan Valera, que al traducir la elegía heroica de Abul Beca lo hizo en la copla manriqueña, ha servido para decir que nuestro poeta se inspiró en la del autor árabe; no hay tal cosa, pues la semejanza desaparece en otras traducciones más literales, y además, Jorge Manrique, que probablemente no conocería el árabe, como fuentes de inspiración bastante tenía con la Biblia, los filósofos cristianos y aun los escritores didácticos de la época, entre ellos, como hemos dicho, su mismo tío Gómez Manrique.

Otros poetas.—Al lado de estos, poca importancia tienen, aunque por sí mismos no carezcan de mérito, **Antón de Montoro** (1404-1480) satírico de agudo ingenio; **Juan Alvarez Gato** (14307-14967), autor de poesías religiosas, y el sevillano **Pedro Guillén de Segovia** (1413...) simpático por la persistencia de su agradecimiento a don Alvaro de Luna a quien canta después de muerto, por haber versificado los Salmos y por haber publicado el primer diccionario de la rima castellana.

Prosistas.—En estos reinados la prosa castellana se cultiva en obras de muy diverso carácter, siendo la producción abundantísima, por lo cual, y dados los límites de este libro, sólo indicaremos los más importantes, colocándoles dentro de la sección en que más se distinguieron, pues la mayor parte de ellos cultivan diversos géneros. Además, como carácter general podemos señalar la continuidad de la influencia clásica iniciada ya en los prosistas anteriores y que nos aproxima al Renacimiento, y el olvido, por lo tanto, de los prosistas semíticos.

Historia.—Entre los Historiadores hay que señalar en primer término al desconocido autor de la *Crónica de D. Juan II*, falsamente atribuida a Juan de Mena, el cual a lo sumo contribuiría a la redacción, cosa tampoco muy segura, pues la prosa es mucho más elegante y correcta en el estilo que la habitual en el autor de las 300. La narración, que es muy artística, gira alrededor de

la muerte de D. Alvaro de Luna, y en los hechos resalta una serena imparcialidad exenta de todo apasionamiento.

Autor de mucha valía es **Fernán Pérez de Guzmán** (1376?-1460?), que en el Cancionero figura con composiciones en que sigue la escuela trovadoresca. Pero ni por ellas, ni por el poema *Loores de los claros varones de España*, en el que prueba ya sus aficiones a los estudios históricos, tiene la fama que alcanzó con sus *Generaciones y semblanzas*, biografías de los reyes Enrique III y Juan II, y de los «prelados o notables caballeros que en los tiempos de estos nobles reyes fueron». La serenidad de juicio que resplandece en estos retratos, pintura exacta de la sociedad de su tiempo, se debió sin duda a haberlo escrito lejos de las intrigas cortesanas, en su retiro de Batres, y si su prosa no es atildada y correcta, tiene en cambio un fondo de grandeza ética que ennoblece toda la obra.

Escritor de obras varias, algunas de ellas en verso, fué también **Mosén Diego de Valera** (1412?-1487?), que además de las *Epístolas*, de carácter político, escribió la *Crónica abreviada de España*, en estilo fácil y ameno, que aumenta en la parte que trata de los hechos presenciados por él y en los que intervino activamente.

Historiador de negras tintas fué **Alfonso de Palencia**, enemigo formidable de D. Alvaro de Luna y de Enrique IV, de cuya época hace una pintura sombría, lo contrario de **Diego Enríquez de Castilla** (1433-1504?), en cuya *Crónica de Enrique IV* resaltan su cariño y fidelidad al monarca, y tampoco debe ser olvidada la *Crónica de los Reyes de Navarra*, escrita por **D. Carlos Príncipe de Viana** (1421-1461), tan famoso además por su desgraciada vida y trágica muerte.

También hay toda una serie de crónicas de personajes particulares, de hechos famosos o de viajes extraordinarios. Así, la apasionada *Crónica de D. Alvaro de Luna*, de autor anónimo; el

interesante *Victorial*, de **Gutierre Díaz Gámez**, en que este refiere la historia de su señor D. Pero Niño, conde de Buelna; la *Relación de fechos del Condestable Miguel Lucas de Iranzo*, de autor desconocido, que diserta sobre la vida social en España; el *Libro del Passo honroso de Suero de Quiñones*, relación de este hecho por el escribano **Pero Rodríguez de Lena**, y las interesantes relaciones de los viajes de **Ruy González de Clavijo** y **Pero Tafur**. El primero con la *Historia del gran Tamorlán*, en donde cuenta su viaje a Persia con otros dos caballeros, por encargo de Enrique III de Castilla, y el segundo con las *Andanzas e viajes de Pero Tafur por diversas partes del mundo*, de amena narración.

Entre los escritores *didácticos* de la época hay que citar unos cuantos que ocuparon su ingenio en obras en alabanza o en vituperio de las mujeres.

Mosén Diego de Valera y Juan Rodríguez del Padrón aparecen como defensores, y a ellos se suma **D. Álvaro de Luna** con su *Libro de las virtuosas e claras mujeres*, escrito en buena prosa, y entre sus detractores el más notable y también una de las figuras más famosas de España para el estudio de la prosa en la Edad Media es **Alfonso Martínez de Toledo**, *arcipreste de Talavera* (1398?-1470?), autor del *Corvacho* o *Reprobación del amor mundano*, de gran interés para el estudio de la lengua, pues nos ha conservado muchas palabras y giros populares.

Como *didáctico* también, pero de muy vario carácter, está **Don Enrique de Villena** (1384-1434), que desde su niñez fué más inclinado a las ciencias y artes que a la caballería, y de facilidad asombrosa, según testimonio de sus contemporáneos, para aprender cualquier disciplina intelectual.

No se conocen los versos de este autor, que no disfrutó el Marquesado que la tradición le asigna, y aunque escribió versos, no se conserva ninguno. Tradujo la Eneida y la Comedia de Dante, y de él nos han quedado, además de su extraña leyenda, algunos libros escritos en prosa retorcida y afectada. De sus estudios favoritos sólo resta—después de la quema de parte de sus libros hecha por el obispo Fr. Lope de Barrientos, por orden de Don

Juan II, hecho a que contribuyó su fama de nigromante—, el *Tratado de aojamiento o fascinología*. Aparte de otras obras menores, hay que citar *Los doce trabajos de Hércules* y el *Arte Cisoria o Tratado del arte de cortar con el cuchillo*, de mucho interés para el estudio de las costumbres de la época, y los fragmentos del *Arte de trovar*, que es una imitación de las poéticas provenzales.

Por último mencionaremos a **Alonso de Madrigal**, obispo de Avila, conocido por *el Tostado*, prototipo de la fecundidad ⁽¹⁾, y a **Alonso de Cartagena**, obispo de Burgos, autor de obras de diverso carácter, alguna en favor de los judíos conversos.

LA LITERATURA EN LA ÉPOCA DE LOS REYES CATÓLICOS

Su carácter.—En esta época se desarrollan de una manera espléndida todos los géneros literarios con abundante producción en algunos de ellos y realizando en otros obras maestras de imperecedero recuerdo.

Contribuyen a este resultado el completo conocimiento de la antigüedad clásica, fomentado y alentado por los humanistas, tomada esta palabra en el amplio sentido del estudio y cultivo de aquellas facultades más nobles y que en mayor medida contribuyen al perfeccionamiento de la humanidad, y la invención de la imprenta que favoreció extraordinariamente la propaganda y difusión de las obras del ingenio humano. En realidad, esta es una época de transición que nos aproxima al Renacimiento.

Poesía.—La cultivan en esta época con asunto religioso dos franciscanos, **Fray Iñigo de Mendoza**, poeta favorito de la reina Católica y **Fray Ambrosio de Montesinos**, que tienen la importancia de cultivar formas métricas populares, y un cartujo, **Juan de Padilla** (1468-1522?), quien aparte de otros poemas es famoso por el titulado

(1) Su sepulcro, de maravilloso estilo plateresco, está en la girola de la Catedral abulense, y en él hay una cartela con una inscripción que termina así: «...Es muy cierto que escribió—por cada día tres pliegos—de los días que vivió,—su saber así alumbró—que hace ver a los ciegos.»

Los doce triunfos de los doce apóstoles, poema alegórico a la manera dantesca, pero tomando por guía a San Pablo por los lugares que los apóstoles ilustraron con su palabra y dignificaron con sus virtudes y aún con su martirio. De esta manera, en ellos conoce a los pecadores a quienes contempla en sus tormentos, visitando por último Jerusalén, en donde viven los bienaventurados. El poema escrito en estancias de arte mayor, revela en su autor facilidad de poeta y condiciones imaginativas, aunque a veces incurre en latinismos y giros desusados a imitación de Juan de Mena.

Los Cancioneros.—La mayor parte de las composiciones de esta época están recogidas en el *Cancionero general*, publicado en Valencia en 1511 por Hernando del Castillo, selva frondosísima que comprende obras de cerca de 200 autores, casi todos del tiempo de los reyes Católicos. De ellos haremos mención especial de **Rodrigo de Cota**, judío converso a quien se le atribuyeron por largo tiempo las Coplas de Mingo Revulgo, las del Provincial y el primer acto de *La Celestina*, obra de la que pronto hablaremos, aunque para su fama basta con el *Diálogo entre el amor y un viejo*, composición lírica tan movida y animada, que Moratín dijo que «es una representación dramática con acción, nudo y desenlace».

En este Cancionero, más que los poetas abundan los versificadores, y los de mayor mérito son: **D. Diego López de Haro**, el **Marqués de Astorga**, el **Comendador Román**, **Garcé Sánchez de Badajoz** y **Diego de San Pedro**.

La expansión de la lengua castellana fué tan grande, que penetró en Portugal, y muchos ingenios de esta nación la utilizaron también en sus composiciones como se ve en *el Cancioneiro geral de Resende*, en el cual aun en los poetas que escriben en portugués se ve una influencia de nuestra lírica.

El teatro.—La poesía dramática es de elaboración más lenta y penosa que los demás géneros literarios por necesitar del concurso y ayuda de otras artes, y en España, como fuera de ella, antes de alcanzar su plenitud se manifiesta en forma de misterios,

pasos y autos de asunto religioso, de carácter sencillo, o en composiciones profanas llamadas juegos de escarnio, farsas, momos, etc., notables por las formas populares que nos han conservado, y éstos como aquéllos por los elementos musicales que les acompañaban y que son objeto de la investigación moderna.

En los Cancioneros existen muchas composiciones dialogadas que pudieran representarse, y ya hemos mencionado las de Gómez Manrique, hechas para conventos de monjas, a las que añadiremos los diálogos de Navidad compuestos por Fray Ambrosio de Montesinos con el mismo objeto.

Después de estos primeros esbozos, gérmenes informes de poesía dramática, aparece un autor, **Juan del Encina** (1469-1529), de más importancia en esta clase de composiciones ⁽¹⁾, que él llamó *Eglogas*, aunque ninguna relación tienen con la poesía bucólica.

Por sus asuntos se dividen en religiosas y profanas, habiendo entre estas algunas satíricas como el *Auto del Repelón*, cuya acción se desarrolla en Salamanca entre estudiantes y pastores, y otras amorosas como *Cristino y Febea*, y la de *Plácida y Victoriano*, de mayor complejidad.

El aparato escénico es muy sencillo, el diálogo animado, la versificación fácil, todo lo cual hace muy estimable a este autor, de importancia también por las formas dialectales que nos ha conservado y la intervención de la música, cuyo estudio ha investigado la erudición moderna.

Encina, además, es poeta lírico popular muy interesante en sus romances y villancicos, de fácil inspiración, alegórico a la manera de Dante en el *Triunfo del Amor*, la más notable de todas, y didáctico en su *Arte de la poesía castellana*.

(1) Nació en la provincia de Salamanca, probablemente en la aldea que se llama Encina, y muy joven entró al servicio del duque de Alba. Hábil músico, perteneció a la Santa Capilla en tiempo de León X. Ordenado de sacerdote, marchó como peregrino a Jerusalén, diciendo su primera misa ante el Santo Sepulcro. Fué arcediano en Málaga y en León prior de la Catedral.

Paisano, contemporáneo y discípulo del autor que acabamos de mencionar, fué **Lucas Fernández**, que en las seis farsas y églogas que compuso en nada desmerece de aquél por la sencillez de la trama, la donosura de los chistes y principalmente por lo apropiado del lenguaje, muy en armonía con la índole de los personajes.

Autor de más importancia es el portugués **Gil Vicente** (1470?-1539?), escritor bilingüe que en unas obras emplea el castellano, en otras, la lengua nativa, y en otras, ambas conjuntamente.

Gil Vicente escribe al principio siguiendo las huellas de Juan del Encina, pero más adelante, y por haberse prolongado su vida muy dentro del siglo xvi, se desprende de esta influencia y aparece con originalidad e independencia, y con una gracia y fuerza satírica muy notables. Sus obras son de asunto religioso o profano, y algunas como la *Comedia de Rubena*, la más antigua de las comedias de magia, las farsas *O clérigo de Beira* y *Dos físicos*, y las tragicomedias *Don Duardo* y *Amadís de Gaula*, de asunto caballeresco, acusan gran inventiva y mayor interés dramático que las églogas de Juan del Encina.

El romance. Acepciones de esta palabra.—En esta época estudiaremos un género de excepcional importancia para nosotros: nos referimos al romance. Esta palabra *romance* se emplea con significaciones muy diversas; aplicada a los idiomas, lenguas romances son las románicas o neolatinas, o sea las derivadas del latín; así se dice muchas veces en la Edad Media que un libro está escrito en romance para significar que está compuesto en lengua vulgar, y romancear una obra no es, por lo tanto, sino traducirla. Más tarde pasa esta palabra a significar, en Francia, narración larga (roman = novela), y en España narración

breve en verso, y también la combinación métrica en que esta narración se hace. Así, los romances son un género literario y el romance la combinación métrica empleada en dicho género.

Persistencia de la épica castellana.—La persistencia del espíritu épico castellano explica la pérdida de nuestros poemas primitivos preteridos por las sucesivas elaboraciones de las leyendas. Las canciones de gesta, en vez de ser olvidadas en los archivos como en Francia, entran a formar parte de libros históricos como la Crónica general, de ella surgen nuevamente para ser cantadas en la forma fragmentaria de romances en los siglos xiv y xv, y son en el xvi y xvii el nervio de nuestro teatro, manifestándose, por último, en la novela, confirmando así la frase de Cervantes de que la épica lo mismo puede escribirse en prosa como en verso.

Origen de los romances.—Los romances son la épica popular de los siglos xiv y xv, cantos breves, fragmentarios en muchas ocasiones, que con admirable intensidad poética presentan las hazañas de los héroes tradicionales. La teoría más autorizada supone a los romances como transformación de las gestas, cuyo metro conservan en lo esencial.

No son los romances, histórica y filológicamente considerados, anteriores al siglo xiv. Si hubo cantos breves de indole popular, anteriores a las gestas, han de considerarse como definitivamente perdidos y no se le puede atribuir a nuestro romancero una antigüedad que, en todo caso, pertenece al contenido épico que en ellos existe y no a la forma que de dicho contenido representan. Han defendido esta teoría los Sres. Milá y Fontanals, Menéndez y Pelayo y Menéndez Pidal.

Otra teoría, más antigua, supone a los romances anteriores a las gestas, las cuales podían ser consideradas como resultado de agregaciones de romances fragmentarios o referentes a un héroe. La defendió a principios del siglo xix, D. Agustín Durán, el admirable editor de nuestro romancero, y recientemente ha intentado presentarla de nuevo el Sr. Cejador en la «Revue hispanique».

El romance combinación.—La versificación de nuestras gestas consistía en una serie de versos monorrimos asonantados; el número de sílabas de cada uno fluctuaba, pero en las últimas composiciones de esta clase hay una visible tendencia al de 16 sílabas, que resulta predominante. Los romances no son más que eso, una serie indefinida de versos de 16 sílabas (8 + 8) asonantados todos ellos, es decir, el mismo metro de nuestras gestas, sometido a una regla que le obliga a cierta uniformidad.

Debían, pues, escribirse los romances en una sola línea cada dos versos, y así los escribía en sus citas el famoso músico del siglo xvi Salinas, a quien dirigió Fr. Luis de León una magnífica oda, pero por una engañosa costumbre se escriben, fraccionando en dos el largo verso épico, por lo cual las asonancias resultan alternadas y en los versos pares, quedando los impares libres.

Los romances épicos populares se escriben en dicha combinación métrica, cuyo origen también ha sido causa de dudas para los eruditos. Ha habido quien como Conde quiere derivarlo de metros árabes, lo cual es inadmisibile, y quien como Menéndez y Pelayo ha aventurado la hipótesis del octonario latino o del trimetro yámbico acataléctico; otros, como Wolf, buscan su origen en una sucesión de pareados, lo cual también es inaceptable; lo natural es buscarle como a poesía popular, ascendiente inmediato, como hemos dicho, en las composiciones del pueblo, o sea en las canciones de gesta.

División de los romances.—Los romances fueron compuestos por humildes juglares que no hacían sino reproducir la poesía épica popular respetando su sentido y sin intento de modificación alguna. Escritos por el pueblo y para el pueblo merecen el calificativo de *populares* con que han sido designados para distinguirlos de los *juglarescos*, posteriores a los populares, que ya no tienen su maravillosa objetividad y son más largos y artificiosos.

Esta clasificación no es perfecta, pues unos y otros eran igualmente populares, pero en los juglarescos el autor o refundidor dejaba huella de su personalidad que no era absorbida del todo por la objetividad del recitado. Estos son los romances viejos, que al principio fueron desdenados por los poetas cultos que, ya en el siglo xvi compusieron numerosos romances, aceptando la fórmula de nuestra poesía popular, y son los que se conocen con el nombre de *romances artísticos*.

Clasificación de los romances.—La materia épica de los romances es muy variada y por tanto difícil una clasificación. Hasta ahora la más aceptable es la de Milá y Fontanals perfeccionada por Menéndez y Pelayo.

Pueden establecerse en nuestro romancero las siguientes secciones:

A.—ROMANCES HISTÓRICOS: 1.º, *El Rey Don Rodrigo y la pérdida de España*; 2.º, *Bernardo del Carpio*; 3.º, *El Conde Fernán González y sus sucesores* (los principales el Conde Garci Fernández y Sancho García); 4.º, *Los infantes de Lara*; 5.º, *El Cid* de cuyas hazañas cantan principalmente las mocedades, el cerco de Zamora y la conquista de Valencia; 6.º, *Romances históricos varios*, como el de la leyenda del emplazamiento de Fernando IV; 7.º, *Don Pedro el Cruel* a quien los romances no son favorables como tampoco a D.^a María de Padilla; 8.º, *Romances fronterizos* destinados a cantar las luchas de frontera del último período de la reconquista perteneciendo casi todos al siglo xv y siendo rigurosamente históricos, y uno de los más notables es el que presenta a Don Juan II contemplando en la lejanía la ciudad de Granada en su atrevida incursión de 1431; y 9.º, *Romances históricos de tema no castellano*.

B.—ROMANCES DEL CICLO CAROLINGIO.

C.—ROMANCES DEL CICLO BRETÓN, algunos de los cuales fueron popularizados por Cervantes en el Quijote.

D.—ROMANCES NOVELESCOS SUELTOS, algunos bellísimos, como el de la Infantina, el de Rosa fresca, o Rico Franco.

E.—ROMANCES LÍRICOS, como el de Fonte-frida, de exquisita delicadeza.

Conservación de los romances.—**Romanceros.**—Los romances no fueron nunca escritos, sino transmitidos de generación en generación. Pero fija en el siglo xvi la atención en esta poesía, varios escritores recogen romances del pueblo y se forman los Romanceros.

El mejor texto crítico para leer los romances viejos es, hasta ahora, a pesar de haber sido rectificada en algunos casos, la *Primavera y Flor de Romances*, de Fernando Wolf y Conrado Hoffmann, que ha sido reimpressa y adicionada por D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Recogen romances Ginés Pérez de Hita en la primera parte de las «Guerras de Granada», Juan de Timoneda en sus cuatro *Rosas*, Juan de la Cueva y después Lope de Vega y Guillén de Castro en sus obras dramáticas y otros muchos. Además se imprimen numerosos pliegos sueltos y algunas colecciones, de las que son las más importantes el *Cancionero de Romances* que publicó en Amberes Martín Nucio en 1550 y la *Silva de varios romances* de Esteban de Nájera, impresa en Zaragoza el mismo año. Pero todavía la memoria del pueblo retiene sus cantos populares recogiendo por este procedimiento nuevas versiones y aún cantos desconocidos en España y en todos los países en que se conserva la lengua española, incluso entre los judíos españoles de Oriente.

Bibliografía de esta materia.—Entre la abundante bibliografía son obras clásicas para el estudio de este interesante capítulo:

Milá y Fontanals. «De la poesía heroico popular castellana» Barcelona, 1874.

Menéndez y Pelayo. Tratado de los romances viejos. Vols. XI, XII, XIII y XIV de la Antología de poetas

liricos castellanos. (En esta obra reimprime, con adiciones, la Primavera y Flor de Romances de Wolf y Hoffmann.)

Ramón Menéndez Pidal. L'Épopée castillane à travers la littérature espagnole. París, 1910.

Ramón Menéndez Pidal. El romance español. París, 1910, y

El Cancionero de romances de Amberes, reproducido por R. Menéndez Pidal. Madrid, 1914.

La Prosa.—Mayor importancia que la poesía tiene la prosa en esta época que en alguna de sus formas produce monumentos de indiscutible valor. A ello contribuye el renacimiento de la cultura greco-latina en Italia cuya difusión favorecen los reyes Católicos y a imitación suya los magnates de la corte. D. Fernando recibe educación clásica, la reina Isabel estudió latín con Doña Beatriz Galindo, conocida por el sobrenombre de la Latina, las hijas de los reyes fueron versadísimas en esta lengua y hasta se dió el caso de que una mujer Doña Francisca de Nebrija, explicó cátedra en la Universidad de Alcalá, sucediendo a su padre el célebre humanista Antonio.

Al comienzo de este glorioso reinado (1474) pertenece la publicación del primer libro impreso en España, en Valencia, *Les trobes en lohors de la Vergè Marie* obra en la que colaboran 40 poetas la mayor parte de los cuales escriben en valenciano y desde entonces la imprenta se desarrolla extraordinariamente en Zaragoza, Sevilla, Barcelona, Alcalá, Medina del Campo y otras poblaciones.

Todo este desarrollo permite la realización de una obra portentosa orgullo de la erudición española y manifestación magnífica de su genio: nos referimos a la *Biblia poliglota*, gloria imperecedera del Cardenal Cisneros, una de las figuras más grandes de la historia de España.

Esta obra, terminada el año 1517, no se publicó hasta 1520 a causa de la muerte del Cardenal y consta de 6 libros; en los cuatro primeros está el Antiguo Testamento en hebreo y griego con algún texto caldeo y traducciones interlineales latinas; el quinto contiene el Nuevo Testamento en griego y latín, y el sexto vocabularios hebraico y caldeo, y gramática hebrea.

Antonio de Nebrija.—Este movimiento de renovación clásica fué favorecido por los humanistas entre los cuales el de mayor importancia fué Elio Antonio de Nebrija (1441-1522) quien después de estudiar en España pasó a Italia, regresando en 1473 y protegido por el Cardenal Cisneros explicó en Sevilla, Salamanca y Alcalá, siendo su nombre la encarnación del saber en su época.

Su fama no estriba en sus obras de derecho, teología y arqueología, ni en sus traducciones, ni en sus versos latinos, sino en sus obras gramaticales, pues publicó un *Diccionario latino-español y español latino* de mayor mérito que el de Alfonso de Palencia que fué olvidado, y sobre todo hace su *Arte de la lengua castellana* nuestra primera gramática en lengua vulgar, editada en 1492 fecha tan gloriosa en nuestra historia, con lo cual facilitó nuestro dominio intelectual en América, contribuyendo a la creación del lazo de la comunidad de lengua, base indestructible de poderío.

Además fué el primero que explicó la formación perifrástica del futuro y condicional castellanos, adelantándose a doctrinas de la filología moderna.

Cronistas de los Reyes Católicos.—Dos son los más notables, *Andrés Bernáldez* (...-1513), conocido por el sobrenombre de *Cura de los Palacios*, por serlo de este pueblecito cercano a Sevilla, y *Hernando del Pulgar* (siglo xv), cuyas fechas de nacimiento y muerte se desconocen.

El primero escribe la *Historia de los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel* en la que con estilo llano y fácil, sin preocupación literaria refleja su entusiasmo por la reina, tratando con detenimiento la expulsión de los judíos y el descubrimiento de América, esto seguramente por las estrechas relaciones de amistad que tuvo con Colón.

Hernando del Pulgar tiene muy diversas condiciones literarias. Vivió en la corte y escribió su *Crónica* con carácter oficial, lo cual a veces perjudica a la fidelidad histórica, pero expone los hechos con claridad científica y correcto estilo. Más interés tienen sus *Claros varones de Castilla*, obra inspirada en las *Generaciones y semblanzas* de Pérez del Pulgar, en la que nos presenta 24 caballeros de la corte de Enrique IV estudiados cuidadosamente en lo físico y en lo moral, con reflexiones filosóficas deducidas de la historia antigua y que aplica a los hechos contemporáneos.

También son de interés las *Cartas* en número de 32, dirigidas a la reina Isabel y a diversas personas de la corte.

Novela.—Aunque pertenece al reinado de D. Juan II citaremos aquí para agrupar las manifestaciones novelescas de la época, a **Juan Rodríguez del Padrón** que también escribió versos y que como su paisano Macías es conocido por amores felices al principio, desgraciados más tarde. Como novelista escribe *El siervo libre de amor* narración de su agitada vida de amante en la que no falta vivo amor a la naturaleza y en la que intercala una ficción caballerescas, *Estoria de los dos amadores Ardanlier e Liesa*, todo lo cual hace de esta obra la primera novela sentimental escrita en castellano.

En esta época escribe **Diego de San Pedro** una novela titulada *La Cárcel de Amor*, que empieza por una ficción alegórica que acusa la influencia de Dante. Al narrar los esfuerzos de Leriano por conseguir el amor de Laureola y defenderla de la calumnia, hay elementos caballerescos, pero el análisis de la pasión que les anima y la muerte del protagonista dejándose morir ante los desdenes de su amada, incluyen esta obra entre la novela sentimental, siendo notable por el colorido de la palabra y lo correcto de la prosa.

Algo posterior a esta época, pues se publicó en 1513 es una novela de autor anónimo, titulada *Cuestión de amor*, interesante para el estudio de las costumbres y de los personajes de Nápoles,

los cuales intervienen en la acción con nombres supuestos que la crítica moderna va aclarando.

La Celestina.—Pero la obra clásica de nuestras letras en este período, es *La Celestina* o *comedia de Calixto y Melibea*, pues el título de Tragicomedia con que hoy se la conoce no es el primitivo, y por su importancia y por la serie de cuestiones que ha originado aún no resueltas, entre ellas la de su autor, aunque se cree que fué Fernando de Rojas, merece un estudio más detenido.

La primera edición que se conoce es la de Burgos, impresa en 1499 que constaba solamente de 16 actos, que en ediciones posteriores se aumentaron a 21, pero que sin embargo acusan la misma procedencia artística.

Su autor.—Una de las cuestiones más debatidas es la que se refiere acerca de quien sea el autor de esta famosa obra. En unos versos acrósticos se dice que es el abogado **Fernando de Rojas**, del cual se sabe que fué judío converso natural de la Puebla de Montalbán y que murió en Talavera de la Reina, y en el prólogo se añade que el autor, siendo estudiante en Salamanca, conoció el primer acto que atribuye a Juan de Mena o a Rodrigo de Cota, lo que le movió a terminarla, cosa improbable por la extensión que tiene y, sobre todo, por la unidad de pensamiento y de estilo difícil de conseguir, por lo cual parece que debe considerarse la Celestina como obra toda ella de Fernando de Rojas.

Argumento.—Calisto, enamorado de Melibea, al verse despreciado por ésta, busca, aconsejado por su criado Sempronio el auxilio de una vieja llamada Celestina, la cual, fingiéndose buhonera habla con la joven y consigue que ésta corresponda al amor de Calisto, comunicándose los amantes por un jardín. Sempronio y Parmeno, criados de Calisto, piden a Celestina parte de las

dádivas de su amo y negándose ella le dan muerte, pero son condenados por la justicia y degollados en la plaza pública. Algunos amigos de los criados muertos quieren vengarlos en los amantes y atacan al nuevo criado de Calisto, el cual acude al rumor tan presuroso que, cayendo de la escala al saltar el muro, queda muerto. Melíbea, desesperada, sube a una torre, y a la vista de su padre Pleberio «déjase caer de la torre abajo», terminando la obra con el llanto de los padres ante el cadáver de su hija.

Importancia de esta obra.—La forma externa de esta obra es el diálogo, y por esto y por la fuerza de los caracteres, la intensidad de las pasiones y el realismo de las costumbres a veces exagerado con que están pintadas, hacen de esta obra una viva representación de la sociedad de su tiempo, por lo cual muchos la consideran como obra dramática, pero otros, atendiendo a que la forma dialogada no es exclusiva del teatro, al número de sus actos y a la extensión desmesurada de ellos, que la hace irrepresentable, la consideran como una novela.

Sea lo que fuera, es lo cierto que si en el tipo de la Celestina tiene sus precedentes dentro mismo de nuestra literatura, en la figura de Trotaconventos del Arcipreste de Hita, con Fernando de Rojas adquiere una individualidad característica.

Forma externa.—Además, la prosa tiene abundancia extraordinaria, apta ya para ajustarse a la expresión de todos los estados del espíritu, y aunque la construcción sea todavía muy latina y con gran tendencia a un hipérbaton desmedido, siempre es harmónica a las situaciones y a los personajes.

Los libros de caballerías. Su origen.—Los libros de caballerías son narraciones novelescas repletas de monstruos fantásticos, combates extraordinarios, encantadores maravillosos, con abundancia de ficciones e incidentes inesperados, sorprendentes e incon-

cebibles, en los cuales tiene gran intervención un ideal amoroso. Nacieron en la Francia del N. como una derivación de la épica, y de aquí pasaron a todas partes.

Al degenerar la poesía épica, se mezclan con las leyendas tradicionales otros elementos de muy distinto origen, principalmente fantásticos, procedentes de la poesía del Norte de Europa, y todo ello, unido al carácter de la sociedad feudal, la exaltación de los sentimientos caballerescos, la influencia de la fe cristiana, producen esas numerosas ficciones que se extendieron por todo el Occidente Europeo, desde las heladas brumas de los países escandinavos a las cálidas tierras españolas.

Estos relatos de aventuras extraordinarias con carácter caballeresco, tienen un florecimiento extraordinario en la Edad Media, muy superior al del resto de la novelística. En España la tradición épica se conserva en otra clase de composiciones, pero en Francia, falta de aliento, la poesía popular narrativa se transforma y da origen a los libros de caballerías. Las *Chansons de geste* se modifican, se alteran por la intervención de elementos extraños, se pierde la rima y el verso es sustituido por la prosa, dejan de ser compuestas para ser cantadas, y son escritas para ser leídas, convirtiéndose en estas obras, que conservan la triple división por asuntos en ciclos: el del rey Artús y los caballeros de la Tabla Redonda, tal vez el primitivo, el de Carlomagno y sus doce Pares y el clásico u oriental.

Su aparición.—La época en que los libros de caballerías aparecen en España, es bastante tardía atendiendo al movimiento general en el Occidente de Europa, aunque se encuentran alusiones a héroes caballerescos en el Cancionero de Baena, en el Arcipreste de Hita y en Berceo, y en otros libros, y se empiezan a componer no sólo imitando a los extranjeros, sino dando rienda suelta fogosamente, a la imaginación; de todos ellos, si no el primero publicado, el más antiguo, aunque no en la actual redacción, y el de mayor mérito, es el *Amadís de Gaula*.

Asunto del Amadís.—El argumento es imposible de reseñar; son las innumerables y fantásticas aventuras de los dos hermanos Amadís y Galaor, el primero de los cuales consigue, al final, libertar a su amada Oriana y unirse con ella, a quien guardó siempre fidelidad, a despecho de mal intencionados encantadores.

El autor del Amadís.—Los orígenes de este libro son muy oscuros, pero indudablemente es anterior en unos dos siglos a la primera edición conocida, que es la de Zaragoza de 1508. Unos le han atribuido a un tal Vasco de Lobeira, portugués que asistió a la batalla de Aljubarrota, afirmación que no tiene fundamento sólido, y otros a Juan Lobeira, que en realidad sólo es su refundidor. Nada hay seguro hasta la edición citada, en la cual el *Amadís* aparece dividido en cuatro libros, de los cuales el último es de *Garci Ordóñez de Montalvo*, corregidor de Medina del Campo en la época de los Reyes Católicos, y los tres primeros fueron por él refundidos y traducidos según algunos han supuesto.

Juicio de Cervantes acerca de este libro.—Aunque el autor del *Amadís* no se caracteriza por la sobriedad, la obra no carece de interés y está escrita en excelente prosa. Cervantes, en el escrutinio del Ingenioso Hidalgo, le llama «el mejor de todos los libros que de este género se han compuesto» y aun le imita y parodia en bastantes ocasiones, como en la penitencia de Don Quijote en Sierra Morena, juicio que ha sido confirmado por la posteridad.

Pero no puede decirse otro tanto de las demás novelas caballerescas, aunque haya alguna otra que se salve. El *Amadís* alcanzó gran resonancia y sus imitaciones fueron muchas; pero «las demás obras de este género son, en su mayor parte, caricaturas del *Amadís*» (1).

Al siglo xiv pertenece la *Historia del Caballero de Dios que*

avia por nombre Cifar, también de muy heterogéneos materiales y que no carece de mérito. También lo tiene *Tirant lo Blanch* (1490), del catalán Juan Martorell y Johan de Galba, traducido al castellano en 1511 y alabado por Cervantes, el cual también señala el mérito del *Palmerín de Inglaterra* (1547). Pero toda la balumba de imitaciones, con las dinastías de Amadis, Lisuartes, Floriseles y Palmerines, entre los cuales se encontraban *Amadís de Grecia* y *Florisel de Niquea*, de Feliciano de Silva, con todas las encrespadas razones y sinrazones de que tan donosamente se burla Cervantes, van a ser objeto de cruel auto de fe por los brazos justicieros del ama y de la sobrina del Ingenioso Hidalgo, cumplidoras del fallo del Cura que ha confirmado la posteridad.

(1) Fitz-Maurice Kelly. Historia de la literatura española. Madrid, 1910, p. 177.

TERCERA PARTE

EDAD MODERNA

CAPITULO XV

EL RENACIMIENTO EN ITALIA Y ESPAÑA

Su significación.—La renovación artística conocida por este nombre está determinada por un cambio de cultura. Las letras clásicas, nunca olvidadas del todo, adquieren ahora fuerte impulso, y hay una larga serie de hombres estudiosos que concentran su atención en las obras de la antigüedad: son los humanistas. Este movimiento artístico en literatura, como en las demás artes, se inicia en Italia, en donde la tradición latina se conservaba con más vigor y puede ser estudiada en todo el siglo xv. A fines del xv y principios del xvi, la expansión de esta tendencia es enorme, a lo cual contribuye la invención de la imprenta. Sin embargo, no hay que olvidar que no se trata de una resurrección, imposible en todas las artes, de las normas de belleza a que ajustaron sus obras los griegos y latinos.

Los humanistas.—La existencia de un considerable número de hombres versados en las letras clásicas fué favorecida en el siglo xv por la protección que les dispensaban los Pontífices, el rey Alfonso V de Aragón y Nápoles, la familia de los Médicis y otros pró-

ceres de aquel tiempo; y la llegada a Italia de los sabios griegos con motivo de la toma de Constantinopla por los turcos, dió impulso a los estudios helenicos, aunque estos no superaron a los latinos. Sobre todo, el gran **Lorenzo Valla** (1406-1457), **Lucio Marineo Siculo** y **Pedro Mártir de Anglería**, fueron los principales humanistas de Italia. Pero este interés hacia los estudios clásicos no era exclusivo de un reducido núcleo de eruditos. Lo característico del Renacimiento es la extensión de esta cultura latina, que influye también en los poetas, y entre los nombres que pudiéramos citar, no debe olvidarse el de **Angel Policiano** (1434-1494), traductor de la Iliada al latín, que deja en sus *Stanze* el modelo más perfecto de la octava real en lengua italiana, no superado ni aun por el Tasso.

Los poetas.—Al siglo xvi pertenece, porque en él alcanzó la madurez de su ingenio, uno de los mayores poetas épicos italianos: **Ludovico Ariosto** (1474-1533), de Reggio, en el ducado de Módena. Su conocimiento de los libros de caballerías, su fantasía inagotable y su habilidad de versificador, le permiten crear su poema *Orlando furioso*, notable por la riqueza imaginativa y por la brillantez de las descripciones; algo así como la representación amplísima y compleja de la civilización caballeresca medieval, en parte vivida y en parte soñada. Su poema tuvo extraordinario éxito, y el mismo Cervantes se inspiró en esta obra para algunos pasajes del Quijote. También escribió composiciones líricas y sátiras, traduciendo a Terencio y componiendo además obras originales, a veces demasiado atrevidas.

Bernardo Tasso (1493-1569) fué, además de lector infatigable de libros de caballerías, afición que se revela en su inmenso poema en cien cantos *Amadís de Gaula*, el inventor de la combinación métrica que los

españoles conocemos por *lira* y que él utilizó en algunas canciones.

Mucho más interés tiene para la Historia literaria su hijo **Torcuato Tasso** (1544-1595), cuya vida fué en extremo desgraciada, y que murió la víspera del día en que iba a ser coronado públicamente en Roma.

Su obra más importante es la *Jerusalén libertada*, poema épico que si es notable por la concepción y desarrollo del plan, lo es más por la armonía del lenguaje y por la belleza del estilo. Su asunto es la cruzada de Godofredo de Bouillón, idealizada con episodios de excesiva inverosimilitud. Consta de 20 cantos y está escrito en octavas reales. Escribió también un poema caballeresco, el *Rinaldo*, y un exquisito poemita pastoril, *Aminta*, deliciosa fábula maravillosamente traducida por nuestro D. Juan de Jaúregui.

Al contemporáneo del Tasso *Juan Bautista Guarini* se le recuerda por su poema pastoril *El Pastor Fido*, más artificioso que el *Aminta*, pero también de mérito; «Guarini repitió con frecuencia las ideas de Tasso, procurando aumentar su efecto mediante una cuidadosa elaboración» (1).

Los poetas líricos continúan la tradición de Petrarca y son casi exclusivamente amorosos; el más importante es el cardenal **Pedro Bembo** (1470-1547), conocedor profundo de la lengua latina y autor de sonetos excelentes, y después **Doña Victoria Colonna** y el genial escultor **Miguel Ángel Buonarotti** (1474-1569), autor también de sonetos y madrigales.

Los prosistas.—Los primeros años del siglo xvi son de gran actividad literaria para **Nicolás Maquiavelo** (1469-1519), que fué durante muchos años secretario del Consejo de los Diez que gobernaba a Florencia. Como historiador, su nombre será siempre respetado por su *Historia de Florencia*, pero sus astutas ideas

(1) Garnett. Historia de la literatura italiana. Trad. de Soms y Castelin.

políticas, contenidas en el libro *El príncipe*, han sido muy censuradas, aunque no por eso han dejado de ser puestas en práctica antes y después de su publicación (1). En esta obra y en las tituladas *Del arte de la guerra*, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, *Embajadas y comisiones*, y *Cartas*, se muestra como uno de los primeros prosistas italianos.

Muy distinta tendencia es la del **Conde Baltasar Castiglione** (1478-1529), que fué Nuncio de la Santa Sede en España y murió electo obispo de Avila. De él nos ha quedado su noble continente en el magnífico retrato de Rafael, uno de los mejores pintados por este gran artista, y una idealización de las conversaciones sostenidas en su larga permanencia en la corte de Urbino, la más refinada de Italia, en su libro *El Cortesano*, en donde presenta el tipo del caballero perfecto y tiene vivas reminiscencias de Platón en los pasajes en que desarrolla la teoría del amor puro. La magnífica traducción de Boscán dió a este libro carta de naturaleza en España.

Al lado de Castiglione hemos de citar a su amigo el embajador de Venecia en España **Andrés Navajero** (1483-1529), que dió impulso a los estudios clásicos y describió su *Viaje* por nuestra patria, en el que tienen especial interés las páginas dedicadas a Granada y Sevilla. Otro prosista muy notable es **Francisco Guicciardini** (1494-1532), que escribe con elevación y elegancia su *Historia de Italia* y los *Diálogos del Gobierno de Florencia*.

La poesía dramática tuvo en Italia, como en todo el occidente cristiano, un origen religioso. El teatro tiende a secularizarse, y en el Renacimiento se hacen imitaciones de los escritores latinos, de Terencio sobre todo; después se escriben obras originales, entre las cuales hay que citar, además de las de Ariosto, la *Mandragola*, de Maquiavelo, escrita con ingenio y desenvoltura; la

(1) «El tiempo de Maquiavelo ha pasado; pero la civilización tiene aún largo y penoso camino que recorrer para desterrar de la política el Maquiavelismo.» Palabras de Antonio Zozaya.

Calandria, del **Cardenal Bibbiana**, secretario del papa León X, obra muy atrevida, y las de **Pedro Aretino**, que tiene en sus obras teatrales hermosos rasgos al lado de reprobables audacias. En la novela hay escritores como **Luis de Porto** y **Firenzuola**, que continúan imitando a Boccaccio, lo cual hace también **Mateo Bandello**, que proporcionó asuntos a otros escritores de muy distintos países. Pero el más notable en este género es un español criado en Nápoles, **Jacobo Sannázaro** (1458-1530), que inicia con su novela *Arcadia* el género pastoril que ha de tener tantos cultivadores en Italia, Francia y España. El amaneramiento de esta literatura aparece ya en la obra de Sannázaro que, como todas las del género, presenta arbitrarios pastores bajo los cuales se esconden personajes reales, uno de los cuales es el propio autor.

El marinismo.—En el siglo xvii la decadencia de las letras era general en Italia y los autores de escasa importancia, si se excluye al caballero **Marini** (1569-1625), cuyo renombre fué muy grande, no sólo en su patria, sino también en Francia, principalmente por su poema *Adonis*. Es un poeta artificioso y rebuscado, y de él se ha llamado *marinismo* la transformación de la poesía italiana, en la que se persigue una difícil originalidad por la tortura de la frase y el retorcimiento de la forma. Se le ha comparado con nuestro poeta Góngora, pero Marini es menos genial.

EL RENACIMIENTO EN ESPAÑA

La lírica en el siglo xvi.—En España hay en el Renacimiento, sobre todo en la lírica, una fuerte influencia italiana que determina la adopción de metros que, como el endecasílabo, constituyen desde entonces parte importantísima de nuestro tesoro poético. La vieja poesía de los Cancioneros opuso alguna resistencia, pero pronto fué vencida, pues era muy fuerte ya el impulso de la corriente literaria de la época y, por otra parte, no dejaba de haber entre nosotros precedentes del uso de los nuevos metros y es-

trofas, pues ya habían escrito endecasílabos Micer Francisco Imperial y otros autores, en los cuales aparecen ocasionalmente, y sonetos, Santillana y Mosén Juan de Villalpando.

Pero la innovación está representada por Mosén **Juan Boscán** ⁽¹⁾, poeta a quien se recuerda más que por sus méritos positivos, que también los tuvo, por su cualidad de reformador.

Durante su vida Boscán no publicó más que una traducción de *El Cortesano* de Castiglione (1539), que le había sido enviado desde Italia por Garcilaso. Es libro capital para el estudio de la prosa castellana, que alcanza una soltura comparable sólo a la de la *Celestina*.

Después de muerto, su viuda D.^a Ana Girón de Rebolledo publicó sus poesías (1543) en cuatro libros, el último de los cuales contiene las composiciones de su amigo Garcilaso de la Vega. El libro primero está formado por poesías a la manera antigua, que en su mayor parte carecen de interés; pero en la carta a la Duquesa de Soma, inserta al principio del segundo libro, cuenta Boscán su famosa conversación en Granada con el veneciano Navagiero, el cual le impulsó a intentar los ritmos a la manera italiana. Boscán emplea sistemáticamente el endecasílabo—aunque a veces con torpeza, vacilando en la acentuación y empleando los finales agudos—, escribe buen número de sonetos, diez canciones en las que utiliza la estrofa, tres composiciones en tercetos—una de ellas la interesante epístola a Don Diego Hurtado de Mendo-

(1) Boscán nació en Barcelona, tal vez en 1490, pero su educación y gran parte de su vida se desarrollaron en Castilla. Pertenecía a la clase noble de ciudadanos honrados, entró al servicio de la casa de Alba y fué ayo del más famoso de sus duques y amigo de Garcilaso, Cetina y D. Diego Hurtado de Mendoza. Residió en Barcelona, y murió en esta ciudad o muy cerca de ella, de regreso de un viaje en 1542.

za, en donde dejó datos de interés para su biografía—, la *Octava Rima*, poema alegórico imitado de Bembo en 135 octavas rimas (o, como se dice ahora, octavas reales) y la *Historia de Hero y Leandro*, larga y fatigosa imitación del poemita de Museo y tal vez del que Bernardo Tasso escribió en versos sueltos; el cual, con las canciones, es lo de menos valor en su producción poética.

Boscán se inspira principalmente en Petrarca y también en Ausias March, y aunque abundan en sus versos las inexperiencias, en todas sus obras pueden encontrarse rasgos felices, sobre todo en la *Octava Rima*. Las perfectas estrofas que existen en este poema demuestran, como la traducción del *Cortesano*, que no hay que atribuir los defectos de Boscán a que fuese un extranjero en la lengua, sino a que, como él mismo dice, «en todas las artes los primeros harto hacen con empezar».

Durante mucho tiempo se publicaron unidas a las poesías de Boscán las de su gran amigo **Garcilaso de la Vega** (1503-1536), pero éste era mucho más poeta y su ejemplo fué tal vez decisivo en el triunfo de la nueva tendencia literaria ⁽¹⁾. Era por su alcornia, gallardía, valor, discreción y agudeza, admirado de todos; hoy se le reconoce como a poeta genial que expresa la intimidad de su sentimiento con insuperable maestría, manejando los metros nuevos con tal suavidad y dulzura, que no parecen sino que fueron

(1) Era nieto de Fernán Pérez de Guzmán y nació en Toledo el año 1503. Asistió desde los 17 años a las campañas de Carlos V. Casó con doña Elena de Zúñiga y después de sufrir un destierro en la isla de Schut, en el Danubio—río divino, como le llama el poeta—, por haber asistido como testigo a la boda de un sobrino suyo no consentida por el Emperador, y de vivir algunos años en Nápoles, murió en Niza en 1536 a consecuencia de las heridas recibidas al asaltar valerosamente al frente de sus tropas, en la campaña de Provenza, la fortaleza de Muy, sintiéndolo tanto el Emperador, que condenó a muerte a todos sus defensores.

creados para que él los empleara. Virgilio y Horacio, entre los antiguos, y Tansillo y Bembo—de quien fué amigo en Italia—entre los modernos, fueron los modelos de Garcilaso, imitándolos muchas veces, aunque sin dejar nunca de poseer verdadera originalidad.

Sus obras.—En prosa sólo resta de Garcilaso una carta enviada a Boscán, y que éste publicó con su traducción de *El Cortesano*. El número de sus poesías tampoco es grande. Si se prescinde de algunas escritas según el antiguo sistema de los Cancioneros, sólo restan una interesante *epístola* a Boscán en verso suelto; cinco *odas* o *canciones*, de las cuales la más famosa es la dedicada *A la flor de Gnido*; treinta y ocho *sonetos*, perfectos casi todos, de los cuales se recuerda principalmente el que empieza «Oh dulces prendas por mi mal halladas...» inspirado en Virgilio, por la cita de Cervantes; y tres *églogas* en que con indefinible encanto y elegancia trata temas pastoriles sin que le falte sentimiento ni amor a la naturaleza, a pesar de la falta de realismo del género. Las mejores son la primera, escrita en silvas, en que canta «El dulce lamentar de dos pastores—Salicio juntamente, y Nemoroso»—, y la tercera, en octavas reales, en que Tirreno y Alcino alaban a las pastoras Flérida y Filis.

Además de los metros utilizados por Boscán, introduce Garcilaso, tomándola de los italianos, la rima interior (*rima al mezzo*), que no llegó a propagarse y sólo se utilizó alguna vez como capricho literario ⁽¹⁾, y la estrofa de cinco versos heptasílabos y endecasílabos que se conoce por el nombre de *lira*, por figurar esta palabra en el primer verso de la canción *A la flor de Gnido* ⁽²⁾, y que fué tan maravillosamente em-

(1) Así en el siglo XIX por Espronceda.

(2) Si de mi baja lira—tanto pudiese el son que en un momento—apagase la ira—del animoso viento—y la furia del mar y el movimiento...

pleada más adelante por San Juan de la Cruz y Fr. Luis de León.

La nueva escuela tiene enseguida numerosos adeptos, y de ellos citaremos a **Hernando de Acuña** (1500-1580), que escribió buenos sonetos y madrigales; **Jerónimo de Lomas Cantoral**, que tiene menos importancia, y un **D. Luis de Haro**, de quien no se conservan poesías, pero a quien envuelve Castillejo en una misma censura con Boscán, Garcilaso y un prócer, figura interesantísima de nuestras letras, y del cual vamos a ocuparnos.

Hurtado de Mendoza.—Nos referimos a D. Diego Hurtado de Mendoza (1503-1575), que nació y estudió en Granada con el gran humanista Pedro Mártir de Anglería ⁽¹⁾, despertando en él decididas aficiones clásicas que le llevan a reunir copiosa biblioteca y abundantes manuscritos griegos, gran parte de los cuales se conservan en la biblioteca del Escorial. Conocía el griego y el latín, el hebreo y el árabe, e hizo traducciones como la *Mecánica* de Aristóteles. Se le han atribuido varias obras que probablemente no le pertenecen, entre otras, y durante mucho tiempo, la famosa novela picaresca *Lazarillo de Tormes*, pero basta con las auténticas para que haya que reconocer la importancia de este ilustre literato.

Obras.—Como *poeta* Hurtado de Mendoza pertenece tanto a la escuela tradicional como a la italiana. La *Fábula de Adonis, Hipómenes y Atalanta*, es, tal vez, su mejor obra en la nueva disciplina, pero no maneja el endecasílabo con la misma soltura y naturalidad que el octosílabo, ni hace tan buenos tercetos y octavas reales como quintillas y cuartetas.

(1) Vivió de 1503 a 1575. Estudió en Salamanca, y fué embajador en Inglaterra, Venecia y Roma, y representante de Carlos V en el Concilio de Trento. Al final de su vida, por una disputa en palacio con D. Diego de Leyva, fué desterrado a Granada, lo cual le permitió seguir de cerca la campaña contra los moriscos. Murió en Madrid.

Hurtado de Mendoza es también un *prosista* de extraordinario valor, como demuestra con su historia de la *Guerra de Granada*, en que refiere la sublevación de los moriscos en la Alpujarra contra Felipe II, tomando por modelo a los historiadores clásicos, que le eran familiares, sobre todo a Salustio y Tácito, a quienes imita en algunos pasajes. Su permanencia en Granada mientras se desarrollan los sucesos, le permite recoger datos interesantes que inserta, siendo notable su libertad de juicio, por lo cual esta obra no fué publicada hasta mucho después de su muerte. Algunos pasajes son familiares a todos, como el de la muerte de Aben Humeya ⁽¹⁾.

Amigo de D. Diego Hurtado de Mendoza y también de Boscán y Garcilaso, cuya innovación sigue, es **Gutierre de Cetina** (1520-1560), que nació y murió en Sevilla, después de haber asistido como soldado a la campaña de Italia ⁽²⁾. Se han perdido casi todos sus versos, pero por los que restan se ve que sus condiciones poéticas nada tienen de semejante con las que después se han de considerar características de la escuela sevillana. Hay exquisita finura en el dejo satírico de sus epístolas y delicadeza y sentimiento en sus sonetos y canciones, en los que vibra casi exclusivamente la cuerda amorosa, pero es más famoso por la

(1) Recientemente se ha dudado de la autenticidad de esta obra. Don Lucas del Corral la supone prosificación de los primeros diez y ocho cantos de la *Austriada*, de Juan Rufo. Foulché Delsbosch ha demostrado que, por el contrario, la *Austriada* está tomada en parte de la obra de Mendoza.

(2) Estuvo también en Flandes, en la jornada de Túnez contra Barbarroja, y en Méjico, de donde envió a su padre «cuatro piezas desclavos de tierra firme, de los cuales son bibos los dos dellos, que se llaman Juan y Francisco», según consta en el testamento de su padre Beltrán de Cetina, dado en Sevilla a 9 de Mayo de 1548, y existente en el Archivo de protocolos de Sevilla. Lo publicó Rodríguez Marín en el «Boletín de la R. A. E.», 1919. Después Gutierre de Cetina se hizo sacerdote, doctorándose en Teología, y residiendo durante algún tiempo en Madrid adscrito a una de sus parroquias.

deliciosa cortesanía de sus madrigales, especialmente por el popularísimo *A unos ojos*.

Escuela tradicional.—No faltaron otros poetas que se opusieron a la innovación de Boscán y Garcilaso aunque sin éxito. El que representa principalmente la escuela tradicional es **Cristóbal de Castillejo** ⁽¹⁾ que, tal vez por haber residido mucho tiempo fuera de España nunca quiso transigir con los reformadores. Sus innegables condiciones de poeta y su facilidad versificadora se prueban con sus composiciones, de las cuales las más notables son el chispeante *Diálogo que habla de las condiciones de las mujeres*; el *Diálogo y discurso de la vida de Corte* y el *Diálogo entre el autor y su pluma*. En su famosa sátira contra los petrarquistas inserta tres sonetos y una octava real, parodiando los metros de la nueva escuela, que demuestran no era inhábil para haber brillado en ella a haberlo querido; pero sus composiciones son siempre en metros cortos, ligeras y ágiles, de carácter castizo en los que a veces utiliza cantares populares con versificación irregular.

Es interesante advertir que Castillejo escribió versos en portugués, lo cual demuestra la unión que existía entre los ingenios de Portugal y España. Pero más corriente era que los escritores portugueses empleasen la lengua española, como se ve en Camoens, Jorge de Montemayor y Gregorio Silvestre.

En castellano y en portugués escribió Francisco Saa de Miranda, nacido en Coímbra y que murió en 1558. Su permanencia en Italia le permitió conocer la nueva métrica que llevó a su patria, y sus composiciones pastoriles se distinguen por la corrección y el

(1) Nació en Ciudad-Rodrigo en 1490 probablemente. Fué fraile y secretario del Rey de Hungría Don Fernando de Austria, hermano de Carlos I. Murió en 1550. Su sátira contra los petrarquistas tiene gran donosura. Dice en ella que la reforma literaria no se acomoda a la índole del lenguaje castellano, porque: «Nuestra lengua es muy devota—de la clara brevedad,—y esta trova, a la verdad, —por el contrario, denota—oscura prolijidad...»

sentimiento, siendo las más notables la *Fábula do Mondego* y *Alexio y Nemoroso* que fué escrita con motivo de la muerte de Garcilaso.

CAPÍTULO XIV

DIRECCIONES DE LA LÍRICA ESPAÑOLA

Las escuelas poéticas.—En los siglos xvi y xvii hay un extraordinario florecimiento de la lírica en España; florecimiento tan grande que el mismo exceso de aptitud artística de algunos de nuestros escritores ha de determinar los defectos que originaran la decadencia de la poesía al final del siglo xvi, que dejará como herencia para el xviii el prosaísmo o la extravagancia.

Es tradicional en los siglos de oro de nuestra literatura la agrupación de los poetas líricos en escuelas, aunque este no sea un concepto preciso determinado por identidad de opiniones estéticas. Se acostumbra a señalar en el siglo xvi dos grupos literarios, cuyos caracteres se contraponen; las llamadas *escuelas salmantina* y *sevillana*; de la primera, de más cercana inspiración clásica y de mayor profundidad de pensamiento se distingue la segunda por no ser en ella la inspiración clásica exclusiva, pues también se puede señalar una influencia de los libros sagrados, y por la elaboración del lenguaje poético que llega a alcanzar extraordinaria grandiosidad y riqueza.

Hay, sin embargo, mucho de arbitrario en la agrupación tradicional de estos poetas cuya individualidad no aparece sometida y se manifiesta en una diversidad innegable. Hay poetas que no presentan los caracteres señalados y que, sin embargo, suelen incluirse en una u otra escuela según el lugar del nacimiento, o la ciudad que fué su habitual residencia.

ESCUELA SALMANTINA

Autores principales.—El principal representante de la escuela salmantina es **Fr. Luis de León** (1527-1591), uno de los más grandes poetas en lengua castellana ⁽¹⁾. Su extraordinaria cultura, su conocimiento profundo del hebreo, del griego y del latín, le permiten hacer magníficas traducciones, ya en prosa, como la famosísima del *Cantar de los Cantares*, de Salomón, y la *Exposición del libro de Job* (en donde a la traducción literal del texto hebreo acompaña una glosa elocuentísima y una paráfrasis en tercetos); ya en verso, como las de los salmos de David, las de varios poetas griegos y latinos y algunos italianos, como Petrarca y Bembo. Pero, sobre todo, en donde se muestra altísimo poeta es en sus poesías originales ⁽²⁾, en las cuales no faltan algunas reminiscencias de sus autores favoritos, principalmente de Horacio; tal vez por no

(1) Nació en Belmonte (Cuenca) en 1527 y murió en Madrigal el año 1591. Pasó parte de sus primeros años en Madrid. A los catorce fué a Salamanca, en donde ingresó en la orden de San Agustín y estudió Teología, siendo el célebre Melchor Cano uno de sus maestros. Obtuvo varias cátedras por oposición, y sufrió una prisión de cerca de cinco años—1572 a 1576—, siendo al fin absuelto en el proceso promovido por la Inquisición a causa de las acusaciones de León de Castro y otros envidiosos del sabio agustino, que las fundamentaron en las opiniones de Fr. Luis sobre la *Vulgata*, y no, como se ha dicho, en la traducción de *El cantar de los cantares*, aunque éste fuera uno de los cargos que se hicieron contra él, porque «profanando los dichos cantares, los tradujo en lengua vulgar y están y andan en poder de muchas personas, a quién él los dió, y de otras en la dicha lengua de romance». La entrada de Fr. Luis en Salamanca fué verdaderamente triunfal, y después de ella se le atribuye en su primera explicación en cátedra la famosa frase: *declamamos ayer...* Más adelante fué envuelto en otro proceso, aunque sin consecuencia alguna.

(2) Las poesías de Fr. Luis fueron recogidas por éste al final de su vida, pero no fueron publicadas hasta que lo hizo Quevedo mucho después de muerto su autor. Los eruditos trabajan en el descubrimiento y crítica de poesías inéditas y de variantes. Véanse los trabajos «Sobre la transmisión de la obra literaria de Fr. Luis de León» por Federico de Onís, (Revista de Filología española. 1915), y «Tres poesías inéditas de Fr. Luis de León en el Cartapacio de Francisco Morán de la Estrella», por R. Menéndez Pidal.

conceder Fr. Luis demasiada importancia a sus versos, brotaron estos con tanta naturalidad de su pluma, vistiéndose el pensamiento profundo con el sereno ropaje de palabras tan expresivas, tan suaves, tan ajustadas a la idea, que apenas advierte el lector el artificio rítmico. La estrofa llamada *lira* es instrumento maravilloso en poder de Fr. Luis, que igual se adapta a la energía de la oda *La profecía del Tajo*, como a la serenidad y placidez de la oda *La vida del campo*, a la inspiración que dicta las estrofas de *La noche serena*, la melancolía de *El apartamento* o la dulce emoción de la poesía dedicada *A Salinas*. Además de éstas, las odas mejores de Fr. Luis son: *La Ascensión*, *De la vida del cielo* y *A Felipe Ruiz*, que le acreditan, como las tres anteriores, de uno de nuestros más inspirados poetas místicos ⁽¹⁾.

Como prosista, además de las obras ya citadas, deben recordarse *La perfecta casada*, obra popularísima, en que se limita a comentar algunos versículos del capítulo 31 del libro de los *Proverbios* y, sobre todo, los admirables diálogos de *Los Nombres de Cristo*, que si por el arte exquisito del coloquio hacen pensar en los de Platón, por su fondo son esencialmente teológicos; diálogos en donde la prosa de Fray Luis consigue tesoros de armonía desconocidos hasta entonces en nuestra lengua, que nunca había sido trabajada de tan artístico modo.

También se inspiró principalmente en Horacio el Bachiller **Francisco de la Torre**, cuyas poesías, como las de Fr. Luis de León, fueron publicadas por Quevedo, que no tenía muchas noticias de su autor; pocas

(1) La oda «La profecía del Tajo» está inspirada en la de Horacio, *Pastor cum traheret*. El *Beatus ille*, de Horacio, que Fr. Luis tradujo, influyó en la famosísima oda de nuestro poeta sobre «La vida del campo».

han llegado a la posteridad, pues se desconoce hasta la fecha de su nacimiento y muerte. Es un buen poeta a quien no faltan sencillez y naturalidad, y que en algunas de sus composiciones llega a una delicadeza difícilmente superada, y tiene buenos sonetos en que a veces, como en otras de sus obras, imita a los poetas italianos, y es de los primeros en utilizar la estrofa sáfica. Además de sus composiciones amorosas de fondo elegíaco, dedicadas a Filis, son famosas sus canciones *A la tórtola* y *La cierva herida*.

Cierta semejanza de condiciones poéticas hay entre Francisco de la Torre y **Francisco de Figueroa** (1536-1620?), que nació en Alcalá de Henares, pasó largo tiempo en Italia y mereció de sus contemporáneos el sobrenombre de *Divino*—aplicado en el siglo xvi con excesiva frecuencia—, pero que justifican algunos de sus versos, muy poco numerosos, pues antes de su muerte los mandó quemar. Imitó principalmente a los poetas italianos, manejó bien el verso suelto, hizo sonetos admirables y se distinguió en la poesía bucólica, adoptando el nombre pastoril de *Tirsís*, con el que aparece en la *Galatea* de Cervantes, de quien fué amigo.

Entre los escritores de la escuela salmantina se suele citar a **Francisco Medrano**, de Sevilla, que por sus condiciones artísticas se asemeja a los castellanos. Fué un buen poeta, como lo prueban sus odas y sonetos con profundidad de pensamiento y sobriedad en la expresión: su entusiasmo por Horacio le hace encontrar los mayores aciertos en sus imitaciones del poeta latino.

En la escuela salmantina suelen ser incluidos otros poetas: San Juan de la Cruz, que ha de ser estudiado entre los místicos; Malón de Chaide, místico también, o mejor ascético; y Arias Montano y Francisco Sánchez el Brocense, cuya huella más perdurable ha quedado en la didáctica.

ESCUELA SEVILLANA

Autores principales.— Hay que empezar el estudio de la escuela sevillana citando, no a un poeta de genio, sino a un humanista, **Juan de Mal-Lara** (1525?-

1571), cuya influencia se advierte en algunos de los poetas de esta escuela y, en general, en la afición al estudio y a la cultura de los sevillanos en el siglo xvi. Mal-Lara, nacido en Sevilla, después de largos estudios en Salamanca y Alcalá regresó a su ciudad natal, en donde estableció una academia. Era más erudito y versado en la antigüedad clásica que poeta, de tal modo, que se le recuerda más que por sus intentos épicos, como el poema *La hermosa Psyche*, líricos y dramáticos, por su influencia en los poetas de Sevilla y por la cultura y agudeza con que glosa mil refranes castellanos en su *Philosophia vulgar*.

El más importante de los poetas de la escuela es **Fernando de Herrera** (1534-1597), llamado el Divino, que nació y vivió en Sevilla, ordenándose de menores y disfrutando un beneficio en la iglesia parroquial de San Andrés. Fué hombre muy docto, distinguiéndose en el conocimiento del griego, hebreo y latín y de la antigüedad pagana, pero la influencia que de los clásicos, de Horacio principalmente, puede observarse en él, es muy pequeña si se la compara con la recibida de la Biblia. Los libros sagrados inspiran sus mejores composiciones, prestándoles una fuerza y grandiosidad a la que se adapta muy bien la rotundidad y elocuencia de su poesía.

Son éstas sus *odas* o canciones heroicas *A la batalla de Lepanto*, en que imita el cántico de Moisés al pasar los israelitas el Mar Rojo, contenido en el Éxodo; a la *Pérdida del Rey Don Sebastián*, en que lamenta la muerte de éste y la derrota de su ejército en Alcazarquivir; y *A Don Juan de Austria*, en que interviene Apolo, escrita en liras, estrofa que no se adapta bien en este caso a la inspiración de Herrera, pero que tiene fragmentos de singular valentía. También es notable la dedicada al *Santo Rey Don Fer-*

nando. La cálida inspiración de Herrera se inflama cantando con entonación pindárica las luchas con el enemigo tradicional de su patria y de su religión, y crea sus obras más perdurables.

Al lado de estas composiciones todas las restantes quedan algo oscurecidas. Sin embargo, Herrera tiene gran importancia como poeta amatorio: En la serenidad de su vida, desprovista de imprevistos cambios y de interesantes sucesos, sólo hay un episodio de inquietud espiritual, al cual, por eso tal vez, han concedido los biógrafos extraordinaria atención. Herrera conoció a D.^a Leonor de Milán, condesa de Gelves, esposa de Don Álvaro de Portugal, prócer culto y aficionado a las letras, en cuya casa se reunían los principales ingenios sevillanos, entre ellos Mal-Lara y Herrera.

Éste, enamorado profundamente de D.^a Leonor, a quien canta con varios nombres, entre ellos el de Heliadora, refleja sus sentimientos en composiciones en que existen influencias de los eróticos latinos, de Petrarca, de Ausias March, pero que deben ser consideradas no como un artificio métrico, sino como un grito de pasión. En sus *Canciones*, *Elegías* amorosas y *Sonetos*, hay, no puede negarse, riqueza inagotable de recursos poéticos, pero el sentimiento verdadero no falta, como han creído algunos, pues en Herrera nunca desapareció esta pasión, cuyo carácter ha sido discutido, pero que no descendió nunca de las alturas de la más exquisita espiritualidad.

Herrera, como Juan de Mena, quiere crear un lenguaje poético continuando la dirección de Garcilaso. Para ello trabajó la forma, alcanzando tal grandilocuencia y perfeccionando la lengua de tal modo, que Lope de Vega escribió refiriéndose a una de sus composiciones, la dedicada al rey Don Fernando: «Aquí

no excede ninguna lengua a la nuestra; perdonen la griega y la latina». Pero la riqueza de Herrera, la pompa y grandiosidad de su dicción, que en él mismo, a veces, resulta amplificadora en exceso, se habían de convertir más adelante en palabrería hueca de poetas sin genio y en culteranas oscuridades en que se sacrifique todo a la forma. En el lenguaje resulta también predecesor del culteranismo por la violencia de algunos giros y los numerosos latinismos de su vocabulario.

Tiene también importancia como prosista; aparte de algunas obras que se han perdido y de otras de menos valía, es interesante su edición con *Anotaciones* de las poesías de Garcilaso, en donde revela estimables cualidades críticas y que promovió una de las polémicas más apasionadas de la literatura española.

Aunque en nada se parece a Herrera, se suele incluir entre los poetas de la escuela sevillana a **Baltasar del Alcázar** (1530-1606), por haber nacido en Sevilla. Al final de su vida perdió la mayor parte de su hacienda, siempre escasa, pero no su buen humor, que hace que sus composiciones jocosas estén en boca de todos, mientras sus intentos de poesía seria fueron definitivamente olvidados. Fué hombre de cultura humanística; gustaba de Marcial, de quien tradujo algunos epigramas; pero su vena poética es exclusivamente popular por el espíritu y por el metro, casi siempre octosílabo. Sus quintillas y cuartetos son admirables y lo más característico de su obra, y en ellas están escritas sus abundantes epigramas, muy atrevidos algunos, y sus famosísimas composiciones *Modo de vivir en la vejez*, *Vida de la aldea* y *Cena jocosa*, en que parece revivir la optimista carcajada del viejo Anacreonte. Pero no permaneció fiel a la tradición

castellana, pues tiene buenos sonetos y madrigales en silvas ⁽¹⁾.

Además de estos poetas, florecieron en Sevilla en el siglo xvi otros muchos, como Diego Girón, discípulo de Mal-Lara; Francisco Medina, ya citado; Juan de la Cueva, de más importancia en la historia de nuestro teatro; el mismo Don Álvaro de Portugal, y los pintores Francisco Pacheco y Pablo de Céspedes (aunque este nació y residió en Córdoba), que deben incluirse entre los didácticos. En el siglo xvii hay buen número de importantes poetas en Sevilla; pero es necesario estudiar, antes de llegar a ellos, la revolución artística que se conoce con el nombre de culteranismo.

LA POESÍA CULTERANA

El mal gusto en literatura. Su universalidad.—En el siglo xvi ha alcanzado gran desarrollo la literatura española, que parece culminar en los primeros años del xvii, que es cuando Cervantes escribe sus más bellas páginas y Lope sus más inspiradas comedias; pero en estos mismos años del siglo xvii la decadencia se inicia precisamente por un género, el lírico, que había conseguido madurez antes que el épico y el dramático.

Aparecen en nuestra lírica ciertos vicios que después se extienden al resto de las creaciones literarias, invadiéndolo todo o casi todo. Pero no hay que considerar este fenómeno como exclusivo de la literatura ni circunscrito a nuestra patria. Si se hubiera tratado de un capricho de loco no hubiera tenido aceptación y hubiera sido ahogado bajo la muchedumbre de protestas, o en la frialdad del silencio. Era algo cuyo germen estaba en el ambiente:

(1) Bastantes composiciones de B. de Alcázar no contenidas en la biblioteca de Rivadeneyra, pueden verse en el tomo I, núms. 93 y 94, del *Ensayo de una biblioteca de libros raros y curiosos*, de Gallardo. Allí está la composición *El truco*, en redondillas y sin burlas, escrita al final de su vida y dedicada a Francisco Pacheco.

Otras composiciones de Alcázar dignas de ser recordadas, son los Diálogos entre dos perrillos, tal vez antecedente del «Coloquio de los perros», de Cervantes, y entre el Galán y el Eco, cuyo artificio aparece después en poetas tan desemejantes como Martínez de la Rosa, Rubén Darío y Théodore Botrel.

el momento psicológico de la época era propicio. El Renacimiento, aunque no consiga la serenidad clásica, guarda cierta medida y llega a una gran perfección que el siglo xvii quiere superar, rompiendo esta medida y apareciendo desbordante toda su fuerza. Es un siglo barroco. Tan barroco en arquitectura, con sus tímpanos quebrados y su locura de ornamentación, como en escultura, con sus figuras violentas y retorcidas, como en poesía, con sus violencias de frase y su dicción hojarascosa. Churriguera, Bernini, Góngora, con su locura de atrevimientos artísticos, equivocaron el sendero de la perfección, pero son artistas geniales. Su grave pecado, más que sus mismas obras, es la muchedumbre de imitadores que friamente, sin geniales atisbos, retuercen las líneas, o las masas, o las frases, para crear, no obras de arte, sino jero-glíficos curiosos.

En literatura se ha solido atribuir a los españoles el mal gusto; se unían los nombres de dos cordobeses, Lucano, el cantor de la guerra civil, y Góngora, el de las Soledades. Pero basta señalar que el mismo vicio que Góngora introduce en España y en Portugal y que se conoce con el nombre de *gongorismo* o *culteranismo* (en Portugal *culturania*), aparece también en el *preciosismo* de Francia, *marinismo* de Italia, *lohentismo* de Alemania y *eufuismo* de Inglaterra, para que se advierta se trata de un fenómeno literario extensísimo que no pudo originarse por una causa particular como la predisposición de los cordobeses, la pobreza del pensamiento español o la intolerancia religiosa en nuestra patria, intolerancia que, por otra parte, jamás existió, pues los escritores gozaron de una amplitud de pensamiento y de palabra quizás excesiva, y, desde luego, desconocida en otros países que nos censuran por apasionamiento o por ignorar nuestra historia. Por esto, por la importancia de los autores y por haberse reproducido este fenómeno en la tendencia literaria del siglo xix, conocida por el nombre de modernismo, trataremos esto con alguna extensión, aunque destinando a la lectura la mayor parte de nuestras observaciones.

Aspectos de la lírica en este tiempo.—En nuestra poesía aparece el vicio literario llamado *culteranismo* que vela la pobreza de pensamiento con oscuridades de forma; como reacción contra el culteranismo, algunos escritores de extraordinario talento caen en el *conceptismo* que, pobre de expresión, tiene gran ri-

queza de contenido, no siempre fácil de desentrañar por las lejanas relaciones que establece entre las ideas; varios poetas perseveran en el *buen gusto*, pero otros, si no incurrían en alguno de los dos vicios citados caen en el *prosaísmo*, en la vulgaridad con ambición de poesía que es ya general a fines del siglo xvii.

Origen del culteranismo. Góngora.—La verdadera causa de la aparición del vicio literario conocido por culteranismo, no es otra sino la separación que en el siglo xvii se inicia entre la poesía popular y la erudita, (separación que se hace casi completa durante el siglo xviii), y a que ésta, abandonada a sí misma, falta de savia, quiere encontrar novedad, huyendo del agotamiento de los asuntos, en la retorsión de la forma. No deja de ser curioso que sea en España el creador de la nueva escuela **D. Luis de Argote y Góngora** (1561-1627), que es uno de los poetas en cuyos versos hay más espíritu popular, utilizando o imitando canciones del pueblo y no rehuyendo en su poesía los esquemas de versificación libre ⁽¹⁾. Eso en su primera época, cuando compone sus inimitables *romances* (*Servía en Orán al Rey...—Amarrado al duro banco... Hermana Marica... etc.*) y sus ingeniosas *letrillas* (*Las flores del romero...—La más bella niña... Dineros son calidad... Ande yo caliente... etc.*) en que siempre hay melancólica elegancia o gracia picaresca. «A Góngo-

(1) Nació y murió en Córdoba y está enterrado en la maravillosa catedral, la antigua mezquita: Velázquez pintó su retrato. Estudió en Salamanca y volvió a Córdoba, en donde disfrutó un beneficio, aunque aun no se había ordenado de sacerdote. Hizo varios viajes a Madrid, Granada y otras ciudades. Estableció su residencia en Madrid al ser nombrado capellán de honor del Rey: tenía entonces Góngora cincuenta años. Al final de su vida una grave enfermedad le ocasionó la pérdida de la memoria. Ha publicado «*Cartas y poesías inéditas*» de Góngora E. Linares García, Granada, 1892; también «*Poesías inéditas*» Hugo A. Rennert en «*Revue Hispanique*», 1897. Un manuscrito en que se copian bastantes cartas de nuestro poeta existe en el Archivo del Monasterio de Santo Domingo de Silos. Una carta autógrafa posee D. Manuel de Góngora y Ayustante.

ra bástanle cuatro rasgos satíricos, trazados como al desgaire, para darnos una visión de la sociedad o para esbozar el retrato de un personaje.» ⁽¹⁾ También escribió sonetos llenos de elegancia y claridad.

Angel de la luz, le llamó el humanista Francisco de Cascales, y *ángel de las tinieblas* en su segunda época. Góngora quiere extremar el lenguaje poético de Herrera, ⁽²⁾ y crea una manera de decir tan oscura que llega a ser ininteligible ⁽³⁾. Por eso las poesías de esta segunda época de Góngora hay que estudiarlas a la luz de la filología; extrema las metáforas, quiere resucitar el hipébaton latino en violentas transposiciones ⁽⁴⁾ y aumenta el diccionario con gran número de cultismos, casi todos de procedencia latina, de los cuales bastantes se han perpetuado, aunque hayan sido inaceptados otros muchos. Por esta razón en la época de Góngora su poesía debió ser aún más ininteligible que en la actual. A este estilo encrespado y laberíntico pertenecen el *Panegirico al Duque de Lerma*, el soneto laudatorio a la *Historia pontifical* de Luis de Bavía, la *Fábula de Polifemo* y *Galatea* en octavas reales y las dos *Soledades* escritas en silvas.

(1) Azorín. «*Lecturas españolas*».

(2) En efecto, Herrera tuvo la preocupación de crear un lenguaje poético, y ya sus contemporáneos satirizaron esta pretensión. Recuérdese el famoso soneto de Luis Barahona de Soto, que empieza

Esplendores, celajes, riguroso,
y que termina
esto quitado, cierto que es bonito.

que prueba la violenta oposición que el estilo colorista encontró entre los literatos.

(3) «Huye la claridad y escurécese tanto, que espanta de su lección, no solamente al vulgo profano, sino a los que más presumen de sabidos en su aldea», dice Pedro de Valencia en la carta que, más adelante, será citada.

(4) De ellas se burla Lope de Vega en sus famosísimos versos:

... «En una de fregar cayó Caldera
(transposición se llama esta figura)
de agua acabada de quitar del fuego...»

Estas obras fueron apasionadamente comentadas por el público. Las Soledades corrían manuscritas de mano en mano y era aguardada su aparición con tal impaciencia, que Cascales, en sus «Cartas Filológicas», compara a Góngora con un campanero que, con el badajo en alto, mantuviera a todos en espera de una campanada. Las poesías de Góngora no se publicaron hasta después de su muerte por López de Vicuña (1627), que las recogió con gran diligencia coleccionándolas con el título *Obras en verso del Homero español*; pero la polémica literaria fué muy viva. Contestando a una consulta de Góngora el humanista *Pedro de Valencia*, alaba las poesías ligeras de la primera época, «que se aventajan con grande exceso a todo lo mejor que he leído de Griegos y Latinos en aquel género», pero en las de la segunda época censura las «travesuras» del ingenio, no pareciéndole tolerable que extreme las metáforas hasta el extremo de decir que «las islas son paréntesis frondosos al período de su corriente». (1) Los dramaturgos en poesías y comedias satirizan el nuevo estilo; así Lope, Tirso y Moreto (2); y Vélez de Guevara en «El diablo cojuelo», en las pragmáticas de la Academia Sevillana compadece a los que se hallen «perdidos en las soledades de don Luis de Góngora»; Quevedo, que incurre en el opuesto vicio, o sea en el conceptismo, publica las poesías de Fr. Luis de León y de Francisco de la Torre, para poner un dique a los avances de la nueva tendencia, y escribe muchos opúsculos satíricos contra ella, como «La cultalatiniparla»; también combaten el gongorismo otros muchos, como el ya citado Cascales, el portugués Manuel de Faria y Sousa en sus «Comentarios a Camoens»; Juan de Jáuregui, que escribe el «Antídoto contra las Soledades» y el «Discurso poético», y el maestro Ximénez Patón, que fué quien designó primeramente a la nueva escuela con el nombre de culteranismo, que ha prevalecido.

(1) Hay dos manuscritos autógrafos en la Biblioteca Nacional que difieren mucho. Los publicó Serrano y Sanz en su estudio sobre *Pedro de Valencia*, «Archivo Extremeño», 1910. Tiene un extracto Menéndez y Pelayo en «Ideas estéticas», tomo II, vol. 2.º, 497-499.

(2) Véanse por ejemplo: «El lindo Don Diego», de Moreto («Yo, prima, no sé de cultos:—porque a Góngora no entiendo,—ni le he entendido en mi vida...»), y Lope dice en «Las bizarrías de Belisa», entre otras cosas, «...que no soy—culto, que mi corto ingenio—en darse a entender estudia». Pero el mismo Lope no puede sustraerse a la moda y tiene frases culteranas, como esta de «Los Tellos de Meneses»: «...en ella, gracias a Dios—afeitan la yerba a un prado—cien yeguas...». Entre las alusiones que tiene Tirso en sus obras a los culteranos, puede citarse la de la escena XV del acto I de «Por el sótano y el torno».

Por su parte Góngora compone sonetos satíricos contra sus enemigos, como aquel que empieza

«Patos del agua chirle castellana,
De cuyo rudo ingenio fácil riega,
Y tal vez dulce inunda nuestra vega,
Con razón vega, por lo siempre llana.»

en el que claramente se ve la alusión al gran Lope de Vega, o como aquel otro escrito contra Quevedo, y en donde se lee:

.....
«Las puertas le cerró de La Latina (1)
Quien duerme en español y sueña en griego,
Pedante gofo, que de pasión ciego,
La suya reza y calla la divina.

Pero también encuentra entusiastas comentaristas en Salazar Mardones, García de Salcedo Coronel, José Pellicer, y defensores apasionados en Juan Francisco Andrés de Ustarroz y el doctor Juan de Espinosa Medrano, que publicó en Lima (1694) su notable «Apologético». ¡Lástima de erudición!

En su segunda manera, Góngora tiene importancia histórica y filológica, pero por sus poesías de la primera época queda y quedará siempre como uno de los mejores poetas en lengua castellana. «Y es inevitable reconocer que si Góngora hubiera producido sólo la mágica arquitectura plateresca de sus versos de corte italiano—o sea los Sonetos, el *Panegírico*, el *Polifemo*, las *Soledades*, las obras que le dieron su fama última y crearon su inmensa y extraña influencia—, podría admirársele como artífice, pero no se le sentiría tanto como lírico, ni se le aprendería de memoria» (2).

(1) Se refiere al hospital de este nombre fundado por D.ª Beatriz Galindo, ya citada al tratar de los Reyes Católicos.

(2) Pedro Enriquez Ureña. «La versificación irregular en la poesía castellana», pág. 237.

En efecto, el culteranismo oscurecía los pensamientos por el abuso inmoderado de latinismos, de los cuales Juan de la Cueva ya dijo en su Ejemplar poético:

De dos archipoetas conocidos
Una murmuración oí a un poeta
Porque usaban vocablos escondidos.
Sclopetum llamaban la escopeta,
Escopeda decían al estribo,
Famélica curante a la dieta;
Al maldiciente decían *causivo*,
A la causa común de la vil gente
Público alojamiento del festivo.
Carnes privium llamaban comunmente
A las carnestolendas, y así usaban
De aquesta afectación impertinente.

Hay, pues, que estudiar el culteranismo a la luz de la filología, y así se verá que es un fenómeno filológico primeramente, que no fué infecundo porque amplió el diccionario con palabras que quedaron ya en uso, y en segundo término literario en el cual amplía los cauces rítmicos y favorece la armonía, y para probar la afirmación hecha de ser cuestión lingüística, examinemos una breve composición culterana, la que Góngora escribió con el título «Al sepulcro de tres niñas hijas del duque de Feria».

Tres violas del cielo,
Tres de las flores ya breves estrellas,
Fragante mármol sellas
Que aljofaró la muerte de su hielo,
Si las trenzas están ciñendo ahora
De un alma que crepúsculos ignora.

Vemos que muchas de las palabras no tienen un sentido propio, que otras no son usuales y, que en conjunto está oscurísimo el pensamiento, pues tenemos; *violas*, empleado por «violetas»; *del cielo*, es decir, «excelentes»; el *ya* del segundo verso es inútil a la oración; *breves estrellas*, que estaría mejor dicho «estrellitas»; aparece la impropiedad de *fragante* y *sellas*, que está por «cubres»; igualmente es impropia la calificación de *aljofar* al hielo, y por último, dice: *si las trenzas están ciñendo ahora*, o sea, si están ahora gozando; *de un alma que crepúsculos ignora*, o sea,

«de un alma que nunca muere»; y todo ello para querer decir: *la muerte embelleció con su hielo estas flores, que han ganado porque están en el cielo.*

Otros escritores culteranos.—A pesar de todas las oposiciones, el culteranismo triunfaba y Góngora encontró muy pronto discípulos. Entre ellos está el **Conde de Villamediana**, D. Juan de Tassis (1582-1622) nacido en Lisboa, y que murió asesinado a causa de sus poesías satíricas o de sus atrevidos amores acerca de los cuales se refieren varias anécdotas, alguna de las cuales pertenece al folk-lore universal. Villamediana, que era un agudo satírico y un ingenioso epigramático a veces con ribetes de conceptista en sus composiciones largas, como la *Fábula de Faetón*, es culterano. Escribió también muchos sonetos. Otro poeta, **D. Francisco de Trillo y Figueroa**, nacido en la Coruña, pero que vivió largo tiempo en Granada, en donde probablemente murió, es agradable e ingenioso imitador de las poesías de la primera época de Góngora en sus romances y letrillas, y furiosamente culterano en el poema *Neapolisea*, en honor del Gran Capitán, y en otros escritos, (un panegírico y dos epitalamios).

Pero el que consiguió popularizar el culteranismo fué **Fr. Hortensio Félix Paravicino y Arteaga** (1580-1633), madrileño, perteneciente a la orden Trinitaria, y famosísimo predicador. Aunque compuso algunas poesías (1) entre ellas unos sonetos al Greco, su verdadera popularidad y su influencia fueron como orador sagrado que llevó al púlpito el culteranismo, componiendo aquellos famosos *sermones de berbería*, como les llamó Calderón, que originaron toda una extravagante oratoria religiosa, que no se extinguió hasta la publicación en el siglo XVIII, de la célebre novela del P. Isla «*Historia del famoso predicador Fr. Gerundio de Campazas*».

Poetas aragoneses, castellanos y valencianos.—Otros poetas, a pesar del ejemplo de Góngora, persisten en el buen gusto en el cultivo de la poesía; algunos no tienen ni grandes errores, ni grandes aciertos; otros logran definir más su personalidad. A la cabeza de todos hay que citar a dos hermanos, **Lupercio y Bar-**

(1) Y también una comedia, como Villamediana. Góngora compuso dos de no gran mérito.

tolomé Leonardo de Argensola ⁽¹⁾, cuyo renombre con el tiempo se ha empequeñecido algo.

Lupercio en su juventud escribió tres tragedias: *Filis, Isabela y Alejandra*, la primera de las cuales se ha perdido. No tienen gran mérito, aunque lograron la alabanza de Cervantes. Como cronista de Aragón escribió una *Información de los sucesos de Aragón en 1590 y 1591*; notable defensa de los fueros de su región. Bartolomé, como historiador, continuó los *Anales de Zurita*, comprendiendo los años 1516 a 1520, fatigando su relación con el detalle excesivo, y otras obras menores, entre las que sobresale la *Conquista de las Islas Molucas*.

Las poesías de los Argensola fueron publicadas en 1634 por el hijo de Lupercio, Gabriel Leonardo de Albión. Como poetas tienen una notable semejanza; son hermanos en letras y tienen gran parecido de condiciones, aunque a veces es Bartolomé más artista que Lupercio. Escribieron canciones, epístolas, sátiras, sonetos y traducciones de la Biblia, de Horacio y de Marcial. La sátira de Lupercio «A Flora», escrita en tercetos, es ingeniosa, pero el asunto está demasiado diluido. Este es el mayor defecto de estos poetas, el ser a veces difusos y faltarles vivacidad y ternura. En cambio, en sus composiciones se encuentran siempre corrección, elegancia y pureza, que justifican las conocidas palabras de Lope de Vega: ⁽²⁾ «vinieron

(1) *Lupercio* (1557-1613), natural de Barbastro (Huesca) fué a Madrid como secretario del Duque de Villahermosa, perteneciendo a la Academia Imitatoria. Más tarde fué cronista de Aragón y, por último, pasó a Nápoles como secretario del Virrey Conde de Lemos, fundando allí la Academia de los Ociosos. Murió en dicha ciudad italiana.

Bartolomé (1562-1631), nacido también en Barbastro, fué cura de Villahermosa; intervino, como su hermano Lupercio, en los sucesos de 1591, en que fué figura principal Antonio Pérez. Capellán de la emperatriz María de Austria, de quien su hermano fué secretario, siguió a éste a Zaragoza y a Nápoles y, muerto Lupercio, fué nombrado cronista de Aragón y canónigo de Zaragoza, en donde murió.

(2) En el informe para la licencia de impresión de las poesías de los Argensola.

de Aragón a reformar en nuestros poetas la lengua castellana, que padece, por novedad, frasis horribles con que más se confunde que se ilustra.» Algunos sonetos de los Argensola son verdaderos modelos como el famosísimo «Dime, Padre común, pues eres justo», y aquel en que justifica el «blanco y carmín de doña Elvira».

Fué costumbre muy extendida durante parte del siglo xvi y los dos siguientes, la reunión de literatos bajo el título de Academias, a imitación de las de Italia, en donde hubo algunas famosas; en Francia ocurrió igual. Casi siempre el alma de estas Academias era un prócer amigo de las letras o alguna dama culta y discreta. En la Academia Imitatoria, Lupercio Leonardo de Argensola se llamó Bárbaro—pues acostumbraban a utilizar nombres supuestos—, en honor de la que fué después su esposa D.^a María Bárbara de Albión.

De Matute (Rioja) fué **Esteban Manuel de Villegas** (1589-1669). Sus *Eróticas* fueron compuestas en su juventud, y por ellas hay que juzgarle, pues un libro de sátiras que tenía compuesto en la edad madura se perdió a causa de cierto disgusto que tuvo Villegas con el Santo Oficio. También tradujo al final de su vida la *Consolación*, de Boecio, en prosa y verso. Es un poeta que se puede colocar en la escuela de los Argensola, de quien era admirador. Imita a Horacio y, con más fortuna, a Anacreonte. Superiores a sus endecasílabos son sus versos cortos, utilizando los heptasílabos para las anacreónticas, lo cual se hizo tradicional. También maneja muy bien los sáficos y adónicos.

En Tortosa (Tarragona) nació el Capitán **Francisco de Aldana** († 1578), que murió en la jornada de Africa, según rezan las portadas de sus obras sacadas a luz por su hermano Cosme. Es un buen poeta que conocía bien el italiano (escribió octavas en esta lengua), y apenas compone versos cortos, sino sonetos, octavas, silvas y epístolas en tercetos, sobresaliendo en las poesías religiosas, en donde a veces llega a encumbrarse con místico arrebatado. Su hermano **Cosme de Aldana** (fl. 1587), de Valencia de Alcántara, escribió bastantes versos, entre ellos una lamentación a la muerte de su hermano Francisco, publicada en español y en lengua italiana, y el poema burlesco *La Asneida*.

De Toledo, no de Aragón como se había creído, fué **Pedro Liñán de Ríaza**. Murió en 1607, en Madrid. Poeta fácil e ingenioso, maneja

mejor que los endecasílabos los metros tradicionales; no dejó de escribir sonetos, pero sus romances los superan con mucho.

Poeta sin atisbos de genio, pero siempre discreto y equilibrado, es el Virrey del Perú **D. Francisco de Borja, Príncipe de Esquilache**, natural de Madrid (1582-1658). Entre sus obras líricas hay algunos sonetos agradables, y la inspirada canción «Fuentecillas que reís...»

Valencia fué, con Sevilla, además de Madrid, de los centros literarios de más vida en España durante los siglos xvi y xvii. De 1591 a 1594 se formó en aquella ciudad la famosa *Academia de los Nocturnos* (cuyas reuniones se celebraban de noche), a las cuales acudían, entre otros, los notables poetas y dramaturgos, el canónigo Tárrega, Rey de Artieda, y Guillén de Castro. Este último fundó en 1616 la academia de los *Montañeses del Parnaso*. También eran corrientes en esta época los certámenes poéticos, como el que hubo en Madrid con motivo de la canonización de San Isidro. En Valencia hubo un certamen de esta clase en 1608, al celebrarse la beatificación del Santo Fr. Luis Bertrán, al que concurre, entre otros muchos poetas, el discreto D. Carlos Boil.

En Valencia nació **Gil Polo** († 1591), a quien estudiaremos más adelante como novelista. Como poeta quedan de él algunos sonetos y las composiciones insertas en su novela pastoril *Diana enamorada*. Versifica con dulzura, habilidad y sentimiento de la naturaleza. «Gil Polo es el poeta bucólico más parecido a Garcilaso» (1), y tiene el interés de escribir versos alejandrinos en el *Epitalamio de Diana y Sireno*, lo cual es rarísimo en su época.

Poetas granadinos y antequeranos.—En los siglos xvi y xvii hubo también actividad literaria en Granada. Vienen a esta ciudad, a raíz de la conquista, humanistas como Pedro Mártir, nace probablemente en ella Diego Hurtado de Mendoza, y en ella existe una Academia literaria de D. Pedro Granada Venegas (1600), y florecen prosistas como D. Jacinto de Aguilar y Prado. También hubo vida artística en Antequera. A mediados del siglo xvi floreció allí el preceptor Juan de Vilchez, buen latinista, autor de un poema latino en que canta la leyenda de la Peña de los Enamorados, y después hay buen número de escritores. Un antequerano, **Pedro de Espinosa** (1578-1650), autor, entre otros escritos en prosa, de la novelita *El perro y la calentura*, de gran interés folklórico, coleccionó en sus *Flores de poetas ilustres* las composiciones de los poetas granadinos y antequeranos y varias de algunos otros

(1) Juan Hurtado y Angel González: Palencia Lit. esp. 407.

castellanos como Quevedo y Fr. Luis de León. Esta colección, impresa en Valladolid el año 1603, es de importancia capital para el estudio de nuestra lírica. Espinosa publica buen número de versos suyos, entre los que sobresale la gallarda *Fábula del Genil*, y además, versos de muchos poetas, entre ellos de Luis Barahona de Soto y del rondeño **Vicente Espinel**, que más adelante serán estudiados; de la poetisa antequerana **D.^a Cristobalina Fernández de Alarcón** y de **Luis Martín de la Plaza**, entre cuyas numerosas composiciones, siempre diáfanas de estilo y puras de lenguaje, se destaca la urbanidad de un madrigal delicadísimo: («Iba cogiendo flores—y guardando en la falda, etc.)

La escuela sevillana en el siglo xvii.—En el siglo xvii florece en Sevilla buen número de poetas. Amigo y protector de todos fué el acaudalado prócer **D. Juan de Arguijo** (1664-1728), Veinticuatro de Sevilla, que perdió casi toda su hacienda por su generosa protección a los artistas que en su casa solían congregarse. Como Garcilaso, Espinel y otros, fué también músico, y compuso una *Silva a la vihuela* (1). Tiene también una colección de cuentos que publicó Paz y Melia en sus «*Salas españolas*» (2.^a serie. Madrid, 1902). Pero su mayor fama es como sonetista. Sus numerosos *Sonetos* son magníficos en general; los hay filosóficos, como el famoso *La tempestad y la calma*, (Yo ví del rojo sol la luz serena—turbarse...), pero abundan los de motivos clásicos (Lucrecia, Dido y Eneas, Baco), bronceos relieves maravillosamente repujados. Nada ampuloso y siempre correcto y profundo, mereció que de él dijera Gracián en la *Agudeza y arte de ingenio*, que «atiende más a la profundidad y gra-

(1) En la cual dice que su música le calma y proporciona alegría. «...Así lo experimento—en medio de mis males—¡oh, suave instrumental!».

Arguijo cosechó por su generosidad alabanzas y dedicatorias. Lope de Vega y Guillén de Castro le dedican obras, y aquél le alaba en el *Laurel de Apolo*, en la conocida frase: «Aquí, D. Juan de Arguijo—del Sacro Apolo y de las Musas hijo—¿qué lugar no tuviera si viviera?—Mas ¿si viviera quién lugar tuviera?» También le alaba Rodrigo Caro en *Los claros varones en letras, naturales de Sevilla*.

vedad del concepto que a la verbosa altanería».

Amigo de Arguijo fué **Francisco de Rioja** (1586-1659), protegido del Conde Duque de Olivares, y canónigo en Sevilla. Casi toda su vida estuvo en Madrid o en aquella ciudad. Escribió algo en prosa, pero son más famosos sus versos, sobre todo sus *Silvas* a las flores, al clavel, a la rosa, a la rosa amarilla, y a la riqueza, a la pobreza y al verano, y la imitación de Horacio «A la tranquilidad». En sus poesías hay un fondo moral y filosófico expuesto en una forma irreprochable, elegante y armoniosa, que nunca ostenta la excesiva abundancia de Herrera. Su renombre fué mayor antes por atribuírsele, sin fundamento, la *Canción a las ruinas de Itálica* y la *Epístola moral a Fabio*.

Esta última composición, escrita en tercetos, y de las muestras más admirables de la poesía castellana, por la profundidad del fondo y la perfección y naturalidad de la forma, se atribuye al capitán **Andrés Fernández de Andrada** ⁽¹⁾, que debió ser amigo de Rioja.

La *Epístola moral a Fabio*, es el modelo más acabado y perfecto de poesía filosófica que hay en nuestra lengua y quizás en la literatura universal. En ninguna como en ella se han pintado con mayor inspiración las ventajas de la paz del espíritu y el sosiego de una tranquila medianía, en contra de los anhelos de la ambición desmedida. Por toda ella corre un espíritu cristiano, y la elevación filosófica de sus pensamientos se desenvuelve en una forma perfecta, llena de metáforas elegantes y comparaciones expresivas desarrolladas en tercetos impecables que dan a la com-

(1) Hizo la atribución a Andrés Fernández de Andrada, D. Adolfo de Castro, descubridor de un manuscrito—copia, no autógrafa—en que como de aquel aparece la epístola, en la Biblioteca Colombina. Otros la atribuyen a un Pedro Fernández de Andrada, autor del *Libro de la ginebra*, probablemente padre de Andrés.

De este autor se conoce también un fragmento de una silva, no en autógrafa, sino en copia rudísima.

posición un tono de serena y reposada solemnidad.

De **Rodrigo Caro** (1573-1647), natural de Utrera, nos quedan pocas composiciones, pero una sola basta para su renombre; nos referimos a la elegía *Canción a las ruinas de Itálica*, ⁽¹⁾ en la cual hermana sus aficiones de poeta y arqueólogo, y al comparar la grandeza de la antigua colonia romana con su actual decadencia se eleva a la consideración de lo frágil y transitorio de esta vida, pensamiento vulgarísimo y empleado por multitud de escritores, pero que Caro enalteció con la belleza de la dicción, con imágenes brillantísimas y con una riqueza versificadora en la que se armonizan tan perfectamente los endecasílabos y heptasílabos que producen un encanto halagador.

El sevillano **Juan Martínez de Jaúregui** (1583-1641) fué pintor y literato. Hizo un retrato de Cervantes que creen algunos es el descubierto en 1911. Combatió el culteranismo en el *Antídoto contra las Soledades* y el *Discurso poético*, y compuso poesías que adolecen en muchas ocasiones de frialdad, pero en las que luce buen gusto y dominio de los metros italianos, que conocía muy bien, como la lengua de este país, por haber estado en Roma. Más valen sus traducciones de David o de Horacio y, sobre todo, las del salmo *Super flumina Babilonis*, más bien una paráfrasis, y *Aminta*, fábula pastoral de Torcuato Tasso, que a pesar de ser una traducción, conserva las bellezas del original.

(1) Demostró que esta Canción era de Rodrigo Caro, D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe. Estudió en Sevilla, fué sacerdote y notable arqueólogo, autor de las *Antigüedades de Sevilla*, de los *Claros varones en letras naturales de Sevilla* y del *Memorial de Utrera* en que incluyó la famosa canción. Del mismo carácter, aunque inferiores, son sus poesías *A Carmona* y *A Sevilla antigua y moderna*. Escribió otras obras y composiciones en verso y también poesías latinas. Son interesantes sus *Días geniales o lúrdicos* para los estudios de folklore.

Pero más tarde Jaúregui incurrió en el culteranismo, seguramente por influencia de Lucano, de quien tradujo el poema *Orfeo* y la *Farsalia*, escribiendo también, en defensa de Fr. Hortensio Paravicino, su *Apología por la verdad*.

Otros muchos poetas florecen en esta época en Sevilla. De los que quedan por citar, el mejor es **Pedro de Quirós**, famoso por su madrigal *Tórtola amante que en el roble moras...* D. Ángel Lasso de la Vega, en su «Historia y juicio crítico de la escuela poética sevillana en los siglos XVI y XVII» (Madrid, 1871), da noticias de 151 escritores; eso solamente en Sevilla, lo cual da idea de la extraordinaria riqueza de nuestra literatura lírica en los siglos de oro. Hay que tener en cuenta que aun quedan por citar líricos eminentes que, como Quevedo y como todos los dramaturgos, tienen su lugar señalado en otros capítulos.

CAPÍTULO XV

EL CONCEPTISMO

Su desarrollo en la literatura española.—En el siglo XVII aparece el vicio literario conocido por *conceptismo*, que en ocasiones no es incompatible con el culteranismo, aunque el más genial de sus representantes incurriera tal vez en él, no sólo por la agudeza de su ingenio, sino por odio a la escuela de Góngora. No es mayor la claridad de los conceptistas que la de los culteranos, pero no consiste esta oscuridad en retorcimientos de forma, sino en la profundidad del fondo y las lejanas relaciones que entre las ideas establece, que no siempre, a primera vista, pueden ser desentrañadas. Pero para esto, frecuentemente tuvieron que introducir neologismos, emplear palabras viejas, o utilizar nuevas formas de sintaxis: por eso los con-

ceptistas, como los culteranos, tienen interés filológico. Principalmente el gran Quevedo, y también Gracián, enriquecen nuestra lengua, sobre todo con vocabulario de ideas abstractas. Es mucho menor el número de los escritores conceptistas que el de los culteranos, porque para ser conceptista era necesario poseer una enorme, extensa y variada cultura y gran fuerza y originalidad de pensamiento ⁽¹⁾.

Se cita como iniciadores de esta tendencia a **Alonso de Ledesma** (1562-1623), segoviano, por sus *Conceptos espirituales*, que fueron muy leídos a pesar de su irrespetuosidad, y otras obras, como los *Juegos de la Noche Buena*, y a **Alonso de Bonilla**, de Baeza, poeta de menor interés. Pero hay un nombre en esta tendencia que vale por toda una literatura: el de D. Francisco de Quevedo.

D. Francisco de Quevedo y Villegas (1580-1645), nació en Madrid ⁽²⁾ y fué hombre de extraordinarias aptitudes, cuya vida es un modelo de actividad literaria y de enérgico y bien intencionado patriotismo. La variedad de su talento le permitió sobresalir en muchos géneros de obras literarias, llevando a todas su maravilloso dominio del lenguaje castellano, su valentía admi-

(1) El conceptismo no es el simple juego ingenioso de palabras, el equívoco; reside en el pensamiento. Equívocistas, sí hubo muchos; conceptistas, pocos. Solís, en los siguientes versos, censura el vulgar juego de palabras sin saber librarse de incurrir en él: ...«El equívoco abandona—sólo reinen los concetos—¿ha de estar la discreción—en que nos equivoquemos...?»

(2) Estudió en Alcalá y tuvo gran cultura, dominando el griego y latín, italiano y francés; de sus variados conocimientos nos habla la diversidad de sus obras. Dióse pronto a conocer en Madrid, pero habiendo muerto en duelo a un desconocido en defensa de una dama, desconocida también, que había insultado en la iglesia de San Martín el Jueves Santo de 1611, tuvo que marchar a Italia. Allí le protegió el duque de Osuna y aunque volvió a Madrid alguna vez, interviene, hasta que éste dejó de ser virrey de Nápoles, en los asuntos de Italia, estando a punto de ser asesinado en Venecia. A los cincuenta y tres años contrajo matrimonio, por compromiso, con D.^a Esperanza de Aragón y la Cabra, de la que se separó a los tres años. Vive en Madrid y, tras varias alternativas, sufre al final de su vida, por la enemistad del Conde Duque de Olivares un destierro de cinco años en San Marcos de León que quebrantó su salud; al salir de San Marcos se retiró a su posesión de la Torre de Juan Abad, muriendo en Villanueva de los Infantes (Ciudad Real).

rable, su saber profundo y su genial humorismo que nada tiene que ver con el ingenio y la agudeza que muchos creen sus cualidades más eminentes, por no conocer de este escritor sino sus obras más fútiles. Quevedo es un genio literario, aunque sea más propiamente un genio de decadencia; pero no merece otro dictado por la enorme fuerza de expresión de sus obras tan ricas de vida y de realidad y, a veces, de alto sentido filosófico, que se esconde tras la exterior agudeza de la palabra.

Quevedo es uno de los hombres de más simpática memoria de cuantos nacieron en aquella época de los últimos Austrias, y al mismo tiempo un literato genial y personalísimo en que no se sabe qué admirar más, si la profundidad del pensamiento o la ingeniosa y atrevida expresión. Conocedor como pocos del mecanismo de nuestra lengua, su agudísimo ingenio y su abundancia y riqueza de ideas le hacen muchas veces tropezar en el escollo del conceptismo; pero otras veces es conceptista y oscuro tal vez de un modo deliberado para poder dirigir su despiadada burla con el riesgo menor para su vida y su libertad. Parodiando sus propias palabras de la epístola al Conde Duque de Olivares, podemos decir que fué nuestro gran D. Francisco un espíritu valiente que no disimula sus sentimientos en sus escritos, a los que lleva toda la amargura que le hace exclamar en uno de sus sonetos

Miré los muros de la patria mía,
si un tiempo fuertes, ya desmoronados...

No se conservan todas sus obras, pues no las publicó ni les dió demasiada importancia. Los versos fueron editados por su amigo D. Jusepe Antonio González de Salas con el título de *El Parnaso español*

monte en dos cumbres dividido con las nueve musas castellanas. La parte correspondiente a las tres últimas musas fué publicada por el sobrino del autor D. Pedro Aldrete de Quevedo y Villegas con bastante descuido e incluyendo algunas poesías que pertenecen a otros poetas. Quevedo es de los mejores de nuestro gran siglo, maneja los endecasílabos con maestría en toda clase de combinaciones, tanto en las octavas reales de la *Muerte de Fileno*, como en las silvas, de que son modelo las dedicadas *Al sueño* y *A Roma antigua y moderna*, como en los tercetos de sus *Sátiras*, entre las que sobresalen la de los riesgos del matrimonio y la dirigida contra el Conde Duque de Olivares. Entre sus sonetos los hay de elevada inspiración como el escrito en memoria del Duque de Osuna, «Faltar pudo su patria al grande Osuna...», o el que empieza «Miré los muros de la patria mía...»; y burlescos, como el dedicado «Al mosquito de trompetilla» y el famosísimo «Érase un hombre a una nariz pegado...»⁽¹⁾; y satíricos, como los dirigidos contra Góngora y el culteranismo.

En los versos cortos Quevedo es un maestro, inimitable por la gracia y la profundidad satírica, y siempre compenetrado con el espíritu popular, del cual aprovecha a veces la libertad de la versificación rítmica; son admirables sus romances, jácaras y letrillas («Poderoso caballero...», «Con su pan se lo coma...», etc.), aunque a veces hay en ellos demasiado atrevimiento. Además hizo traducciones de Jeremías y Anacreonte,

(1) Este soneto y los cuartetos del citado en que alaba al Duque de Osuna, fueron incluidos por Eulogio Florentino Sanz en su obra dramática «Don Francisco de Quevedo». Entre los sonetos burlescos más notables se puede citar el titulado «Respuestas de mujer arisca». En cuanto a las sátiras a Góngora hay que advertir que, a pesar de ello, el último terceto del soneto de Quevedo «A Córdoba», dice: «...Un necio vulgo, un Góngora discreto.—Esto en Córdoba hallé; quien más hallare— Póngaselo por cola a este soneto.»

y compuso entremeses y un poema didáctico-moral titulado *Doctrina de Epicteto, puesto en español, con consonantes*.

Como prosista hay que notar en Quevedo la preferencia por la frase elíptica y corta, útil para el conceptismo, a la amplitud del período, que había triunfado hasta entonces en nuestra prosa doctrinal, como se ve en Fr. Luis de Granada y Fr. Luis de León, y narrativa, por ejemplo en Cervantes. Aquí la diversidad es aún mayor que en los versos. En la doctrina que informa sus obras filosóficas se advierte la influencia de los estoicos y de Séneca, cuyas epístolas tradujo. Entre las obras ascéticas y filosóficas de Quevedo se destaca *La cuna y la sepultura*, que aunque se clasifica entre las segundas tiene mucho de las primeras, y entre las políticas—varias de ellas de circunstancias—sobresalen la *Política de Dios, gobierno de Cristo y tiranía de Satanás* y la *Vida de Marco Bruto*, en la que se refiere a asuntos contemporáneos. Entre las de crítica literaria, aparte de las escritas contra los culteranos ⁽¹⁾ tiene el *Cuento de cuentos*, en que se burla del abuso de los refranes, y *La Perinola*, sátira contra Pérez de Montalbán que motivó la grosera réplica del libelo *Tribunal de la Justa Venganza*, en que tal vez aquél intervino.

Los *Sueños* son obras originalísimas, de fondo satírico-moral, en que luce Quevedo gran conocimiento de la lengua, inagotable inventiva y finísima observación satírica. Son tal vez sus obras más admirables y, desde luego, en las que alienta humorismo de más empuje y vigor. Son una sátira de la sociedad de su tiempo que se mantiene en la amplitud de la generalidad, «pues—como dice Quevedo en el Prólogo de *Las*

(1) Citadas ya en la pág: 178.

zahurdas de Plutón—lo primero, guardo decoro a las personas y sólo reprendo los vicios». Los *Sueños* son cinco: *El sueño de las Calaveras*, visión apocalíptica; *El alguacil alguacilado*, en que un diablo describe a los pecadores que llenan las mansiones infernales, las cuales aparecen en el siguiente sueño, *Las zahurdas de Plutón*, visitadas por el autor mismo; *El Mundo por de dentro*, en que presenta algunas escenas y personajes de la vida despojados de hipocresías y convencionalismos, y *La visita de los chistes*, en que aparecen personajes tradicionales ⁽¹⁾. Del mismo carácter de los *Sueños*, y entre ellos pueden incluirse, son *El entremetido, la dueña y el soplón*, en que estos tres personajes revuelven y hacen intolerable su presencia en el Infierno mismo, y *La hora de todos y la Fortuna con seso*, cuadro más amplio y en el que hay un pensamiento más profundo.

Mucha menos importancia tienen las obras festivas, aunque en todas hay gracia e ingenio: citaremos las *Epístolas del Caballero de la Tenaza*, las *Capitulaciones matrimoniales* y las diversas *Premáticas*.

En la *novela* dejó D. Francisco de Quevedo una obra maestra de la picaresca en su *Historia de la vida del Buscón, llamado Don Pablos*, que se popularizó con el título de *El Gran Tacaño*. Pablo cuenta sus aventuras como estudiante en Segovia y Alcalá y pícaro en Madrid y Sevilla, sin que entre ellas (que son pretexto para un animado cuadro de la vida española en el siglo xvii), haya otra relación que la personalidad del protagonista; no busca Quevedo un desenlace final, y así hubiera podido alargar la obra inventando nuevos incidentes, pero fatigado de su pícaro le hace

(1) Entre ellos está, al lado de Pero Grullo y del Rey que rabió, el Marqués de Villena, cuya leyenda fué tan popular.

pasar a las Indias, aunque dispuesto para nuevas aventuras, porque pasa, según dice el mismo Pablos, «no de escarmiento, que no soy tan cuerdo, sino de cansado, como obstinado pecador.»

Quevedo merece un estudio especial y detenido, literario y filológico, pues quizás ningún autor español tenga un vocabulario más rico, y desde luego, ninguno con tan extenso significado, pero aquí nos contentaremos con aprender la clasificación que de sus obras se ha hecho en *políticas, ascéticas y devotas, filosóficas, de crítica y sátira literaria, festivas y de entretenimiento, novela y poéticas.*

Para que pueda verse con mayor claridad la extensa y variada cultura de este escritor y el numeroso catálogo de sus obras, que le convierte en un famoso polígrafo, léase la clasificación de ellas, siguiendo la edición hecha por la *Sociedad de Bibliófilos Andaluces* en 1897:

I. Obras políticas.—1.^a Política de Dios, gobierno de Cristo, tiranía de Satanás. 2.^a El Rómulo, del marqués Virgilio Malvezzi. 3.^a La vida de Marco Bruto. 4.^a Suasorias de Marco Anneo Séneca el Retórico. 5.^a Carta del rey D. Fernando el Católico al primer virrey de Nápoles, comentada. 6.^a Mundo caduco y desvaríos de la edad en los años desde 1613 a 1620. 7.^a Los grandes anales de quince días. 8.^a Memorial por el patrono de Santiago. 9.^a Lince de Italia o Zahorí español. 10.^a El chitón de las taravillas, obra del licenciado Todo-se-sabe. A vuestra merced que tira la piedra y esconde la mano.

II. Obras ascéticas o devotas.—1.^a La caída para levantarse, el ciego para dar vista, el montante de la Iglesia, en la vida de San Pablo apóstol. 2.^a Epítome a la historia de la vida ejemplar y gloriosa muerte del bienaventurado Fray Tomás de Villanueva. 3.^a La

cuna y la sepultura para el conocimiento propio y desengaño de las cosas ajenas. 4.^a Las cuatro pestes del mundo y las cuatro fantasmas de la vida. 5.^a Providencia de Dios, padecida de los que la niegan y gozada de los que la confiesan. Doctrina estudiada en los gusanos y persecuciones de Job. 6.^a La constancia y paciencia del Santo Job en sus pérdidas, enfermedades y persecuciones. 7.^a Introducción a la vida devota (traducción de la obra de San Francisco de Sales). 8.^a Varios opúsculos y papeles sueltos.

III. Obras filosóficas.—1.^a De los remedios de cualquier fortuna. 2.^a Epístolas de Séneca (traducción). 3.^a Nombre, origen, intento, recomendación y descendencia de la doctrina estoica. Defiéndose Epicuro de las calumnias vulgares.

IV. Obras satírico-morales.—1.^a Los sueños. (Son: El sueño de las calaveras; El alguacil alguacilado; Las zahurdas de Plutón; El mundo por de dentro; La visita de los chistes). 2.^a El entremetido, la dueña y el soplón o discurso de todos los diablos o infierno enmendado. 3.^a La hora de todos y la fortuna con seso ⁽¹⁾.

V. Obras de crítica y sátira literarias.—1.^a Cuento de cuentos donde se leen juntas las vulgaridades rústicas que aún duran en nuestra habla. 2.^a La cultalatiniparla, catecismo de vocablos para instruir a las mujeres cultas y hembrilatinas. 3.^a La Perinola; Al Doctor Juan Pérez de Montalbán, graduado no se sabe dónde, en lo qué, ni se sabe, ni él lo sabe. 4.^a Su espada por Santiago, solo y único patrón de las Españas con el cauterio de la verdad y la respuesta del doctor Balboa de Morgovejo del año pasado al doctor

(1) No se incluye entre los sueños el titulado *Casa de locos de amor* por no considerarse hoy esta obra como de Quevedo.

Balboa de Morgovejo de este año. 5.^a Varios juicios, prólogos y advertencias a las ediciones de Fray Luis de León, Francisco de la Torre, etc.

VI. Obras festivas y de entretenimiento. — 1.^a Las Premáticas. 2.^a Cartas del Caballero de la Tenaza. 3.^a Capitulaciones de la vida de corte y oficios entretenidos en ella. 4.^a Libro de todas las cosas y otras muchas más.

VII. Novela.—Historia de la vida del buscón llamado D. Pablos, ejemplo de vagamundos y espejo de tacaños.

VIII. Obras poéticas.—1.^a Las Musas o El Parnaso español, monte en dos cumbres dividido con las nueve musas castellanas. 2.^a Doctrina de Epicteto, puesta en español con consonantes. 3.^a Vida y tiempo de Phocílides. 4.^a Paráfrasis y traducción de Anacreonte. 5.^a Lágrimas de Jeremías castellanas. 6.^a Poesías sueltas. 7.^a Entremeses.

Fueron también escritores conceptistas el poeta e historiador **Melo** y **Baltasar Gracián** que escribe la preceptiva de la escuela en su *Agudeza y arte de ingenio*, los cuales serán más adelante estudiados; el canónigo **Melchor Fuster** que con sus *Conceptos predicables* (1672) influyó en el desarrollo del mal gusto en nuestra oratoria, y la monja de Méjico **Sor Juana Inés de la Cruz** (1651-1695) que fué famosísima en su tiempo; escribió algunas comedias y muchos versos de carácter muy variado estando a veces influída por Góngora.

CAPÍTULO XVI

LA ÉPICA, LA NOVELA Y EL TEATRO ANTERIOR A LOPE DE VEGA

La Poesía erudita en Portugal y España.—En los siglos XVI y XVII se escribieron bastantes poemas épicos empleando casi siempre la octava real, pero no logran

sus autores el éxito deseado: pasada la época heroica, propicia para el desarrollo de este género, aun habiendo asuntos de extraordinario valor épico, los poetas no saben desprenderse de las ataduras de la exactitud histórica y alguna vez pecan sus obras por falta de sentimiento nacional. El caudal épico castellano se conserva transformándose en el teatro y la novela sin que estos cultivadores eruditos y artistas, consigan hacer vibrar con sus cantos el alma española.

Camoens.—Los portugueses pueden enorgullecerse de poseer un épico de indiscutible genio en **Luis de Camoens** (1524-1580). Fué autor de obras dramáticas y de poesías líricas, en portugués y en castellano, en que sigue las tendencias literarias de su época, escribiendo églogas y sonetos muy notables, teniendo también composiciones a la manera antigua, en que utiliza cantares populares portugueses, pero perdura en la memoria de todos como el más grande de los poetas épicos de la península ibérica y uno de los principales de la literatura universal. Camoens ⁽¹⁾ tuvo una idea patriótica y ella es la que anima sus versos en los que no canta un hecho de armas aislado sino que levantando a su patria un monumento impecedero, entona un himno a los esforzados navegantes portugueses y a la gloria y la cultura de su país. Él mismo dice el argumento y plan de la obra: «Cantaré las armas y los hombres ilustres que, partiendo

(1) Nació y murió en Lisboa, estudió en Coimbra y fué desterrado de la Corte por sus pretensiones a una dama. Pasó al Africa y perdió un ojo en una refriega con los moros delante de Ceuta. Estuvo en las Indias orientales, y en un viaje a Goa perdió cuanto poseía, exceptuando su poema «Os Lusíadas». Después de grandes privaciones regresó a su patria en 1570, no mejorando su suerte aunque vió agotadas en un año tres ediciones de su obra, muriendo, según unos, en un hospital en la mayor miseria, aunque otros aseguran que el Estado le pagaba una corta pensión.

de las riberas occidentales de Lusitania, atravesaron mares que ninguno había surcado, y llegaron a comarcas desconocidas, situadas más allá de Trapobana. Su esfuerzo en los peligros y en los combates sobrepusieron lo que prometen las fuerzas humanas, y marcharon a fundar entre los más remotos pueblos un imperio que se elevó a prodigiosa grandeza.

«Cantaré también la memoria de aquellos reyes que, extendiendo los dominios de la fe con los de su poderío, devastaron los infieles campos del África y del Asia».

Este asunto se ensancha con episodios que son cantos bellísimos de otros aspectos de la gloria portuguesa, sin faltar nunca en el estilo brillantes y ternura profundamente humana. Se ha censurado, sin razón, el empleo en un poema cristiano de elementos maravillosos del paganismo, lo cual no es extraño en un poeta como Camoens impregnado del espíritu del Renacimiento.

La poesía heroica en España. Sus cultivadores.—En las hazañas de los españoles en el Nuevo Mundo encontraron inspiración varios poetas, el mayor de los cuales es **D. Alonso de Ercilla y Zúñiga (1533-1594)**, que en su poema *La Araucana* refiere los hechos de armas en que tomó parte en la guerra contra Chile ⁽¹⁾. Es obra escrita con aliento épico aunque le falta visión de conjunto, tal vez por estar en parte escrita, según dice Ercilla en el prólogo «en la misma guerra y en los mismos pasos y sitios, escribiendo muchas veces en cuero por falta de papel, y pedazos de cartas, algunos

(1) Nació en Madrid en 1533 y fué paje de Felipe II, a quien acompañó a Inglaterra y dedicó su poema *La Araucana*, estando presente a los acontecimientos de la guerra de Chile que refiere en él y distinguiéndose por su valor y bizarría. Contrajo matrimonio con la rica dama doña María de Bazán y murió en Madrid el año 1594.

tan pequeños que apenas cabían seis versos, que no me costó después poco trabajo juntarlos». Consta de tres partes y treinta y siete cantos estando escrito exclusivamente en octavas reales notables por su gallardía y fuerza expresiva. Las descripciones y las arengas son admirables y muy bellos los episodios que intercala—toma de San Quintín, batalla de Lepanto, historia de Dido, anexión de Portugal por Felipe II—aunque son censurables por interrumpir la narración del poema. También se estima como uno de los defectos de Ercilla, y él mismo lo teme en el Prólogo, la grandeza con que presenta las figuras de los héroes indios, lo cual despoja al poema de valor nacional, aunque solo se propone escribir una composición épica histórica, es decir «historia verdadera y de cosas de guerra» como dice en el Prólogo de la primera parte y en cuya narración ha de «haber de caminar siempre por el rigor de una verdad» como añade en el de la segunda.

Por esto, aunque interviene en el poema el general D. García Hurtado de Mendoza, no tiene el relieve con que acaso pudo ser presentado, por separarle del poeta cierto disgusto: tal vez por ello sea esta una obra sin protagonista individual, aunque lo tenga colectivo, pero con personajes muy dibujados, como Valdivia y el mismo Ercilla entre los españoles, y Caupolicán, Lautaro, Rengo, Tucapel y el anciano Colocolo, el Néstor de esta Iliada, entre los indios.

Se componen bastantes poemas épicos, de los cuales serán citados los más importantes. Como ejemplo de obra de fastidiosa lectura, se nombra siempre el larguísimo poema de **Luis Zapata (1526-1595)**, titulado *Carlo famoso* ⁽¹⁾, que tiene por asunto las hazañas de Carlos V, coincidiendo en esto con la *Carolea de Jerónimo Semper*. Las del gran Capitán fueron celebradas en la

(1) Zapata escribió también una *Miscelánea* en prosa de gran interés anecdótico. Se publicó en la «Colección de documentos inéditos para la Historia de España».

Historia Parthenopea, del sevillano **Alonso Fernández** (escrito en octavas de arte mayor, a la manera del siglo xv), y las de D. Juan de Austria en el de su secretario el cordobés **Juan Rufo** (....-1586), cuya *Austriada* (inspirada en parte en la *Guerra de Granada*, de Hurtado de Mendoza), es demasiado histórica y falta de fantasía, aunque no faltaran al autor condiciones de versificador, alcanzando tan gran fama en su tiempo, que Cervantes afirma, por boca del Cura, en el escrutinio de la librería del Ingenioso Hidalgo, que la *Austriada*, la *Araucana* de Ercilla y el *Monserrate* de Virués, «son los mejores que en verso heroico en lengua castellana están escritos y pueden competir con los más famosos de Italia. Guárdense como las más ricas prendas de poesía que tiene España». Es exacta esta afirmación en lo que se refiere a la *Araucana* y al *Monserrate* (1).

La *Araucana* fué continuada por **Santisteban y Osorio**, y la figura del general D. García Hurtado de Mendoza sirve de protagonista al poema el *Arauco domado*, escrito con ese objeto por **Pedro de Oña**, poeta nacido en América en 1570 y que es notable como versificador. También se escribieron otros utilizando asuntos de la conquista de América, como *La Mejicana*, de **D. Gabriel Lasso de la Vega**, que se tituló primeramente *Cortés valeroso*, y las *Elegías de varones ilustres de Indias*, obra de **Juan de Castellanos**.

A la *épica caballeresca* pertenecen dos poemas notables, de no escasa importancia, uno es el *Bernardo*, compuesto por **D. Bernardo de Balbuena** (1568-1627), natural de Valdepeñas y obispo de Puerto Rico. Balbuena escribió también doce églogas tituladas *El siglo de oro en las selvas de Erifile*, en que su maestría de versificador sabe encantar en maravillosas descripciones, pero consigue más fama con su *Bernardo*, poema excesivo en todo, en las dimensiones y en el contenido poético, en que su inmensa fantasía, inspirándose principalmente en Ariosto, da forma a la leyenda del héroe leonés, complicándole con otros elementos muy complejos, muchos de ellos de origen tradicional.

(1) Rufo escribió también un curioso libro anecdótico, «Los seiscientos apoteumas».

El otro es el titulado *Las lágrimas de Angélica*, de **Luis Barahona de Soto** (1548-1595), natural de Lucena, estudiante en Granada y Sevilla y médico en Osuna. Murió en Antequera, en donde había estudiado con Juan de Vilches, habiendo aparecido poesías suyas en las «Flores», de Pedro de Espinosa. Como lírico tiene composiciones a la manera tradicional y otras siguiendo la moda italiana, y como prosista los interesantes *Diálogos de montería* (1). *Las lágrimas de Angélica* es una imitación de Ariosto en doce cantos que no carecen de artificio y recursos poéticos.

A la *épica religiosa* pertenecen varios buenos poemas; son *El Monserrate*, del valenciano **Cristóbal de Virués** (1550-1609), que refiere la interesante historia del ermitaño Garín; la *Vida de San José*, del maestro **José de Valdivielso** (1560?-1638), cuyos mayores méritos están en la parte descriptiva; la *Creación del mundo*, de **Alonso de Acevedo**, dividido en siete cantos, y aventajado por pocos en la viveza y brillantez de las descripciones (2), y, sobre todo, *La Cristiada*, en doce cantos, de **Fr. Diego de Hojeda** (1570?-1615). Aunque Hojeda (3) no versificara con la maestría de Balbuena, es también suave y armonioso poeta y, sobre todo, le sobrepaja en ternura de afectos y en el sentimiento trágico del asunto, que no es sino la pasión de Cristo, empezando en la última cena y terminando con el descendimiento de la Cruz y sepultura del divino Cuerpo. La grandeza del asunto se manifiesta en la sencillez del poema, cuyos escasos episodios (como la visión de los pecados del hombre en los siete pliegues de la túnica de Cristo), son de gran belleza.

(1) Según ha demostrado el Sr. Rodríguez Marín en su libro *Luis Barahona de Soto*.

(2) De Acevedo quedan muy pocas noticias, desconociéndose incluso la fecha de su nacimiento y muerte.

(3) Nació en Sevilla, se hizo dominico y marchó a América, muy joven aún. En el Cuzco escribió su poema que durante largo tiempo fué olvidado, y que Fitzmaurice no cita en su «Historia de la literatura española», trad. Bonilla. Madrid, 1910.

En la **épica burlesca**, además de la *Asneida*, de **Cosme de Aldana**, ya citado entre los líricos, y de otras obras, merece atención *La Mosquea*, de **José de Villaviciosa** (1589-1658), de Sigüenza, que canta la lucha entre las moscas y las hormigas, y el triunfo de estas, en un poema, tal vez excesivamente largo, pero ingenioso.

En la **épica didáctica** ocupan lugar importante el pintor **Pablo de Céspedes** (1538-1608) cordobés, del que conocemos parte de su *Arte de la Pintura*, escrito en buenas octavas reales que casi siempre se citan como modelos de esta combinación métrica. También escribió un poemita alabando a Fernando de Herrera y el *Discurso de la comparación de la antigua y moderna pintura y escultura*. Lo que se conoce del *Arte de la Pintura* de Céspedes se debe a **Francisco Pacheco** (1571-1654), suegro de Velázquez y famoso pintor cuyo *Arte de la pintura* es de menos mérito que el de su amigo. La obra de Pacheco *Libro de descripción de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones* tiene interés para el estudio de los hombres más ilustres de su época.

Aparte de otros poemas de menor importancia han quedado sin citar algunos de mérito, de autores famosos por obras de otro carácter y que serán estudiados en diferente lugar; así los de Juan de la Cueva, Cervantes y Félix Lope de Vega Carpio.

TENTATIVAS DRAMÁTICAS EN ESPAÑA

Torres Naharro.—El teatro en España había sido ya cultivado por Juan del Enzina y Gil Vicente cuando escribió sus obras dramáticas **Bartolomé de Torres Naharro** ⁽¹⁾, que representa un notable avance, aunque por haber vivido en Italia su influencia no se dejó sentir en nuestras letras, ni se apercibió, como lírico, de la reforma que en nuestra patria Boscán y Garcilaso habían llevado a cabo.

(1) Nació cerca de Badajoz, en la Torre de Miguel Sexmero y se tienen pocas noticias de su vida. Vivió en Roma y en Nápoles en donde fué impresa por primera vez su *Propaladia* en 1517.

Tiene en sus obras dramáticas algo de influencia clásica y de imitación del teatro italiano y mucho de estudio de escenas de la vida, siendo interesante el proemio de su colección *Propaladia*, en que clasifica sus comedias en *a noticia* y *a fantasía*, según predomina en ellas la observación o lo imaginado, establece la división en jornadas, opina que los personajes deben ser más de seis y menos de doce (aunque él introduce muchos más de este número en alguna de las suyas) y las hace preceder de un introito y un argumento. Su colección contiene ocho comedias ⁽¹⁾ En *Tinelaria* utiliza el recurso cómico de hacer que sus personajes hablen varias lenguas; en *Soldadesca* presenta escenas de la vida de los soldados con notable realismo y en *Himenea*, que es tal vez la mejor de todas, el amor es ya uno de los resortes dramáticos.

En tanto, continúan haciéndose tanteos, y mientras la *Celestina* da origen a numerosas imitaciones, otros autores intentan la creación de un teatro ya por medio de traducciones clásicas, como la del *Anfitrión* de Plauto y otras por **Fernán Pérez de Oliva** y la de la misma comedia por **Francisco Villalobos** ya por el camino de representaciones populares como las de **Sebastián de Horozco** y otros. Entre ellas debe citarse el *Auto de las cortes de la Muerte* que empezó **Miguel de Carvajal** y termina **Luis Hurtado de Toledo** que da lugar a una de las aventuras del Ingenioso Hidalgo Don Quijote.

Lope de Rueda.—Una reputación muy grande en su tiempo alcanzó **Lope de Rueda**, sevillano, que abandonó su oficio de *batihaja* para recorrer los pueblos y ciudades representando con la compañía de que era autor, o sea director, las comedias y pasos que él mismo componía.

(1) Serafina, Himeneo, Aquilina, Calamita, Soldadesca, Tinelaria, Jacinta y Trofea.

Era este hombre de agudo ingenio y su influencia aparece también en la representación mejorando el artificio de ella que era hasta entonces casi nulo. Escribió Lope de Rueda cuatro diálogos (uno de ellos el famoso de la invención de las calzas) y un auto además de los pasos y comedias (1). En estas se advierte más que en los pasos la influencia italiana, siendo las principales *Eufemia* y *Los engaños* (que se relaciona con *Menechmi*, de Plauto aunque es más probable que Rueda imitara una novela de Bandello o alguna comedia de los italianos).

En cambio los pasos son españolísimos por el donaire y la gracia del diálogo y el ingenio con que presenta ya las fanfarronadas de un hampón (*El rufián cobarde*); ya las travesuras de un estudiante sin blanca (*El convidado*); o la graciosa disputa entre Torubio y Águeda acerca del precio a que han de venderse las aceitunas que van a cosechar unas olivas que aún no fueron sembradas, pero de las que ya cosecha golpes Mencigüela (*Las aceitunas*).

El éxito de Lope de Rueda animó a su amigo el librero valenciano **Juan de Timoneda** a hacer arreglos de comedias italianas y a escribir pasos. Timoneda era aficionado a la literatura popular y, además de su Rosa de Romances (2), publicó dos colecciones de cuentos: *Sobremesa* y *Alivio de Caminantes* y *El Patrañuelo*.

En la segunda mitad del siglo xvi se continúa trabajando en la labor de dar con los moldes propios de nuestro teatro. Hay algunos escritores apreciables, si no geniales, y que nacidos en otra época, hubieran podido repetir la fórmula literaria, que dió por fin Lope de Vega, con tanta discreción como otros ingenios de segundo orden.

Otros autores.—Actor cómico como Lope de Rueda fué **Alonso de la Vega** muy inferior a él como autor, relacionándose su comedia *La Tolomea* con *Los engaños* de aquel. Autores de comedias fueron también **Luis de Miranda** que imita una vez más *La Celestina* y **Francisco de Avendaño**, a quien se atribuye la división de las comedias en tres actos, y más tarde, **Fr. Jerónimo Bermúdez** (1530?-1599) en cuyas dos tragedias sobre doña Inés de Castro, *Nise lastimosa* y *Nise laureada* (mejor la primera, imitada de la del portugués Antonio Ferréira) hay algunos trozos líricos de inspiración horaciana.

(1) Quedan de Rueda cinco comedias y diez pasos, todos en prosa menos la comedia titulada «Cuestión de amor».

(2) Queda citada en la pág. 147.

Aparte de **Juan de Mal-Lara** y de **Lupercio Leonardo de Argensola**, cuyas obras dramáticas han sido citadas ya, escribió obras de tendencia trágica hasta la exageración, como las de Lupercio, **Cristóbal de Virués** que entre los épicos está mejor colocado. Valenciano como Virués fué **Micer Andrés Rey de Artleda** (1599-1613) del cual se sabe utilizó para sus comedias los asuntos caballescros y fué el primero que dió forma dramática a la famosa leyenda de Isabel y Marsilla en su obra *Los amantes*.

Juan de la Cueva.—Estuvo a punto de encontrar la fórmula del teatro español el sevillano **Juan de la Cueva** (1550?-1610?) que escribió buenas poesías líricas,—pero que prefería a la manera italiana la tradicional,—por su carácter eminentemente popular que le llevaba a componer romances y a utilizar para sus obras los asuntos históricos y tradicionales que han de ser, más tarde, nervio del teatro de Lope: así en sus comedias *Los siete infantes de Lara*, *Bernardo del Carpio* y *El cerco de Zamora*, aunque en otras presenta asuntos clásicos, como en *Virginia*, o de costumbres contemporáneas como *El Infamador*, obra que no puede considerarse, como se ha creído, precedente de *Don Juan Tenorio*. La toma de Sevilla por San Fernando fué cantada por Cueva en *La conquista de la Bética* poema de escaso mérito, perteneciendo a la épico-didáctica su *Ejemplar poético* en tercetos, tres epístolas en que expone sus ideas literarias.

Cierta semejanza con el sistema dramático de Juan de la Cueva tiene el de **Cervantes**, cuyas obras de teatro serán estudiadas con el detenimiento posible. Pero ya, cuando Cervantes estaba todavía en plena producción se alzó Lope de Vega «con el cetro de la monarquía cómica», como aquel dijo en el prólogo de sus «Comedias», creando el teatro nacional de nuestra patria.

DESARROLLO DE LA NOVELA

La novela histórica.—En el siglo xvi, mientras continuaban escribiéndose y publicándose novelas caballerescas, se inician o cultivan nuevos géneros.

A la novela histórica, que aparece ya en la *Cuestión de Amor*, corresponden dos obras de interés, muy desemejantes entre sí. Una de ellas es la *Historia del Abencerraje y de la hermosa Jarifa*, que se creyó de **Antonio de Villegas** ⁽¹⁾ por estar incluida en su *Inventario*, aunque antes se había publicado en la *Diana*, de Jorge de Montemayor, pero en redacción diferente que no se puede atribuir a este poeta. No es tampoco de Villegas y tiene que ser considerada como anónima esta deliciosa y breve narración de un acto de cortesanía, tal vez histórico, que llevó a cabo don Rodrigo Narváez en la guerra de fronteras que precedió a la conquista de Granada.

Los soldados de D. Rodrigo Narváez apresan cerca de Álora a un moro que se dirigía a Coín a contraer matrimonio con su prometida. D. Rodrigo Narváez, al saberlo, le permite ausentarse de la prisión por tres días. Regresa al cabo de ellos el abencerraje con Jarifa, que le ha seguido a la prisión, y Narváez los pone en libertad, testimoniando ellos su agradecimiento al noble y caballeroso castellano, asunto que sirvió de argumento a Lope de Vega para su comedia «El remedio en la desdicha».

Novela histórica es la primera parte de las *Guerras Civiles de Granada*, obra de **Ginés Pérez de Hita** (1544?-1619?) murciano, que refiere las luchas en Granada entre los bandos de zegríes y abencerrajes. En la segunda parte cuenta la rebelión de los moriscos en la Alpujarra, en cuya represión tomó él parte, preponderando en ella, por dicha causa, sobre la parte no-

(1) En la lírica fué partidario de la escuela tradicional.

velesca, la histórica. En su obra intercala Pérez de Hita romances alusivos a los acontecimientos que narra, ya populares, principalmente en la primera parte, ya compuestos por él a imitación de estos.

Supone Pérez de Hita en esta obra un original árabe de un Aben Hamín, traducido por el judío Sata Santo, que es tan histórico como el Cide Hamete Benengeli, de Cervantes. La obra está escrita con gallardía y lenguaje puro y, a pesar de sus errores históricos, es notable, pudiéndose citar a Hita como predecesor de Walter Scott, el cual afirmó que, de haber leído *Las Guerras de Granada* oportunamente, hubiera puesto en España la acción de una de sus novelas de la serie Waverley.

La novela pastoril.—Influencia virgiliana hay que notar en la novela conocida por el nombre de pastoril, idealización de la vida del campo, vestida siempre con las mejores galas de la retórica, prestándole a veces el arte lo que no busca en la emoción de la vida y de la realidad. Género artificioso y falso en el cual acostumbraban los poetas a presentarse con sus amadas y amigos bajo nombres supuestos y disfraz de pastores, cantando versos y manteniendo rebuscados diálogos en que el amor no es tema preponderante, sino único; sus obras se salvan por el encanto del estilo, pues este género ha sido cultivado por algunos de nuestros más excelsos escritores.

Sus cultivadores.—El tipo de novela pastoril lo da **Sannázaro** con su *Arcadia*, a la cual corresponden las novelas de esta clase escritas en castellano. Pero en Portugal **Bernardino Ribeiro** (1482-1552)—de quien se refiere una romántica historia de amores—compuso su novela bucólica *Menina e moça*, cuyo título está compuesto con las tres primeras palabras del texto, por un procedimiento distinto del de Sannázaro y dentro de un ambiente sentimental marcadísimo.

Sin embargo no en el sentimiento del portugués,

sino en el artificio del italiano se inspiraron los ingenios españoles, y los mismos portugueses. Ya en 1549 se hacía una traducción de la *Arcadia*, y varios años después aparecía la *Diana*, de **Jorge de Montemayor** (1520?-1561), portugués, que escribió en su idioma y en el castellano, glosó la *Elegía* de Jorge Manrique, fué buen poeta, e incluye buenos versos en su novela pastoril, como era costumbre entre los literatos. La prosa de Montemayor es excelente, y su obra fué muy leída e influyó en nuestra literatura y en las extranjeras. Fué continuada varias veces, una de ellas por el valenciano **Gaspar Gil Polo** (....-1591), que en su *Diana enamorada* tiene más sentimiento de la naturaleza que Montemayor, y escribe bellos versos y elegante prosa, siendo siempre su lenguaje puro y correcto.

Después de los citados, aparte de la *Galatea*, de Cervantes, y la *Arcadia*, de Lope de Vega, las novelas pastoriles que se componen, y no son pocas, caen en el amaneramiento al que el género, siempre artificioso, tenía que derivar fatalmente. De las mejores, es *El pastor de Filida*, de **Luis Gálvez de Montalvo**, siendo también muy conocidas *La constante Amarilis*, de **Cristóbal Suárez de Figueroa**, y *Los diez libros de la fortuna de amor*, compuestos por **Antonio de Lofraso**, que carecen casi totalmente de valor artístico.

La novela picaresca. El Lazarillo.—Al lado de la tímida aparición de la novela histórica y del artificio y pulcritud de las pastoriles, se inicia un género de honda raigambre castellana por lo que tiene de sano realismo y de cruel objetividad de la vida; es la *novela picaresca* que cultivaron altísimos ingenios y que desde el principio produce una obra maestra que influye poderosamente: el *Lazarillo de Tormes*.

Esta obra es un enigma literario. La primera edición es desconocida, pues en el año 1554 se publicaron tres en Burgos, Amberes y Alcalá, lo cual supone una edición anterior. Su popularidad

fué inmensa y, aunque suprimido alguno de sus pasajes por el Santo Oficio, estuvo en todas las manos. Durante mucho tiempo se creyó había sido escrita por D. Diego Hurtado de Mendoza en sus años mozos, cuando frecuentaba las aulas de la Universidad Salmantina. Hoy ha quedado descartada esta atribución y se la considera como obra anónima ⁽¹⁾.

La concisión del *Lazarillo*, que no impide su maravillosa fuerza expresiva, y su lengua de índole popular —en la que no faltan incorrecciones,—contribuyen a la aceptación de esta galería de tipos satíricos, que eso es el *Lazarillo*, más que novela entendida esta palabra en el sentido moderno de complejidad artística. Consta de siete capítulos (tratados) y en ellos Lázaro es sucesivamente criado de un ciego, un clérigo, un escudero, un fraile de la Merced, un buidero, o vendedor de bulas, un capellán y un alguacil, terminando casado y «en la cumbre de toda buena fortuna». El pasaje del ciego es de los más conocidos, y motivó que con el nombre de Lázaro sean designados cuantos desempeñan igual cometido.

La popularidad del *Lazarillo* motivó varias continuaciones. Se ha alabado una de ellas, de un tal **J. o H. de Luna**, intérprete de lengua española en París, pero Lázaro en ella deja de ser pícaro para convertirse en bobo y sus aventuras son absurdas y faltas de verosimilitud.

Mateo Alemán.—Gran popularidad también consiguió la obra de **Mateo Alemán** (1547-1614) titulada *Guzmán de Alfarache*, título al que agregó su autor ⁽²⁾

(1) Esto se debe a la autoridad del hispanista Morel-Fatio en sus «Études sur l'Espagne». En 1920 Max Daireaux, en la revista *Hispania* publicación del Instituto d'études Hispaniques de l'Université de Paris ha defendido la vieja teoría. Don José María Asensio y después el señor Cejador han atribuido el *Lazarillo* a Sebastián de Horozco.

(2) Nació en Sevilla el año 1547. Estudió en Sevilla y Alcalá y fué veinte años contador de la Contaduría mayor sufriendo una prisión en Sevilla que le hizo conocer íntimamente los tipos que aparecen en su obra. A los sesenta años emigró a América muriendo en Méjico tal vez en 1614.

Atalaya de la vida humana, indicando los saludables ejemplos que podían deducirse de su lectura. Así, en esta larga obra al lado de las páginas dedicadas a las travesuras del pícaro, hay otras en que se hacen largas consideraciones de carácter moral que interrumpen la narración, en la cual no faltan nunca la soltura y el ingenio.

Fué tan grande el éxito de la primera parte del *Guzmán*, que habiéndose publicado esta en 1599 y tardando en aparecer la segunda, un abogado valenciano, *Juan Martí*, dió a la estampa con el pseudónimo de *Mateo Luján de Sayavedra*, en 1602, una segunda parte apócrifa. Alemán publicó la auténtica en 1604, y aquella cayó para siempre en el olvido. Es semejante el caso a lo ocurrido con Cervantes y Avellaneda, aunque el de Juan Martí es más reprochable, pues pudo ver algún trozo del manuscrito de la segunda parte de Mateo Alemán.

El autor del *Guzmán de Alfarache*, publicó también la *Vida de San Antonio de Padua*, los sucesos de *Fr. García Guerra*, *Arzobispo de México*, y una *Ortografía castellana*.

Así como el Lazarillo motivó varias continuaciones, *Guzmán de Alfarache*, libro popularísimo y muchas veces editado, influyó en *La pícaro Justina*, obra publicada por un **Francisco López de Ubeda**, que unos creen personaje histórico y otros pseudónimo del dominico **Fr. Andrés Pérez**, y que tiene más interés filológico, por su vocabulario amplísimo, que literario.

Espinel.—El rondeño **Vicente Espinel** (1550-1624) hombre culto, buen latinista y aventurero incansable, escribió una novela picaresca en que se revela como escritor hábil y concienzudo que no se limita a dibujar una serie de tipos picarescos tomados de la realidad. En su *Vida del escudero Marcos de Obregón*, hay capítulos que parecen entresacados de novelas de viajes o de moros y otros propiamente picarescos, además de reflexiones morales, no tantas ni tan fatigosas como las del *Guzmán de Alfarache*. La obra está dividida en *descansos* y el mismo escudero es

quien refiere su vida, de la que algunos episodios recuerdan la biografía de Vicente Espinel.

Este fué también músico y poeta lírico. Se dice que agregó la sexta cuerda a la guitarra y que inventó la *décima*, que es también llamada *espinela*. Hay poesías suyas en las *Flores*, de Espinosa, y se le recuerda como autor de una traducción de la *Epístola ad Pisones*, de Horacio, que en el siglo xviii fué causa de una ruidosa polémica.

Otros autores.—Novelas picarescas son también la *Vida y hechos de Estebanillo González*, de autor anónimo; *Alonso, mozo de muchos amos*, o *El donado habiador*, escrita en forma de diálogo por **Jerónimo de Alcalá**, y la *Vida del soldado español Miguel de Castro*, escrita por él mismo, como también **Cristóbal de Villalón**, autor de la famosa sátira el *Crotalón*, relató su *Viaje a Turquía*, que viene a ser también una narración picaresca.

Pueden considerarse como novelistas picarescos a **Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo** (1581-1635), madrileño, autor de *La hija de Celestina* o *la ingeniosa Elena*, *Don Diego de noche* y otras obras, y a **Alonso del Castillo y Solórzano**, de Tordesillas (1584-1648?), que escribió mucho, y se orienta hacia lo picaresco en *La Garduña de Sevilla* y en *La niña de los embustes*.

En los siglos xvi y xvii se cultivó también la novela sentimental y la de viajes y aventuras. Entre los que cultivan aquel género puede señalarse, durante el siglo xvi, la persistente influencia de la *Cárcel de amor* y de *El Siervo libre de amor*. A esta clase pertenece la *Historia de Aurelio e Isabela*, escrita por **Juan de Flores**.

Las novelas de viajes y aventuras no escasearon: algunas han sido ya citadas. Hay que advertir que en esta sección hay bastantes obras que corresponden al tipo de novela bizantina de largos viajes que finalizan en anagnórisis o reconocimiento de unos personajes por otros, cuyo modelo es la novela griega *Aventuras de Teágenes y Cariclea*.

Debe ser citada la *Selva de aventuras* de **Jerónimo de Contreras** y también el *Viaje entretenido* de **Agustín de Rojas Villandrando** que tiene interés para la historia de nuestro teatro.

Narraciones cortas.—El Cuento y la novela corta fueron muy cultivados. Hay muchísimas colecciones, de las cuales han sido ya citadas las de Timoneda, y ade-

más escribieron abundantes narraciones breves **Salas Barbadillo** (*Corrección de vicios*), **Castillo Solórzano** (*Noches de placer, Tardes entretenidas, Jornadas alegres*) y **doña María de Zayas y Sotomayor** (1590-1661) noble dama madrileña que en *Novelas ejemplares y amorosas*, y *Novelas y saraos* con narración elegante y fácil retrata las costumbres de las clases elevadas a veces con demasiado atrevimiento.

CAPÍTULO XVII

CERVANTES Y SU OBRA

Vida de Cervantes.—Lugar aparte entre nuestros escritores del siglo de oro merece **Miguel de Cervantes Saavedra**, nuestra mayor gloria literaria y uno de los más excelsos artistas de todas las literaturas.

Cervantes nació probablemente en Alcalá de Henares, pues allí fué bautizado el 9 de Octubre de 1547 en la iglesia de Santa María la Mayor. Era hijo del cirujano Rodrigo de Cervantes y de Leonor de Cortinas y tal vez acompañara a su padre por diversas ciudades en las que ejerció su profesión, habiendo supuesto algunos que nuestro gran escritor estudió en Salamanca ⁽¹⁾ o en Sevilla ⁽²⁾. Fué discípulo según toda probabilidad, en Madrid del licenciado Juan López de Hoyos, pero después, habiendo pasado a Italia, se alistó como soldado hacia 1570 perteneciendo a la compañía del capitán Diego de Urbina y tomando parte en la galera *Marquesa* en la batalla naval de

(1) Así doña Blanca de los Ríos de Lampérez «Estudió Cervantes en Salamanca?» trabajo incluido en su volumen «Del siglo de oro».

(2) Rodríguez Marín en su conferencia «Cervantes estudió en Sevilla».

Lepanto, que llamó «la más alta ocasión que vieron los siglos». En aquella memorable jornada fué el soldado poeta herido en el pecho y en la mano izquierda la cual le quedó inútil, pero no perdió el brazo como generalmente se ha creído ⁽¹⁾. A pesar de las heridas recibidas continuó Cervantes en el servicio de las armas asistiendo a la expedición a Túnez y a otros hechos de guerra. Cuando en 1575 regresaba a España en la galera *Sol*, fué apresada ésta por las del turco Arnaute Mami, teniendo que soportar el cautiverio en Argel durante más de cinco años, no consiguiendo la libertad, a pesar de los esfuerzos que hizo, hasta que fué rescatado en 1580 por los frailes trinitarios Antonio de la Bella y Juan Gil.

Ya en Madrid, Cervantes se trata con literatos, publica su novela pastoril *Galatea* y contrae matrimonio con D.^a Catalina de Palacios Salazar, pero no bastándole el cultivo de las letras para atender a sus necesidades, se ve obligado a desempeñar diferentes cargos, entre ellos el de proveedor de la Armada Invencible, habiendo estado preso por dos veces en la cárcel de Sevilla por irregularidad en las cuentas, de las que él no era responsable, y por la quiebra de un banquero. También estuvo preso en la de Valladolid

(1) En la epístola en tercetos a Mateo Vázquez, Cervantes manifiesta su gozo al ver el vencimiento de los enemigos de la fe:

...A esta dulce sazón, yo triste estaba
con la una mano de la espada asida,
y sangre de la otra derramaba;
el pecho mío, de profunda herida
sentía llagado, y la siniestra mano
estaba, por mil partes, ya rompida.
Pero el contento fué tan soberano
que a mi alma llegó, viendo vencido
el crudo pueblo infiel por el cristiano,
que no echaba de ver si estaba herido
aunque era tan mortal mi sentimiento
que a veces me quitó todo el sentido...

por haber sido hallado moribundo junto a la casa en que Cervantes vivía, el caballero D. Gaspar de Espeleta, episodio sobre el que se forjó una leyenda romántica, pero acerca del cual se cree hoy en la completa inocencia de Cervantes. Al final de su vida residió en Madrid, y después de haber intentado inútilmente pasar a Nápoles con el Conde de Lemos, su protector, lo cual motivó cierta rencilla entre Cervantes y Lupercio Leonardo de Argensola que se opuso a ello, murió en Madrid el 23 de Abril de 1606 ⁽¹⁾. Cuatro días antes, y como él mismo dice recordando un romance tradicional, puesto ya el pie en el estribo, escribió la sentida dedicatoria del *Persiles* al Conde de Lemos; esta fué la última página que salió de su maravillosa pluma ⁽²⁾.

Cervantes poeta.—Se ha negado por muchos que Cervantes tuviera condiciones de poeta, pero los que tal dicen no demuestran sino que no han leído las composiciones del mayor de nuestros ingenios ⁽³⁾.

En la *Galatea*, en el *Quijote*, en el *Persiles*, en las comedias también, hay trozos poéticos de primer orden, aparte de muchas composiciones sueltas, de

(1) El mismo día 23 de Abril, en que murió Cervantes, dejó de existir Shakespeare, el escritor más genial de la literatura inglesa, «cuyo fallecimiento suele fecharse por el calendario no reformado», según advierte el hispanista Fitz-Maurice Kelly.

(2) La vida de Cervantes ha sido objeto de minuciosos estudios. Los eruditos, incansables, han rebuscado documentos que iluminen las oscuridades en que estaba envuelta en parte, y que aún no se han disipado del todo. En 1916 (según la obra «Rodríguez Marín, documentador cervantino», de D. Aurelio Baig Baños) eran conocidos 410 documentos cervantinos, de los cuales gran parte habían sido publicados por D. Cristóbal Pérez Pastor y D. Francisco Rodríguez Marín.

(3) Se citan siempre unos versos de Cervantes en el *Viaje del Parnaso*, en que por modestia dice que el cielo no le quiso conceder aquella gracia, y una frase maligna de Lope de Vega en una carta privada. Las relaciones entre Cervantes y Lope no fueron modelo de cordialidad, pero, sin embargo, Lope alaba a Cervantes en el *Laurel de Apolo*, y Cervantes en su entremés *La guarda cuidadosa*, escribe: «Esta trova me parece bien, pues parece de Lope, como lo son todas las cosas que son o parecen buenas».

las que sobresalen los romances y sonetos, algunos tan famosos como el dedicado *Al túmulo de Felipe II* y el que empieza *Un valentón de espátula y gregüesco*. Uno de los poetas predilectos de Cervantes era Garcilaso a quien imita en algunas ocasiones.

Lo que ocurre es que Cervantes vivió en época de grandes versificadores y altísimos poetas, y la lucha con éstos era más difícil y el brillar mucho más penoso. En épocas de menos abundancia Cervantes hubiera pasado por un poeta fácil, y sencillo en las composiciones menores y elegante y correcto en las mayores.

Pero esta opinión de sus contemporáneos, tan poco favorable a sus condiciones poéticas y de la cual él se dolió tanto en su vida, no debemos lamentarla, pues fué causa de su inmortalidad en otras composiciones en donde encontró marco adecuado su genio creador.

Además tiene composiciones de carácter épico didáctico. así el poema en tercetos *Viaje del Parnaso*, (junto al cual debe recordarse la *Adjunta al Parnaso*, en prosa) y el *Canto de Caliope*, en octavas reales incluido en *La Galatea*, en los cuales nombra a casi todos los escritores de su tiempo, prodigándoles alabanzas casi siempre con mucha benevolencia.

Cervantes autor dramático.—En dos épocas de su vida dedicóse Cervantes al teatro. Las comedias que compuso en la primera época, probablemente más de veinte, fueron recibidas con agrado por el público «sin que, como dice su autor, se les hiciese ofrenda de pepinos ni de otra cosa arrojadiza», pero se han perdido todas menos dos, los *Tratos de Argel*, en que presenta escenas del cautiverio, y la *Numancia*, tragedia notable por la grandeza épica y la inspiración patriótica.

Las comedias escritas en la segunda época no llegaron a ser estrenadas y las publicó Cervantes en un volumen titulado «Ocho comedias y ocho entremeses nuevos» con un interesante Prólogo, modelo de prosa castellana.

Las comedias son: la picaresca, *Pedro de Urdemalas*; la de carácter caballeresco, *La casa de los celos*; *El rufián dichoso*; *La entretenida*, de enredo; *El laberinto de amor*, y tres en que vuelve a presentar escenas de la vida de los cautivos cristianos, tituladas *Los Baños de Argel*, *La gran sultana* y *El gallardo español*.

Sus entremeses, escritos en prosa, excepto *La elección de los alcaldes de Daganzo* y *El rufián viudo*, son breves cuadros en que hay chispeante gracia y agudos rasgos satíricos escritos con mucho sabor popular. Son, además de los dos citados, *El juez de los divorcios*, *La guarda cuidadosa*, *El vizcaíno fingido*, *El retablo de las maravillas*, *La cueva de Salamanca* y *El viejo celoso*, y también se le atribuyen otros entremeses de los cuales el más conocido es el de *Los habladores*.

Cervantes novelista.—La primera obra publicada por Cervantes (que era ya conocido por varias poesías, principalmente sonetos) fué una novela, *La Galatea*; la última fué una novela también, el *Persiles*.

La Galatea, publicada en 1585, es una *novela pastoril*, en que, según era costumbre en los que intentaban este género, se presentan bajo nombres supuestos personajes reales, entre ellos el mismo autor, y se intercalan versos. Imita las novelas pastoriles más conocidas, pero resulta superior a ellas y la mejor de este género artificioso y falso, pero no fué terminada, aunque su autor no dejaba de prometer en todos los prólogos de sus obras la segunda parte de ella.

El renombre de Cervantes empezó con el «Quijote», siendo consolidado por las *novelas ejemplares* (1613), que se publicaron después de la primera parte de aquella obra inmortal. Las *Novelas ejemplares* son doce obras breves de carácter muy desemejante, pues mientras unas tienen corte italiano, otras como *Rinconete y Cortadillo*, participan del realismo sano de nuestra picaresca y otras, como *El coloquio de los perros* y *El licenciado Vidriera* son obras extrañas escritas con extraordinario ingenio, mientras *La Gitanilla* tiene algo de novela bucólica.

El coloquio de los perros es un diálogo de gran fuerza satírica cuyos interlocutores son Cipión y Berganza, el último de los cuales cuenta su historia. *El licenciado Vidriera* es un curioso estudio de la locura de Tomás Rodaja que piensa es de vidrio y sirve de pretexto con sus ingeniosas respuestas para presentar una serie de dichos agudos. Las restantes novelas ejemplares son: *La ilustre fregona*, cuya acción se desarrolla en Toledo en el mesón del Sevillano. *El celoso extremeño* que es también de las mejores. *El casamiento engañoso* narración picaresca que sirve de introducción al Coloquio de Cipión y Berganza, y otras de menor mérito en que Cervantes presenta temas amorosos aunque variando mucho los lugares en que las acciones se desarrollan: son *La española inglesa*, *Las dos doncellas*, *La señora Cornelia*, *La fuerza de la sangre* y *El amante liberal*, en la última de las cuales vuelve Cervantes al tema de la vida de los cautivos en Argel, que era uno de los de su predilección.

A Cervantes se le atribuyó la novelita *La tía fingida*, obra cuya paternidad es uno de los motivos de discusión más enconada entre los eruditos.

La última obra escrita por el glorioso manco es la titulada *Los trabajos de Persiles y Sigismunda, novela de viajes*, en la que Periandro y Auristela recorren distintos países del Norte de Europa, descritos de una manera fantástica, y atraviesan Portugal y España para llegar a Roma. Pertenece al tipo de novela bi-

zantina y hay en ella profusión de incidentes y descripciones muy notables.

La prosa de Cervantes.—Cervantes es nuestro más excelso prosista; pero no hay que entender con esto que fuera un escritor atildado, sin una incorrección. Es incorrecto a veces, aunque no tantas como ha creído alguno de sus censores, pero siempre inimitable por su gracia no buscada, su maravillosa fuerza expresiva, su acierto en la elección de los epítetos, y la suavidad y relieve de las descripciones. Al lado de esto nada valen algunos defectos de detalle, de los que está libre cuando en obras como *La Galatea* y el *Pérsiles*, quiere escribir en una prosa más limada, más pulida, pero en la que no puede, como en la del *Quijote*, dar libertad a su genio para expresarse con la llaneza de la lengua popular.

El Quijote.—⁽¹⁾ El año 1605 publicó Cervantes la primera parte de su obra *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, que fué en seguida popular. Es la obra más genial de nuestro gran escritor y la de mayor importancia de nuestra literatura, no habiendo estado circunscrito su éxito a una época ni a un pueblo, pues sus ediciones son innumerables y está traducida a la mayor parte de los idiomas, a alguno de ellos repetidas veces. Este éxito grandioso está justificado por el carácter de universalidad del Quijote. Cervantes se propuso solamente una cosa, aunque opinen de otro modo los que intentan sostener inadmisibles teorías acerca de la finalidad de la inmortal novela; se propuso «poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de Caballerías» escribiendo una admi-

(1) Creemos inútil indicar el argumento de esta obra, que de todos debe ser conocida en su integridad.

rable sátira literaria que motivó la desaparición de aquellas legiones de fantásticos héroes y de encantadas princesas, pero su genio traspasó los límites que se impuso, y en vez de hacer una sátira literaria escribió la epopeya humorística de la vida, y por ser profundamente humano y dar con su objetividad potente a los seres que pintaba una fisonomía y un carácter, en vez de hacer una novela limitada a su época y transitoria, crea una obra universal y eterna, en lo que tiene de eterno lo humano.

Por eso, aun siendo tan intensamente humanos Don Quijote y Sancho, vemos en ellos algo más que una admirable creación de la vida en la literatura, y queremos identificar a Don Quijote con la exaltación idealista, con el romanticismo generoso que atiende más al impulso magnífico y a la altura y bondad del propósito, que a la medida de las fuerzas propias, y a Sancho con la prudencia, la medida y el buen sentido que mide las dificultades más que se exalta con la gloria inútil.

Eternos y eternamente admirables son este buen hidalgo de la Mancha que quiere vivir aquellas historias con que le hicieran soñar sus libros de maravillosas aventuras, y su bueno y leal escudero el socarrón Sancho, incansable endilgador de refranes, elevado a este encumbrado puesto por obra y gracia de la andante caballería manchega desde el suyo humilde de labriego castellano.

Pero las figuras de Don Quijote y de Sancho no tienen esta simplicidad lo cual las hace más intensamente humanas. Don Quijote es hombre de juicio sereno y mesurado en lo que no se refiere a caballescadas hazañas; Sancho tiene también su locura, una locura más modesta, más a su alcance de escudero y de villano, y sueña con un gobernador Panza envi-

diado y respetado de todos en su insula. «Don Quijote no está completamente loco; Sancho no es completamente razonable» (1).

Estos dos admirables caracteres se conducen en la primera y segunda parte de la obra con notable afianzamiento de su personalidad, sin un titubeo. El mismo Alonso Quijano, que decide salir en busca de aventuras al principio de la novela, es el que cristianamente muere en sus últimas páginas. Son dos caracteres magistralmente trazados que prestan unidad al maravilloso relato de sus aventuras, narradas en serie episódica de acciones.

La primera parte del Quijote.—Sin embargo, en la *primera parte del Quijote* se advierte que Cervantes no llegó a comprender la enorme trascendencia de su obra y ni siquiera tenía prejuzgada su extensión. Así se observa alguna falta de unidad y de plan, que se trunca por la inclusión de la novela «El curioso impertinente» que pertenece a la categoría de las ejemplares, el relato de las aventuras del cautivo en que el autor vuelve una vez más a su tema predilecto de la vida de los cristianos prisioneros en Argel, y el episodio de Dorotea, Luscinda, Cardenio y Don Fernando, que se refiere encubiertamente a un suceso de la vida de Lope de Vega y que al motivar las iras del Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda quizás fuera causa de que el Quijote se terminara.

El Quijote de Avellaneda.—En 1614, impresa en Tarragona, apareció una continuación del Quijote por un *Alonso Fernández de Avellaneda*, pseudónimo bajo el cual se ocultaba un buen escritor y latinista, amigo de Lope de Vega, cuyo nombre aún no ha podido encontrar la moderna erudición.

(1) Palabras de Paul Albert «La prosa».

Se ha atribuido a Fr. Luis de Aliaga, Fr. Andrés Pérez, Ruiz de Alarcón, Lope de Vega, Juan Blanco de Paz y varios otros. Don Narciso Alonso Cortés lo atribuye al agustino Cristóbal de Fonseca, y Menéndez y Pelayo indica la posibilidad de que pudiese ser su autor el poeta aragonés Alfonso Lamberto.

Avellaneda era un escritor ingenioso aunque a su gracia le falta finura y le sobra brutalidad. Desfigura a Don Quijote que se convierte en un loco vulgar, y a Sancho, que es en esta obra grosero y hambrón. Imita la primera parte de Cervantes hasta en intercalar cuentos, y ataca en el prólogo con dureza y grosería al glorioso manco, porque al saber que estaba en preparación la segunda parte auténtica del Quijote veía en peligro su ganancia. No carece Avellaneda de condiciones literarias, que algunos, como Lesage, han estimado en demasía, pero su obra disminuye muchísimo de valor si se la compara con la de Cervantes.

La segunda parte del Quijote.—En 1615 publicó Cervantes la segunda parte auténtica de la Historia de Don Quijote, que se apresuró a terminar al tener noticia de la aparición de la obra de Avellaneda, precipitación de la que se resienten algo los últimos capítulos desde el LIX en adelante. Pero se equivocó nuestro gran literato al afirmar que nunca segundas partes fueron buenas, pues la suya no solamente lo es, sino que resulta superior a la ya publicada, por la mayor unidad del plan, el interés y gallardía de la acción y ser menos visible la parodia de los libros caballerescos, dando a Don Quijote «finalmente, muerto y sepultado, porque ninguno se atreva a levantar la nuevos testimonios». (1) Y por si esto no bastara, escribe el admirable prólogo que la precede, en que

(1) Palabras del prólogo de Cervantes a la parte segunda del Quijote.

al contestar con levantada serenidad de ánimo las agrías sinrazones del escrito por Alonso Fernández, luce toda la donosura y suave ironía cervantesca, creando una de las páginas más maravillosas escritas por el humano ingenio.

CAPITULO XVIII

APOGEO DEL TEATRO ESPAÑOL

Lope de Vega: sus cualidades artísticas.—Contemporáneo de Cervantes, con quien no le unió una amistad cordial, fué **Lope Félix de Vega Carpio** (1562-1635), que si se diferencia de aquel en el género literario que preferentemente cultivó y que fué base de su inmortalidad, se le asemeja por la fuerza creadora y el aliento de españolismo ⁽¹⁾. Lope es un escritor maravillosamente dotado, que escribe con inagotable vena y facilidad acaso no superada, sin que fuera por eso tan sólo un hábil versificador, sino un poeta de geniales atisbos que sí, sobre todo en sus obras dramáticas,

(1) Nació y murió Lope de Vega en Madrid. Conocemos datos de su niñez por la *Fama póstuma*, publicada por su discípulo Montalván, que nos presenta a Lope como muchacho atrevido y maravillosamente dotado para las letras, que dicta versos a sus compañeros cuando aún no sabía escribir, y a los trece años compone *El verdadero amante*, su primera comedia. Su temperamento inquieto y apasionado se manifiesta en varios lances de su vida, que proporcionan al poeta largo destierro fuera de la Corte, durante el cual vivió en Valencia, Granada, Sevilla y otras ciudades. Contrajo matrimonio con D.^a Isabel de Ampuero, y asistió a la jornada de la Armada Invencible a bordo del galeón *San Juan*. Viudo a los pocos años, se enlaza de nuevo con D.^a Juana de Guardo, que murió cinco años después, haciéndose más tarde sacerdote. Gozó de fama sin límites, y aunque tuvo enemigos y no pocos envidiosos, contó siempre con la admiración del pueblo y la amistad de literatos como Arguijo y Montalván, y de acandalados próceres, sus protectores, como el Duque de Alba, los marqueses de Malpica y Sarriá y, sobre todo, el duque de Sessa, que dirigió su entierro, grandiosa manifestación de duelo que prueba el inmenso renombre que el poeta había alcanzado en vida.

no alcanza la perfección siempre por la rapidez con que produce, crea el modelo de comedia española que otros grandes ingenios sabrán repetir, pero no modificar.

La grandeza de la figura de Lope es evidente, aun sin considerar que él ha sido el creador de nuestro teatro; porque sus maravillosas condiciones artísticas, su vocación de poeta y su gran actividad, le permiten abordar todos los géneros, produciendo obras admirables sin que su destreza en el uso de toda clase de metros y combinaciones, le haga desdeñar la prosa, en la cual nos deja muestras gallardas de su talento y de su extraordinaria variedad de condiciones. Sus contemporáneos le llamaron Fénix de los ingenios y Monstruo de la Naturaleza, y realmente asombra que en su producción inmensa, pues se calcula escribió unos veinte millones de versos, no tenga descuidos mayores y más numerosos.

Lope, poeta lírico.—Como poeta *lírico* tiene innumerables composiciones en toda clase de metros; romances, letrillas, epigramas, epitafios, sonetos ⁽¹⁾ silvas, canciones, odas, ya de arte italiano, ya de inspiración y tono popular, pero siempre correctas e inspiradas, lejanas de contaminación con los errores estéticos que se llamaron culteranismo y conceptismo y sin que nunca se adivine el esfuerzo del artista. Lope, lo mismo cuando escribe versos satíricos y burlescos, que cuando canta sus sentimientos amorosos, o se eleva a la altura de otros más altos amores, es siempre un gran poeta y a veces un fervoroso místico de innegable inspiración, como puede verse en las *Rimas sacras*.

(1) De los sonetos de Lope es, tal vez, el más famoso el que empieza «Un soneto me manda hacer Violante», imitado de otro de Hurtado de Mendoza: «Pedis Reina un soneto y ya lo hago».

Lope, poeta épico.—Fué además poeta *épico-heroico* que no temió contender con los más famosos de Italia, que era como decir del mundo en aquellos siglos. Con el recuerdo de «La Jerusalén libertada» del Tasso, lucha en su poema en veinte cantos *La Jerusalén conquistada*, que refiere la cruzada de Ricardo Corazón de León, y continúa el «Orlando» de Ariosto en su extenso poema *La hermosura de Angélica*, escrito en octavas reales y en el que hay a veces rasgos muy bellos, aunque no la extraña ironía del autor italiano.

De menor empeño son sus restantes poemas, que corresponden a muy diversas clases de la poesía narrativa. *Histórico*, alegórico y vibrante de patriotismo es el dedicado a la muerte del pirata inglés Drake que lleva por título *La Dragontea*; *histórico y religioso* el consagrado a lamentar la muerte de María Estuardo, *Corona trágica*; y *mitológicos* otros varios, como *La Filomena*, en cuyo final hay datos para la biografía de Lope, *La Andrómeda*, y *La Circe*, inspirada en el conocido pasaje de la «Odisea».

Interés especial por distintas causas, tienen otros poemas de Lope: entre ellos los dos publicados con el pseudónimo de *Tomé Burguillos* que son, *El Isidro* premiado en las fiestas que se celebraron con motivo de la beatificación del patrono de Madrid, poema escrito en quintillas con mucho carácter popular y en silvas el *épico burlesco* *la Gatomaquia*, en que con fácil inspiración canta la lucha entre los gatos Marraquiz y Micifuñ, enamorados de la sin par Zapaguilla. Por otro motivo son interesantes *El laurel de Apolo* y el *Arte nuevo de hacer comedias*, que pertenecen a la *épico-didáctica*; en el primero cita a muchos poetas juzgándolos con discreción casi siempre, y en algunos casos con hiperbólica alabanza, fluctuando en el segundo entre sus estudios clásicos y

su instinto de poeta nacional, a pesar de lo cual hay en él muchos datos útiles para el estudio del sistema dramático de Lope.

Obras en prosa.—También escribe Lope libros en prosa; son los *Soliloquios*, de carácter ascético, el *Triunfo de la fe en los reinos del Japón*, libro histórico en que mezcla con la prosa versos a veces traducidos de originales latinos y varias obras novelescas; entre ellas más valor literario que las cuatro novelas cortas y que la relación de asunto sagrado titulado *Los pastores de Belén* tienen *La Arcadia*, *novela pastoril* en que se imita el artificio de esta clase de obras introduciendo personajes reales con el disfraz de pastores y mezclando elegantes versos con la prosa; *El peregrino en su patria*, *novela de aventuras*, cuyo protagonista, Pánfilo, pasa por muy diversos estados de fortuna, incluyéndose también en ella versos y representaciones de asunto religioso (autos). Mayor importancia tiene la admirable *Dorotea*, *novela dialogada*, a imitación de la *Celestina*, (tipo representado aquí por Gerarda), en la que hay un fondo autobiográfico que se refiere a un apasionado episodio de la juventud de Lope. Aquí la narración está sustituida por el diálogo en que era maestro, adaptándose muy bien la prosa artística y cuidada a la intensa corriente de realidad que de su desarrollo dramático fluye, avalorando, además, la obra, que es de las más admirables de su autor, los inspiradísimos versos que en ella aparecen intercalados ⁽¹⁾.

Lope de Vega, creador del teatro nacional.—Como autor dramático es inmensa la importancia de Lope de Vega, por ser el creador de nuestro teatro nacional, para el cual se inspira principalmente en las tradicio-

(1) Una cuidadosa traducción francesa de la *Dorotea* hizo Jacobo C. Bachelier.

nes españolas y en el admirable romancero, cuyos asuntos pasan en gran parte al caudal dramático de nuestro autor. Su preceptiva dramática es acatada por cuantos cultivaron el teatro hasta el siglo xviii, por haber conseguido Lope acertar con la fórmula del éxito.

Lope establece la división de las comedias en tres jornadas, que ya contaba con precedentes en nuestra literatura, procurando mantener hasta el final vivo el interés de los espectadores, respetando la unidad de acción, pero quebrantando muchas veces la de tiempo y, sobre todo, la de lugar, y eligiendo cuidadosamente los metros para la versificación de las escenas. Abundan en sus obras las redondillas y los romances, utilizándose a veces las silvas y las quintillas; los tercetos en escenas de gravedad y lentitud, y los sonetos en los soliloquios. No utiliza nunca la prosa, que no aparece sino algunas veces en cartas que son leídas en la escena.

Tiene defectos engendrados por la rapidez con que produce, pues, según él mismo confiesa de sus comedias...

«Más de ciento en horas veinticuatro
pasaron de las musas al teatro.»

y por el enorme número de obras dramáticas que le pertenecen, pues aparte de más de mil quinientas comedias, compuso, según se afirma, unos cuatrocientos autos. No es por lo común muy profundo en los estudios psicológicos de los personajes, pero tiene a veces notables aciertos, y aunque en sus obras interviene la mujer mucho más que en las de los dramaturgos anteriores, los tipos femeninos carecen de variedad psicológica y los presenta a veces con exceso de caballeresco idealismo.

Si la poesía dramática es la representación artística de la vida humana, el poeta que aspire a ser aplaudido por sus contemporáneos no puede vivir alejado de la realidad en que se mueve; y eso fué lo que hizo Lope de Vega, inspirarse en la sociedad suya, llevando al teatro las pasiones y las costumbres de su tiempo. Dió por esto la fórmula definitiva teatral, e hizo un teatro humano en el fondo, nacional en la forma. Pero además creó el personaje cómico, dándole individualidad y carácter suficiente para que, entrando en las obras serias, hermanara lo trágico con lo gracioso, naciendo de esta unión el drama como más en armonía con la complejidad y contraste de la naturaleza.

Clasificación de las obras dramáticas.—Se conocen de Lope unas quinientas comedias, cuya clasificación es muy difícil por la diversidad de los asuntos. Muchas son verdaderos dramas por la emoción trágica que en ellas alienta, aunque en el siglo de oro la denominación *comedia* era más compresiva que hoy, así *Dineros son calidad*, que puede ser precedente del *Burlador*, de Tirso, y otras muchas, pero con este amplio sentido podemos decir que tiene comedias *religiosas, novelescas, históricas* y *de costumbres*.

Las religiosas se inspiran en el Antiguo y Nuevo Testamento, en vidas de Santos o en tradiciones piadosas. Así *David perseguido*, *El nacimiento de Cristo*, *Barlaam y Josafá*, *La encomienda bien guardada* ⁽¹⁾.

Las novelescas comprenden asuntos muy variados, mitológicos y pastoriles, que se relacionan con la bucólica italiana y con las representaciones de la escuela de Encina, como *Venus y Adonis* y *La Arcadia*, caballerescas como *El Marqués de Mantua* y *Las*

(1) El asunto de esta comedia es el mismo de la Cantiga LV. Véase la pág. 121.

mocedades de Roldán, y moriscas como *El hidalgo abencerraje*.

Las históricas, que son las más importantes, tienen enorme variedad de asuntos. Las hay de la historia oriental, como *Contra valor no hay desdicha*; de la clásica, en *Las grandezas de Alejandro y Roma abrazada*; de la extranjera, en *La Imperial de Otón* y *El gran duque de Moscovia*, y de la historia española, en las cuales el genio de Lope alcanza sin igual inspiración, abarcando todos los asuntos y todos los sucesos: así en *El postrer godo de España*, *El casamiento en la muerte*, las siete en que interviene el Rey D. Pedro, de las cuales las más importantes son *El rey D. Pedro en Madrid* y *El infanzón de Illescas*, *El cerco de Santa Fe*, *Los comendadores de Córdoba*, y otras muchas. Algunas se refieren a sucesos locales, como el drama popular *Fuenteovejuna* y la famosa comedia *la Estrella de Sevilla*.

Las de costumbres, llamadas también de capa y espada, presentan con amplitud y habilidad la vida española de su tiempo, siendo de las mejores *El acero de Madrid*, *El perro del hortelano*, *La moza del cántaro*, *La niña boba* y *Los milagros del desprecio*.

También escribió Lope numerosos autos, como el de *La siega*, o el de *El viaje del alma*, aunque este género no era el que más se adaptaba a sus condiciones, y otras obras menores como loas y entremeses.

La inmensa labor dramática de Lope de Vega pesa sobre todos los dramaturgos que le siguieron, que no vacilaron en muchas ocasiones en utilizar las obras del creador de nuestro teatro.

Continuadores de Lope de Vega.—Lope de Vega tuvo enseguida gran número de continuadores e imitadores que siguen su sistema dramático, sin apartarse de él, aunque consiguiendo a veces aciertos aislados.

Entre estos poetas continuadores de la labor del Fénix de los ingenios un grupo numeroso e importante se señala en Valencia, ciudad que, como ya se ha dicho, tuvo floreciente vida literaria en esta época. Entre los varios que se citan se deben recordar al simpático ingenio **Don Carlos Boil Vives de Canesma** (1577-1617) del que no resta más que una comedia, de las más correctas y discretas de nuestro teatro, *El marido asegurado* cuyo asunto presenta alguna semejanza con el de la *novela del Curioso Impertinente* que Cervantes insertó en su Quijote, y sobre todo al **Capitán Guillén de Castro** (1569-1621) que alcanzó gran fama en su tiempo y fué el primero que presentó en el teatro escenas de la inmortal obra de Cervantes en su comedia *Don Quijote de la Mancha*, siendo otra de las suyas *El curioso impertinente*. Guillén de Castro se inspiró muchas veces en los romances; así en *El conde Alarcos* y *El nacimiento de Montesinos*; y los romances le prestan singular fuerza dramática y viril aliento épico a las dos partes de su drama *Mocedades del Cid* y *Hazañas del Cid*, de las cuales la primera, casi por completo en octosílabos, vibrante de poesía heroica no fué igualada por el gran dramaturgo francés Corneille. La segunda parte abunda más en endecasílabos y la figura del Cid no tiene el mismo relieve, pues aunque interviene en el conocido episodio de la jura en Santa Gadea no lo hace en las escenas de la prisión de Alfonso VI en Toledo y del cerco de Zamora que vienen a ser la acción principal.

Discípulo de Lope fué el **Dr. Don Juan Pérez de Montalván** (1602-1638) madrileño, enemigo de Quevedo que se burló cruelmente de él. Aunque murió joven escribió muchas comedias, como la que pone en escena la trágica historia de *Los amantes de Teruel* además de un poema, el *Orfeo*, y un libro muy complejo titulado *Para todos* en que incluye comedias, discursos, tratados, etc., estos con erudición abrumadora.

También fué muy renombrado el arcediano de Guadix **Antonio Mira de Amescua** (1578-1640) excelente poeta lírico, tierno y delicado, y buen dramático, de quien se conocen varias comedias, las mejores *El esclavo del demonio* y *Galán, valiente y discreto*.

Mayor celebridad alcanzó **Luis Vélez de Guevara** (1579-1644), nacido en Écija y que tuvo amistad con los literatos y grandes de su época, gustando Felipe IV mucho de su ingenio. Escribió unas 400 comedias, de las que restan algunas que hacen que le juzguemos dramaturgo que concebía bien e incluía bellos versos en sus obras, aunque en los desenlaces no se muestra tan acertado. Las más famosas son *Reinar después de morir*, en donde

presenta de manera no superada la historia de doña Inés de Castro, *La serrana de la Vera*, *La luna de la sierra* y *El diablo está en Cantillana*. Al final de su vida escribió en prosa la obra titulada *El diablo cojuelo* que algunos han catalogado entre las novelas picarescas, pero que es más bien una fantástica relación satírica a la manera de los *Sueños* de Quevedo.

Muy famoso debió ser **Miguel Sánchez** que fué llamado el *divino* pero no conocemos sino una de sus comedias, la titulada *La guarda cuidadosa*, que es bastante notable. También hay que citar al sevillano **Luis de Belmonte Bermúdez** (1587-1650?) buen poeta y autor de varias obras escribió entre otras una comedia famosísima *El diablo predicador y mayor contrario amigo*, aunque inspirándose en Lope, y al granadino **Alvaro Cubillo**, poeta fecundo y de no escaso mérito.

LOS GRANDES AUTORES

Su importancia.—Entre el gran número de autores dramáticos que continúan la escuela de Lope de Vega hay varios de singular importancia que aún incluídos dentro de la misma tendencia, tienen fisonomía literaria distinta por la profundidad de su talento dramático que en algunas obras llega a lo genial. Son Tirso de Molina, Alarcón, Rojas Zorrilla, Moreto y Calderón de la Barca, figuras de indudable grandeza, algunas de las cuales han sido puestas al lado y aún por encima de la de Lope.

No creemos oportuno una apreciación del mérito relativo de estos autores; todos ellos producen obras admirables, aunque por la extensión y los caracteres de su labor Tirso y Calderón son los de más transcendencia. Todos ellos sobrepujan a Lope en casos aislados, aunque otras veces utilizan sus obras, pero Lope siempre quedará como el creador y por eso su gloria es distinta.

Tirso de Molina (1571-1648) es el pseudónimo que consiguió hacer famoso Fr. Gabriel Tellez ⁽¹⁾, discípulo

(1) De su vida quedan pocas noticias, aunque la erudición moderna ha conseguido rectificar las erróneas que antes eran corrientes. Nació en Madrid y profesó joven en la Orden de la Merced ocupando en ella, entre otros cargos, el de Cronista. Estuvo en la isla de Santo Domingo, en varias ciudades españolas, entre ellas en Sevilla, y murió en Soria, habiendo sido un religioso lleno de virtud.

de Lope como dramático y autor de más de 400 comedias que le proporcionaron gran fama. Sus obras teatrales, que son casi tan diversas como las de Lope, se distinguen por la gracia del diálogo, que a veces llega a lindar con la desenvoltura, la imitación en algunas escenas del lenguaje villanesco (aunque esto no sea exclusivo de Tirso), la riqueza métrica siempre adaptada a las situaciones, la habilidad en el desarrollo de la acción y en la complicación de la trama en las comedias de enredo y, sobre todo, por la fuerza en la creación de caracteres en lo cual su teatro es muy superior al de Lope y al de casi todos los dramaturgos. Como los personajes de Shakespeare los de Tirso se revelan desde las primeras frases y algunos—como el de D. Juan—no han podido ser mejorados a pesar de las elaboraciones posteriores. Las mujeres son mucho más humanas que las de Lope, más atrevidas, traviesas y apasionadas, aunque tiene obras en las que aparecen coronadas por la aureola de la virtud y de la grandeza.

Entre sus obras dramáticas de las cuales aun suelen ser representadas algunas, citaremos *El burlador de Sevilla* y *Convidado de Piedra* en donde crea el tipo de Don Juan Tenorio, que ha tenido larga descendencia en todas las literaturas ⁽¹⁾, *El condenado por desconfiado*, inspiradísimo drama teológico; *La prudencia en la mujer*, en donde presenta con innegable grandeza la figura de Doña María de Molina y otras

(1) El origen de la leyenda es probablemente español, aunque haya otras semejantes en algunos detalles en otros pueblos, y quizás llegaría a la noticia de Tirso en Sevilla. He aquí los nombres de algunos autores que trataron el tema de Don Juan (en el teatro): Dorimond, Molière, Corneille, Alejandro Dumas, Tolstoy, Zamora, Zorrilla, Martínez Sierra, (en la novela) Merimée, Flaubert, (en el poema) Byron, Guerra Junqueiro, Espronceda, Campoamor. Muchos más autores pueden verse citados en la obra de G. Gendarme de Bévotte «La légende de Don Juan» París, 1911, 2 vols.

muchas, históricas, como *Las Quinas de Portugal*; de carácter, como *Marta la piadosa* y *El vergonzoso en palacio*; de enredo, entre las cuales sobresalen *Por el sótano y el torno*, *Don Gil de las Calzas verdes* y *En Madrid y en una casa*, y villanescas, como *La villana de Vallecas* y *La gallega Mari-Hernández*.

Además escribió Tirso dos obras en que incluye comedias y novelas, como Montalbán en su *Para todos*, son *Los cigarales de Toledo* (en el que está la novelita *Los tres maridos burlados*) y *Deleitar aprovechando*. Escribió además una *Historia de la Orden de la Merced*.⁽¹⁾

Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza.—(15817-1639) natural de Méjico⁽²⁾ es de nuestros dramaturgos menos prolíficos, pero por no haber escrito sino escaso número de obras, casi todas compuestas con exquisito cuidado y por su arte equilibrado y reflexivo, es de nuestros escritores más estimados en la actualidad y de los que cuando se leen parecen siempre modernos. En sus obras hay casi siempre una intención moral más o menos encubierta, expuesta en la fábula dramática con regularidad y arte y en estilo correcto e inspirado. Entre las mejores están *Ganar amigos*, en donde enaltece la persistencia en el cumplimiento de las promesas, aún sacrificando nuestras más queridas afecciones; *Los pechos privilegiados*, *Mudarse por mejorarse*, *Las paredes oyen*, en la que castiga a los maldicientes; *Examen de maridos* en donde se trata de la acertada elección de esposo y *La verdad sos-*

(1) Descubierta no hace mucho por Doña Blanca de los Ríos de Lampérez en el Archivo de la Academia de la Historia.

(2) Vivió en Sevilla y en Madrid, ejerciendo el cargo de Relator de Indias. Sufrió por su defecto físico—pues era jorobado—las burlas de los escritores de su época.

pechosa, la más conocida y de alto valor moral, censura acerba de la mentira, que sirvió al francés Corneille para su obra *Le menteur*. La peor obra de Alarcón, *El Anticristo*—que tiene, sin embargo alguna escena notable—fué utilizada por Voltaire en su *Mahomet*.

Posteriores a los citados, son Rojas Zorrilla y Moreto. **D. Francisco de Rojas Zorrilla** (1607-1648), que nació en Toledo y fué autor de muchas obras dramáticas en las que sigue a Lope y a Tirso, se distingue por la agudeza y la gracia en las comedias, de las cuales son famosas *Don Lucas del Cigarral o entre bobos anda el juego*, y *Don Diego de noche*, entre otras varias, aunque es más conocido el drama de verdadera intensidad y vigor *Del rey abajo ninguno o el labrador más honrado García del Castañar*, exaltación caballeresca del honor, que no tolera le agravié del rey abajo ninguno.

Se reconoce en Rojas el defecto de la desigualdad. Tiene rasgos enérgicos, caracteres diestramente trazados, trozos fluídos de versificación, claros, transparentes, ingeniosos. Pero al lado de estos hay otros afectados en que la dicción es artificiosa y falta de naturalidad. Es el tributo del escritor a su época, a la que también, en parte, como Rojas, tendrá que someterse Calderón de la Barca.

Don Agustín Moreto y Cabaña (1618-1669), sacerdote natural de Madrid, fué de los dramaturgos más populares, pues compuso más de cien comedias, algunas de asunto religioso o histórico, pero distinguiéndose principalmente en las llamadas de carácter y de figurón y en las de enredo, mostrando siempre habilidad dramática, buen gusto, destreza poética y gracia inagotable y de buena ley. Utiliza asuntos ya presentados en obras de otros escritores, sobre todo de Lope,

aunque casi siempre los mejora, y deja en su repertorio obras que casi alcanzan la perfección, como *El lindo Don Diego*, en la que al ridiculizar a este personaje enamorado de su tipo, se censura este defecto social, y *El desdén con el desdén*, en que el amor vence espoleado por un aparente desprecio, y otras como *La confusión de un jardín* y *Trampa adelante*. La titulada *Aventuras de Pantoja*, algo desordenada, pero interesantísima, tiene algunas escenas de mucho ingenio que se representaron mucho sueltas, como entremés, con el título de *La burla de Pantoja*. Una refundición de esta comedia hizo en el siglo xix Zorrilla con el título de *La mejor razón la espada*. Una excelente obra trágica de Moreto es la que lleva por título *El rico hombre de Alcalá o rey valiente y justiciero*, drama en donde se enaltece la autoridad real, representada aquí por la figura del rey D. Pedro, y se castiga la soberbia y altanería de los nobles.

A Moreto se atribuyó la comedia *Todo es enredos amor*, ingeniosa y brillantemente escrita, que en realidad pertenece a los hermanos *Diego* y *José Figueroa* y *Córdoba*, naturales de Sevilla (1). Otros poetas dramáticos de esta época son, el portugués *Juan de Matos Fragoso* (1608-1689) y el madrileño *Juan Claudio de la Hoz y Mota* (1622-1714) autor de *El montañés Juan Pascual*, en que se inspiró Zorrilla para su drama *El zapatero y el rey* y de la comedia *El castigo de la miseria* en donde se burla de la avaricia ingeniosamente.

TEATRO DE CALDERÓN

Su importancia.—Contemporáneo de Moreto es Calderón, uno de nuestros dramaturgos más geniales y que da su nombre a su época. **D. Pedro Calderón de la Barca Henao de la Barrera y Riaño** (1600-1681), nació en

(1) Así lo demostró el señor Cotarelo. «Boletín de la R. A. E.» Abril, 1919.

Madrid (1) y es uno de nuestros más importantes escritores. Los méritos y defectos del sistema dramático de Lope de Vega, aparecen en él extremados, habiendo sido por esta razón objeto de las más apasionadas alabanzas y de las más acres censuras.

El siglo xviii atacó duramente a Calderón como a todos nuestros dramaturgos clásicos en nombre de las famosas reglas; fué prohibida la representación de autos sacramentales y también la de la célebre comedia filosófica *La vida es sueño*. Pero más tarde hubo una reacción calderoniana motivada por las alabanzas y encomios de los románticos alemanes, sobre todo de Schlegel. Las conocidas conferencias que dió Menéndez y Pelayo y que fueron recogidas con el título de *Calderón y su teatro* tienden a oponerse a esta corriente entonces dominante pero no deben citarse como la opinión del más eminente de los críticos españoles, porque después éste en el prólogo al libro de Doña Blanca de los Ríos de Lampérez «Del siglo de oro» rectificó algunas tibiezas que había manifestado en su admiración hacia la obra calderoniana.

Calderón es un artista de primer orden aunque nacido en una época tardía en que la decadencia se encuentra casi inmediata. Por eso mismo él representa el momento culminante de nuestro teatro que sabe revestir con todas las galas del lenguaje, pues era un gran poeta, aunque alguna vez incurra en el desdichado culteranismo. Pero otras veces esta afectación no vela la delicadeza del pensamiento que se plasma en estrofas irreprochables y de expresión felicísima que no hubieran podido ser mejoradas. Por esto, y por la concepción es, además, el teatro de Calderón, tal vez el primero del mundo, aunque en el desarro-

(1) Como Lope de Vega, era Calderón madrileño, pero oriundo de la montaña. Su primera actuación literaria es en las fiestas en honor de San Isidro en donde obtuvo un premio. Le distinguió mucho Felipe IV, que también fué poeta y compuso obras dramáticas, perteneció a la orden de Santiago, y después de asistir a la guerra de Cataluña, a la edad de 51 años se ordenó de sacerdote, aunque no dejó de escribir para el teatro.

llo falte a veces habilidad y sobren incidentes inoportunos.

Sus obras.—Ejemplo de estos defectos y de estas excelencias es la comedia filosófica *La vida es sueño* cuya idea, lo transitorio y fugaz de las glorias humanas se desarrolla con exceso de lirismo, a veces culterano, pero con una finalidad profundamente moral y cristiana, obra que comparte la celebridad, entre todas las de su autor, con el grandioso drama *El alcalde de Zalamea*, apoteosis del poder civil, en donde llega Calderón a poseer el don supremo del autor dramático creando caracteres llenos de pasión y de vida y, sobre todo, la inmensa y vigorosa figura del anciano labrador Pedro Crespo que puede ponerse al lado de las más grandes creaciones de todas las literaturas. Además tiene otras muchas obras dramáticas dignas de ser recordadas, de entre las 120 que escribió. Entre ellas las comedias religiosas, *La devoción de la Cruz* y *El mágico prodigioso*, en la que el protagonista se salva por la fuerza de su fe; el drama trágico *La niña de Gómez Arias* y el filosófico *En esta vida todo es verdad y todo es mentira* y la comedia *Casa con dos puertas, mala es de guardar*, que puede ponerse como modelo de obra de capa y espada aunque tiene mucho de comedia de enredo, una de cuyas escenas, aunque algo artificiosa y demasiado lírica es una maravilla de versificación dramática. Al mismo género pertenecen *La dama duende* y *No hay burlas con el amor*.

En lugar aparte deben ser citadas las comedias en que los sentimientos que determinan la acción son el honor y los celos; de esta clase son *El Médico de su honra*, *El pintor de su deshonra*, *A secreto agravio, secreta venganza*, *El tetrarca de Jerusalén* o *el mayor monstruo los celos*.

Calderón, además, escribió comedias históricas y caballerescas, entremeses, como el titulado *El desafío de Juan Rana*, y comedias líricas, escritas para ser cantadas, como *El laurel de Apolo*, que se llamaron *zarzuelas*, por representarse en la posesión de este nombre.

Los autos de Calderón.—Y sobre esta obra, que le coloca entre nuestros primeros dramaturgos, Calderón presenta todavía su labor en un género en que él llegó a la perfección por la profundidad de su saber teológico, su dominio del idioma y su poderoso genio poético: los *autos sacramentales*, que tenían por asunto el misterio de la Eucaristía, buscando los poetas algún tema que con él se relacionara. En este género dramático, eminentemente popular, la abundancia lírica de Calderón le permite introducir sin riesgo al cansancio ni a que decaiga el interés, personajes alegóricos.

Los autos sacramentales se representaban la tarde del Corpus, no en el teatro (corrales en aquel tiempo), sino en la plaza pública. Es un género exclusivamente español, que habla a la posteridad del fervor religioso de nuestros antepasados y del sentido popular de la religión, cuyos dogmas a todos apasionaban. La dificultad de presentar de manera tangible los misterios religiosos y las discusiones teológicas, es maravillosamente vencida por el poderoso genio de Calderón, que encuentra un público capaz de entender los razonamientos de sus personajes, alegorías de los vicios y de las virtudes, y de cuantas cualidades, elementos y sentidos hay en el hombre y el mundo.

De los autos que escribió—muy cerca de ochenta—son los más notables *La cena de Baltasar*; *La viña del Señor*, alegoría de extraordinaria magnificencia; *La primer flor del Carmelo*, el *Pintor de su deshonra*

y *La vida es sueño*, que son sus mismas obras dramáticas tratadas en el aspecto especial que examinamos.

El entremés.—Al lado de estas grandes figuras que cultivaron los géneros mayores, hay que citar a nuestro gran entremesista toledano **Luis Quiñones de Benavente**, que vivió en la primera mitad del siglo xvii, y de cuya vida desconocemos muchos datos; sigue la tradición de los pasos de Lope de Rueda y de los entremeses de Cervantes, en los suyos, llenos de ingenio y gracia, cuadros animadísimos de escenas de la vida popular dibujados en escasos rasgos, con atenta observación y fino espíritu satírico.

CAPITULO XIX

LOS MÍSTICOS ESPAÑOLES

Carácter e importancia.—Uno de los capítulos más interesantes de nuestra historia literaria en los siglos XVI y XVII, es el que puede hacerse de los escritores místicos y ascéticos cuyas obras son de tan difícil inclusión en cualquiera de los casilleros preceptivos por la complejidad de sus formas y por la variedad infinita de su fondo. Creemos, sin embargo, que constituye algo propio y sustantivo que se escapa a todos los anhelos de clasificación aunque algunos los estudien en la oratoria y otros en la didáctica.

De todos modos podemos afirmar el extraordinario valor estético de muchos escritores religiosos de los siglos de oro que en sus aspiraciones supraterrenas sublimaron la lengua para acercarla en lo posible a la expresión de sus anhelos místicos.

Y de aquí nace otro de los aspectos importantes que tiene este estudio, el filológico y el gramatical, pues estos escritores ensancharon el idioma acudiendo a toda clase de medios ya cultos, ya populares que sirvieran para la expresión en forma sensible de lo que por su misma naturaleza es inefable, pues por rica y expresiva y variada que sea una lengua nunca podrá agotar las aspiraciones del alma humana y sus ansias amorosas a lo eterno e inmaterial. Ya lo dijo San Juan de la Cruz ⁽¹⁾ «ignorancia sería pensar que los dichos del amor e inteligencia mística con algunas palabras se pueden bien explicar».

Nuestros grandes escritores religiosos no solamente son poetas, sino prosistas de gran importancia y también elocuentes oradores sagrados, de tal modo que no habría inconveniente en incluirlos dentro de la oratoria pues sus obras leídas por quien sepa hacerlo tienen en general la sonoridad y tonos propios de este género que se avalora por el fondo convencitivo y más frecuentemente dirigido a persuadir y conmover.

Otros las colocan entre las didácticas porque tratan de la ciencia de Dios al que los místicos quieren llegar por la intuición del éxtasis conseguido por la fuerza de la oración y el amor, y los ascéticos por los merecimientos de la tortura corporal en el sacrificio y la penitencia.

Principales autores.—Los primeros de nuestros grandes místicos en el orden cronológico, son: el **Beato Alonso de Orozco** (1500-1591), y el **Beato Juan de Avila**. El primero es autor de muchas obras, siendo de las mejores *Las siete palabras que la Virgen Nuestra Señora habló*.

El **Beato Juan de Avila** (1500-1569) gozó de una fama inmensa por su elocuencia y santidad ⁽²⁾. Se han per-

(1) Prólogo del «Cántico espiritual».

(2) Vivió de 1500 a 1569, y era natural de Almodóvar del Campo, lo cual ha sido negado recientemente sin razones bastantes. Estudió Derecho en Salamanca y Teología en Alcalá, ordenándose de sacerdote y predicando en pueblos y ciudades

dido todos sus sermones, menos dos pláticas al clero de Córdoba, pero su influencia fué muy grande, pudiendo ser considerado como creador del lenguaje místico castellano. Escribió el tratadito *Audi filia et vide*, y el *Epistolario espiritual*, obras ascéticas en que algunas veces llega al verdadero misticismo. Publicáronse sus obras en 1588, con la vida del autor, por Fr. Luis de Granada, de quien inmediatamente vamos a ocuparnos.

Fr. Luis de Granada (1504-1588), es uno de nuestros más importantes místicos, y al propio tiempo de los más elegantes arifices de la lengua castellana ⁽¹⁾. Sus cualidades como escritor son predominantemente oratorias, y su prosa, tanto en los discursos como en casi todos sus restantes libros, es fluída, elegante, harmoniosa, rica de expresión y sencilla, sin alardes eruditos, ni cultismos en el vocabulario; tiene arranques patéticos y sublimes, pero algunas veces hay en su largo y elocuente período cierta monotonía originada por falta de variedad en la construcción.

Como *orador* experimentó la influencia de Juan de Ávila, y por los trece *Sermones* que de él nos quedan y además por su *Retórica eclesiástica*, escrita en latín, se conoce su afición al período amplio, ciceroniano, conseguido casi siempre por yuxtaposición de miembros unidos por conjunciones o pronombres relativos.

andaluces, a ruegos del arzobispo D. Alonso Manrique, alcanzando tan gran éxito que se le conoce con el nombre de *Apóstol de Andalucía*. Se han atribuido a sus predicaciones la resolución de San Juan de Dios y la conversión de San Francisco de Borja. Es lo cierto que predicó en la Real Capilla de Granada al traer a la Emperatriz y que pudo escucharle el antiguo Duque de Gandía.

(1) Nació en Granada, viviendo de 1504 a 1588; sus padres eran oriundos de Galicia. Protegido por el Conde de Tendilla, profesó Luis de Sarría en el convento de dominicos de Santa Cruz, de Granada (hoy iglesia de Santa Escolástica y cuartel de Santo Domingo), de donde su madre era lavandera. En Portugal rehusó el Obispado de Viseo y el Arzobispado de Braga, siendo engañado al final de su vida por la monja milagrera de Lisboa, lo cual dió ocasión para su famoso «Sermón de las caídas públicas».

Tradujo Fr. Luis la *Imitación de Cristo*, atribuida a Kempis y la *Escala espiritual de San Juan Climaco* y compuso otras obras originales. El *Libro de la Oración y meditación* y la *Guía de Pecadores*, su obra más popular ⁽¹⁾, son libros, más ascéticos que místicos, y de carácter oratorio y declamador en que la prosa se muestra siempre abundante, aunque en algún caso la amplificación es excesiva. La *Introducción al símbolo de la fe*, la más extensa de las obras de Fr. Luis, es la que un lector moderno lee con más agrado, al menos en su primera parte, en donde en estilo dulce, plácido y candoroso, demuestra la existencia de Dios por la perfección terrena, maravillando la agudeza de Fr. Luis para la percepción de las perfecciones en los más minúsculos seres. Entre otras son admirables la descripción de la granada y la pintura del pavo real.

Lugar importantísimo en la historia de nuestra mística ocupa **Santa Teresa de Jesús** (1515-1582) ⁽²⁾, mu-

(1) Fué alabada por Molière en su comedia «Sganarelle ou le Cocu imaginaire».

La Guide des pêcheurs est encore un bon livre:
C'est là qu'en peu de temps on apprend à bien vivre».

(2) Nació en Ávila el año 1515; se llamó Teresa de Cepeda y Ahumada y era de familia noble. En la casa en que nació—de la que se conserva entre otras habitaciones impiamente modificadas, el huertecillo en que jugaba con su hermano a hacer ermitas «poniendo unas piedrecillas, que luego se nos caían»—está ahora el convento de carmelitas descalzas llamado de la Santa. Fué aficionada a los libros de caballerías y se dice que empezó a escribir uno con su hermano Rodrigo. En unión de éste intentó escapar de Ávila, en busca del martirio, dirigiéndose «a tierra de moros, para que allá nos descabezasen», pero fueron detenidos cerca de la ciudad en el lugar conocido por *Los cuatro postes*. Profesó en el convento de la Encarnación, situado en las afueras de Ávila y lleno hoy de recuerdos teresianos. Enfermó, estando a punto de morir, y estuvo un año fuera del convento y, después de un período breve de vacilación, consagróse ardientemente a reformar la orden carmelita y a la fundación de nuevos conventos, sufriendo por ello persecuciones y calumnias hasta que logró consolidar la reforma. Fundó diez y siete conventos, el primero el de Salamanca, y el último el de Burgos. Regresando de esta fundación murió en Alba de Tormes el año 1582. El retrato de la Santa hecho por el lego Fr. Juan de la Miseria, que tiene más interés histórico que artístico, se conserva en el Salón de Sesiones del Ayuntamiento de Ávila.

jer excepcional que une a su gloria de maravilla de nuestras letras, la de directora de espíritu, reformadora de órdenes religiosas y fundadora de conventos. Santa Teresa no poseía cultura clásica y es, por eso mismo, escritora eminentemente popular. Desconocía el latín, según declaró en varios lugares ⁽¹⁾, y su lenguaje da, por ello, cuenta exacta de cómo se hablaba el castellano en Ávila en el siglo xvi, presentando formas que aún se conservan en el idioma del pueblo ⁽²⁾, encantando su prosa por la llaneza y naturalidad, y siendo causa de admiración la gallardía con que se expresa en los pasajes más difíciles y sutiles. Su sintaxis obedece más que a la lógica gramatical a la viveza de inspiración ⁽³⁾.

Santa Teresa escribió diversas obras, siempre por mandato de sus superiores; dos libros de carácter biográfico, el de su *Vida*, que ella llamaba *Libro de las Misericordias de Dios*, en que apenas da datos objetivos limitándose a su vida espiritual, y el de las *Fundaciones*, en que relata sus trabajos. El que se llama *Libro de las Relaciones* está entresacado de su epistolario del que debe volver a formar parte. Las *Constituciones*; el *Modo de visitar los conventos*; el *Camino de perfección*; los *Conceptos del amor de Dios* (comentario de parte del *Cantar de los Cantares*) y los *Avisos a las monjas*, son obritas didácticas de menor

(1) Capítulos XV, XIX y XXXVI de su *Vida*.

(2) Así metátesis en nombres; perlado y el empleo del posesivo con artículo: la mi Isabela. El temperamento apasionado y vehemente de la Santa prodiga en su prosa los diminutivos y superlativos.

(3) «Así, de la mano de Teresa de Jesús, la ola fervorosa del habla corriente, del habla en que se ama y se vive, del romance caudaloso y recio que rodaba por los campos, por los caminos y aldeas de Castilla, el que decía ternezas e intimidades en la hidalga casa de los Cepedas de Avila, entróse como transfusión de sangre nueva, por el libro, imponiéndose al viejo farrago de latinismos, ergotismos y retóricas...» Blanca de los Ríos de Lampérez. «Santa Teresa de Jesús y el apostolado social». Conferencia.

empeño. Sobre todas estas sobresalen *Las Moradas*, o *Castillo Interior*, obra superior a todo lo escrito por la Santa, por la profundidad del pensamiento, el sentido alegórico y la forma artística, y el *Epistolario*, en el cual han sido reunidas más de cuatrocientas cartas, escritas con gracia, sencillez y naturalidad. En una carta a su hermano Lorenzo incluye tres quintillas «¡Oh, hermosura que excedéis—a todas las hermosuras!..» que, hasta ahora, son los únicos versos auténticos de Santa Teresa.

Se le atribuyen hasta veintiocho poesías de las cuales hay varias de dudosa autenticidad; sobre todo es difícil sean suyas las composiciones en metros italianos que no armonizan bien con el espíritu popular de la Santa ⁽¹⁾.

Una joya de nuestra poesía mística es el famoso soneto «No me mueve mi Dios para quererte» que se ha atribuido a varios místicos de importancia, entre ellos a San Francisco Javier, que tiene en sus obras latinas alguna idea semejante, y a Santa Teresa, pero que hasta ahora hay que considerar como anónimo. Sobre todo la atribución a Santa Teresa debe ser rechazada, pues no hay indicios de que la Santa, cuyo carácter, lenguaje y cultura son eminentemente populares, conociera el artificio de la versificación italiana.

Junto a Santa Teresa se habla siempre de **San Juan de la Cruz** (1542-1591) que compartió con ella las persecuciones y ahora la celebridad literaria, pero su genio es de muy distinta índole aunque también de singular grandeza ⁽²⁾. Su poesía es tan arrebatada y sublime, es tan poderosa su intuición, que apenas es

(1) Es posible que sea de Santa Teresa la conceptuosa letrilla «que muero porque no muero» que en el pensamiento se asemeja a las quintillas auténticas. El verso «que muero porque no muero» aparece ya varias veces en el Cancionero de Resende; de Santa Teresa sería la glosa.

(2) Nació en Fontiveros (Avila) en 1542, ocupó importantes cargos en su orden: trabajó en la fundación de muchos conventos, fué prior en Granada y vicario en Andalucía y murió en Úbeda el año 1591. Se conoce a San Juan de la Cruz con el nombre de *Doctor Extático*.

comprensiva y parece irrespetuoso reducirla a un criterio literario. Se la ha llamado poesía celestial y lo es si puede calificarse así obra alguna humana.

Tiene obras en prosa, como los *Avisos y sentencias espirituales*, y diez y siete *cartas*; y otras, como *Subida del Monte Carmelo*, *Noche oscura del alma*, *Cántico espiritual* y *Llama de amor viva*, que no son sino glosa de las composiciones en verso del mismo título que en ella aparecen colocadas al principio.

Los versos de San Juan de la Cruz rebosan de «todo el gozo íntimo, todo el afecto y ternura del alma inflamada por el amor divino, del alma singular que ha saciado sus ansias y reposado sus vuelos en la unión extática con Dios» (1). El poeta llega a los últimos términos de lo inteligible al cantar «el modo de subir hasta la cumbre del Monte, que es el más alto grado de la perfección, la llamada unión del alma con Dios» (2), pero la dulzura y suavidad de su poesía impregnadas de una lírica efusión inagotable con su misma imprecisa vaguedad, encantan al lector como algo no humano, que corresponde a la frase de San Juan de la Cruz «estas aguas de deleites interiores no nacen en la tierra» (3). San Juan de la Cruz maneja admirablemente las silvas y las liras, en las que apenas tiene otro rival sino Fr. Luis de León que fué también, de nuestros más excelsos místicos como en otro lugar quedó indicado.

Inspiración ascética es la que anima la obra del agustino Fray Pedro Malón de Chaide (1530-1590), natural de Cascante (Aragón) y catedrático de Teología en Zaragoza, que en su libro *La conversión de la Magdalena* la presenta en los tres estados de pecado, de penitencia y de gracia.

Más semejante a San Juan de la Cruz es el franciscano Fr. Juan de los Ángeles (1536?-1609), que ocupó elevados cargos en su orden. Sus obras principales son los *Triunfos del amor de Dios*, que refundió y mejoró en la *Lucha espiritual y amorosa entre Dios y el alma*; los *Diálogos de la conquista del espiritual* y di-

(1) Martín Domínguez Berrueta. El misticismo de San Juan de la Cruz en sus poesías. Madrid, 1894.

(2) Palabras de San Juan de la Cruz en el argumento de la *Subida del Monte Carmelo*.

(3) Carta de San Juan de la Cruz a las religiosas de Veas; la publicó Garnica en su *Ensayo histórico*.

vino reino de Dios, y su continuación *Manual de vida perfecta*.

Entre los místicos y ascéticos hay que citar también a Melchor Cano (1504-1560), dominico, obispo de Canarias y teólogo eminente que escribió el *Tratado de la Victoria de sí mismo*, y *Cartas* de mucho interés; al P. Pedro de Rivadeneyra, autor del *Tratado de la tribulación*, que ha de ser más adelante estudiado como historiador, y al franciscano Fr. Diego de Estella, que nació en esta ciudad (1524-1577); fué famoso orador y escribió elocuentemente las *Cien meditaciones del amor de Dios*, y con un estilo más conciso el tratado *De la vanidad del mundo*.

Otros muchos nombres podrían añadirse, pues es interminable el catálogo de nuestros místicos y ascéticos en los siglos xvi y xvii; así los de Alejo Venegas, Hernando de Zárate, Fr. Francisco de Osuna, cuyo *Tercer abecedario espiritual* era lectura de Santa Teresa; Alonso de Cabrera, el P. Cristóbal de Fonseca, el granadino Fr. Basilio Ponce de León y otros muchos, y, ya a mediados del siglo xvii, cuando finalizaba la gran época de nuestra literatura religiosa, florecen el jesuita madrileño Juan Eugenio Nieremberg (1595-1658), elegante prosista, autor de varias obras, entre ellas la titulada *Diferencia entre lo temporal y lo eterno, crisol de desengaños*, y de una traducción de la *Imitación de Cristo*, atribuida a Kempis, más conocida que la de Fr. Luis de Granada; y la famosa monja Sor María de Jesús de Ágreda (1602-1655), célebre por su larga correspondencia política con Felipe IV, y que escribió entre otras obras, la *Mística ciudad de Dios*, inspirada en la Virgen, que fué muy leída en su tiempo.

CAPÍTULO XX

LA DIDÁCTICA ESPAÑOLA EN LOS SIGLOS XVI Y XVII

La historia en esta época: su carácter.—La prosperidad política de nuestra patria, que escribe en el reinado de los Reyes Católicos y en los que inmediatamente le siguen sus páginas más brillantes, determina un extraordinario florecimiento del género histórico, que encuentra instrumento apto en nuestra lengua ya

formada y rica. La mayor parte de estos historiadores no son modernos, sino clásicos; es decir, no se preocupan de comprobar y aquilatar los hechos, ni de perseguir la prueba documental, y, a veces, no vacilan en sacrificar la exactitud para conseguir un efecto artístico. Utilizan a veces las leyendas y siempre los recursos de la historia clásica—retratos, arengas, descripciones—buscando sus maestros en Tito Livio y, sobre todo, en Salustio y en Tácito, lo cual, a veces, influye en la concisión de su frase.

Florián de Ocampo (1499?-1555), empezó una *Crónica general de España*, con plan amplísimo, sin crítica ni grandes dotes de escritor. Su obra, que empezaba en el diluvio, quedó interrumpida en los Escipiones. Hasta Fernando I el Magno la continuó **Ambrosio de Morales** (1513-1591), hombre de gran cultura, que no sobresale a pesar de ello gran cosa del anterior, y a quien sorprendió la muerte en la redacción de la parte correspondiente a Alfonso VII. Desde este punto, y con datos más seguros, la continuó **Fr. Prudencio de Sandoval** (1560-1621), autor también de una *Historia del Emperador Carlos V*.

La primera historia completa de nuestra patria es el *Compendio historial*, de **Esteban de Garibay**, en cuarenta libros, en que se recogen datos muy útiles. Pero el primer historiador científico fué **Jerónimo de Zurita** (1512-1580), cronista de Aragón, que registró los archivos con diligencia para componer, sobre datos comprobados, sus *Anales de la corona de Aragón*, aunque como escritor no alcance la misma importancia.

Ya se ha citado en otro lugar (1) al ilustre prócer **D. Diego Hurtado de Mendoza**, autor de las *Guerras de Granada*. El mismo asun-

(1) En la pág. 164.

to, y de manera más metódica y completa, aunque con menos alma de artista, trata **D. Luis de Mármol**, en su *Historia de la rebelión y castigo de los moriscos de Granada*.

Un verdadero monumento literario e histórico, a pesar de todos sus defectos y las rectificaciones de la moderna crítica, es la *Historia de España* que escribió el **P. Juan de Mariana** (1536-1623), natural de Talavera de la Reina y que profesó en la Compañía de Jesús. Hombre de inmensa cultura y espíritu independiente y enérgico, lo demuestra en sus tratados políticos, económicos y filosóficos como el *De rege et regis institutione*. En el *De spectaculis* censura severamente las representaciones dramáticas y otras fiéstras, como la del toreo.

Su *Historia de España* publicada primero en latín y traducida por él mismo al castellano es, por la amplitud de su contenido, por el vivo sentimiento patriótico que la anima, por la sencillez de la narración, que huye de retóricas amplificaciones, hasta por el defecto que se le ha señalado de admitir con excesiva credulidad nuestras leyendas—lo cual no significa que carezca de crítica—la más popular de nuestras historias, que nunca dejará de ser leída a pesar del ligero arcaísmo de su lenguaje.

No en historias generales sino en la de sucesos particulares son famosos Moncada y Melo. **Don Francisco de Moncada** (1586-1635) tomó por modelo a Hurtado de Mendoza, aunque es menor la concisión de su frase, en la *Expedición de catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*, obra en la cual no se advierten indicios del mal gusto propio de la época en que fué escrita. No puede decirse lo mismo de **D. Francisco Manuel de Melo** (1611-1667) natural de Lisboa pero que conoce admirablemente nuestra lengua. Escribió va-

rias obras, como la *Política militar* en que se revela como imitador de Quevedo, y como historiador le pertenece la *Historia de los movimientos y separación de Cataluña y de la guerra entre Su Majestad Católica Don Felipe IV y la Diputación General de aquel Principado*. Melo, que en el fondo tal vez simpatiza con los separatistas, escribe con viveza y profundidad, aunque afea la nobleza de la prosa histórica cierta ingeniosidad conceptista.

A esta época pertenece la falsificación de los falsos cronicones, en la que intervinieron varios eruditos. Demostraron la falsificación, principalmente, el marqués de Mondéjar y Nicolás Antonio.

Historiadores de Indias.—Un grupo numeroso de escritores de carácter histórico fija su atención en nuestra gloriosa epopeya del descubrimiento, conquista y colonización de los países americanos.

Entre los principales historiadores de Indias, además de los que luego serán citados, están **Cristóbal Colón** el descubridor genial, cuyas *Cartas*, sin reminiscencia italiana alguna, son de gran interés, y el conquistador de Méjico **Hernán Cortés** que también cultivó la literatura epistolar.

Gonzalo Fernández de Oviedo (1478-1557), nacido en Madrid, con imparcialidad y estilo sencillo y claro escribió su *Historia natural y general de las Indias*, que contiene muchos datos de interés.

No aparece la misma imparcialidad en el sevillano **Fr. Bartolomé de las Casas** (1475-1566) dominico y obispo de Chiapa que escribió una *Historia de las Indias*, pero es más conocido por su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, en donde apasionadamente, presenta con inexactitudes que ha determinado la moderna crítica histórica la colonización americana, habiendo conseguido la triste gloria de ser su nombre bandera de combate para los trabajos de los publicistas enemigos de nuestra patria. (1)

(1) Como obra de reivindicación de nuestra labor colonizadora es importante la del americano Lummis «Les exploradores españoles del siglo XVI».

El glorioso episodio de la conquista de Méjico fué asunto para las obras de dos historiadores contemporáneos, **Francisco López de Gomara** y **Bernal Díaz del Castillo**. El primero escribió la *Historia de las Indias* y la *Crónica de la Conquista de Nueva España* que algunos consideran como primera y segunda parte de una obra única. Hombre culto, amigo de Cortés, de quien fué capellán, hace de éste el protagonista de su libro presentándole con toda la grandeza del héroe. Esto motivó que **Bernal Díaz del Castillo** que había luchado a las órdenes de Cortés en aquella jornada célebre, considerando preteridos a sus compañeros de armas escribiera su *Verdadera historia de los sucesos de la conquista de Nueva España*, obra enérgica y sincera en la que, a pesar de la causa por que fué escrita, no faltan los elogios al valeroso capitán extremeño.

El número de obras históricas que pueden incluirse en esta sección es muy grande y también el número de escritores, de los que pueden recordarse a **Cervantes de Salazar**, **Agustín de Zárate**, **Pedro Aguado**, (que refiere la historia de Venezuela), **Juan Cristóbal Calvete de Estrella** y, sobre todo, **Antonio de Herrera**, que en sus *Décadas* es tal vez el que escribe con intento literario más deliberado.

Pero todavía quedan por citar dos escritores de sobresaliente mérito. Uno de ellos es el **Inca Garcilaso de la Vega** (1539-1617), hijo de una princesa peruana y de un noble español que nació en el Cuzco y está sepultado en la Catedral de Córdoba, excelente prosista, autor de una *Historia del Perú* y los *Comentarios reales*, en donde recoge tradiciones de los Indios y describe sus costumbres e instituciones, aunque con cierta credulidad. El otro es **Antonio de Solís** (1610-1686) bastante posterior a los citados, autor de versos y comedias, por las que se le incluye en la escuela de

Calderón, pero más famoso por su *Historia de la conquista de Méjico*, compuesta a la manera clásica, con discursos y retratos, y escrita en excelente prosa libre de los defectos de su época, aunque quizás demasiado atildada.

También fueron escritores históricos **Fr. Pedro de Rivadeneyra** y **Fr. José de Sigüenza**. El **P. Rivadeneyra** (1527-1611) toledano, fué discípulo y secretario de San Ignacio de Loyola y escribió las *Vidas* de los tres primeros generales de la Compañía de Jesús, San Ignacio, el P. Diego Laínez y San Francisco de Borja, y además la *Historia eclesiástica del Cisma del reino de Inglaterra*. En otros géneros son interesantes su *Príncipe cristiano*, en donde combate a Maquiavelo, y el *Tratado de la tribulación*, tal vez su mejor obra, aunque en todas ellas se muestra escritor fino, correcto y de aristocrática elegancia. El **P. Sigüenza** también es de nuestros mejores estilistas y de los que manejan una lengua más pura. Su *Historia de la Orden de San Jerónimo*, además de ser obra de alto valor estético, es de interés para el estudio de las artes en España, sobre todo en lo que se refiere al Monasterio del Escorial.

Filósofos, moralistas y políticos.—Incluimos en esta sección al obispo de Guadix **Fr. Antonio de Guevara** (1490-1545), porque aunque escribió obras históricas, no cuida de confrontar sus datos, lo cual le hace incurrir en numerosos errores; en cambio como moralista alcanzó gran fama por su amenidad, aunque su estilo no puede citarse siempre como modelo de buen gusto. Sus obras más conocidas son las *Epístolas familiares*, *Menosprecio de corte* y *alabanza de aldea* y, sobre todo, su *Marco Aurelio*, titulado también *Relox de Príncipes* cuya publicación fué un verdadero acontecimiento literario.

El médico **Dr. Juan Huarte** (.....-1591) a quien a veces se llama Huarte de San Juan por haber nacido en San Juan de Pié de Puerto, escribió con profundidad y gran originalidad su obra *Examen de ingenios* (publicada en Baeza, el año 1578), traducida al latín y a varias lenguas modernas, siendo predecesor de modernas teorías en filosofía y en fisiología.

Miguel Sabuco, en el libro *Nueva filosofía de la naturaleza del hombre* que publicó con el nombre de su hija Doña Oliva Sabuco de Nantes a quien ha sido atribuido, es culto y correcto escritor. (1)

Antonio Pérez.—(1540-1611) que fué secretario de Felipe II y es una de las figuras más interesantes y discutidas de su tiempo, aparece en sus *Relaciones* y en el *Memorial de su causa* como un escritor correcto y hábil. Sus *Cartas familiares* le reputan de epistológrafo; son ingeniosas, eruditas y profundas, pero tienen más artificio que sencillez y no sobra en ellas la sinceridad.

En esta sección hay que incluir también a dos de nuestros más importantes prosistas y pensadores: Saavedra Fajardo y Gracián.

Don Diego Saavedra Fajardo.—(1584-1648) natural de Algezares (Murcia), sacerdote y diplomático, es un escritor correcto, culto e ingenioso, a veces notable por su concisión con la que quiere, imitando a los latinos, dar relieve al pensamiento, exponiéndolo en forma sentenciosa. Sus dos obras más importantes, además de otras inferiores en mérito como *Locuras de Europa* y *Corona gótica*, son las *Empresas políticas* y la *República literaria*. La primera, cuyo título completo es *Idea de un Príncipe político cristiano representada en cien empresas*, sirve a su autor para combatir a Maquiavelo y para utilizar toda la experiencia atesorada en su vida de diplomático. Tal vez le falte unidad, pero es libro cuidadosamente, sagazmente compuesto (2).

(1) Al final de este libro inserta su *Coloquio de las cosas que mejoran en este mundo*.

(2) «El pro y el contra de las cosas están dosificados de un modo prodigioso en las *Empresas*. Saavedra Fajardo posee en alto grado el sentido de la gradación

La *República literaria* fué publicada después de la muerte de su autor y no apareció con su nombre hasta la segunda edición; de ella se conocen dos textos que difieren en algunos casos. El estilo en general es más ligado que en otras obras de su autor y siempre correcto y elegante en esta sátira literaria, en que la crítica casi siempre es urbana y segura.

Baltasar Gracián (1601-1658), aragonés ⁽¹⁾, es uno de nuestros escritores más personales. Aunque algunos le han tachado de culterano, Gracián no era esto, sino conceptista, admirador de Quevedo, que persigue la concisión en la forma de un modo constante, ajustándose a sus conocidas palabras «lo bueno, si breve, dos veces bueno; más obran quintas esencias que farragos». Esto hace que su lenguaje sea oscuro, por lo cual no es en España tan conocido como merece, siendo en cambio muy admirado por extranjeros como Schopenhauer.

Sus obras tienen unidad de concepción que las enlaza, pues en todas ellas—*El Héroe*, *El Político*, *Don Fernando el Católico*, *Agudeza y arte de ingenio*, *El discreto*, *Oráculo manual y arte de prudencia*—quiere señalar las condiciones que el hombre ha de reunir para poseer un ideal humano de perfección. Además, la *Agudeza y arte de ingenio* puede considerarse como la preceptiva del conceptismo.

Pero la obra más importante de Gracián es la novela filosófica *El Criticón*, alegoría de la vida humana, cuyos protagonistas son el español Critilo y el salvaje Andrenio ⁽²⁾.

y del matiz. Y un escritor dueño del matiz, de la variante, de la gradación es indiscutiblemente un gran escritor». Azorín *La obra de Saavedra Fajardo*.

(1) Nació en Belmonte, cerca de Calatayud. Profesó en la Compañía de Jesús y aunque no publicó con su nombre sino la obra devota *El comulgatorio* sufrió disgustos y reprensiones por su afición literaria.

(2) En su primera parte presenta el Criticón una gran semejanza con *El filósofo*

Los humanistas.—El número de escritores que en los siglos xvi y xvii escriben en prosa sobre asuntos filosóficos, políticos y literarios es muy grande. Varios de ellos utilizaron el latín como medio de expresión, y casi todos poseyeron inmensa cultura clásica, por lo cual en algunos libros se los comprende con el dictado de humanistas, aunque éste en un sentido restringido no sea fácilmente aplicable a todos.

Uno de los más importantes fué **Juan Luis Vives**, de Valencia (1492-1540), cuyas obras, escritas en latín, se extendieron por todo el mundo, ejerciendo las ideas de su poderoso entendimiento influencia universal.

De no menor fama son los hermanos **Alfonso y Juan de Valdés** (siglo xvi). No está bien señalado lo que a cada uno de ellos corresponde en su obra literaria, pero parece pertenecer a Alfonso, que fué secretario de Carlos V, el *Diálogo de Lactancio y un arcediano*, en que quiere disculpar el saqueo de Roma por las huestes del Duque de Borbón, lo cual le motivó cierto disgusto con Baltasar Castiglione, a la sazón enviado del Papa en la Corte de Castilla. Juan de Valdés escribió, entre otras obras, el *Diálogo de Mercurio y Carón*, que, como el de *Lactancio*, es obra de corte y sabor parecido a los del famoso Luciano de Samosata, género que Erasmo había cultivado también. Pero la obra más famosa de Juan es el *Diálogo de la lengua*—de cuya paternidad intentaron despojarle no hace mucho—, en donde estudia la lengua española con tino y buen gusto, citándose sus afirmaciones como las de autoridad de gran valor. Al mismo tiempo en este diálogo de la lengua, el idioma castellano se encuentra formado y maduro, escribiendo Valdés

autodidacto de Aben Tefail, pero se desconoce cómo pudo llegar a noticia de Gracián esta obra.

con tal elegancia y pureza, sometido siempre a su regla de hacerlo con naturalidad y sin mentiroso artificio, que puede citarse como modelo pocas veces igualado de prosa castellana.

Entre los humanistas, unos escriben en latín, lengua universal de los cultos, y otros en castellano. En latín escriben, entre otros, **Hernán Núñez Pinciano**, conocido por el *Comendador griego*, discípulo de Arias Barbosa y que además de representar los estudios helénicos en España, fijó su atención en los refranes; y el respetado filólogo (aunque no fueron únicamente éstas sus aptitudes) **Francisco Sánchez el Brocense** (1523-1601), llamado así por el lugar de su nacimiento, las Brozas, cerca de Cáceres, que editó y comentó a Garcilaso y fué quien primero publicó sus obras separadas de las de Boscán. También fué entendido en letras clásicas, filósofo de la escuela neoplatónica y preceptista, el sabio, natural de Sevilla, **Sebastián Fox Morcillo** (n. 1528). Buen latinista también y conocedor de otros idiomas clásicos, fué el extremeño **Benito Arias Montano** (1527-1598), que dirigió la publicación de una nueva Biblia políglota que se conoce por el nombre de Biblia de Amberes, por haber sido impresa en esta ciudad el año 1572.

En lengua castellana escriben, entre otros humanistas, el médico **Francisco López de Villalobos** (1473-1549), que hizo traducciones de Plauto y escribió otras obras curiosas, como el *Tratado de las tres Grandes* (La gran parlería, la gran porfía y la gran risa). **Fernán Pérez de Oliva** (1494-1533), que es elocuentísimo escritor en su *Diálogo de la dignidad del hombre*, y **Juan López de Palacios Rubio** (m. 1525), que compone el *Tratado del esfuerzo bélico-heróico*.

También escribe en lengua castellana, a pesar de ser excelente latinista, **Pedro Simón Abril** (1530?-1595?), pues, entre sus ideas pedagógicas estaba la de que la enseñanza debía darse en lengua vulgar; tradujo a Aristóteles, Cicerón y otros autores clásicos, pero sus traducciones más conocidas son las que hizo de las comedias que se conservan de Terencio.

Posteriores son **Pedro de Valencia**, ya citado con motivo de sus censuras al culteranismo; **Vicente Mariner**, valenciano, que tradujo al latín la *Retórica* y la *Poética* de Aristóteles, y los filólogos,

Bernardo de Aldrete (siglo xvii), que escribió la obra *Del origen y principio de la lengua castellana que hoy se usa en España*, y **Sebastián de Covarrubias** (siglo xviii), cuyo *Thesoro de la lengua castellana o española* es un notable diccionario que todavía merece estima, a pesar de la burla de Quevedo, que decía de él «es más el papel que la razón».

Los estudios literarios.—En esta época escriben numerosos preceptistas, entre los cuales sobresalen, además de Gracián, ya estudiado, el médico de Valladolid **Dr. Alonso López Pinciano**, que en su *Philosophia Antigua Poética* comenta a Aristóteles exponiendo ideas propias con fundamento filosófico y estético; el murciano **Francisco de Cascales** (siglo xviii), que combatió el culteranismo y escribió las *Tablas poéticas* y las *Cartas filológicas*; **D. Jusepe Antonio González de Salas**, amigo de Quevedo, de quien editó casi todas las poesías, y cuya *Nueva idea de la tragedia* es un verdadero monumento de erudición clásica, aunque no se pueda señalar como modelo de buen gusto literario, y otros como **Ximénez Patón** y **Baltasar de Céspedes**.

Obra muy notable es el *Genio de la Historia* de **Fr. Jerónimo de San José**, en la que expone sus ideas sobre el género histórico con verdadera originalidad y buen gusto. Gran fama alcanzó el *Arte poética española* de **Diego García Rengifo**, libro imitado de Italia, que no merece en las primeras ediciones las censuras que se le han prodigado por los extravagantes añadidos de **Vicens**. Completando esta labor de preceptiva, se traducen y comentan muchas veces la *Retórica* y *Poética* de Aristóteles y la *Epístola ad Pisones* de Horacio.

Entre los tratadistas de otras artes mencionaremos al famoso músico, el ciego **Francisco Salinas**, a quien se recuerda por la oda que le dirigió Fr. Luis de León, y por un libro muy notable *De Música*, aunque no escrito en castellano, sino en latín, y a **Francisco de Montanos**, que determinó un avance de la estética musical.

Así como en Poesía las autoridades eran Aristóteles y Horacio, en Arquitectura se comenta sin descanso a Vitrubio, el clásico tratadista, y abundan los libros que se refieren al arte de los pintores, de los cuales han sido citados en otro lugar los de Pablo de Céspedes y Francisco Pacheco. Nombraremos aquí los *Diálogos de la pintura*, del pintor florentino **Vicente Carducho**, que residió en España casi toda su vida, y que no carecen de mérito, teniendo además la particularidad de que en ellos se incluyen versos de poetas amigos del autor, como Lope y Pérez de Montalbán.

Entre los eruditos de esta época merece especial mención **Nico-**

Iás Antonio (1617-1684), natural de Sevilla, que reunió gran número de datos para el estudio de nuestra literatura, en sus obras *Biblioteca hispana vetus* y *Biblioteca hispana nova*.

CAPÍTULO XXI

EL RENACIMIENTO EN FRANCIA, INGLATERRA Y ALEMANIA

Caracteres del Renacimiento francés.—En el siglo xvi existen en Francia gran número de escritores que preparan la aparición de la época clásica de la literatura de este país en el siglo xvii. Es un período rico, pero confuso, como de transición, en el que la lengua tiene una gran riqueza de vocabulario, perdida en parte en el siglo xvii, y en que el Renacimiento se manifiesta con pujanza después de una larga preparación de traducciones clásicas, sobre todo latinas, que arrancan del mismo siglo xiv.

Los primeros poetas.—En la poesía lírica, después de **Clemente Marot** (1497-1544), poeta de gran variedad de condiciones, protegido por Francisco I con el cual fué hecho prisionero en Pavía, aparecen un habilísimo versificador, **Saint Gelais** (siglo xvi), que escribe los primeros sonetos en lengua francesa, y un grupo de siete poetas que es designado por la Pléyade, cuyo astro más importante es Pedro Ronsard.

Ronsard (1524-1585), cuyo renombre ha sufrido varias alternativas, es hoy considerado como un alto poeta que tuvo un propósito ambicioso: ensanchar los límites de la literatura a imitación clásica, y los de la lengua, creando un lenguaje poético. Es un poeta erudito que puede ser considerado con más justicia que Malherbe como el creador del ritmo del verso francés, debiendo ser más estimado que por el poema, que dejó sin terminar, *La Franciada*, por sus numero-

sas poesías líricas en las que nunca falta sentimiento y arte exquisito, aunque a veces las afea el exceso de la ficción mitológica.

La **prosa**, que había tenido ya cultivadores tan notables como el cronista **Froissart** (siglo xiv), el célebre **Alain Chartier** y el naturalísimo **Comines**, por cuyas interesantes *Memorias* fluye la vida sin artificio (siglo xv), cuenta en el siglo xvi con dos escritores tan importantes como Rabelais y Montaigne.

Francisco Rabelais (1483-1553), conocedor profundo de la vida y de la sociedad de su tiempo, la satiriza sin piedad en su famoso libro *Vida del gigante Gargantúa y de su hijo Pantagruel*, que publicó en varias partes. Tal vez su frase sea demasiado latinizada, pero es un autor de talento que sabe escribir de manera expresiva, pasando con cierta incoherencia de la aguda sátira a la observación moral, y de ésta al atrevimiento menos disimulado.

Muy distinto carácter es el de **Miguel Montaigne** (1533-1592) hombre de mucha cultura y elevada posición social, que en sus *Ensayos* expone sus ideas sin seguir sistema ni orden alguno, refiriendo también episodios de su vida y manifestando su amor a la paz y al sosiego del estudio. Como filósofo es algo escéptico y contradictorio, habiendo sido muy estudiadas sus ideas pedagógicas, que difieren mucho de las de Rabelais. Como prosista tiene gran importancia por el singular encanto, claridad y valor expresivo que comunica a la prosa francesa.

En el siglo xvi hay otras obras en prosa que merecen recordarse; tales son el *Heptamerón*, colección de cuentos que compuso inspirándose en Boccaccio la hermana de Francisco I *María reina de Navarra*; las traducciones de los clásicos hechas por *Amyot*, que lograron gran fama, sobre todo la de Plutarco, que influye en bastantes escritores franceses; y la *Sátira Menipea*, es

crita en verso y en prosa a favor de Enrique IV por seis hombres de letras. Es una sátira política, en general ingeniosa, cuyo título sería probablemente tomado del de una obra del escritor latino Varrón.

Época clásica francesa.—El siglo xvii es la época clásica de la literatura francesa; entonces florecen sus escritores más cuidadosos y limados y algunos de genio indiscutible que se manifiestan dentro del ideal de limitación, un tanto estrecho, del pseudo clasicismo. El género que ha de alcanzar más desarrollo es el teatro, que por el talento de sus cultivadores influirá en el siglo siguiente en la literatura de todos los pueblos occidentales, pero en él y en el momento de mayor florecimiento de la literatura dramática francesa, ésta imita repetidas veces las obras que componen el riquísimo caudal del teatro español. En la novela hay intentos en distintas direcciones; pero la gran época de la novelística en Francia es otra. La oratoria religiosa llega en este período a una perfección después no igualada.

Agrupaciones literarias.—En el florecimiento que representa el siglo xvii en la literatura de Francia, se acusa la influencia de varias agrupaciones; las más importantes son la reunión del *Hotel de Rambouillet* a la cual concurrían los poetas del tiempo de Luis XIII, y a cuya imitación se crearon numerosas tertulias en las que la afectación y la ingeniosidad se elevaron a norma única; la de la *Port-Royal*, antigua abadía que sirvió de refugio a un núcleo de escritores que tienen interés filosófico, pero que produjeron obras de carácter muy variado, y la *Academia Francesa*, fundada por el famoso ministro de Luis XIII Cardenal Richelieu, no para recompensar a los escritores, sino para depurar y fijar la lengua de su país, por lo cual fueron preferidos los eruditos y no perte-

neron a ella artistas de gran valor. La Academia se proponía publicar un Diccionario, Gramática, Retórica y Poética, pero sólo publicó el primero.

Malherbe.—En este siglo no alcanza la poesía lírica idéntico desarrollo que los demás géneros. **Malherbe** (1555-1628), a quien se ha considerado como artista genial, sólo en sus últimos años pertenece al gran siglo francés:—además no es sino un continuador de Ronsard—hombre de gusto que selecciona los ritmos que éste había creado y corrige y pule sus poesías, hasta conseguir una perfección que a veces no está muy lejos de la frialdad. Poeta satírico es *Regnier*, y ligero y espiritual, fino y cortesano *Voiture*, uno de los más asiduos contertulios del hotel de Rambouillet.

La Fontaine.—El poeta de más talento de este siglo no pertenece a la lírica pura; cultiva el apólogo y se llama *Juan de La Fontaine* (1621-1695), que imitando a Esopo y a Fedro, dió a sus *Fábulas* tal originalidad y delicadeza, que por ellas se ha puesto a la cabeza de los cultivadores de estas composiciones en las naciones neolatinas. También son notables sus cuentos en prosa, aunque excesivamente atrevidos.

Boileau.—En el teatro se manifiesta en este período la influencia de una tendencia que se conoce con el nombre de pseudo clasicismo, que pretendió imponer las tres famosas unidades de acción, tiempo y lugar que se creyeron aconsejadas por Aristóteles. El primero que las proclamó fué *Juan de la Taille* en 1572, pero el que las hizo triunfar fué **Nicolás Boileau Despreaux** (1636-1711), poeta predilecto de la Corte que escribe correctamente, aunque sin inspiración, sus *Sátiras* y *Epístolas* en verso, imitando la suavidad horaciana, y un poema burlesco excesivamente largo *El Facistol* (Lutrin). Pero Boileau fué, por así decirlo, el dogmatizador del pseudo clasicismo, y sus doctri-

nas, expuestas en su *Arte poética* en verso y en sus obras en prosa, las observaron puntualmente los autores dramáticos, hasta que fueron destruidas por la crítica del alemán Lessing. Basadas en una falsa interpretación de la Poética aristotélica y en la mala traducción de la palabra griega *peirátai* (termine), que engendró un erróneo conocimiento del teatro griego, ejercieron, sin embargo, una influencia negativa, impidiendo los extravíos del gusto, aunque cercenando las alas de la inspiración. Por eso se ha dicho que Boileau demuestra cómo puede a veces sobreponerse al genio el simple talento poético hábilmente dirigido.

Los grandes dramáticos franceses.—Sometidos a las estrechas reglas pseudo clásicas, crean sus obras los tres grandes autores del teatro francés: Corneille, Racine y Molière.

Pedro Corneille (1606-1684), es el creador de la poesía dramática francesa, y hubiera dejado mayor número de obras maestras a no haber escrito bajo la influencia de los pseudo clasicistas ⁽¹⁾. Es poeta dramático de grandes alientos, más trágico que cómico, y sus obras mejores son *El Cid*, *Horacio*, *Cinna* y *Polieuto*.

En el teatro español descubrió el más rico venero para sus triunfos al imitar en *El Cid* a nuestro Guillén de Castro; en *Horacio* al «Honrado hermano», de Lope de Vega, y en *Le menteur*, a «La verdad sospechosa», de Alarcón. «El Cid» es la más interesante y famosa de las obras de Corneille, aunque encontremos en ella al héroe castellano sin la naturalidad de «Las mocedades» de Guillén, que bebió en las fuentes riquísimas de nuestra épica, y mucho menos sin

(1) Corneille escribió 33 obras dramáticas, Racine 12 y Molière 29. Compárese con esta limitada producción la fecundidad de nuestros dramaturgos de los siglos de oro.

la ruda grandeza, varonil y realista, con ese realismo que es el alma de nuestro arte, del Cantar de Mio Cid.

Algo posterior a Corneille al que sucedió en el favor del público, fué **Juan Racine** (1639-1699), menos épico que su rival pero de mayor fineza psicológica y más grandes alientos líricos. En el teatro francés, Racine representa la elegante perfección y el clasicismo más rígido, lo cual hace que su restringido público esté formado por los que poseen una refinada cultura de ciertas clásicas estrecheces. Busca sus modelos no entre los españoles, sino entre los grandes trágicos de Grecia, cuyo idioma conocía, siendo sus mejores obras *Iphigenia*, *Fedra* (inspirada en Eurípides), *Atalia* y *Esther*.

En prosa y verso compone sus comedias **Molière** (1622-1673), que satiriza sin descender a complejidades psicológicas, los vicios y ridículo de su tiempo. Obtuvo su primer triunfo en París con su comedia *Las preciosas ridículas*, en donde se burla del hotel Rambouillet o de sus parodias, y de las mujeres sabihondas.

Como Plauto y Lope de Rueda y Shakespeare, él representaba sus propias obras llevado por su extraordinaria afición, después de haber ocultado su nombre (Juan Bautista Poquelin) tras el pseudónimo de Molière.

Aunque en *El avaro* imitó muy de cerca la obra de Plauto «Aulularia» sin aventajar al poeta latino pero sin cederle tampoco, Molière encontró su inspiración muchas veces en la literatura española, como ha reconocido Martinenche en sus estudios. De sus obras de raíces españolas tal vez en la que menos acertara haya sido en «Don Juan», que ha sido traducida por nuestro gran dramaturgo Benavente. Hasta parece haber heredado de los satíricos espa-

ñoles como Quevedo y de los escritores picarescos como Espinel, la tendencia a la sátira de los médicos, que hace en *El médico a palos* y en *L'amour médecin*, obra recientemente traducida al castellano y que fué imitada por D. Ramón de la Cruz.

Molière es un valor positivo en el teatro francés y su obra más perfecta, en donde llega a crear un tipo que nadie puede mejorar según Navarro Ledesma, es *Tartufe*, o sea el Hipócrita.

En el siglo xviii fué enorme la influencia de Molière en España, sobre todo en Iriarte y en Leandro F. de Moratín. De ella no se libró ni el mismo D. Ramón de la Cruz a pesar de su inspiración españolísima.

Hubo otros autores dramáticos como *Tomás Corneille*, hermano de Pedro, y *Rotrou*, que en sus obras imitó a Lope y a Rojas Zorrilla, pero los tres estudiados son los de mayor importancia.

La prosa en Francia en esta época.—La prosa alcanzó también extraordinario cultivo. En la novela hay intentos en diversas direcciones que incluyen a Francia en el movimiento literario europeo.

Así, la *Astrea* de *d'Urfé* es la primera novela pastoril, imitada más de las españolas que de las italianas; *Clelia* y *Ciro*, de Madame de *Scudéry* son falsamente históricas y de inspiración caballerescas, y *La princesa de Cleves* de Madame de *La-Fayette*, notablemente escrita, tiene felices atisbos psicológicos. Como escritor cómico se cita a *Scarron* por su *Roman comique*.

Como cuentista es notable el parisién **Perrault** (1628-1703), quizás el más popular, pues nadie como él ha sabido deleitar a los niños en cuentos como los titulados *Pulgarito* y *Caperucita encarnada*, que se distinguen por una sencillez encantadora, consiguiendo dar forma definitiva a los cuentos que se repetían de boca en boca y cuyo origen tiene que ser buscado en Oriente.

Escritor religioso fué *San Francisco de Sales*, elegantísimo y delicado poeta en la prosa de su *Introducción a la vida devota* y del *Tratado del amor de Dios*.

Entre los filósofos deben ser recordados **Descartes**, de frase exacta y precisa, sobre todo por su famoso *Discurso del método*, y **Malebranche**, su continuador, oscuro como filósofo, pero literato exquisito siempre dueño del arte de la forma.

Muy famoso es también **Pascal**, que vivió en la abadía de Port Royal y escribió las *Cartas provinciales* y los *Pensamientos*, género este último al que pertenecen dos obras verdaderamente clásicas por su estilo, las *Máximas* de **La Rochefoucauld** y los *Caracteres* de **La Bruyère**. También son verdaderos modelos en su género—el epistolar—las cartas de **Mme. de Sevigné**.

El Arzobispo de Cambrai **Fenelón** (1651-1715) tiene interés como filósofo y pedagogo. Escribió fábulas en prosa, los *Diálogos de los muertos* y una novela educativa, *Las aventuras de Telémaco*, que alcanzó un éxito resonante. Fué además elocuente predicador.

Oradores.—Pero el mayor de los oradores religiosos de Francia es **Jacobo Benigno Bossuet** (1627-1704), obispo de Meaux, cuya extensa cultura se manifiesta en varias obras de las cuales la de más transcendencia es el *Discurso sobre la Historia Universal*, en donde expone la teoría providencialista. Como orador es famosísimo por la fuerza dialéctica, la energía y la expresiva sencillez de sus discursos, siendo admirables, sobre todo, los panegíricos de Santos y las oraciones fúnebres de ilustres personajes.

En las oraciones fúnebres sobresale también el obispo de Nimes **Flequier** (1632-1710), elegante y atildado orador. Fama semejante a la de Bossuet, y aún superior, consiguió en este género **Bourdaloue** (1632-1704), que en sus discursos atiende principalmente a

convencer, consiguiéndolo por la habilidad de la argumentación, y **Massillón** (1663-1742) que es, más que nada, conmovedor y patético.

EL RENACIMIENTO EN INGLATERRA

Sus caracteres.—El Renacimiento llega también a Inglaterra, manifestándose igualmente por una gran afición a los estudios clásicos, lo cual ocasiona buen número de traducciones de los escritores griegos y latinos. Ya en la segunda mitad del siglo xvi, llega Inglaterra a poseer una literatura de gran importancia, que corresponde en parte al famoso reinado de la reina Isabel, literatura en la cual se advierte la doble imitación de la poesía italiana y de la española.

Los vicios literarios de la época—culteranismo y conceptismo—están representados por **Juan Lyly**, poeta discreto en algún caso, pero que en su *Euphues* (1579) se puede citar como modelo de afectación. Le imitaron numerosos escritores, siendo conocida esta tendencia con el nombre de *euphuismo*.

Pero hay un poeta de gran mérito en **Edmundo Spenser**, de cuyas numerosas producciones se debe recordar el poema *La reina de las hadas*, que le valió la protección de la reina Isabel; canta con gran inspiración y riqueza las ficciones caballerescas, a las que añade elementos mitológicos. Su amigo y protector **Sir Felipe Sidney** (1554-1586)—que no quiso aceptar el trono de Polonia—, escribió una novela pastoril en prosa y verso, la *Arcadia*, en la que aparecen también relatos trágicos y caballerescos. Escribió, además, en prosa, su *Defensa de la poesía*.

La dramática.—Pero el género literario que alcanza mayor florecimiento es el dramático. Su origen está, como en los demás pueblos, en las representaciones religiosas, pero después, perdiendo este carácter, escriben obras dramáticas muchos autores.

Entre ellos el mismo Lyly, y además **Arturo Brooke** que es, en su *Romeo y Julieta*, profetizador de un asunto de Shakespeare, de quien es el precursor, por su talento dramático, **Cristóbal Marlowe** (1563-1593), del que se recuerdan la tragedia histórica *Eduardo II* y el drama *El judío de Malta*, y que, además, en su *Fausto* expone en forma teatral la leyenda que ha de utilizar más tarde el alemán Goethe.

Shakespeare.—Pero el mayor de los autores ingleses, genio poderoso, la más alta gloria de la literatura de su país, es **Guillermo Shakespeare** (1554-1616) ⁽¹⁾, tal vez el primer dramaturgo del mundo, no porque fuera el más prolífico, pues en abundancia de producción le aventajaron muchos, sobre todo los españoles, pero en el arte no debe juzgarse con un criterio de cantidad; ni porque fuera original en los asuntos, pues casi todas sus obras tienen precedente inmediato en obras anteriores; ni tampoco porque sus dramas sean de perfecta regularidad en la trama, pues no era él, ni mucho menos, un clasicista y como dato curioso diremos que el pintor francés Ingres, espíritu de un fanático clasicismo, borró por sospechoso de romanticismo, el retrato de Shakespeare del cortejo de artistas en su cuadro «Apotheosis de Homero», aunque estaba en los bocetos incluido; en cambio, al triunfar el romanticismo en Francia primero y en toda Europa después, la fama del gran dramaturgo inglés se extendió de un modo extraordinario, y el mismo Victor Hugo, jefe de la nueva escuela, escribió su obra «William Shakespeare», que no hay que entender como meditado libro de crítica, sino como la intuición de un genio por otro entendimiento poderoso.

(1) El dramaturgo inglés Shakespeare nació y murió en Stratford: nació en 1554, murió en 1616. A los 20 años pasó a Londres y entró en una compañía de cómicos, en donde fué a la vez autor y actor. Protegido por la reina Isabel, adquirió la propiedad de un teatro llamado El Globo, en donde reunió una regular fortuna; dejó entonces la profesión de actor, pero continuó escribiendo para el teatro. Sin embargo, es oscuro cuanto se refiere a su vida.

Todo esto es lo que Shakespeare no tiene; pero lo que tiene le coloca a la cabeza de todos los autores dramáticos; es Shakespeare, ante todo y sobre todo, creador de caracteres; en las venas de sus personajes, que no son convencionales muñecos de trapo, hierve la sangre, poniendo en sus labios frases con calor de vida, y por todas sus escenas corre un aire fatal de pasión. En las mismas comedias en que hay mayor ligereza y menos fuerza emocional, encontramos personajes, como el Falstaff de *Las alegres comadres de Windsor*, cuya fisonomía será siempre inconfundible.

Además de esta obra y de otras comedias como *La fierecilla domada*, *El mercader de Venecia*, *La comedia de las equivocaciones* (imitada de Plauto), tiene dramas tan intensos como *Romeo y Julieta*, en que da forma definitiva a un tema ya muy tratado; *Julio César*, de asunto clásico; y, sobre todo, además de sus dramas sobre asuntos de la historia de su país, las cuatro tragedias que han sido consideradas como lo más perfecto de su labor: *Hamlet*, la tragedia del amor filial, fundada en extrañas leyendas del Norte, de gran complejidad psicológica (fué traducida en el siglo XVIII por D. Ramón de la Cruz y por Leandro Fernández de Moratín); *Macbeth*, la tragedia de la ambición; *Otelo*, la tragedia de los celos, tema tratado en cuatro dramas por nuestro Calderón, que impulsan al protagonista, el moro Otelo engañado por Yago, a matar a Desdémona creyéndola infiel, y *El Rey Lear*, que es la tragedia del amor paternal; del amor paternal del rey que se ve desdenado por sus hijas cuando ha repartido su fortuna entre ellas.

La influencia de Shakespeare en toda Europa ha sido enorme; sus traducciones incontables. Las españolas más conocidas son la de Macpherson, Méndez y Pelayo y Benavente. Un excelente indicador

bibliográfico de todas ellas es la obra de D. Eduardo Juliá «Shakespeare en España».

Después de Shakespeare, y contemporáneos suyos, hay varios escritores dramáticos, de los cuales el de más talla es **Ben Jonson** (1573-1637), menos genial y atrevido, pero correcto y sometido a las reglas; más que en sus obras trágicas sobresale en las cómicas y satíricas, como en la titulada *Volpone o el zorro*.

Milton.—Poeta lírico de elevada entonación es **Juan Milton** (1608-1674), que recibió esmerada educación clásica y viajó por Europa, interviniendo a su vuelta en la revolución dirigida por Cronwell. Escribió muchas obras en latín y en inglés, pero su mayor fama es como poeta épico. Atacado de gota serena, quedó ciego y dictó a sus hijas el famoso poema *El Paraíso perdido*, en el cual, con grandeza épica, pinta la caída de nuestros primeros padres, y aunque no carece de defectos, la perfección del estilo y la belleza de las descripciones, le han dado fama imperecedera. Repetidas veces se ha hecho el estudio comparativo de esta obra con «La Mesíada» del alemán Klopstock y «La Cristiada» del castellano Hojeda. Siendo los tres poemas de gran valor artístico y habiendo en todos aciertos que les hacen sobresalir, en el de Milton parece haber una mayor unidad de concepción y técnica más perfecta.

Otro importante poeta es **Juan Dryden** (1631-1700), que compuso obras dramáticas como la tragedia *La conquista de Granada*, pero que se distingue sobre todo como satírico en su poema *Absalon y Achitophel* y en otros en que se revela como un gran estilista.

En latín y en inglés escribió el contemporáneo de Shakespeare **Francisco Bacon de Verulamio** (1561-1626), canciller y hombre de importancia en su tiempo, a quien hoy se recuerda más que por sus libros de historia por sus descubrimientos en la física y sus estudios filosóficos, de los cuales el *Novum Organum* es el más

importante, sobre todo en el campo de la lógica. También deben ser recordados **Hobbes** (1588-1679), que tradujo la Iliada y la Odisea, y compuso otras obras—*Leviatán*; libros históricos—y el filósofo **Locke** (1632-1704), cuya labor ha influido en el movimiento filosófico europeo.

LA LITERATURA ALEMANA EN LOS SIGLOS XVI Y XVII

Alemania y la reforma religiosa.—Alemania durante el siglo xvi aparece apartada de la evolución mundial, y su literatura posee la originalidad de no tener renacimiento. Influye en esto el estar Alemania más lejos que los pueblos latinos de la tradición clásica, y quizás también la reforma religiosa que llevó a cabo **Lutero** (1483-1546). Éste influye con sus obras en la lengua alemana, ampliando su caudal lingüístico, dando entrada a formas populares del bajo alemán.

Entre los escritores de este tiempo de discusión y polémica apasionada, los más dignos de ser citados son los satíricos, **Tomás Murner** (1475-1536?), franciscano y enemigo de Lutero, y **Juan Fischart** (1550?-1590?).

Erasmus.—Excepcional importancia tiene en esta época el humanista **Desiderio Erasmo** (1465-1536), nacido en Rotterdam y hombre de inmensa cultura que escribió en un latín, no tan artístico y elocuente como el de algunos humanistas italianos, pero superándolos a todos por la agudeza del ingenio y lo punzante de la ironía. Influyó en numerosos escritores entre ellos en un nutrido grupo de nuestra patria, de los que se destacan Luis Vives y Alfonso y Juan de Valdés⁽¹⁾.

En el siglo xvii los escritores, ninguno de gran importancia, suelen agruparse en academias y sociedades. De ellas la más famosa es la llamada *escuela de*

(1) Estudiados en la pág. 253.

Silesia. La segunda escuela de Silesia representa en Alemania lo que en otras naciones el culteranismo, marinismo, preciosismo, etc. Después influye la doctrina pseudo clásica francesa, de la cual es el principal defensor **Juan Cristóbal Gottsched** (1700-1766), que ya pertenece al siglo xviii.

CAPÍTULO XXII

EL SIGLO XVIII EN INGLATERRA, FRANCIA E ITALIA

Su desarrollo en Inglaterra.—En el siglo xviii predomina en Inglaterra la imitación francesa como en todo el mundo literario, pero su literatura no sólo no disminuye en importancia—aunque no florezca ningún autor del genio de Shakespeare,—sino que en un género, el novelístico, que cultiva con carácter peculiar y marcadamente propio, llega a un florecimiento inusitado.

Entre los poetas sobresale **Alejandro Pope** (1688-1738) que escribió numerosas poesías de carácter muy variado, pero siempre con exquisita elegancia y corrección, alcanzando gran fama, que hoy se justifica principalmente por su poema burlesco *El robo del rizo*. También son excelentes poetas **Samuel Johnson** (1709-1784) que sobresalió en la didáctica; el fabulista **Juan Gay** (1688-1732); **Eduardo Young** (1681-1765), cuyas célebres *Noches* influyeron en España en el poeta Cadalso, y **Jacobo Thomson** (1700-1748) que escribió el famoso poema *Las Estaciones*. A esta época pertenece también la famosa falsificación de **Macpherson** (1738-1796), que publicó unos poemas de Ossian, bardo del siglo iii, que influyeron en los poetas posteriores, por ejemplo en Espronceda.

Entre los varios escritores que cultivan la dramática el más importante es **Ricardo Sheridan**, que intervino en política y fué elocuente orador y además un buen autor cómico en obras como *La escuela de la murmuración* y *La crítica*.

La novela.—Pero el género literario que alcanza mayor desarrollo es el novelístico.

En Inglaterra ha habido un florecimiento extraordinario e ininterrumpido de la novela desde el siglo xvii. El estudio de este género literario es de los más interesantes que se pueden abordar al acercarse a la literatura inglesa. Pero no es sólo interesante por el número de obras escritas y por la importancia de muchas y popularidad e influencia de algunas, sino por la potente originalidad que da a las páginas de los novelistas ingleses un sabor extraño para el gusto latino.

En los siglos xvii y xviii, por influencia principalmente de España y de Italia, gozaron de popularidad las novelas heroicas, pastoriles y picarescas, pero no tardó en aparecer la novela inglesa con carácter propio y definido. **Fielding** (1689-1754) y **Richardson** (1707-1761), que recibieron educación muy distinta pero que tienen una vida literaria paralela en la que no deja de haber cierto pugilato artístico, son escritores de potente originalidad. Alguien ha dicho, sobre todo refiriéndose al primero, que son los fundadores de la novela sentimental. (1) Lo que hay de cierto es que huyen de la acumulación de incidentes para poner sentimiento de vida en una acción serena. De aquí se derivaron los novelistas de la vida doméstica, que a la sencillez y cordialidad unen un elemento nuevo, el humorismo, del que no deja de haber indicios en Richardson y en Fielding.

Pero las raíces del humorismo están en **Daniel Defoe** (1663-1731), escritor multiforme y abundantísimo, cuya obra más conocida, *Robinson Crusoe*, tal vez

(1) Las mejores novelas de *Fielding* son: *Jonathan Wild* y, sobre todo, *Ton Jones*; y de *Richardson*, *Pamela* y *Clarisa Harlowe*.

haya sido inspirada por la lectura de la traducción inglesa de «El Crítico», de Gracián, hecha en 1681 (la figura de Viernes es bastante semejante a la de Andrenio del libro del jesuita aragonés), y, sobre todo en **Swift** (1667-1745), humorista de gran fuerza, cuyos famosos *Viajes de Gulliver*, en medio de su aparente superficialidad sorprenden al lector, haciendo meditar al hombre un libro que parece escrito para distraer imaginaciones infantiles. Sin embargo, el humorista inglés por excelencia es **Laurence Sterne** (1713-1768) y el libro en que todo está subordinado a ese valor estético mal delimitado aún por los tratadistas, ese elemento tan extraño en los países que heredaron la tradición intelectual de Grecia y de Roma, el humorismo, es el libro de Sterne *Viaje sentimental*; un libro de un viajero que sólo anota lo insignificante, lo pueril, pero que ha sabido causarle una sensación honda. Sterne es un espíritu minucioso y complejo, con atisbos románticos muy definidos, y su arte, de un valor autobiográfico, tiene el detalle de la cuidadosa miniatura.

La tradición de la plácida novela doméstica y el humorismo explican a otros novelistas ingleses: **Goldsmith**, **Dickens**, **Tackeray**, de los cuales sólo el primero pertenece a esta época.

Oliverio Goldsmith (1728-1774), entre otras obras escribe *El Vicario de Wakefield*, narración sencilla, no exenta de emoción, impregnada de blando humorismo y de compasiva ternura. Samuel Jhonson dijo de él en su epitafio «Et nihil tétigit quod non ornavit», y nada tocó que no embelleciera.

Oradores y didácticos.—En la oratoria florecieron, aparte de Sheridan, **Pitt** (1759-1806), célebre ministro, y **Burke** (1728-1797), y en la filosofía **David Hume** (1712-1776), que es también notable historiador en su *Historia de Inglaterra*, y **Jeremías Bentham** (1748-1832).

También debe ser citado el célebre **Adam Smith** (1723-1790), a quien por su obra *Investigaciones sobre la riqueza de las naciones*, se considera como el creador de la Economía política, y los críticos **José Addison** (1672-1719), y **Steele** (1671-1729), que escribieron obras teatrales y publicaron varios periódicos de carácter literario, de los cuales *The Spectator* es el más conocido.

LA LITERATURA FRANCESA EN EL SIGLO XVIII

Sus caracteres.—Si no alcanza la literatura en Francia en este siglo la perfección del anterior, hay en ella indicios de cambio literario y se intenta crear un nuevo arte, aunque esto no se consiga hasta el siglo XIX con el romanticismo. Pero, sobre todo, es necesario indicar que los filósofos franceses de esta época influyen de un modo enorme en las corrientes intelectuales del mundo que, en el siglo XVIII, tenía la vista fija en Francia y en la perfección de su arte en el anterior siglo. Sin embargo, los escritores franceses, aun en este siglo XVIII en que la influencia francesa triunfa, experimentan a veces la de los escritores de Inglaterra y España.

Los poetas.—En la poesía épica alcanzó gran fama el abate **Delille** con su poema *Jardines*, correcto pero frío y hoy justamente olvidado. En la lírica no hay un gran poeta hasta el final del siglo XVIII, en que escribe **Andrés Chenier** (1762-1794), que murió en el cadalso en la época del terror, y que es, por muchos conceptos, un escritor moderno. El clasicismo que aparece en sus poesías, muy numerosas, impregnadas del espíritu helénico, no quiere decir que haya en ellas fría serenidad, sino pasión. En sus églogas, elegías, epístolas, odas, recorre todos los tonos y se revela como un conocedor consumado de los secretos del ritmo.

La novela.—Entre los novelistas es excepcional la

importancia de **Lesage** (1668-1747), excelente prosista que imita «El diablo cojuelo», de Vélez de Guevara, en su obra *Le diable boiteux*, y que debe su fama a la publicación de la novela *Gil Blas de Santillana*, novela picaresca hecha con materiales españoles, y en la que campean un hondo espíritu de observación y una sátira fina y delicada. Traducida esta obra por el P. Isla, que se llamaba a sí mismo «un español celoso que no consiente que se burlen de su nación», promovióse una polémica literaria acerca de la originalidad de Lesage, en la que tomaron parte escritores de diversas naciones, entre otros Walter Scott y el crítico norteamericano Everet. Hoy todos aceptan que aunque los materiales de la obra pertenecen a nuestra tradición picaresca, es indiscutible la originalidad de la forma.

Son muy conocidas también dos obras novelescas debidas al abate **Prevost** y a **Bernardino de Saint Pierre**.

El abate Prevost (1697-1763), es, en realidad, un precursor del naturalismo en la novela, dirección artística que Zola cultivó modernamente en Francia, y su célebre novela *Manón Lescaut* es notable por la fuerza de los afectos que pinta y por la intensidad con que están retratados.

B. de Saint Pierre (1737-1814), escribe *Pablo y Virginia*, novela traducida a todas las lenguas, en la que canta la vida de la naturaleza, sin falsearla como han hecho la mayor parte de los poetas bucólicos. Inspirada en la novela griega «Dafnis y Cloe», es más delicada que ésta, pues los amores de los protagonistas son mucho más espirituales.

La dramática.—En el teatro se buscan nuevas fórmulas dramáticas, aunque sin conseguirlo. Autor cómico, excelente por el estilo y la versificación fué **Regnard** (1655-1709), pero más original que éste y más

apartada su obra de la de Molière, es **Marivaux** (1688-1763), cuyas comedias, como su lenguaje, se distinguen por la exquisita finura del matiz.

Una nueva dirección en la comedia busca **Nivelle de la Chaussée**, autor de comedias patéticas, en lo cual le sigue **Diderot** (1713-1784), en sus comedias en prosa, en que a pesar de perseguir la verdad en la representación es falso y artificioso. Pero esta tendencia realista ha de triunfar un siglo más tarde. Otro indicio de renovación del teatro son las adaptaciones hechas por **Ducis** del teatro de Shakespeare, autor que fué uno de los ídolos del romanticismo.

Un autor dramático de importancia es **Pedro Agustín Carón de Beaumarchais** (1732-1799) hijo de un relojero que llegó a noble, y autor de unas *Memorias* que fueron muy leídas y uno de cuyos episodios inspiró a Goethe su drama *Clavijo*. Beaumarchais escribió varias comedias patéticas, ⁽¹⁾ pero debe su fama a dos de muy distinto carácter; una comedia de enredo cuya acción se desarrolla en España y manifiesta influencia de nuestro teatro, *El barbero de Sevilla*, en la que acierta a crear un tipo teatral, el de Fígaro, que algo modificado es el héroe de su otra composición, *Las bodas de Fígaro*, comedia de enredo mucho más complicada, pero en la que lo característico es el ingenio y atrevimiento de la sátira de la clase noble. El Rey prohibió su representación, pero más tarde esta orden fué revocada.

La filosofía.—En la filosofía florecen gran número de escritores como Condillac, Proudhon, Conte, Cousin y, sobre todo, **Montesquieu** (1689-1755), cuya fama fué inmensa, principalmente por su obra *Espíritu de las leyes* que representa un gran esfuerzo de pensamiento. Además escribió las *Cartas persas*, obra de

(1) Una de ellas, *La madre culpable*, que no tuvo éxito, es continuación de *Las bodas de Fígaro*.

sátira moral y las *Consideraciones sobre las causas de la grandeza de los Romanos y de su decadencia*, en que deduce de la historia un ejemplo político, inspirándose en el *Discurso sobre la Historia Universal* de Bossuet.

Se coloca a Montesquien entre los enciclopedistas como a otros escritores, aunque esta denominación tal vez no se ajuste bien a su carácter. La *Enciclopedia* fué una obra dirigida por **Diderot** en la que colaboraron muchos autores casi siempre de tendencia filosófica atrevida. El *Discurso preliminar* es obra notable del matemático **d'Alembert**.

Francisco María Arouet.—Conocido por **Voltaire** (1694-1778) fué hombre de gran ingenio y de aptitudes muy variadas, que quiso sobresalir en casi todos los géneros literarios ⁽¹⁾. Vivió tres años en Inglaterra y en él influyen los escritores de esta nación. Tanto en sus tragedias, como *Edipo*, *Zaira*, *Alcira*, *Merope*, como en su poema épico *La Henriada* hay bellos versos pero no un conjunto acabado; sus *Sátiras* y *Epístolas*, en verso, son a veces notables. Como *prosista* compuso libros de historia, cartas, obras filosóficas, con evidente parcialidad, y cuentos escritos con fina sátira y estilo elegante y correcto, siendo tal vez los mejores, *Zadig*, que procede de fuentes orientales, y *Cándido*.

Compartió la fama con Voltaire y Montesquieu **Juan Jacobo Rousseau** (1712-1778) de Ginebra, músico, que se dedicó a la filosofía desde que obtuvo un premio en la Academia de Dijon. Es apasionado y a veces declamador, y sus obras fueron muy leídas, siendo el nervio de su ideología, que aparece en todas ellas, la exaltación de la naturaleza, en la que cree hallar la felicidad que huye del artificio de la civilización. Sus obras principales son *El contrato social*, la novela

(1) Esto hizo que Diderot afirmara, con evidente intención perversa «Voltaire no es sino el segundo en todos los géneros».

pedagógica *Emilio* y la novela sentimental *Julia* o la *Nueva Heloisa*, en la que puede encontrarse algo de aliento romántico.

Didácticos.—En la literatura francesa abundan las relaciones de hechos contemporáneos, o memorias. Entre las que se escriben en el siglo XVIII son interesantes las del duque de **Saint-Simón** por la fuerza de realidad que en ellas existe. En muy distinto género es admirable la *Historia natural* de **Buffon**, que hoy no tiene valor científico sino literario por la admirable belleza del estilo.

Como tratadistas de Literatura se recuerdan los nombres de **Marmontel** y **La Harpe** y como estéticos los de **Jouffroy** y **Batteux**.

Oradores.—Los acontecimientos del final del siglo XVIII motivaron un notable desarrollo de la oratoria política, en la que brillan **Vergniaud**, **Dantón**, **Robespierre**, y, sobre todo, **Mirabeau** (1749-1791) orador incorrecto pero abundantísimo y de cálida elocuencia.

LA LITERATURA ITALIANA EN EL SIGLO XVIII

Su carácter.—Aunque en este siglo persiste la decadencia de la literatura italiana que vive en casi todos los casos de la imitación, se pueden citar algunos nombres muy conocidos, alguno de sobresaliente mérito.

La lírica.—En la primera mitad del siglo XVIII aparece la célebre agrupación conocida por el nombre de *Arcadia*, que denominan otros Academia de los Arcades, que intenta un renacimiento del género más artificioso de la poesía. Poesía campesina y pastoril, sin pastores, y que busca su inspiración, no en el campo, sino en las fiestas cortesanas, no podía conseguir un alto valor estético, aunque sí ejerció una momentánea influencia. Ahora se recuerda con más

gusto al poeta satírico **Parini** (1729-1793), que ataca a los arcadianos y a la clase aristocrática en su poema *Il giorno* (El día).

El teatro.—Dos *arcades* cultivaron el género dramático, **Escipión Maffei** (1675-1755), que revela la influencia del teatro francés, y Pedro Trapani, el poeta más importante de la Arcadia, conocido por **Metastasio** (1698-1782), autor de tragedias y óperas como la titulada *Dido*, con las que consiguió gran fama, aunque carezcan de verdadero valor artístico por la total subordinación de la letra a la música.

Autores cómicos de mérito son **Carlos Goldoni** (1707-1793) y **Carlos Gozzi** (1720-1806). El primero se inspira en los franceses y modifica el teatro cómico italiano en que solo intervenían personajes tradicionales, presentando escenas de costumbres populares con gracia aunque con desaliño; de sus mejores obras es *La locandiera* ⁽¹⁾. Carlos Gozzi, escritor efectista, busca su inspiración en los dramaturgos clásicos españoles.

El mayor de los trágicos italianos de este período es **Victor Alfieri** (1749-1802), cuyas obras si son duras en la versificación, tienen sencillez y grandeza. Sigue la dirección falsamente clásica del teatro francés, sobre todo de Racine, en su *Virginia*, que alcanzó gran fama, y en otras tragedias, como *Agamenón*, *Antígona*, *Saul*, y *Felipe II*.

La prosa.—Entre los prosistas de esta época citaremos a **Juan Bautista Vico** (1658-1744) que en sus *Principios de una ciencia nueva* es el creador de la filosofía de la Historia; al erudito **Luis Antonio Muratori** (1672-1750) y a **Jerónimo Tiraboschi**, autor de una *Historia de la literatura italiana*.

(1) Con el título de «La posadera» hay una traducción de Cristóbal de Castro

CAPÍTULO XXIII

EL SIGLO XVIII EN ESPAÑA

Sus límites y caracteres.—Lo que en Historia literaria se suele llamar el siglo XVIII, perfectamente caracterizado en la evolución de la cultura, comprende en realidad algo más de un siglo, pues empieza el año 1700, fecha de la muerte de Carlos II, el último rey de la dinastía de los Austrias, y termina al final de la tercera década del siglo XIX con el triunfo del romanticismo. En este período la literatura española se caracteriza por la lucha entre la tradición nacional, que a pesar de haber llegado a su máxima decadencia estaba más a tono con el carácter de nuestro pueblo, y la imitación de la literatura de Francia. Esta lucha constituye el episodio más interesante de la historia de nuestra literatura en el siglo XVIII, que no es tan pobre como se ha creído, y que sobre, todo puede presentar una larga lista de nombres gloriosos de eruditos y de investigadores. En la lírica sólo al final del siglo XVIII y en los primeros años del XIX, aparecen poetas de importancia que pertenecen por su carácter a esta época, aunque en algunos detalles preludien ya el romanticismo.

El pseudoclasicismo.—La influencia francesa se explica por la decadencia de nuestra literatura en el siglo XVII, que llega al final a extraviarse por los senderos del culteranismo y del conceptismo, y que si no incurre en ellos no alcanza a elevarse del prosaísmo más vulgar. El pueblo aún se entusiasmaba, sobre todo en el teatro, con aquellos engendros monstruo-

sos; pero los literatos de más depurado gusto caían en la imitación del pseudoclasicismo francés, de horizontes estrechos pero que era una norma, una disciplina demasiado rígida y arbitraria, aunque tal vez preferible a la extravagancia sin freno y sin poesía.

Academias oficiales.—Contribuye también a la influencia francesa la perfección y fama de los escritores de aquella nación en el siglo XVII, y la instauración en España de la dinastía Borbónica. Felipe V quiso rodearse de una corte como la de su abuelo Luis XIV, y contribuye al desarrollo de la literatura, fundando la Biblioteca Nacional (1712) y la Academia de la Historia (1738), y a imitación de la Academia Francesa, la Real Academia Española (1714) que publica la *Ortografía*, la *Gramática* y la gran obra del *Diccionario* llamado *de Autoridades*.

Academias particulares. Los épicos y líricos.—La poesía lírica y la épica en el siglo XVIII se encuentran en plena decadencia. Continúa la afición a las reuniones literarias que se conocen por el nombre de Academias, de las cuales es famosa la del *Buen gusto*, que se reunía en Madrid en casa de la condesa de Lemos, y a la que acudieron los literatos más famosos de la época, casi todos representantes de la tendencia pseudoclásica ⁽¹⁾.

Entre los numerosos poetastros que escriben en este siglo, se distinguen algunos poetas no faltos de condiciones y que hubieran brillado más de nacer en ocasión menos desdichada. Tales son **Alvarez de Toledo** (1662-1714), autor del poema burlesco en octavas *La burromaquia*, que no se conserva íntegro: **Eugenio Gerardo Lobo** (1679-1750), conocido por el capitán cople-

(1) En Granada existió la Academia del Trípede en casa del Conde de Torrepalma, que era también poeta.

ro, autor de versos ligeros y populares: **D. Antonio Porcel**, granadino (1720?-....), canónigo de la Catedral de Granada y colegial del Sacro Monte, autor del poema *Adonis*, desigual pero inspirado, y **Fr. Juan de la Concepción**, que escribió en verso su discurso de ingreso en la R. A. E. ⁽¹⁾. Autor de un poema burlesco, no falto de mérito, *La perromaquia*, es **Nieto de Molina**.

Reacción a favor del buen gusto.—Influyó en la depuración del gusto una revista de la que se publicaron siete volúmenes: el *Diario de los literatos*, obra de **Martínez Salafranca** y **Leopoldo Jerónimo Puig** (pues otro redactor, Manuel de Huerta y Vega, dejó pronto de cooperar), publicándose en él la *Sátira* de **Jorge Pitillas**, pseudónimo bajo el que se encubre **D. José Gerardo Hervás**, que, inspirándose en Boileau, y principalmente en sus obras en prosa, lanza contra los malos escritores su famosa composición en tercetos que ha sido unánimemente admirada. Por este tiempo se publica la *Poética* de **Luzán**, de preceptos algo estrechos, pero inspirados en el buen gusto, y el *Diario de los literatos* interviene en las polémicas literarias en que abundó tanto el siglo XVIII.

El teatro.—La polémica más apasionada fué la referente al teatro, que había llegado a su máxima decadencia en manos de escritores sin ingenio como **Gomella** y **Valladares**. Entonces se pensó en imitar el teatro francés, sujeto a las reglas pseudoclásicas. Se hacen traducciones y se componen obras dramáticas en el nuevo estilo por escritores tan notables como Nicolás Fernández de Moratín, Cadalso, Quintana, Cienfuegos, Iriarte y Jovellanos ⁽²⁾. Ninguna de ellas logra despertar el entusiasmo del público.

(1) Volvió a hacer esto Zorrilla. También Campoamor leyó en verso en la R. A. E. la necrología de González Bravo.

(2) Serán citadas más adelante al estudiar a estos autores.

Los jefes de la cruzada antinacional fueron **Montiano** (1697-1764) y **Nasarre** (1689-1751). Aquél, estimable erudito, no sólo escribe su *Discurso sobre las tragedias españolas*, sino que compone dos, *Ataulfo* y *Virginia*, siguiendo sus teorías afrancesadas. En cuanto a Nasarre, baste decir que prefiere el Quijote apócrifo al auténtico, y que supone que Cervantes escribió sus comedias como burla o parodia de las de Lope, para comprender la agudeza y altura de su crítica.

Entre los partidarios del teatro español se distinguen **D. Tomás de Zavaleta** por su *Discurso crítico*, y **D. Vicente García de la Huerta** (1734-1787), que publicó, aunque con escaso gusto y tino, una selección de obras de nuestros clásicos con el título de *Teatro español*, y triunfó plenamente con la tragedia *Raquel*.

El sainete.—Pero mientras eran vanos todos estos intentos de implantación del teatro francés en nuestra patria, hay un literato de índole eminentemente popular que consigue grandes triunfos: **D. Ramón de la Cruz Cano y Olmedilla** (1731-1794), que es el heredero de la tradición de nuestros pasos y entremeses en sus sainetes admirables, en que el marco se amplía un poco, pero continúa siendo lo principal el dibujo satírico del tipo popular finamente observado, y lo de menos la acción que no es sino un pretexto. Por eso, aunque se ha censurado a D. Ramón de la Cruz el que estén con frecuencia mal unidas, deshilvanadas sus escenas, este reparo del crítico no ha sido tenido en cuenta por el público, que continúa deleitándose con sus admirables cuádrilos de la vida madrileña, que parecen motivos para el lápiz de Goya. D. Ramón de la Cruz escribió también comedias, adaptó *Hamlet*, de Shakespeare, imitó a veces a Molière y resucitó la zarzuela con obras como *Briseida*, de asunto clásico, y otras que le siguieron. Pero vive y vivirá siempre en el recuerdo de todos, no por esto, sino como pintor de las costumbres populares principalmente y de la clase media, en sus numerosos sainetes, de los cuales

sobresalen entre otros *El Muñuelo*, *Manolo*, *Las castañeras picadas*, *La pradera de San Isidro*, *La comedia casera* y *El fandango de Candil* ⁽¹⁾.

Inspirándose a veces en D. Ramón de la Cruz, pero las más con inspiración propia, y reproduciendo un medio social muy distinto, compone sainetes muy estimables **D. Juan Ignacio González del Castillo** (1763-1800), gaditano, apuntador del teatro de Cádiz y maestro del célebre D. Alberto Lista. Entre sus mejores sainetes están *La feria del puerto* y *Los literatos*.

Sin embargo, aparte de estos géneros menores, nuestro teatro clásico no podía revivir. El Conde de Aranda prohíbe en 1765 los Autos Sacramentales, y pronto el teatro pseudoclásico conseguirá el triunfo, aunque efímero, con las obras de **D. Leandro Fernández de Moratín**.

Los poetas de la tertulia de la fonda de San Sebastián.

—A esta célebre tertulia, en la que no se permitía hablar sino de teatros, de toros, de amores y de versos, concurrían numerosos literatos de la época, principalmente de los que simpatizaban con la escuela galoclásica. De los más importantes son D. Nicolás Fernández de Moratín, Cadalso, Iriarte y Samaniego.

D. Nicolás Fernández de Moratín, madrileño (1737-1780), se muestra enemigo del teatro español y partidario del francés en sus opúsculos en prosa y en sus obras dramáticas *Lucrecia*, *La Petimetra* y *Hormersinda*, que agradaron más a los literatos que al público; pero en cambio triunfa en la lírica cuando escribe con españolísima inspiración sus briosas quintillas

(1) No deja de ser curioso saber cómo se ejercía la censura de libros en esta época; véase la que hicieron D. Tomás A. Sánchez y D. José Antonio Porcel a la obra de D. Ramón de la Cruz *Las labradoras de Murcia*: «las expresiones *maldita sea tu cara, es una cochina puerca, te hartó de patadas*; y otras de este jaez que vsa y no son dignas del Teatro y del auditorio, especialmente en la Corte, porque el decoro de las personas es vna de las primeras leyes del arte oratoria y cómica».

de la *Fiesta de toros en Madrid*, o sus romances moriscos ⁽¹⁾.

D. José Cadalso y Vázquez (1741-1782), hombre de cultura moderna, fué natural y sencillo poeta lírico en *Ocios de mi juventud*, agudo satírico en su obra en prosa *Los eruditos a la violeta*, observador ingenioso en sus *Cartas marruecas*, influenciadas por Montesquieu y precursor del romanticismo en sus *Noches lúgubres*, imitadas de Young, en parte autobiográficas. Además, escribió una tragedia, *Sancho García*, en que se ajusta a los dogmas pseudoclásicos.

D. Tomás de Iriarte (1750-1791), sobrino de D. Juan de Iriarte, intentó diversos géneros, entre ellos el dramático, con sus comedias *El señorito mimado* y *La señorita mal criada*, y el épico en su poema didáctico *La música*, de escaso valor artístico. Debe hoy su renombre a sus *Fábulas literarias*, escritas con notable variedad de metros y combinaciones.

Fabulista fué también **D. Félix María Samaniego** (1745-1801), pero no se preocupa de corregir los vicios literarios; sus fábulas son de carácter moral y están escritas para la juventud, que todavía las lee. Se inspira en otros fabulistas, como Fedro y La Fontaine, y a veces es prosaico, pero otras puede compararse con los mejores de los que escribieron en otras lenguas.

Terrible satírico y apasionado polemista fué el extremeño **Juan Pablo Forner** (1756-1797), natural de Mérida (Badajoz) que escribió en tercetos sus sátiras *Contra los vicios introducidos en la poesía castellana* y *Contra la literatura chapucera de su tiempo*.

(1) Tiene dos poemas épicos, *La caza* y *A las naves de Cortes destruidas*. Este último, escrito para un concurso de la R. A. E., no consiguió el premio, que fué otorgado a Vaca de Guzmán.

La novela.—La decadencia de la novela española es tan grande que apenas se publica sino una importante en todo un siglo.

Mucho sabor novelesco tiene la vida de **D. Diego de Torres Villarroel** (1693-1770) natural de Salamanca y hombre popularísimo en su época. Escribió versos, *Los sueños*, a imitación de Quedo, y la narración de su propia *Vida*.

Una novela de transcendencia es la obra más famosa del **P. Isla** (1703-1781) autor también del opúsculo satírico *Día grande de Navarra*, de una traducción de la novela de Le Sage *Gil Blas*, que promovió una polémica muy viva, y de *Cartas* muy notables. Su *Historia del famoso predicador Fr. Gerundio de Campazas* es considerada como el Quijote de los malos predicadores y en verdad lo es por sus efectos, pues consiguió extirparlos—lo que no había conseguido la *Retórica* de Mayans—, pero no por su valor artístico, pues aunque es obra escrita con gracia e ingenio, es demasiado larga y cansa por ello y por las numerosas digresiones.

La prosa en el siglo XVIII. Los estudios de erudición.— Los escritores científicos en este siglo son muy numerosos y su labor muy importante, aunque ninguno de ellos como literato consiga verdadera personalidad en el estilo.

Los estudios literarios cuentan entre sus cultivadores a **D. Gregorio de Mayans y Siscar** (1699-1781) que persigue en su *Retórica* el renacimiento de la oratoria en nuestra patria, y que en sus *Orígenes de la lengua española* publica el *Diálogo de la lengua* de Valdés. **El Marqués de Valdeflores** es más de recordar por su *Viaje por España* en que publica muchos documentos recogidos en sus investigaciones, que por sus *Orígenes de la poesía castellana*. Más valor que este libro tienen las *Memorias para la historia de la poesía y de los poetas españoles* del **P. Martín Sarmiento** (1695-1772), que en forma desordenada recoge datos de mucho interés.

Figura muy simpática es la de **D. Tomás Antonio Sánchez** (1732-1789), el primero que comprendió la importancia de nuestros viejos poemas, de los que publicó cuatro volúmenes dedicados al Cantar de Mío Cid, Berceo, el Alexandre y el Arcipreste de Hita. Deben ser citados también el abate **Marchena**, poeta de inspiración en sus composiciones religiosas; el discutido pero indudablemente erudito comentarista del Quijote **D. Diego Clemencín** (1765-1834), y sobre todo **Don Bartolomé José Gallardo** (1776-1852) bibliófilo insaciable y apasionado polemista, excelente poeta y autor de muchas obras, algunas tan notables como *El Crítico*. Sus papeles fueron recogidos y publicados por los señores Zarco del Valle y Sancho Rayón con el título de *Ensayo de una biblioteca de libros raros y curiosos*, prestando así un servicio inapreciable a la bibliografía y a la investigación literaria ⁽¹⁾.

Excepcional importancia corresponde a la figura de **Ignacio de Luzán** (1702-1754) por la importancia de su *Poética* y la influencia que ejerció en la literatura española. Luzán que había vivido 17 años en Italia se inspira más en los tratadistas italianos que en Boileau, y es un reformador tímido, pues aunque defiende las tres famosas unidades alaba algo a nuestros grandes dramaturgos. La segunda edición de la *Poética*, publicada después de muerto su autor, es más radical y menos tímida.

Como estético tiene importancia el **P. Esteban Arteaga**, de Madrid, por sus *Investigaciones filosóficas sobre la belleza ideal considerada como objeto de todas las artes de imitación* (1789) en que aparece

(1) Recientemente han publicado dos notables estudios, aunque de carácter muy distinto, sobre Gallardo, los señores D. Juan Marqués Merchán y D. Pedro Sáinz Rodríguez.

como precursor de la teoría wagneriana sobre el drama musical.

Todavía merece estima el *Teatro histórico-crítico de la elocuencia española*, colección diestramente seleccionada por **D. Antonio Capmany** (1742-1813), autor también de una *Filosofía de la elocuencia*. En cambio perdió toda la autoridad de que antes disfrutaba el minucioso *Arte de hablar en prosa y verso* de **Don José Mamerto Gómez de Hermosilla** (1771-1837), espíritu seco y que no comprende el alto valor de la poesía popular.

Entre los filósofos, además de **D. Juan de Iriarte** (1702-1771), tío del fabulista D. Tomás, buen latinista que colaboró en el *Diario de los literatos* y escribió las *Disertaciones gramaticales*, hay que citar al portentoso lingüista **P. Lorenzo Hervás y Panduro** (1735-1809), conocedor de innumerables idiomas que hecha la base de los estudios de gramática comparada en su *Catálogo de las lenguas conocidas*.

La historia en este siglo adquiere un carácter marcadamente científico e investigador. Entre los historiadores y arqueólogos citaremos a **Berganza**, autor de las *Antigüedades de España*; al **P. Enrique Florez** (1701-1773), que publica 24 volúmenes de la *España Sagrada*, obra monumental de erudición continuada por los Padres Risco y La Canal; **Andrés Burriel**, **D. Rafael de Floranes**, **Sempere Guarinos**, el arabista **Conde** y otros. Una *Historia crítica de España* muy discutida publicó el jesuita **Masdeu**, en donde la reacción va demasiado lejos y pretende negar cuanto tiene sabor tradicional y legendario aunque haya tenido realidad histórica.

En lugar aparte merecen mención **Don Eugenio de Llaguno** y **Don Agustín Cean Bermúdez**. La obra del primero *Viaje literario a las iglesias de España*, fué publicada después de su muerte por el segundo, que la utilizó para su conocido *Catálogo de los más ilustres profesores de las bellas Artes en España*. Ambas obras han sido explotadas por cuantos se han dedicado al estudio histórico de las Artes.

En la literatura jurídica sobresale **Martínez Marina**, y en obras de muy diverso carácter el médico **Andrés Piquer**.

Escritor importantísimo es **Fray Benito Jerónimo Feijoo** (1676-1764), de Orense, hombre de extensa y variada cultura que escribe numerosas disertaciones sobre asuntos muy diversos, publicadas en los 8 volúmenes de su *Teatro crítico* y en los 5 de sus *Cartas eruditas*. Su indiscutible ortodoxia le permitió salir siempre victorioso de los ataques que padeció por su deseo de depurar los errores tradicionales. Pero el saber de Feijoo se impuso a todos y Carlos III prohibió que se continuara escribiendo para atacar sus obras. Entre sus defensores—que también los tuvo—están el P. Isla y sobre todo el P. Sarmiento.

EVOLUCIÓN LITERARIA AL FINAL DEL SIGLO XVIII

La lírica.—Al final del siglo XVIII y principio del XIX hay un nuevo desarrollo de la poesía lírica, floreciendo gran número de poetas, muchos de los cuales llegan a la época romántica aunque por su estilo pertenecen más propiamente al siglo XVIII. Se acostumbra a hablar de un renacimiento de las escuelas salmantina y sevillana, aunque en realidad no se trata de una resurrección del antiguo espíritu poético, sino de núcleos literarios compuestos por poetas que nacieron o habitaron en Salamanca y en Sevilla.

Meléndez Valdés.—Amigo de Cadalso y maestro de buen número de estos poetas, entre ellos de algunos tan famosos como Quintana y Nicasio Gallego, fué el magistrado **Meléndez Valdés** (1754-1817), que alcanzó gran fama en su tiempo como poeta, aunque como autor dramático no consiguiera el triunfo con su comedia *Las bodas de Camacho*. Meléndez es un poeta dulce, suave, un tanto afectado que compuso numerosas poesías eróticas y anacreónticas, aunque después tuvo inspiración más alta. Escribió compo-

siciones de indudable valor, como la oda titulada *La gloria de las artes*, pero es más conocido como bucólico. No falta en sus poesías bucólicas sentimiento de la naturaleza, aunque en ellas subsista el artificio del género, y agradan siempre por la elegancia y blandura de la versificación.

Discípulo de Meléndez fué **Nicasio Alvarez de Cienfuegos** (1764-1809), autor de obras dramáticas, pero más notable como poeta lírico que prelude en ciertos detalles la revolución romántica, sobre todo en el desorden, reñido con la detenida composición de los clásicos. Su vocabulario es a veces incorrecto por el uso no siempre afortunado de neologismos. Entre sus mejores composiciones están las tituladas *Un amante al partir su amada*, *El Otoño* y *La Primavera*.

A la llamada escuela salmantina pertenecen **Fr. Diego González** (1733-1774) y **José Iglesias de la Casa** (1748-1771) poetas algo anteriores a Meléndez, de los cuales el primero es principalmente recordado por su *insectiva* titulada *El murciélago alevoso*, composición gallardamente escrita, con abundancia y movimiento. *Iglesias* es un poeta fácil que se distingue en las composiciones ligeras, como las anacreónticas (género que cultivarán después entre otros Cadalso y Meléndez Valdés), los epigramas y las letrillas de las cuales es modelo la que empieza *¿Vés aquel señor graduado?*

Quintana.—Un gran poeta cuya labor artística se escapa a estos estrechos conceptos de escuela alcanzando verdadero carácter nacional y hasta humano, es **D. Manuel José Quintana** (1772-1857), madrileño ⁽¹⁾

(1) Quintana estudió en Madrid, Córdoba y Salamanca, e inflamado su patriotismo con la invasión napoleónica, cooperó al buen éxito de la guerra de la Independencia como secretario de la Junta Central, e interviniendo activamente en las Cortes de Cádiz. Le premió Fernando VII encarcelándole en 1812, como defensor del sistema constitucional, pero conseguida la libertad al cabo de largo tiempo, ocupó cargos importantes siendo al final de su vida coronado por mano de Isabel II en el palacio del Senado. Al cenir la reina—de quien el poeta había sido ayo—

figura relevante en nuestras letras y en la historia de nuestra patria. Algunos han discutido su mérito sin tener en cuenta que Quintana no puede ser juzgado friamente, sino en el marco de su época y dentro del ambiente en que se desenvolvió su vida. Empezó como discípulo de Meléndez, pero pronto adquiere personalidad relevante, cuando inflamado su patriotismo después de la memorable jornada del 2 de Mayo al ver cómo los soldados de Napoleón

obedeciendo en torpe vasallaje
al planeta de muerte que los guía,
trocaron en horror el hospedaje
y la amistad en servidumbre impía,

escribe sus poesías rebosantes de indignación y amor a la patria, *Al armamento de las provincias españolas*, y *A España, después de los acontecimientos de Marzo*, que son joyas de nuestra lírica. También pueden contarse entre sus mejores composiciones las dedicadas *A la expedición española que propagó la vacuna en América*, en la que no faltan acentos de ternura, y *A la invención de la imprenta*, en donde encuentra asuntos muy apropiados para el carácter de sus ideales de progreso y humanitarismo, y las odas *A Trafalgar*, en la que expresa la idea del patriotismo conciliable con el reconocimiento de la valía del adversario, y *Al mar*, y la poesía *El panteón del Escorial*, que por el tono puede considerarse dentro del romanticismo, pero influida con exceso por el sectarismo político.

Quintana es un poeta vibrante y apasionado, de

en las sienes de Quintana la corona de oro, que había sido costeada por suscripción popular, dijo: «Yo me asocio a este homenaje en nombre de la Patria como reina, en nombre de las letras como discípula». Quintana murió el mismo día que cumplía 85 años, el 11 de Marzo de 1857.

potente y vigorosa inspiración, que abunda en rasgos sublimes y frases grandilocuentes.

Es cierto que la poesía de Quintana es frecuentemente oratoria en verso, a lo cual contribuye su costumbre de escribir sus composiciones en prosa para revestirlas después del metro y de la rima. Por esto ha sido censurado, sin advertir que el mismo procedimiento utilizaron otros poetas, entre ellos Racine, y sobre todo, que a los escritores no hemos de preguntarles el procedimiento que utilizan para componer sus obras, sino exigirles que en estas haya resplandores de belleza. Y los hay, indudablemente, en las poesías de Quintana, que además están muy a tono con la ocasión para que fueron escritas, pues ni Tirteo hubiera podido entonar sus cantos de guerra acompañado de dulces músicas pastoriles, sino de la ruda trompa bélica, ni a la apasionada poesía de Quintana servían los dulces y melodiosos acentos de Meléndez, buenos para cantar al pastor Batilo.

Quintana hizo representar con éxito dos obras dramáticas, *El duque de Viseo* y *Pelayo*; recoge con criterio más artístico que científico joyas de nuestra lírica en su *Colección de poesías selectas castellanas*, a las que precede un prólogo en prosa con interesantes observaciones críticas, y es, además, prosista de los mejores en sus *Vidas de españoles célebres* y en sus *Cartas a Lord Hollard*.

Amigo de Quintana fué **D. Juan Nicasio Gallego** (1777-1853), sacerdote, natural de Zamora. De él se conocen escasas poesías, que se distinguen por lo cuidadoso de la forma, en la que no se advierte apresuramiento alguno, sino el continuado ejercicio de la lima. Tiene sentimiento, abunda en escogidas imágenes, pero lo que gana en detalles retóricos lo pierde en naturalidad. De todos modos es un gran poeta que con extraordinaria corrección y brío canta asuntos heroicos en la oda *A la defensa de Buenos Aires* y la elegía *Al 2 de Mayo*, su mejor composición, y temas particulares en sus elegías *A la muerte de la Duquesa*

de Frias (que fué cantada por varios poetas), y *A la muerte de D.^a Isabel de Braganza* ⁽¹⁾.

Como prosista debe recordarse la excelente traducción de la novela *Los novios*, de Alejandro Manzoni.

Del núcleo de *poetas sevillanos* se destacan Arjona, Reinoso, Blanco White y D. Alberto Lista.

D. Manuel María de Arjona (1771-1820), escribió muchas composiciones de muy distinto carácter, patrióticas, religiosas, amorosas y pastoriles, que valen más que su poema *Las ruinas de Roma*, pero sobre todo se distingue como intérprete de Horacio empapado del espíritu y de la letra del original. En cambio, más que las composiciones líricas de **D. Félix José Reinoso** (1772-1841), vale el canto épico *La inocencia perdida* en octavas reales, que refiere el pecado primero de los hombres.

D. José María Blanco (1775-1841), que en inglés se firmaba *White*, sevillano, que murió en Inglaterra, no dejó muchas poesías, pero las que de él quedan, sobre todo *Una tormenta nocturna en alta mar* y *La voluntariedad y el deseo resignado*, le acreditan de poeta de valiente inspiración ⁽²⁾.

(1) La corrección de Nicasio Gallego es admirable. El Marqués de Valmar, en su magistral historia de la poesía lírica en el siglo XVIII, publicada al frente del vol. 68 de la Bib. de A. E. sólo puede censurar un verso: «el espantoso obús lanzando estragos», al cual tachó de impropiidad. Nicasio Gallego es un clásico por el exquisito cuidado de la forma. El Marqués de Valmar, en la obra citada publica una carta dirigida a él por Nicasio Gallego, en la que censura el movimiento romántico y, sobre todo, la novela de V. Hugo *Nuestra Señora de París*.

(2) La más célebre composición de White es su soneto en inglés conocido por la traducción del poeta americano D. Rafael Pombo, y que dice así:

Al ver la noche Adán por vez primera
Que iba borrando y apagando el mundo,
Crevó que, al par del astro moribundo,
La creación agonizaba entera.

Mas luego, al ver lumbrera tras lumbrera,
Dulce brotar y hervir en un segundo,
Universo sin fin... vuelto en profundo

Mayor importancia que los anteriores tiene **D. Alberto Lista** (1775-1848), de Sevilla ⁽¹⁾, autor de muchas composiciones, cultiva el romance, imita a Meléndez en la poesía bucólica y traduce o imita también a varios poetas extranjeros, entre ellos a Horacio, pues era un buen conocedor de la antigüedad. En el *Cantar de los Cantares* se inspira para sus poesías religiosas *El canto del esposo* y *El sacrificio de la esposa*, pero, sobre todo, es admirable su oda *A la muerte de Jesús*, modelo de inspiración, de elegancia y de sentimiento. También es notable la oda filosófica *Al triunfo de la tolerancia*.

Pero aun siendo Lista un buen poeta, correcto, elegante, ni excesivamente ampuloso ni conciso hasta lindar con la sequedad, es aún más notable por su influencia en la juventud, ya por sus libros teóricos ⁽²⁾, ya por su labor pedagógica directa, favoreciendo el eclecticismo de que hacía gala al surgimiento de los poetas románticos, alguno de los cuales, como Espronceda, fué su discípulo.

Otros poetas.—Otros muchos poetas de menor importancia florecieron al final del siglo XVIII y en la

Pasmo de gratitud, ora y espera.
Un sol velaba mil; fué un nuevo Oriente
Su ocaso, y pronto aquella luz dormida
Despertó al mismo Adán pura y fulgente.
... ¿Por qué la muerte al ánimo intimida?
Si así engaña la luz tan dulcemente,
¿Por qué no ha de engañar también la vida?

(1) Murió en su ciudad natal y fué enterrado después de solemnes funerales en la iglesia de la Universidad Hispalense. Fué sacerdote y profesor de matemáticas en Sevilla, Cádiz y otras poblaciones.

(2) Los *Ensayos literarios y críticos* de Lista, Sevilla, 1844, 2 vols., tratan de temas muy variados con fino y discreción. Versan unos sobre temas de Estética, como los referentes a la belleza, lo sublime y el principio de imitación; otros sobre asuntos de preceptiva (el lenguaje poético); varios, muy interesantes sobre el teatro español, francés e inglés, sobre Tirso, Rojas, Vélez, Alarcón, Cañizares, Zamora, Calderón, Comella; acerca de escritores clasicistas como Moratín, o sobre la nueva escuela literaria, en los que tratan de «el romanticismo» y de grandes poetas románticos como Espronceda y Zorrilla.

primera mitad del XIX; algunos alcanzan la revolución romántica, pero no forman entre sus prosélitos. Entre ellos están **Vargas Ponce** (1760-1821), famoso por su sátira en octavas *Proclama de un solterón* ⁽¹⁾. **Don Juan. Bautista Arriaza** (1770-1837), autor de poesías patrióticas; **D. Juan M. Maury** (1772-1845), habilísimo versificador y traductor de nuestras joyas líricas al francés en su colección *L'Espagne poetique*; el traductor de Horacio **D. Javier de Burgos** (1778-1848); el excelente poeta **Dionisio Solís** (1774-1834); el bibliófilo **Gallardo** cuya letrilla amorosa *Blanca Flor* es joya delicadísima, romántica por la inspiración aunque sea la forma de un irreprochable clasicismo; el **Duque de Frías** y su amigo **Martínez de la Rosa**, a quien estudiaremos entre los románticos. Hubo otros muchos poetas estimables como el granadino **Ramón Roca**. ⁽²⁾

En lugar aparte hay que citar al catalán **D. Manuel de Cabanyes** (1808-1833), espíritu eminentemente clásico, con un clasicismo que no significa sometimiento a arbitrarios dogmas artísticos, sino marcado en su temperamento de poeta. Se inspira en Horacio y en Fr. Luis de León, y es un autor perfecto, delicado, que maneja hábilmente el verso suelto y del que siempre será recordada su composición *La independencia de la poesía*.

El Teatro. Triunfo del pseudoclasicismo.— **D. Leandro Fernández de Moratín** (1760-1828), madrileño, hijo de D. Nicolás, es el que al fin consigue el triunfo del teatro pseudoclásico. Escritor discreto, fino y mesurado no tiene arranques vigorosos, pero sí perfección métrica en sus poesías líricas de corte clásico. Tiene sonetos, romances, odas y epístolas y algunos de sus

(1) Contestó a esta sátira D.^a *Micaela de Silva*, en su composición *Un novio a pedir de boca*.

(2) Vivía en Méjico hacia 1820.

epigramas se recuerdan por todos. Dedicó una *Silva* a Goya, que pintó su retrato, «asociando su gloria al nombre mío», según dice Moratín.

Como dramaturgo se inspira en Molière, a quien traduce ⁽¹⁾, y escribe tres comedias en verso, *El yiejo y la niña*, *El Barón* y *La Mogigata*, para abandonar el verso por la prosa y escribir sus dos obras maestras, la admirable sátira literaria *La Comedia Nueva* o *El café* y *El sí de las niñas*, fina sátira social.

Sátira literaria también es su opúsculo en prosa *La derrota de los pedantes*. Sus *Orígenes del teatro español* tienen erudición apreciable. Al final de su vida describió su *Viaje a Italia* con frialdad que no sabe reflejar las emociones recibidas en la contemplación de los tesoros artísticos italianos.

Se considera ordinariamente a Moratín como un esclavo servidor de las reglas dramáticas del pseudo-clasicismo las cuales elevó a cánones fundamentales, y de aquí se ha pasado a estimarle como decidido enemigo de nuestro teatro clásico; y aunque esto, en gran parte sea verdad, no puede olvidarse que frecuentemente elogia y alaba a Calderón, y que limita la eficacia de las reglas en la composición de las obras de arte, hasta el extremo de afirmar en su traducción del *Hamlet* que «el ingenio es lo más en las obras de ingenio». Lo que ocurre es que la decadencia del teatro era tan grande, las extravagancias y las deformidades tan enormes, que un espíritu exquisito no podía transigir con ellas, originando una reacción quizá estrecha, pero en aquella época saludable, porque sirvió para contener y limitar los extravíos del mal gusto.

(1) Traduce en prosa, de Molière *El médico a palos* y *La escuela de los maridos* y de Shakespeare el *Hamlet*.

En este sentido la sátira culta y urbana en la forma, pero dura y violenta en el fondo de Moratín, contribuyó con las obras de Luzán y de Jorge Pitillas y las publicaciones de la Real Academia Española a encauzar y dirigir rectamente nuestra producción literaria.

La prosa.—**Don Gaspar Melchor de Jovellanos** (1744-1810) natural de Gijón y famoso jurisconsulto, es tal vez el mejor prosista de la época, elegante autor de discursos y memorias ⁽¹⁾. Sus dos principales obras son la *Defensa de la Junta Central* y el *Informe sobre la ley agraria*. Escribió además una tragedia en verso, „*Pelayo*, y *El delincuente honrado*, comedia en prosa. Como poeta se le coloca entre los de la escuela salmantina; tiene gran variedad y son de sus mejores composiciones las dos epístolas satíricas *A Arnesto*.

Todas estas obras prueban su extensa y variada cultura que manifestó en castizo lenguaje y correcto estilo; pero más todavía es de admirar la energía de su pensamiento, de la que dió prueba principalmente en su famoso *Informe sobre la ley Agraria*, base de una revolución económica y obra que tiene hoy todavía mucho que leer y que admirar.

La oratoria.—En el siglo XVIII la oratoria por lo general carece de mérito, cuando no incurre en las extravagancias censuradas por el P. Isla. Sin embargo, en la oratoria forense brillan **Meléndez Valdés** y **Jovellanos**, ilustres jurisconsultos, que añaden un mérito más a su labor artística.

La oratoria poética florece en 1812 con motivo de las célebres Cortes de Cádiz, pues el sistema constitu-

(1) Sus ideas estéticas pueden deducirse de alguno de sus escritos como el *Elogio de Ventura Rodríguez* y el *Elogio de las bellas Artes*. Exaltación de la figura de Jovellanos, como patriota es el ensayo dramático *Jovellanos*, de José R. Carracedo, Madrid 1893.

cional favorece más el desarrollo de la oratoria política, que la monarquía absoluta. Los más famosos oradores de aquellas históricas sesiones son el extremeño **Don Diego Muñoz Torrero** (1761-1829), de oratoria serena y reposada, firme de pensamiento y sólido en la argumentación; **Don Pedro de Inguanzo y Rivero** († 1836); **Don Agustín Argüelles** (1776-1844), llamado el divino por su cálida y ciceroniana elocuencia, y el **Conde de Toreno** (1786-1843), notable también como historiador.

CAPÍTULO XXIV

EL SIGLO XVIII EN ALEMANIA

Lessing.—Alemania en este siglo ha de ser la iniciadora del movimiento romántico y posee una literatura de excepcional importancia. El que determinó este florecimiento dando a la literatura mayor amplitud que la que consentían los cánones pseudoclásicos, es **Gotthold Efraim Lessing** (1729-1781), que escribió notables obras dramáticas, pero que es mucho más importante como crítico. ⁽¹⁾

Lessing es el verbo de la crítica hecho carne. Hombre de extraordinario talento, rehabilitó los teatros inglés y español, y en su *Drámaturgia* dió la exacta interpretación de la Poética aristotélica, destruyendo el pseudoclasicismo de Boileau. Menéndez y Pelayo dice que Lessing fué para Francia una especie de

(1) Nació en Camenz en 1729. Hijo de un pastor protestante, pronto se distinguió por su aplicación y talento. Se trasladó a Berlín y más tarde a Breslau, en donde fué secretario del gobernador. Llamado a Hamburgo, publicó su «*Drámaturgia hamburguesa*» reformando el teatro de esta ciudad. Murió en 1781 en su retiro de Wonfenbüttel.

Arminio de la edad moderna, y aunque le somos deudores de la rehabilitación de nuestro teatro clásico, la *Drámaturgia* es muy poco conocida entre nosotros.

De gran interés crítico es también el *Laoconte*, interesantísimo trabajo que tiene por punto de partida el estudio de la expresión del dolor en el célebre grupo escultórico de este nombre, de donde pasa Lessing a considerar otras cuestiones estéticas y literarias relacionadas con los límites de la pintura y de la poesía, de gran influencia en la mayor parte de los estéticos que le siguieron. En las *Cartas* trata de diversos temas de arte y de literatura, siempre con gran agudeza crítica.

Los poetas.—Contemporáneo de Lessing fué el gran poeta **Klopstock** (1724-1803) inspirado lírico y autor también de obras teatrales. Pero su nombre queda como el de un afortunado cantor de la pasión de Jesucristo en su poema épico *La Mesíada*, en que siempre hay profundo sentimiento religioso y a veces magníficos rasgos sublimes.

Se recuerda también al poeta **Bürger** (1747-1794), que es el creador en Alemania del popularísimo género de la balada: al suizo **Gessner** (1730-1787), cuyos idilios pueden incluirse entre las más afectadas producciones y al amigo de Goethe **Wieland** (1733-1813), hombre de gran cultura clásica que escribió muchas obras, entre ellas el poema épico *Oberón*.

Los mayores poetas alemanes son Goethe y Schiller, aunque algunos ponen al lado suyo a Klopstock.

Juan Wolfgang Goethe (1749-1832) fué hombre de extraordinaria cultura, no sólo literaria sino también científica. ⁽¹⁾

(1) Nació en Francfort en 1749 y murió en Weimar en 1832. Estudió jurisprudencia en Estrasburgo en donde vivió un poema de amores campesinos con Federica, cuyo recuerdo persistió en él siempre, siendo como centro ideal de las figu-

Conocedor de la poesía oriental (recuérdese su famoso *Diván*), de las literaturas clásicas, de la española (era un admirador fervoroso de Cervantes y Calderón), es un poeta en que a una extraordinaria perfección de forma y a un amor a la belleza digno de un espíritu helénico, se unen inquietudes de renovador que dan origen en la poesía al romanticismo filosófico.

Entre sus numerosas obras hay que citar, además del drama histórico *Goetz von Berlichingen*, en que presenta una figura tradicional alemana, y del poema *Herman y Dorotea*, encantador idilio que es una de sus más perfectas producciones, sus poesías líricas—en que imita a veces las baladas nacionales, conservando su fondo de imprecisa melancolía—y su novela *Werther*, en que se analiza con tanto vigor poético una desgraciada pasión que ha ejercido una perniciosa influencia social.

La obra de toda su vida—aunque tal vez no sea la más perfecta—es el poema épico-filosófico *Fausto*, cuya elaboración fué muy lenta; no hay en él unidad de metro, llegando a emplear la prosa en algún pasaje, en lo que se aparta de lo acostumbrado en los siglos anteriores. Ha ejercido este poema influencia en todas las literaturas, y en España inspiró a Espronceda «El Diablo Mundo»; Gounod con su famosa ópera, encanto de todas las almas poéticas, ha popularizado algún episodio del «Fausto».

Su asunto tiene cierta relación con el del drama de Calderón «El mágico prodigioso». El Dr. Fausto, que

ras de mujer creadas por su fantasía de poeta. Abandonando después los estudios jurídicos, vivió en Francfort y, por último, en Weimar dedicado a la poesía entre la admiración de todos y el aprecio de Federico II, lo cual hizo de él una especie de cultísimo dictador literario. Hallándose en Esfrut en 1808, Napoleón quiso conocerle, y, después de conversar con él, se arrancó la cruz de la Legión de Honor y la colocó en el pecho del poeta.

mediante un pacto con Mefistófeles—un demonio que argumenta filosóficamente—recobra la juventud perdida entre polvorientos infolios, conoce a Margarita, poética figura de un candor extraordinario. Pero el alma de Margarita—que muere en la cárcel—se salva, mientras Fausto queda retenido por Mefistófeles, su compañero de aventuras. El episodio de Margarita, que constituye la primera parte del poema, es lo que ha alcanzado mayor fama. La segunda parte, más difícil de entender, y que alguien ha calificado de «El Infausto», tiene, sin embargo, ciertos pasajes brillantísimos y algunas figuras—como la de Helena—creadas con gran acierto.

Publicó además Goethe, con el título de *Ficción y Verdad*, una gran obra autobiográfica.

Juan Federico Schiller (1759-1805) es el representante del romanticismo alemán en la dramática ⁽¹⁾. Su educación y sus estudios le inspiraron obras líricas de las que son las mejores las baladas. *El Canto de la campana* es la más famosa de sus composiciones de este género. En sus obras dramáticas, canta la libertad y ensalza el heroísmo. En *Los bandidos* intenta hacer simpáticos a los malhechores; en *María Stuardo* presenta con majestad la figura de la llamada por el P. Coloma reina mártir, y en *Guillermo Tell* y en *D. Carlos*, trata respectivamente, asuntos de la historia de Suiza y de España, falseando en este último los hechos y los caracteres de los personajes.

Hoy las investigaciones históricas han iluminado las sombras que entenebrecían el problema histórico de las relaciones de Felipe II con su hijo Carlos, y han hecho que no tenga su misterio

(1) *Schiller* nació en Marbach en 1759, y murió en Weimar en 1805. Estudió las lenguas y literaturas clásicas y abandonó la vida militar, a la cual no tenía afición. Su amistad con Goethe le llevó a una cátedra de historia en la Universidad de Jena.

sa muerte otro valor que el de una mal intencionada leyenda mientras convertía al mancebo atrevido y generoso que nos pinta Schiller, en un joven con indudable anormalidad mental. Esto no disminuye el valor de la obra del poeta alemán (que no es la mejor suya, aunque tenga especial interés para nosotros), pues hay en ella una figura trazada con simpatía y acierto, y en la que hay algún fundamento histórico, aunque esté desfigurado el título nobiliario; nos referimos al Marqués de Posa, que aunque aparece en el drama como confidente del príncipe, viene a ser el verdadero protagonista. Su muerte—el pasaje de más intensidad—tiene su origen en la muerte de algún noble luterano por orden de Felipe II; aunque se han dado varios nombres no se ha podido llegar a una conclusión definitiva.

La obra, como todas las de Schiller, tiene trozos de gran elocuencia; su autor por ello, por haber fijado la versificación dramática, por su arte consciente y bien intencionado (véanse los extensos prefacios de sus obras), merece el título de creador del teatro alemán.

Además Schiller escribió en prosa obras históricas y filosóficas, siendo particularmente interesantes sus doctrinas estéticas.

Los filósofos.—En este siglo alcanzan importancia también los estudios filosóficos que tan enorme desarrollo han de tener en el siguiente. Citaremos aquí los nombres de **Manuel Kant** (1724-1804), filósofo que fundamenta sus teorías en la crítica del conocimiento y que tiene importancia por sus ideas estéticas; **Juan Godofredo Herder** (1744-1803), discípulo del anterior, notable poeta y conocedor de las literaturas extranjeras, y creador de la filosofía de la historia ⁽¹⁾, y **Juan Golieb Fichte** (1762-1814), pensador cuya doctrina es eminentemente subjetiva, pero que fué más popular por sus patrióticos alegatos de la época en que ocuparon Alemania los ejércitos napoleónicos.

(1) En su obra *Ideas sobre la filosofía de la historia*. Herder populariza en Alemania la leyenda del Cid, aunque la tomó de la literatura francesa y no de la española. Además, influye en Goethe, que le conoció en Estrasburgo.

CUARTA PARTE

EDAD CONTEMPORÁNEA

CAPÍTULO XXV

LAS LITERATURAS ALEMANA E INGLESA EN EL SIGLO XIX

El romanticismo. Sus tendencias.—Desacreditada la doctrina pseudoclásica, cuyo corifeo fué Boileau, por natural reacción artística se rompen todas las reglas y trabas que aquella tendencia pretendía imponer, para volver a una gran libertad en el arte. La reacción trajo algunos excesos, pero fué en todas partes fructífera. En el romanticismo se presentan dos direcciones; la filosófica y la histórica; en ésta, la atención se fija preferentemente en la Edad Media, tan despreciada por los neo-clásicos, (y así en arquitectura hay un renacimiento del arte ojival), contribuyendo a ello los trabajos de Winckelmann en Alemania, Ruskin en Inglaterra y Viollet le Duc en Francia.

Literatura alemana. Poetas.—Alemania, que poseyó la gran figura del eminente crítico Lessing, va al frente de esta revolución artística. Schiller puede catalogarse entre los románticos, y después de él hay figuras estimables como **Luis Tieck** (1773-1853), notable poeta y traductor del Quijote y **Teodoro Koerner** (1792-1813), autor de inspiradas composiciones patrióticas. Mayor fama que estos consiguió **Luis Uhland**

(1787-1862), uno de los poetas alemanes que componen mejores baladas, con sencillez y melancolía. Excelente lírico de inspiración cristiana es **Eichendorff** (1788-1857), que también cultivó la novela; pero mayor fama que él y que todos los anteriores consiguió, fuera de su país, **Enrique Heine** (1799-1856), pues este célebre humorista alemán, es uno de los escritores más influyentes en todas las literaturas. Espíritu muy complejo, hay en sus obras una mezcla de afirmaciones y de negaciones que hacen muy difícil su análisis.

Heine ha influido mucho en nuestros poetas, sobre todo en Campoamor y Bécquer, pero no tanto que las composiciones de este último carezcan de originalidad; por esto es injusto el calificativo de «suspirillos germánicos» que alguien dió a las obras del poeta sevillano. Heine es humorístico y demoledor; Bécquer, triste y apasionado. Sólo se parecen en la brevedad de sus poesías, y esto ni siquiera es regla que quede sin infringir siempre. En el *Intermezzo* es en donde alcanza Heine mayor intensidad lírica.

En sus obras en prosa vierte, como en sus versos, toda la amargura de su espíritu, cruelmente burlón. Ni Alemania ni Francia misma se libran de su sátira, que a veces no es sino la sátira del buen sentido, que se expresa sin temor y sin velos retóricos. En los *Cuadros de viaje* no es escritor objetivo, y hay mucho de lírico en la subjetividad de la narración.

En la **dramática** pueden colocarse los nombres de bastantes poetas, algunos como Uhland más sobresalientes como líricos. Autor dramático de genio es **Francisco Grillparzer** (1791-1872), en el que se advierte la influencia del teatro español de los siglos de oro; aunque se inspiró principalmente en Lope, su obra más famosa *El sueño es vida*, está imitada de una

de las obras más célebres de Calderón de la Barca. Dramaturgo de importancia también es **Hebbel** autor de muchas obras, entre ellas de *María Magdalena* y *Judith*. **Ricardo Wagner** (1813-1883), eminente músico y autor de libros en donde expone sus ideas estéticas, es el creador del drama musical en sus obras inspiradas en las leyendas de su país.

Los dos más famosos cultivadores del teatro alemán contemporáneo son **Hauptman**, de tendencia naturalista, social y simbólica, y **Sudermann** que cultiva el llamado teatro *de ideas*.

La prosa.—La novela en esta época es cultivada por bastantes escritores, entre ellos **Innermann**, que también fué autor dramático. Pero han conseguido mayor popularidad los cuentistas.

Un narrador extraordinario es **Hoffmann** (1776-1822), que escribió novelas históricas, pero que debe su fama a sus narraciones breves.

Las ediciones que se han hecho de los *Cuentos fantásticos*, nos prueban su importancia. Dotado su autor de una imaginación calenturienta y desordenada, dió tal colorido a sus narraciones, que aun las tomadas de la vida real tienen un carácter maravilloso. En su vida y en su procedimiento artístico tiene grandes semejanzas con el cuentista norteamericano Edgardo Poe.

De carácter muy distinto son los cuentos de los hermanos **Grimm**, Guillermo Carlos y Luis Jacobo, (1786-1859 y 1785-1863), eruditos y filólogos alemanes.

Los hermanos Grimm tuvieron el buen gusto suficiente para apreciar los tesoros de poesía y el fin moral y didáctico que encerraban muchos de los cuentos que oralmente transmitía el pueblo alemán. De boca de éste los recogieron, formando la famosísima colección que se conoce en todo el mundo.

Los eruditos, investigadores y filósofos. — La labor de Alemania en el siglo XIX es inmensa en todas las disciplinas del saber humano. Los eruditos alemanes han transformado la ciencia moderna.

Aunque limitándonos a una apresurada enumeración, citaremos a los filósofos **Schelling** (1775-1854) que se aparta del subjetivismo de Fichte; **Schopenhauer** (1788-1860), que eleva el pesimismo a doctrina, y **Nietzsche** (1844-1900), genial y extraño pensador.

Entre los estéticos tienen importancia excepcional **Juan Pablo Richter** (1763-1825), estético del humorismo y de la tendencia romántica y el gran **Hegel** (1770-1814), cuya *Estética* es un colosal esfuerzo por sistematizar la actividad artística de la humanidad. Hay que recordar también a los hermanos **Augusto Guillermo** (1769-1845) y **Federico Schlegel** (1772-1829), eminentes críticos, autor el primero de una *Historia de la literatura antigua y moderna* y el segundo de un *Curso de literatura dramática*. Los alemanes llevan a la historia el espíritu científico con la investigación detallada y minuciosa. Se distinguen **Niebuhr** (1777-1831), **Mommsen** (1817-1903) que estudia el pueblo romano y **Curtius** (1814-1896) que no solo atiende a la historia del pueblo helénico, sino que publica una *Gramática griega*, hoy anticuada, pero que ha disciplinado muchas generaciones estudiantiles.

Además **Winckelmann** (1717-1768) en su *Historia del arte antiguo* crea la filosofía del Arte y el gran **Federico Díez** los estudios de gramática comparada.

Por último hay un nutrido grupo de hispanistas de los cuales recordaremos al barón **Adolfo Federico de Schack** que publica entre otras obras, *Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia* y la *Historia de la literatura y el arte dramático en España*, y el eruditísimo **Fernando Woef** por *Primavera y flor de romances y Estudios*.

LITERATURA INGLESA

Su carácter. — Aunque la literatura inglesa está dentro de la evolución romántica hay que advertir en ella la persistencia de su tradición literaria en novelistas como Dickens y Thackeray.

Poetas. — En la *lirica*, después de los poetas de la escuela *lakista*, o de los lagos, que se inspiran en la

naturaleza, de los cuales son los más famosos **Cole-ridge** (1772-1834) y **Wordsworth** (1770-1850), autor del poema filosófico *La Excursión*, aparece un brillante poeta cuya obra tiene gran resonancia fuera de su país: Lord Byron.

Jorge Noel Gordon Byron (1788-1825), fué originalísimo poeta, de audaz y atrevida concepción, manifestada en composiciones líricas de brillante forma y de inspiración pesimista y sombría. Pero sobre todo fué el menos inglés de los poetas; por el incansable espíritu aventurero, por el cálido entusiasmo, por el alma que ponía en sus versos, en los que siempre estaba todo él en una plenitud subjetiva, por el odio a los convencionalismos de su país y por el amor a una amplísima independencia, hasta el punto de que el espíritu de Byron es el protagonista de todos sus poemas, es el más latino de todos los poetas ingleses y es simbólico que repose bajo la misma tierra que Safo y que Píndaro.

Fué, además de lírico y épico, autor dramático, y entre sus poemas hay que recordar las *Melodías hebraicas*, *Childe Harold* y *Don Juan*, en donde da una interpretación personal a la leyenda española.

En la primera mitad del siglo XIX su influencia fué muy grande: le dieron a conocer en España los emigrados políticos, como a Walter Scott, y Espronceda le imitó muchas veces, y sobre todo encontró en él un modelo que se asimiló fácilmente por existir entre ellos grandes coincidencias en temperamento artístico.

Otros poetas. — Amigo de Byron fué **Shelley** (1792-1822), autor de *La Reina Mab*, que también vivió fuera de Inglaterra. Son notables **Juan Keast** (1795-1821), poeta de verdadera inspiración, y el irlandés **Tomás Moore** (1780-1852), que canta con vibrante patriotismo los ideales de su país en las *Melodías irlandesas*.

Conventry Patmore (1823-1896) es un escritor amoroso que tiene mucho de místico en las odas tituladas *El desconocido Eros*.

Dante Gabriel Rosetti (1828-1882), hijo de un emigrado italiano que como pintor pertenece a la escuela prerrafaelista, es exce-

lente poeta, al que tal vez supere su hermana **Cristina Rossetti** (1834-1894), que fué monja y escribió muchas poesías sobresaliendo en los sonetos.

Como poeta inglés contemporáneo podemos citar a **Tennyson** (1801-1892), que se distingue por la ternura y delicadeza con que trata los asuntos y por las bellezas de la elocución externa. Son célebres sus *Idilios del rey* de carácter épico caballeresco y sus composiciones líricas, en las cuales canta las excelencias de la virtud y del amor ideal.

La novela.—La novela histórica, de la que hay en España precedentes tan importantes como «Las guerras civiles de Granada», de Ginés Pérez de Hita, llega a la categoría de género hecho, popular, de influencia extraordinaria al ser cultivada por el escocés **Walter Scott** (1771-1832), que abandonó los estudios jurídicos y el cultivo de la lírica para dedicarse a la novela. Arruinado por la quiebra de un editor, las obras producidas en su última época se resienten del apresuramiento con que fueron concebidas y escritas.

Sus profundos conocimientos le permiten unir a la viveza de la descripción artística la exactitud del inventario arqueológico, dando a sus obras la grandiosidad de la historia y el interés de la novela.

Sus narraciones interesan siempre, a pesar de la lentitud con que suelen desarrollarse los acontecimientos, y aunque la crítica ha señalado algunos errores históricos en sus reconstituciones novelescas de tiempos pasados, éstos son inevitables siempre si se tiene en cuenta la transformación de las ciencias históricas por la paciente labor de los eruditos. Pero como novelista es Walter Scott un habilísimo narrador que triunfa plenamente en el género novelesco, predilecto de los lectores del romanticismo, aficiona-

dos a las romancescas evocaciones de la época medieval. En las obras de Scott hay que distinguir los personajes históricos de los imaginados; aquéllos suelen estar presentados hábilmente; éstos, que a veces son convencionales y sin profundidad psicológica, son con frecuencia escoceses, pues Scott era un enamorado de su país, Escocia, al que canta en el más famoso de sus poemas, *La Virgen del Lago*.

De las mejores son *Ivanhoe*, *Rob-Roy*, *Los Puritanos de Escocia* y *Quintín Durward*, aparte de las que componen la serie *Waverley*. «Quintín Durward» es la historia de un joven escocés que logra abrirse paso en la corte de Luis XI de Francia. Uno de los pasajes más interesantes es el asalto de Lieja que había sido ocupado por el aventurero Guillermo de la Mark, por los soldados de Luis XI y el duque de Borgoña, Carlos el temerario.

La influencia de Scott fué enorme en todo el mundo. En España le imitaron entre otros Larra, Espronceda, Martínez de la Rosa, Castelar y Cánovas, sin conseguir acercarse a su modelo.

Las dos obras más perfectas de **Sir Eduardo Bulwer Lytton** (1803-1873) pertenecen al género en que tanto sobresalió Walter Scott; son las novelas históricas *Los últimos días de Pompeya* y *Rienzi* que, sobre todo la primera, aún continúan siendo muy leídas. No alcanza la misma perfección en sus restantes novelas, la mayor parte, como *Luz y sombras*, de muy distinta tendencia y ya muy lejanas del gusto moderno.

Bulwer Lytton cultivó también el teatro aunque en este género su influencia no fué tan grande. Su drama en cinco actos *Richelieu* ha sido traducido por nuestro gran dramaturgo Benavente.

Continúa la tradición de la novela inglesa un gran

escritor, **Carlos Dickens** (1812-1870), aunque con originalidad y bien marcada fisonomía.

Dickens, como escritor, entronca fácilmente con Oliverio Goldmith. Es sencillo, tierno, compasivo y humorista, sin humorismo flagelador y punzante, sino comprensivo y acariciador. Sin embargo, hay entre ellos la misma diferencia que entre el talento y el atisbo genial; y la semejanza no procede de imitación, sino de semejanza de temperamento. Observador penetrante y sagaz, retrató fielmente la sociedad contemporánea, satirizando suave y veladamente las injusticias sociales, que quiere reformar y corregir. Sus propósitos moralizadores y docentes, que brotan de los hechos mismos que narra, están sintetizados por Taine en estas palabras: «Todas las novelas de Dickens se resumen en una frase, y es esta: Sed buenos y amad».

Las aventuras de Pickwick, viaje de un sabio por Inglaterra, es tal vez su obra de más plenitud humorística. La ha traducido D. Benito Pérez Galdós.

En *La tienda de antigüedades* y *Oliverio Twist*, tal vez sus dos más famosas novelas, se advierte la simpatía y ternura del escritor hacia los niños, a quienes casi nadie ha comprendido como él.

Junto a Dickens se cita siempre a **Thackeray** (1811-1863), escritor muy inferior a él y aficionado en demasía a las disertaciones de carácter moralizador. Su obra más famosa es *La feria de las vanidades*.

María Ana Evans (1819-1880), que publicó sus obras con el pseudónimo de **Jorge Elliot**, es una escritora en la que todos convienen en censurar el exceso de intento moralizador y de tendencia docente; pero se alaba el espíritu optimista y el leve humorismo de su estilo. Entre sus novelas más estimables están *Adam Bede*, cuadros de la vida provinciana y *Silas Marner*. Más valor estético tienen las novelas de Isabel Cleghorn, de Gaskell (1810-1865), en

las que hay siempre fina observación y exquisita delicadeza: entre sus obras deben recordarse las tituladas *Mary Barton* y *Mi prima Filis*.

El teatro.—Fama extraordinaria ha alcanzado **Oscar Wilde** (1854-1900), que no es un genio literario, pero sí un ingenio que brilló en varias clases de composiciones abordando la lírica en sus poemas, la novela en la titulada *El retrato de Dorian Gray* y en los admirables cuentos de *La casa de las granadas*, y el teatro. Como autor dramático es como se afirma su personalidad. En francés escribió su famoso drama en un acto *Salomé*, que recorrió todo el mundo, pero valen más sus comedias de sociedad, finas, cultas, ingeniosas, en que combina la emoción con los atisbos psicológicos y el diálogo humorista y paradójico. De las mejores son: *El abanico de Lady Windermere* y *Un marido ideal*.

Oradores, didácticos y filósofos.—Como oradores sobresalen en esta época **O'Connell** (1775-1847), **Peel** (1788-1850) y **Gladstone** (1809-1898) entre muchos más que no pueden ser citados.

Como historiador sobresale **James Anthony Froude** (1818-1894), más notable por el estilo que por la exactitud de los datos. También fué historiador **Lord Macaulay** (1800-1859), que goza de fama universal, no por sus obras históricas sino por sus *Ensayos* que le acreditan de agudo y elegante crítico literario y social. Tampoco debe el escocés **Tomás Carlyle** su fama a su *Historia de la Revolución francesa*, por lo que tiene de libro histórico, sino por la originalidad y la constante paradoja del estilo. Carlyle es un gran escritor que expone con más libertad sus ideas en su historia del traje *Sastor resartus*.

Como estético tiene excepcional importancia **Jhon Ruskin** (1819-1900), defensor de las doctrinas prerrafaelistas y brillantísimo poeta en prosa en sus obras *Las siete lámparas de la Arquitectura*, *Las piedras de Venecia*, *Las mañanas de Florencia* y, sobre todo,

en las magníficas páginas de *Los pintores modernos (el paisaje)*, en donde muestra finísima percepción y gran profundidad estética.

Filósofos eminentes fueron **Stuart Mill** (1806-1873); **Heribert Spencer** (1820-1903) y el gran naturalista **Carlos Darwin** (1809-1882).

CAPÍTULO XXVI

LAS LITERATURAS ITALIANA, FRANCESA Y PORTUGUESA

EN EL SIGLO XIX

El romanticismo en Italia.—En Italia, como en toda Europa triunfa el romanticismo, que surge allí con marcado carácter patriótico, siendo los poetas alentadores del sentimiento de unidad que había de producir más adelante importantes acontecimientos en la historia.

Los poetas.—Carácter patriótico tiene en sus tragedias **Hugo Fóscolo** (1777-1827), que aparece como precursor del romanticismo, sobre todo por su famoso poema *Los sepulcros* de gran intensidad de sentimiento, y por su novela *Cartas de Jacopo Ortiz*, que siempre se compara con el *Werther* de Goethe.

Una de las figuras más eminentes de la literatura italiana moderna es la de **Alejandro Manzoni** (1785-1873). Representa este escritor el triunfo del romanticismo en Italia, unido a una corriente poderosa de espíritu patriótico, que hace triunfar a Manzoni en la famosísima oda *El cinco de Mayo*, mientras en sus *Himnos* da muestras de una recia inspiración religiosa.

Escribió obras muy diversas: tratados didácticos, dramas históricos de corte romántico como *El conde de Carmañola* y *Adelchi*, pero la obra que mayor renombre le ha proporcionado, ha sido la novela *Los novios*.

Publicada en 1825, nadie ha pretendido desde entonces discutir su mérito. Nacida en una época en que la novela histórica alcanzaba gran éxito, no fué la moda de un instante lo que la impuso, sino que quedó como algo de un valor estético perdurable. Críticos como Sainte Beuve afirmaron que Manzoni llegó a Walter Scott, aunque sean las de ambos dos fisonomías literarias de una distinción muy fácil.

Nada falta en «Los novios»: ni interés novelesco, ni habilidad en la trama, ni caracterización de los personajes, ni verdad en la reconstitución histórica. Aún dicen algunos que sobra algo de prueba documental.

Las dificultades que los torpes deseos de un noble ponen al matrimonio de dos campesinos, es el argumento de la obra. Lucía ha de huir a Milán y aún allí librarse de varias perversas asechanzas. En Milán la busca Lorenzo. Y logran unirse por fin, triunfando la vida sobre los cadáveres de que la peste de 1630 llenó la ciudad italiana, lo cual da motivo a las descripciones más perfectas de *I promessi sposi*.

La significación de Manzoni es muy grande, pero en un aspecto, en el de lírico le supera el gran **Jacobo Leopardi** (1798-1837), poeta de maravillosa inspiración.

Leopardi reunió tres condiciones que rara vez se ven unidas: un gran corazón, variedad de sentimientos y poderosa inteligencia, las cuales le permiten unir a la ciencia del humanista los laureles del poeta.

No es sólo—como se ha creído—el poeta del pesimismo desconsolador; hay en su alma sentimientos

La mayor personalidad de Italia entre los poetas contemporáneos es, con d'Annunzio, **Giosué Carducci** (1836-1908), que desarrolló una magnífica labor de erudito y maestro en su cátedra de la Universidad de Bolonia. Pero sobre todo es un poeta épico genial; poeta de su patria y de su tiempo, pero impregnado en la forma del clasicismo más puro. Su arte casi siempre es vigoroso y apasionado, aunque a veces, como en el exquisito *Idilio maremmano*, está lleno de dulzura y melancolía. Carducci es, además, un innovador que busca para la poesía nuevos rumbos.

Su *Himno a Satán*, inspirada protesta contra la actual organización social, originó vivas controversias, y en las *Odas bárbaras*, naturalizó en la moderna métrica los versos alcaico y sáfico. De sus pequeñas composiciones, ninguna tan notable como el soneto *El Buey*, que Garnett llama apoteosis del trabajo paciente.

En la literatura contemporánea se destaca con inusitado brío la gran figura de **Gabriel D'Annunzio** (nació 1864) bien conocido por sus recientes aventuras guerreras. Ha cultivado la lírica, la novela y el teatro, manifestándose siempre como un escritor conocedor admirable del idioma, que maneja con gran elegancia, con elocuencia pocas veces superada y abundando en imágenes brillantes. El simbolismo de sus concepciones a veces dificulta la comprensión de sus obras, en las que se señalan, sobre todo en las novelas, tendencias muy desemejantes. Ha publicado muchos volúmenes de poesías y bastantes obras novelescas y dramáticas. Las mejores son las novelas *Las vírgenes de las rocas* y *El fuego*, y las tragedias *Gioconda*, *Francesca de Rimini* y *La hija de Jorio*. En francés ha escrito la obra dramática titulada *El martirio de San Sebastián*.

Entre los *novelistas* sobresalen, además de D'Annunzio, **Giovanni Verga** (n. 1840) poco conocido en España, que reproduce con realismo admirable la vida en el país siciliano de donde es natural; **Salvador Farina** escritor delicado y sencillo que poetiza los afanes cotidianos en la narración titulada *¡Hijo mío!* y **Matilde Serao**.

Un autor dramático, **Gerolamo Rovetta** (1850-1910), autor del drama histórico *Romanticismo* y de *El rey burlón*, obra muy discutida, es también importante novelista, pudiendo citarse como modelo de obra afortunada en la observación psicológica, la novela de corte realista titulada *El ilustre Cantasirena*. Autores dramáticos son también **Enrico Butti**; **Giacosa**, autor de *Amores tristes*; **Bracco**, que escribe *Maternidad* y otras obras, y **Marco Praga**, que triunfa en *Las Vírgenes* y en *Crisis*. Estos escritores se inspiran principalmente en las doctrinas del naturalismo y en el teatro de Ibsen aunque tienen personalidad propia y definida.

La *historia* tiene un cultivador cuyo nombre ha recorrido el mundo en **César Cantú** (1807-1895), autor de obras muy voluminosas; es muy conocida su *Historia Universal* que no es lo mejor que escribió. Citaremos además a los estéticos **Gioberti** (1811-1852) y **Mario Pilo**; y a los penalistas **Lombroso** (1836-1909), **Garófalo** y **Ferri**, aunque sus doctrinas son ya inactuales.

En nuestra época, pensador originalísimo y elegante escritor es **Benedetto Croce**, que por muchos títulos merece ser recordado. Es autor, entre otras obras, de una *Estética* de la que hay traducción castellana; de *Problemas estéticos* y de estudios sobre la corte literaria de Alfonso V en Nápoles, y la novela española del siglo XVI *Cuestión de amor*, que le acreditan de hispanista.

EL SIGLO XIX EN FRANCIA

El romanticismo en Francia.—Se inicia la revolución romántica entre los franceses con un carácter de exotismo muy marcado, que se advierte en la predilección por las obras de ambiente y asunto extranjero. Influ-

yen en la literatura francesa principalmente la alemana y la inglesa.

Precursores.—En su libro *De la Alemania*, revela la gran **Mme. Stael** (1766-1817), las nuevas teorías artísticas, y en el teatro, que fué en donde se libró la batalla más reñida, la gran figura de Shakespeare es el ídolo de la nueva escuela.

Como predecesor del romanticismo debe ser citado el vizconde **Francisco Renato Chateaubriand** (1768-1848), gran poeta en prosa, que con magnífica elocuencia y arranque genial y vigoroso, aunque a veces con énfasis excesivo, escribe la apología de la religión que se titula *El genio del cristianismo*, tal vez su mejor obra, a la que se acerca la dramática inspiración de *Los mártires* y *Los Natchez*. Cuadros de menor amplitud son *Atala*, *René* y *El último abencerraje* ⁽¹⁾. Escribió otras muchas obras, entre ellas las *Memorias de ultratumba*.

El teatro, que después de la revolución y en la época napoleónica quiere ser orientado hacia el clasicismo de gran espectáculo y aliento patriótico, se transforma señalándose los románticos, como se ha dicho, por la admiración hacia Shakespeare.

Un gran triunfo consigue **Federico Soulié** (1800-1847), autor de muchas obras, entre ellas las narraciones tituladas *Las cuatro épocas*, con su arreglo de *Romeo y Julieta*, de Shakespeare. Víctor Hugo, el jefe de la escuela romántica en Francia, escribe su libro, más apologético que crítico, *William Shakespeare*, que es,

(1) La acción de esta obra se desarrolla en Granada, en donde Chateaubriand había estado, pareciéndole la Alhambra «digna de ser visitada aun después de haber visto los templos de Grecia». Sin embargo, su españolismo tiene mucho de convencional; recuérdense estos versos que hace cantar a su personaje D. Carlos:

«Pret á partir pour la rive africaine
Le Cid, armé, tout brillant de valeur,
Sur sa guitarrre, aux pieds de sa Chimène,
Chantait ces vers que lui dictait l'honneur...»

según D. Juan Valera ⁽¹⁾, «ciclópeo monumento, serie de dítirambos desaforados, estatua colosal, fundida en una imaginación de fuego por un entusiasmo que raya en delirio, y abrillantada y retocada por un cincel de diamante.»

Triunfo del romanticismo.—Consigue por fin el triunfo definitivo la nueva escuela en el histórico estreno del drama de Víctor Hugo *Hernani*. **Víctor Hugo** (1802-1885), fué el poeta del siglo XIX ⁽²⁾. Cultivó todos los géneros poéticos, y en la lírica cantó de una manera grandilocuente y en brillante estilo, inspirándose en la religión, el arte, la naturaleza y los grandes ideales de la humanidad.

Sin embargo, la excesiva eflorescencia lírica y el número extraordinario de odas que escribió, hacen que no esté su obra exenta de desigualdades. Es que Víctor Hugo, más que lírico y que dramático es un *genio épico* de enormes alientos viriles y de gigantesca inspiración; así se manifiesta en *La leyenda de los siglos*. Sus *novelas* son novelas épicas, incluso las primeras y más endebles, como *Bub-Jargall* y *Han de Islandia*; en ellas aparece casi siempre torturado por preocupaciones sociales, pero ostentando una gran intensidad de emoción y una prodigiosa frondosidad imaginativa; esto último hace que, a veces, lleguen a fatigar al lector. Así en *Los Miserables*, en que el protagonista es el alma agitada de Juan Valjean, dedica gran número de capítulos a pintar un obispo sencillo, figura sentida y en la que hay íntima y humilde

(1) Sobre Shakespeare. En el vol. *Disertaciones y juicios literarios*.

(2) Víctor Hugo nació en Besançon en 1802; murió en París en 1885. [Hijo del general Hugo, siguió a su padre por diversos países de Europa, estando en Madrid en 1811; por eso, aunque apenas pudo ver nada de nuestra patria, se advierte en sus obras cierto falso españolismo. Monárquico primero y republicano más tarde, obtuvo grandes honores y mercedes, y en vida se hicieron en su honor dos manifestaciones nacionales que rayaron en delirio, celebrándose a su muerte suntuosas exequias.]

poesía, que alejan la atención del lector. En *Nuestra Señora de París*, novela arqueológica que contribuyó al extraño retoñar de la arquitectura ojival en el siglo XIX, imita de Preciosa, «la gitanilla» de Cervantes, su gitana Esmeralda.

En la *dramática*, V. Hugo fué el portaestandarte de la revolución romántica, de la cual hizo un notable alegato en el prólogo de su drama *Cronwell* ⁽¹⁾. El estreno de *Hernani* fué el primer triunfo de los renovadores. *Ruy Blas*, otro de sus dramas, como «Hernani» y como la irrepresentada e irrepresentable obra *Torquemada*, es de un falso ambiente español. Otra obra de V. Hugo que llegó a alcanzar gran popularidad es *El rey se divierte*. Pero V. Hugo no es verdadero poeta dramático: es épico, ya está dicho antes; todos sus dramas adolecen de defectos gravísimos; son falsos, abusa de retorcidos efectos escénicos; sólo su última obra, rechazada por el público, tiene, por ser la más épica, gran intensidad de inspiración; sólo en *Los burgraves*, verdadera epopeya dramática, hay, según D. Marcelino Menéndez y Pelayo, honda, grave y trágica poesía.

Contemporáneos suyos fueron **Lamartine y A. de Musset**. **Alfonso Lamartine** (1790-1869) es poeta delicado y sentimental, que da a sus composiciones un carácter idealista, manifestado también en su *Historia de los girondinos*, que si quita vigor y energía a la forma, presta al fondo un optimismo simpático y consolador. Escribió muchos libros en prosa además del citado; los que más valen son *Rafael*, *Graciella* y el *Viaje a Oriente*. Pero Lamartine perdurará como poeta lírico, exquisitamente sentimental, fino y delicado, siempre

(1) En él escribe: «Todo lo que está en la naturaleza está en el arte; y pues el drama resulta de la combinación de lo sublime con lo grotesco, el drama es la expresión de la época». Nada más lejano de la preceptiva clásica francesa.

dueño de la forma en sus *Meditaciones y Harmonías*. Sus poesías más conocidas son las tituladas *El lago* y *El crucifijo* y el poema *Jocelyn*.

Alfredo de Musset (1810-1857) abrazó el romanticismo, y aunque en algunas de sus obras se ve la influencia de Byron, en otras, como en sus célebres *Noches*, su inspiración da muestras de gran originalidad.

Es un escritor algo desigual, idealista a veces, realista y atrevido otras, siempre apasionado y brillante pero sencillo y natural. Además de muchas composiciones líricas y de breves poemas, escribió cuentos, comedias y novelas, de las que es la más famosa la titulada *Confesiones de un hijo del siglo*, autobiográfica en parte.

Alfredo de Vigny (1787-1863) fué un gran poeta lírico del que principalmente se recuerdan los *Poemas antiguos y modernos*. Pesimista en el fondo, es en la forma correcto y puro, advirtiéndose en él cierta influencia de Chenier ⁽¹⁾ que determinó su afición a lo helénico. Además Vigny traduce el *Otelo* de Shakespeare e imita a Walter Scott en su excelente novela histórica *Cinq-Mars*. En el teatro obtuvo un gran triunfo con su drama romántico *Chatterton*.

Apasionado admirador de Víctor Hugo fué **Teófilo Gautier** (1810-1872) cuyas aficiones de pintor parecen reflejarse en el poder colorista y plástico de su frase, lo cual le hace precursor de posteriores tendencias líricas. Además de numerosas poesías escribió novelas, como *Corazón de torero*, de ambiente español, y la *Historia de una momia* y libros de viajes como el *Viaje por España*. Gautier, por sus abundantes publicaciones en las revistas, alcanzó gran fama de crítico de arte y de literatura dramática.

(1) Imita también Vigny las repeticiones y enumeraciones de Chenier. Véase el trabajo *Vigny et André Chenier* por Marc Citoleux en *Revue universitaire*. Julio, 1921.

Sobresalieron también como líricos aunque cultivaron otros géneros **Beranger** (1780-1857) poeta brillante, y **Casimiro Delavigne** (1793-1843) que se distingue por la energía de su inspiración política y patriótica.

Popularidad extraordinaria alcanzó **Alejandro Dumas** (1803-1870) escritor abundantísimo, que cultiva con éxito extraordinario la novela y el drama. Cayó en las exageraciones de los románticos, pero sus obras se ven y leen con gran interés, pues tienen gran emoción dramática. Sus dramas más notables son *Margarita de Borgoña*, *Antony*, *Teresa* y *Catalina Howard*. Este último tiene por asunto la venganza que el primer esposo de Catalina toma en ésta, ya casada con Enrique VIII. Además deben recordarse los titulados *Enrique III* y *Cristina en Fontainebleau*. La comedia *Mademoiselle de Belle Isle* ha sido traducida por D. Jacinto Benavente.

Como novelista compuso Dumas obras innumerables, aunque no le correspondan totalmente, pues le ayudaban numerosos discípulos que concurrían a su taller de novelador. Modifica la historia a su gusto, pero mueve hábilmente los personajes y sabe entretener a los lectores si no han olvidado en el último volumen lo que les ha contado en el primero. Sus obras tienen brillantez y colorido en el ambiente, aunque este sea falso, pero sus personajes no están caracterizados casi nunca, viniendo a ser como personificaciones de una cualidad, ni sus diálogos ocultan el artificio. Extraña cosa en un autor dramático medido a novelista como era Dumas, y que se explica por sus colaboraciones y por la precipitación con que produjo sus obras innumerables.

Gran desarrollo de la novela.—Empieza en esta época el inmenso desarrollo de la novelística en Francia, que influye en todo el mundo hasta por sus autores de

menos valer artístico como Dumas y **Eugenio Sué**, escritor de tendencia social, alguna de cuyas obras, recorrieron el mundo literario.

Jorge Sand (pseudónimo de Aurora Dupin) (1804-1876), escribió muchas novelas de muy distinto carácter: en general puede decirse que se advierte en ellas una tendencia social y un sentimentalismo que hoy no parece sincero. Es de las mejores la titulada *El caballero Mauprat*, en donde hay algunos caracteres muy bien trazados, pero afeada por la innecesaria exposición de la ideología propia de Jorge Sand. Al final de su vida renueva su lenguaje con savia popular en las novelas en que presenta escenas de la vida de los campesinos del Berry, así en *La charca del diablo*.

Novelista sentimental es **Sandeau**, autor de *La señorita de la Seiglière*, a quien aventaja **Javier de Maistre** en sus dos obras maestras: *La joven siberiana* y *El leproso de la ciudad de Aosta*.

Los dos escritores menos franceses de este siglo son **Próspero Merimée** (1803-1870) y **Henry Beyle**. El primero correctísimo prosista de extraordinaria objetividad y concisión elegante, es autor, además de su novela de costumbres corsas *Colomba*, la mejor de las que produjo, de otras en que se exteriorizan sus aficiones de arqueólogo y viajero a quien atraía con extraordinaria fuerza nuestra patria. *Carmen* es una novelita de una gran perfección de forma, aunque no nos sea grato recordar cuánto ha contribuido a extender el error de considerar general y característico de todo un pueblo, lo que no es, a lo sumo, sino reproducción algo falseada de un aspecto puramente de detalle de nuestra vida. Su *Historia de Don Pedro el Cruel* tiene sus raíces en las crónicas de Ayala, y su obrita *La Venus d' Ille* da forma definitiva a un tema tratado antes por Berceo y Alfonso el Sabio.

Henry Beyle conocido por **Sthendal** (1783-1842), es

un escritor francés italianizado, opuesto a Merimée en el estilo; Sthendal no cuida la forma, es desaliñado y apenas se molesta en rehacer una página. Sin duda porque supo o adivinó que su fuerza estaba en el estudio analítico, minucioso, de sus personajes, que tienen verdadera complejidad de vida: así en *Rojo y Negro* y en *La Cartuja de Parma*. Es, por ello el iniciador de la novela psicológica, y su fama, que ha sido muy tardía, tiende a acrecentarse.

Narrador extraordinario fué **Honorato Balzac** (1799-1850) que escribió dos clases de *cuentos*, los llamados droláticos y los fantásticos. De los primeros, de carácter satírico, fluye una ironía a veces amarga; en los segundos, hay siempre una idea profunda, desarrollada con intensidad dramática.

Algunos le consideran como el fundador de la escuela naturalista, a pesar de las raíces románticas que en todas partes se descubren en sus escritos; realmente no le corresponde este título, que pertenece a otro novelista francés. Balzac conocía perfectamente el corazón humano y lo retrató en sus obras, unidas por el nombre genérico de *La comedia humana*, en bello lenguaje y enérgico estilo. Las más notables son *El P. Goriot*, en el que simboliza el amor paternal (que tiene relaciones en la idea con la tragedia *El rey Lear* de Shakespeare), *Eugenia Grandet* (estudio de un tipo de avaro) y *La piel de zapa*.

Gustavo Flaubert, (1821-1880) otro célebre novelista, no debe ser considerado solamente como el precursor del naturalismo en la novela; si en *Madame Bovary* sigue esta tendencia, en *Las tentaciones de San Antonio* es un idealista formidable y en *Salambó* es un novelista histórico, o más bien arqueológico.

Como estilista tiene Flaubert una importancia extraordinaria. De él arranca una serie de escritores

que cuidan y miman con minucioso cariño la forma externa de sus obras. Flaubert escribía poco y pulía, abrillantaba, limpiaba sus frases continuamente; así son tersas y limpias como piedras preciosas.

El número de novelistas contemporáneos es muy grande, pero la índole de esta obra tan solo nos permite iniciar su estudio. Entre ellos están los pertenecientes a la llamada escuela naturalista, que quiso llevar al arte un pretendido científicismo y que encontró su definidor y jefe en **Emilio Zola** (1840-1902). El naturalismo daba una visión parcial de la realidad, precisamente la menos bella y artística, y fué una moda efímera, pero que se extendió a todas partes.

Más temperamento de novelista que Zola tiene **Maupassant** (1850-1893) y aun los mismos hermanos **Goncourt**, que quisieron crearse un estilo nuevo colorista erizado de neologismos. Maupassant, que murió loco fué un excelente cuentista y autor de novelas, muchas veces censurables por el fondo, pero mostrándose en la forma como un maestro dueño de su arte. Citaremos las tituladas *Monte Oriol* y *Fuerte como la muerte*.

Uno de los mejores novelistas franceses es **Alfonso Daudet** (1840-1897). La primera novela de Daudet fué *El poquita cosa* que tiene en la primera parte valor autobiográfico. Hay en ella inexperiencias de escritor, pero también emoción y observación atenta de la vida. Continuando su carrera de novelista, pinta siempre sin los atrevimientos de concepto y las procacidades sucias y malolientes de Zola, el mundo que le rodea y que contempla con mirada de artista. En *Fromont menor* y *Risler mayor*, al comercio parisién; en *Los reyes en el destierro*, a los soberanos caídos; en *El nabad*, a los ricos y sus parásitos; en *Jack*, las excelencias y sufrimientos del trabajo. Intentó fundir

en *Tartarín* los caracteres de don Quijote y Sancho Panza, presentándoles en tres novelas sucesivas, *Tartarín de Tarascón*, *Tartarín en los Alpes* y *Puerto Tarascón*. También triunfó en el teatro y en el cuento.

Julio Verne (1828-1906), es uno de los escritores más leídos y su producción abundantísima. Con asombrosa facilidad popularizó en sus novelas los conocimientos más abstrusos, haciendo amable y simpática la ciencia. Además, su fecunda imaginación le hizo entrever prodigiosos descubrimientos que van teniendo realidad.

Julio Verne ha tenido numerosos imitadores en diversos países, pero no han alcanzado la popularidad del escritor francés, cuyas obras más conocidas son *Los hijos del capitán Grant*; *Un viaje a la Luna*; *La vuelta al mundo en ochenta días*; *Veinte mil leguas de viaje submarino*, y *Miguel Strogof*.

Enrique Murger (1822-1861) escribe con ingenio y gracia sus novelas *El barrio latino* y *Escenas de la vida bohemia*, superior la última, colecciones de encantadores cuadritos. (1) **Eckmann Chatrian**, nombres de dos escritores alsacianos que escribieron en colaboración (2) y que triunfaron en la novela histórica de inspiración patriótica, como en la titulada *La Invasión*, aunque más tarde le restaron lectores sus tendencias políticas. En un tono muy distinto, entre irónico y sentimental, suavemente humorístico, refieren como tiene que ceder al amor un solterón bávaro en *El amigo Fritz*.

También consiguió gran fama con sus novelas **Octavio Feuillet** (1817-1887).

Entre los numerosos novelistas actuales citaremos a **Pierre Loti** (n. 1850) (pseudónimo de Julián Viand), notable por sus descripciones de viajes marítimos; **Renato Bazin**, autor de *Una mancha de tinta*; **Paul Bourget**, de tendencia psicológica y cristiana; **Karl**

(1) La influencia de Murger en los jóvenes impulsándoles a la bohemia literaria puede compararse con la del «*Werther*» de Goethe en los suicidas o la del drama de Schiller «*Los bandidos*.»

(2) Emilio Eckmann vivió de 1822 a 1899. Alejandro Chatrián de 1826 a 1890.

Huysmans, que entronca con los Goncourt, y otros muchos como **Edmundo About**, **Henri Bordeaux**, **Octavio Mirbeau**, **Jorge Ohnet**, de muy diversa tendencia. Durante la guerra se reveló **Barbusse** con la obra *El fuego*, y después de la guerra tuvo un éxito resonante **Pierre Benoit** con su obra *La Atlántida* (1).

El que más se destaca de los novelistas actuales, es **Anatole France** (pseudónimo de A. Thibaut), que nació en 1844. No hay que recordar su ideología y sí considerarle como un escritor siempre dueño de su estilo en el que sabe expresar con maravillosa elegancia todos los matices del sentimiento y de la ironía. Ha escrito novelas y cuentos y también notables páginas de crítica.

El teatro.—En el teatro moderno, después de **Alejandro Dumas**, hijo del famoso autor de *Catalina Howard* (1824-1895) autor de tendencia social que escribió también novelas, sobresalen **Enrique Lavedan**, **Capus**, **Enrique Bataille**, **De Curel** y **Berstein**, maestro en situaciones violentas, **Tristán Bernard**, que representa la comedia ingeniosa, y **Rostand** el teatro poético.

Edmundo Rostand (n. 1839) es un buen poeta y además un autor dramático que sabe sorprender al público; es decir, que no es la única buena cualidad de sus obras la magia de la versificación. Su primer éxito fué con *Les romanesques*, cuyo primer acto es, por sí solo, una obra completa y admirable; tuvo un triunfo resonante con *Cyrano de Bergerac* (2), en donde tuvo la fortuna de encontrar en el siglo XVII un verdadero personaje de tragicomedia, y no consiguió reiterarlo con su *Chanteclair* (3), que, sin embargo, tiene un trozo lírico muy brillante: el himno al sol.

La crítica.—Distinguióse en la crítica religiosa **Ernesto Renán** (1823-1892), conocedor de las lenguas orientales y clásicas, a quien

(1) Se ha discutido en todo el mundo si estaba o no imitada de la novela del inglés H. Bigder Haggar *Las minas del rey Salomón*. Después ha publicado Benoit *Koenigsmark* y *Por Don Carlos*.

(2) Se funden en el protagonista lo cómico y lo sentimental como en la comedia de Eulogio Florentino Sanz *Don Francisco de Quevedo*.

(3) No fué Rostand el primero que estrenó una obra cuyos personajes no eran seres humanos. Le precedió Lir ares Rivas con su comedia *El Caballero Lobo*.

hay que citar porque Francia le recuerda como uno de sus mejores prosistas.

En la crítica literaria corresponde un puesto de honor al gran **Sainte Beuve** (1804-1869), que con exquisito gusto estudió individualmente a los escritores. **Hipólito Taine** (1828-1893) tiene un concepto distinto de la crítica derivado de sus ideas filosóficas: escribió mucho de arte y de literatura, pero más perfecto que su *Filosofía del Arte* y que su *Historia de la literatura inglesa*, es su magistral estudio sobre *La Fontaine y sus Fábulas*. En la crítica artística deja una obra notable **Eugenio Fromentin** (1820-1876), en el estudio de los pintores de Flandes, que titula *Los maestros de otros tiempos*.

Entre los críticos modernos sobresalen **Fernando Brunetière** (1849-1906), que combatió el naturalismo, y los notables escritores **Emilio Faguet** (1847-1916), y **Julio Lemaitre** (1853-1914), que más que por la investigación se caracterizan por el arte de la forma.

La investigación y los estudios eruditos tienen muchos esclarecidos representantes, entre los que citaremos al gran **Gastón París** y a los hispanistas **Morel-Fatio**, **Foulehé-Delbocs** y **Ernest Merimée**.

Las nuevas tendencias poéticas.—Puede decirse que la moderna poesía francesa arranca del volumen de poesías de **Carlos Baudelaire** (1821-1867), *Las flores del mal* ⁽¹⁾, buen poeta, pero que persigue el tema extraño, sangriento y de tortura. De él dijo Sainte-Beuve que «no se ha detenido, al recoger sus Flores, ante ninguna imagen, ante ningún matiz, por terrible y doloroso que fuera». Baudelaire colaboró en *El parnaso contemporáneo* de 1866; después se publicaron otros dos en 1871 y 1876; por eso se llamaron *parnasianos* a estos poetas que se distinguieron por el cuidado exquisito de la forma, en que sobresale **Teodoro de Banville** (1823-1891).

De los más importantes poetas de esta agrupación son **Lecote de Lisle** (1818-1894), espíritu enamorado de la belleza helénica y traductor de Homero y de Hesíodo; **Sully Prudhomme** (1839-1907),

(1) Ha sido traducido por Eduardo Marquina, Madrid, 1905.

poeta delicado y fino que consiguió la celebridad con su poesía *El vaso roto*; **José María de Heredia** (1842-1902), cubano, inimitable en los sonetos, que publicó un sólo libro, *Los trofeos* ⁽¹⁾; **Catulo Mendes** (1840-1909), cuyo talento se ha diversificado en varios géneros; y **Francisco Coppée** (1842-1908), autor de breves novelas, obras dramáticas y numerosas poesías, en las que se revela como un poeta sencillez, delicado y conmovedor que sabe encontrar tema para sus cantos en lo humilde y oscuro.

En lugar aparte debe ser citado **Juan Richepin** (n. 1849), poeta brillante y declamatorio, autor de obras dramáticas y de novelas, y que como lírico busca siempre efectos de novedad.

Verlaine (1844-1896) y **Mallarmé** (1842-1898), colaboran en el primer *Parnaso*, pero deben estudiarse como iniciadores de la tendencia *simbolista*, que busca la oscuridad en la dicción y no quiere nombrar las cosas sino *sugerirlas*, pues según dijo Mallarmé «nombrar un objeto es suprimir las tres cuartas partes del goce del poema»: para ello utilizan de un modo constante el símbolo.

Entre los más caracterizados poetas simbolistas están un griego y tres belgas. El griego **Juan Moreas** (1856-1910), que escribió en francés sus *Estancias* con verdadera inspiración; y los belgas **Jorge Rodenbach** (1855-1898), autor de versos melancólicos y de la obra en prosa *Brujas la muerta*, siendo su mejor libro de poesías *El reino del silencio*; **Emilio Verhaeren** (n. 1885), de gran intensidad lírica y diversidad de tono, a veces inspirado por preocupaciones sociales, y **Mauricio Maeterlinck** (n. 1862), buen poeta, que extrema el simbolismo y hace correr por sus obras dramáticas un viento inquietante de misterio; de las mejores son *El pájaro azul* y *La intrusa*.

EL SIGLO XIX EN PORTUGAL

Su desarrollo literario.—El romanticismo triunfa también en Portugal apareciendo con él algunos escritores de sobresaliente mérito.

En la transición del pseudoclasicismo a la época

(1) Fueron traducidos por Antonio de Zayas.

romántica se puede colocar al poeta ciego **Antonio Feliciano del Castillo** (1800-1875), de formación clásica pero que a veces tiene acentos románticos de gran valor.

En el teatro **Almeida Garret** (1799-1854) empezó también siguiendo el clasicismo en sus tragedias; pero siguen a éstas, dramas en que cultiva la nueva escuela. Es poeta lírico en sus *Hojas caídas* y épico en el poema *Camoens*, pero el mayor renombre lo consiguió como dramático con obras como *Un auto de Gil Vicente* y *Fr. Luis de Souza*. El teatro, que no es el género más cultivado en la nación lusitana, aparece integrado casi por completo por las dos grandes figuras, Gil Vicente y Almeida Garret.

Poeta lírico brillante fué también **Alejandro Herculano** (1810-1872) que cultivó otros géneros. De él ha dicho un escritor que es «el poeta más filosófico, el novelista más erudito, el historiador más concienzudo, y el pensador más profundo que ha tenido la nación portuguesa en el siglo XIX».

Como novelista utiliza Herculano sus conocimientos históricos, lo cual, en parte, perjudica a lo estrictamente artístico de la narración. Le atraían las épocas oscuras, los dudosos estados de alma; y escribe en *El Monasticon* una serie de estudios histórico-psicológicos no libres de prejuicios, sobre el estado de los sacerdotes en lejanas épocas, aunque pretendiendo hacer más que la historia exterior y de lo que se clamorea, la historia de lo que se calla, esconde y disimula; grande era la dificultad del propósito; lo cual hace que, por ejemplo, en *Eurico el presbítero*, historia de un sacerdote en tiempos de la invasión de la España goda por los pueblos de África, se presenten unidos el estudio histórico detallado y minucioso, con las inducciones psicológicas aventuradas.

El Monasticon está compuesto por *Eurico el presbítero* y *El monje de Cister*, cuya acción se desarrolla en la época de D. Juan I. Publicó sus *Leyendas y narraciones*, en una de las cuales refiere la tradición de la dama de pie de cabra.

Como historiador se distingue por la solidez de su cultura y el atrevimiento con que rompe con todo lo tradicional, siendo su *Historia de Portugal*, de estilo limpio y abundante, motivo de enconadas disputas literarias.

Los dos grandes novelistas portugueses que siguen a Herculano son **Camilo Castello Branco** (1826-1890), y **Eça de Queiroz**. El primero es un escritor de gran energía de estilo y que a pesar de sus vacilaciones artísticas muestra siempre un innegable temperamento romántico. En sus ocho *Novelas del Miño*, abandonando su escenario predilecto, la ciudad de Oporto, presenta al lector el campo y la vida en los pueblos humildes, no con un falso y rosado tinte idílico, sino con oscuridades y negruras trágicas.

Eça de Queiroz (1845-1900) tiene una fisonomía completamente opuesta a la de los anteriores. Es el introductor en Portugal de la novela naturalista en obras como *El primo Basilio* y, sobre todo, *La Reliquia*, que motivaron tempestades de censuras. Olvidando las ideas que sostiene y estudiándole con un criterio exclusivamente estético, no se puede negar a este autor extraordinarias condiciones de novelista. De gran originalidad es el *Epistolario de Fadrique Mendes*, en que el lector llega a creer que se trata de una colección de cartas de un personaje que ha tenido existencia real. Hay en él cartas profundas y de aguda filosofía y otras breves, fútiles, de elegantísima dicción.

La lírica.—Pero el género que en Portugal ha tenido más cultivadores es la poesía lírica.

Los líricos portugueses más importantes, además de los citados son: **Juan de Dios Ramos**, conocido por **Joao de Deus** (1830-1896), que es el que mejor sabe cantar las emociones del amor en sus poesías reunidas con el título *Campo de Flores*.

Antero de Quental. — (1842-1891) poeta romántico de inspiración elevada, y **Guerra Junqueiro** (n. 1850), también poeta de carácter filosófico en poemas como el titulado *La muerte de Don Juan*, pero en otros libros, como *Patria y Finis Patria* es apasionado satírico de tendencia política y en *Os simples*, que es tal vez en donde encuentra más conmovedores acentos, posee a veces verdadera inspiración religiosa.

En la actual literatura portuguesa se advierten tendencias que responden al movimiento mundial; así **Luis de Magalhaes** es parnasiano, y **Eugenio de Castro** simbolista, aunque con inspiración propia tan potente que influye en poetas españoles como **Villaespesa** (1). **Eugenio de Castro** (n. 1869), es uno de los mejores poetas portugueses, notable por la perfección de la forma y la originalidad de concepción de sus poesías. En el teatro contemporáneo triunfa principalmente **Julio Dantas**.

Historiadores.—Fué poeta romántico **Teófilo Braga** (1838-1918) el primer presidente de la República portuguesa, pero su nombre se perpetuará como investigador e historiador de las letras lusitanas. Su *Historia de la literatura portuguesa*, obra muy voluminosa, es un monumento que deslumbró en su tiempo, pero que la crítica tiende a rectificar. Un estudio acerca de Teófilo Braga publicó **Oliveira Martins** (1845-1894), el más concienzudo historiador portugués. Continuó la *Historia de Portugal* de Herculano sin

(1) Villaespesa toma de Eugenio de Castro, entre otras cosas, la idea de su poema dramático en tres actos *El rey Galaor*.

desmerecer de éste ni en solidez de juicio, ni en belleza ni elegancia de lenguaje.

Además escribió *La Historia de la civilización ibérica*, obra de gran profundidad. También sobresale como historiador el polígrafo **Latino-Coelho** (1825-1894) del que citaremos el *Elogio de Camoens* eloquentemente escrito.

En la actualidad se distingue en los estudios filológicos y literarios **Doña Carolina Michaelis de Vasconcellos**, nacida en Alemania, y debe la literatura importantes estudios de moderna orientación a **Fidelino de Figueiredo**.

CAPÍTULO XXVII

LA LITERATURA ESPAÑOLA EN EL SIGLO XIX

El romanticismo. Sus caracteres.—La revolución romántica triunfa en España como en todas partes. Aquí, en donde nunca llegó el estrecho clasicismo a disfrutar otro favor que el de los literatos afrancesados, la reforma es bien acogida a pesar de que tiene también mucho de extranjera. Pero por el carácter histórico del romanticismo vuelven nuestros escritores a fijarse en asuntos de la historia nacional.

El romanticismo, como reacción, tal vez excesiva, pero fecunda, defiende la libertad en el fondo y en la forma; y así, en la poesía lírica utiliza toda clase de versos y combinaciones, e igualmente en la épica apartándose del constante empleo de la octava real y en el teatro, precisamente en las obras más revolucionarias, mezcla el verso con la prosa, lo cual en otra época no hubiera sido tolerado. En España aparecen también los dos géneros de romanticismo, el filosófico

y el histórico, cuyos representantes pueden ser Espronceda y Zorrilla. Agréguese a esto el amor hacia el colorido, lo sorprendente y lo extraño, y una viva exaltación en el tono y tendremos las principales características de esta compleja revolución.

Al mismo tiempo, en el fondo, amplía extraordinariamente los asuntos, y en contra de los fundamentos de la retórica vieja que consideraba que había temas propios del arte, y otros que se escapaban a la idealización del poeta, el romanticismo fija su mirada en toda clase de hechos e ideas, y se considera portandarte de una revolución estética en que el amor y la libertad son las principales fuentes de inspiración, que canta muchas veces con carácter pesimista, pesimismo que afortunadamente no estaba ni en el corazón ni en el cerebro de los poetas, y que no pasaba por tanto de ser una moda literaria, que había de ser pasajera.

Su triunfo se acusa principalmente en el teatro, que revela de un modo más directo el estado psicológico de las diversas épocas. Después del prólogo de Alcalá Galiano al poema del Duque de Rivas *El moro expósito*, que puede considerarse como un manifiesto de la estética nueva, alcanza ésta éxitos resonantes en los estrenos de *Don Álvaro o la fuerza del sino* del autor citado, *El trovador* de García Gutiérrez y *Los amantes de Teruel* de Hartzembusch, cuya importancia acusó en interesantes artículos de crítica el famoso *Figaro*.

El eclecticismo.—Pero antes de entrar en el estudio de los autores francamente románticos ⁽¹⁾ citaremos a

(1) En esta época más que en ninguna otra, es difícil o más imposible el estudio de los autores agrupándolos por géneros literarios, pues la mayoría han escrito composiciones de carácter muy diverso; nosotros los colocamos dentro de la manifestación artística en que sobresalieron y que les caracteriza, pero damos también noticia de su restante labor, completando así su figura literaria.

un escritor vacilante por su eclecticismo de buen tono: **D. Francisco Martínez de la Rosa** (1789-1862), granadino y hombre que ocupó en política importantes cargos ⁽¹⁾. Escribió muchas poesías, entre ellas la dedicada a la *Muerte de la Duquesa de Frias*, y comedias como la titulada *La niña en casa y la madre en la máscara*, del corte de las de Moratín, y además su famoso *Edipo*, en donde Sófocles le presta algo de su poder patético. Escribió una *Poética* y tradujo la de Horacio, pero al regresar de su destierro se muestra como romántico en sus obras *Aben-Humeya* y *La conjuración de Venecia*. De sus libros en prosa recordaremos la novela histórica, a la manera de Scott, *Doña Isabel de Solís*, y su biografía de *Hernán Pérez del Pulgar el de las Hazañas*.

La diversidad literaria de Martínez de la Rosa prueba su insaciable curiosidad y su vivo deseo de asimilarse toda tendencia innovadora: esto ya sería bastante para mirarle con simpatía, que desde luego merece por la nota de buen gusto y de equilibrio armónico que sobresalen en todas sus obras.

Triunfo del romanticismo.—Ya se ha dicho antes que el triunfo del romanticismo se debe al estreno del drama *Don Alvaro*, de **D. Angel Saavedra, Duque de Rivas** (Córdoba, 1791-1865). Este escritor ⁽²⁾ luchó en la guerra

(1) Don Francisco Martínez de la Rosa nació en Granada en 1789, en una casa de la calle que hoy lleva su nombre, y que antes se conocía por la de las Tablas. Estuvo en Cádiz durante la guerra de la Independencia y fué desterrado por Fernando VII a consecuencia de sus ideas liberales; ecléctico en política como en literatura, se inclinó hacia los conservadores, viniendo a ser el jefe del partido moderado y ocupando, entre otros altos puestos, el de Presidente del Consejo de Ministros.

(2) El duque de Rivas nació en Córdoba en 1791; era guardia de Corps al estallar la guerra de la Independencia, luchando en ella y siendo gravemente herido en un encuentro el día antes de la batalla de Ocaña. Fué después a Cádiz y allí se entusiasmó con las ideas de los hombres de 1812. Su significación política le obligó a emigrar, estando en Inglaterra e Italia y buscando un refugio en la isla de Malta; fué a Francia después, y a su vuelta, en 1834, era ya el escritor romántico que todos admiran. Dos años más tarde fué Ministro y senador hasta su muerte en 1868.

de la Independencia y más tarde se distinguió por sus ideas liberales que animaban sus obras dramáticas de corte clásico, *Aliatar*, *Lanuz* y otras. Pero, como Martínez de la Rosa, en la emigración a que le obligaron sus ideas políticas se convierte al romanticismo, escribiendo la hermosa poesía *Al faro de Malta*, clásica por la forma, pero romántica por el espíritu, y dando una nueva versión de la leyenda de los infantes de Lara en su poesía en romance endecasílabo *El moro expósito*.

Al regresar a España de la emigración, estrena el drama en prosa y verso *Don Alvaro o la fuerza del sino*, obra de gran fuerza trágica, escrita con potente inspiración, en que, como en la tragedia griega, lo humano está subordinado a la fatalidad. La fuerza de los caracteres, la amplitud del cuadro en que hay escenas episódicas ingeniosamente tomadas de la realidad, y la intensidad de emoción, colocan a esta obra en la cumbre de nuestro teatro romántico.

No alcanza la misma altura el Duque de Rivas en obras dramáticas posteriores, como *Solaces de un prisionero* y *La morisca de Alajuar*. En cambio acierta en sus romances históricos, notabilísimos por la forma y por el sentido tradicional: citaremos los titulados *Un castellano leal* y *Una antigualla de Sevilla*. Como prosista nos dejó su *Historia de la sublevación de Nápoles capitaneada por Massaniello*.

Uno de los más importantes poetas románticos es **José de Espronceda** (1808-1842), de Almendralejo (Badajoz), que murió a los 34 años. Su intervención en la política española le obligó a expatriarse, residiendo en Portugal, Francia e Inglaterra. Por eso se ha advertido en sus poesías la influencia de Goethe y, sobre todo, de Byron, aunque sin que por esto desaparezca la potente personalidad del poeta extreme-

ño, que es a la vez intensamente humano y nacional.

Fué discípulo de D. Alberto Lista, que escribió algunas octavas del poema *Pelayo* que dejó Espronceda sin terminar, pero la inspiración de éste se desarrolla más tarde de gigantesco modo. Sus maravillosas condiciones imaginativas, su intención filosófica y social y su dominio de la forma, ponen su nombre entre los de los más altos poetas.

En la poesía lírica tiene trozos tan hermosos de versificación como el *Himno al Sol*, y tan sentidos como la elegía *A la patria*, o la composición dedicada *Al 2 de Mayo*. Su conocida *Canción del pirata* es una exaltación de la libertad, y las poesías *El mendigo*, *El verdugo* y *El reo de muerte* están inspiradas por preocupaciones sociales. Su principal obra lírica es el *Canto a Teresa*, elegía de sentimiento varonil inserta en su *Diablo Mundo*; sólo un gran poeta como Espronceda puede escribir con aquella gallardía inimitable una composición de tal intensidad lírica en un metro como la octava real, que se adapta mejor a la solemne narración épica.

A este género de poesía pertenecen el cuento ⁽¹⁾ *El estudiante de Salamanca*, nueva versión del eterno Don Juan, en que luce Espronceda su maestría de versificador, y el poema inconcluso *El diablo mundo*, de inspiración filosófica, que tal como lo dejó el autor es un torso de admirable belleza en algunas partes, muestra de lo que tal vez hubiera sido un monumento magnífico.

No consiguió el éxito Espronceda ni con su tragedia *D.^a Blanca de Borbón* ni con su novela histórica *Sancho Saldaña*.

(1) Así lo tituló Espronceda.

El Parnasillo.—Espronceda asistió a una célebre reunión de literatos que tenía lugar en el antiguo caté del Príncipe y a la que ellos denominaron el Parnasillo, nombre con que hoy se la recuerda. Allí asistían, además de Espronceda, Larra, Gil y Zárate, Roca de Togores, Bretón, Estévanez Calderón y Ventura de la Vega y se discutieron acaloradamente las nuevas tendencias literarias.

Continuadores de Espronceda.—*El Diablo mundo* fué continuado por Carrillo de Albornoz; por Alarcón, que después consiguió la fama como novelista, y cuya continuación, obra de mocedad, no ha sido publicada, y por el gran amigo de Espronceda Miguel de los Santos Alvarez (1817-1892), escritor ingenioso cuyos versos fueron reunidos con el título de *Tentativas literarias*. (1) Más vale como prosista, sobre todo por su novela humorística *La protección de un sastre*.

Gran poeta romántico es también D. Gabriel García Tassara (1817-1875), sevillano, en cuyas poesías no falta la pompa y aún muchas veces hay exuberancia de adornos, pero también viveza y fuerza de expresión. En sus versos da forma magnífica a sus preocupaciones por el futuro que mira a veces con cierto pesimismo. Citaremos sus poesías *El desaliento*, *A Napoleón*, *A Dante*; y su poema humorístico, de inspiración política *Un diablo más*.

Inmensa es la significación literaria de D. José Zorrilla (Valladolid (1817-1893), relevante figura a quien corresponde en el último siglo el título de poeta nacional, y que mereció el homenaje, popular y no cortesano, de ser coronado en Granada, cantada por él en magníficas estrofas, el año 1889. (2)

(1) Miguel de los Santos nunca logró dominar su pereza; tenía grandes condiciones que desaprovechó, siendo conocido, más que por sus propias obras, por que Espronceda al frente de *El diablo mundo* cita una octava de su poemita *Maria*.

(2) Zorrilla nació en Valladolid, en 1817, y se reveló como poeta leyendo una composición admirable el día del entierro de Larra. Elegido miembro de la R. A. E. no llegó a ingresar en la docta corporación por haber salido de España en 1848. En Méjico fué poeta predilecto del emperador Maximiliano, que murió trágicamente.

La fama de Zorrilla fué inmensa desde que se reveló como lírico el día del entierro de Larra; lo justifica su maravillosa fantasía, su fecundidad y naturalidad que hacen que el verso parezca su natural forma de expresión; no es como lírico como más brilla, aunque tenga composiciones de verdadero mérito como *Indecisión*, *Las nubes* y sus *Orientales*, en que sigue la manera de Víctor Hugo.

Su apresurada producción no le permite evitar a veces las incorrecciones, pero éstas se advierten menos en sus obras épicas, a las que lleva la savia popular, eligiendo temas de nuestra historia y siendo el poeta legendario que sabe evocar con la maravilla de sus versos las pretéritas edades, dando nueva forma a tradiciones que en otras épocas habían sido tema predilecto de la poesía castellana. *Margarita la tornera*, *A buen juez mejor testigo* y *El capitán Montoya* son las más conocidas de sus leyendas, entre las muchas que escribió. Menos vale, a pesar de su extraordinaria extensión *La leyenda del Cid*. En cambio el poema *Granada* supera a cuanto salió de su pluma por el riquísimo y gallardo caudal de poesía. Otros poemas son: *Ecos de las montañas* y *La leyenda de Don Juan Tenorio* (incompleta).

Como autor dramático ha conseguido la mayor popularidad con su *Don Juan Tenorio*, obra en que hay menos sentido trágico que en *El burlador* de Tirso, pero que posee el encanto de la versificación bellísima. Se cita muchas veces *El puñal del godo*, obrita en un acto de escaso empeño, pero que por no inter-

camente. En 1866 regresó Zorrilla a España, de donde no volvió a salir sino para hacer un viaje a Italia, y fué elegido por segunda vez miembro de la R. A. E. leyendo en el solemne acto de su ingreso, presidido por los reyes, un discurso en verso; no otra cosa podía hacer quien había sido exclusivamente poeta. Un estudio minucioso es el titulado *Zorrilla, su vida y sus obras*, por Narciso Alonso Cortés, 3 vols. Valladolid, 1916-20.

venir en ella sino personajes masculinos fué representada con predilección por las sociedades de aficionados. Mucho más valen *Sancho García*, y sobre todo *El zapatero y el Rey*, en donde se presenta al Rey Don Pedro I de Castilla como justiciero; *Traidor, inconfeso y mártir*, obra en la cual le ayudó en algunas escenas el dramaturgo romántico Don José María Díaz: así en la inspirada y enérgica disputa entre el juez investigador y el pastelero de Madrigal que no es sino el rey de Portugal Don Sebastián, desaparecido en la batalla de Alcazarquivir.

A esta labor hay que añadir dos libros en prosa de interés autobiográfico: *Recuerdos del tiempo viejo* y *Hojas traspapeladas de los recuerdos del tiempo viejo*.

Zorrilla ha sido ensalzado con gran entusiasmo y definido en épocas de nuevas valoraciones; pero pese a todos los intentos, y todos los descuidos, y a la escasa profundidad psicológica de sus obras, quedará su nombre como el de un poeta brillantísimo, que maneja maravillosamente todos los metros y que sobre todo, es el poeta nacional que da forma nueva a las viejas tradiciones y que será respetado mientras haya en nuestro país conciencia de nacionalidad.

Otros poetas.—Menor importancia que los citados tienen, aunque también sean escritores de positivo valor, **Juan Arolas** (Barcelona, 1805-1849) sacerdote que con sabor romántico y forma felicísima escribe poesías de carácter muy distinto, epigramáticas, religiosas, caballerescas; su fama la debe a las *Orientales* escritas con gallardía y colorido; **Enrique Gil y Carrasco** (1815-1846) que en su corta vida compuso poesías muy notables y triunfó en la novela histórica con *El señor de Bemibre*, una de las mejores de este género escritas en castellano; **Nicomedes Pastor Díaz** (1811-1863), poeta tierno y brillante que se significó en la política española, y **Juan Martínez Villergas** (1817-1894), poeta ingenioso y de gran facilidad, cuyas numerosas composiciones satíricas aparecieron en los periódicos de su época.

A estos nombres hay que añadir los de dos mujeres excepcionales, el de una cubana que residió en

España los más de los años de su vida, **Gertrudis Gómez de Avellaneda** (1814-1873) y el de una extremeña, **Carolina Coronado** (1823-1911).

La primera compuso poesías de vigoroso y levantado estilo en las que se advierte influencia de Quintana y Nicasio Gallego a quien conoció en Madrid. Escribió también novelas y muchas obras dramáticas en las que quiere volver al estilo clásico en la época en que el romanticismo había conseguido el triunfo. De sus tragedias son las mejores *Alfonso Munio*, *Saul* y *Baltasar*.

Carolina Coronado (Almendralejo, Badajoz; 1823-1911) escribió obras dramáticas que no fueron impresas por su autora, y novelas como *La luz del Tajo* y *Jarilla*, admirable y sentida narración llena de poesía. Pero la mayor fama le corresponde por sus composiciones líricas, de valiente y enérgica entonación al cantar las desgracias nacionales; de exquisita delicadeza en *La rosa blanca* y en otras, y de mística inspiración en la admirable joya titulada *El amor de los amores*. Aunque maneja hábilmente los versos cortos, da forma a sus composiciones más cálidas en endecasílabos que a veces recuerdan los de Espronceda, su paisano. Así en las octavas reales tituladas *A Núñez de Arce*, *Byron desde su tumba*.

Autores dramáticos. **Don Antonio García Gutiérrez.**—(1813-1884) natural de Chiclana (Cádiz) escribió inspiradas poesías líricas, pero su temperamento es de autor dramático. Es el dramaturgo romántico que compone más obras ⁽¹⁾ y que consigue éxitos más resonantes. Siendo soldado y por completo desconocido, estrena *El trovador*, drama en prosa y verso en que se conculcan todos los preceptos clásicos (1 de

(1) Sesenta y dos compuso García Gutiérrez.

Mayo de 1836). Es un aterrador cuadro de venganza que fué acogido con entusiasmo inmenso, siendo su autor el primero cuya presencia en escena solicitó el público electrizado. Las mismas dotes de poeta dramático y de inspirado y correcto versificador aparecen en sus restantes obras, de las que son las mejores *Simón Bocanegra*, *Venganza catalana*, crónica dramática en que hay a veces inspiración épica y *Juan Lorenzo*, obra ya lejana del arrebatado y la exaltación de la mocedad, más reflexiva pero de notable intensidad dramática, sobre todo en el último acto. En colaboración con Zorrilla escribió *Juan Dandolo*, obra que no carece de mérito. Compuso también comedias en verso, como *Afectos de odio y amor* y *Las cañas se vuelven lanzas*, y zarzuelas como *El capitán negro*, *La espada de Bernardo* y *El grumete*, muy conocidas.

También consiguió un éxito resonante en el teatro **Don Juan Eugenio Hartzembusch** (Madrid. 1806-1880) con su drama romántico *Los amantes de Teruel* (19 de Enero de 1837), en que con inspiración y fuerza trágica da forma nueva a la leyenda de Isabel y Marsilla. Escribió otras obras de teatro, como *La jura en Santa Gadea* y *Doña Mencía*, y dos comedias de magia que fueron muy populares *Los polvos de la madre Celestina* y *La redoma encantada*. Fué además apreciable erudito y crítico, y autor de poesías de las cuales las fábulas son las que más se recuerdan.

Otros autores dramáticos.—También obtuvieron éxitos en el teatro **Don Antonio Gil de Zárate** (1793-1861) con su tragedia clásica *Doña Blanca de Borbón* y su drama romántico *Carlos II el Hechizado*; **Don José María Díaz** (m. 1888), autor de *Gabriela de Vergy*; y otros, como **Don Patricio de la Escosura** (1807-1878) y **Don Tomás Rodríguez Rubí**, que imita a Bretón en sus comedias, pero escribe un drama histórico muy conocido, *Isabel la Católica*, que aún suele ser representado.

Además de Gil de Zárate y de Rodríguez Rubí hay otros escritores que vacilan entre el clasicismo y la tendencia romántica, como **Don Mariano Roca de Togores, marqués de Molins** (1812-1889), poeta lírico que puede incluirse en las dos escuelas y que como dramaturgo triunfa con su drama histórico *Doña María de Molina*.

Otros escritores, en esta época de exaltación romántica buscan por distinto rumbo un teatro nuevo. Entre ellos hay que citar al poeta **D. Manuel Bretón de los Herreros** (Quel; Logroño. 1796-1873) lírico de chispeante ingenio y fuerza satírica, autor de letrillas en que parece revivir la tradición de nuestros mejores clásicos. Escribió más de cien comedias y en ellas no se advierte la fuerza de pasión de los románticos; Bretón solo quiere retratar de manera realista las costumbres, la sociedad de su tiempo, aunque poniendo de relieve con inagotable fuerza cómica sus ridiculeces y preocupaciones. Solo se advierte en su teatro la influencia del romanticismo por no respetar las unidades de lugar y tiempo, y por utilizar en la versificación de sus obras toda clase de metros y combinaciones⁽¹⁾. Entre más de cien comedias que estrenó sobresalen *A la vejez viruelas* (la primera en el orden cronológico), *Muérete ¡y verás!*, *El pelo de la dehesa* y *Marcela o ¿a cuál de los tres?*, que son las mejores.

Don Ventura de la Vega (1807-1865), nacido en Buenos Aires, excelente poeta lírico y épico, dejó un drama, una tragedia y una comedia de mérito sobresaliente. En el drama *Don Fernando el de Antequera* se advierte la influencia del romanticismo, pero en la tragedia *La muerte de César* y en *El hombre de*

(1) Moratín en sus obras dramáticas en verso, por ej: en *La Mogigata* emplea siempre el romance y conserva dentro de cada acto la misma asonancia.

mundo, que puede ponerse como modelo de alta comedia, escritas también en verso, es un escritor correctísimo, de depurado buen gusto y de corte clásico, lo cual se explica por haber sido discípulo en Madrid de aquel insigne varón que se llamó D. Alberto Lista.

La prosa. Sus direcciones.—En el renacimiento de nuestra literatura que trae el romanticismo, adquiere de nuevo importancia la prosa y empiezan a escribirse en ella obras de imaginación. La atención de los escritores se diversifica en dos direcciones, la novela histórica, en la que se advierte influencia de Scott, y el artículo o cuadro de costumbres que prelude el gran desarrollo de nuestra novela.

La novela histórica.—Las obras de Walter Scott influyeron en España; pero las primeras imitaciones que aparecen distan mucho de acercarse al modelo. Casi todos nuestros escritores se limitan a componer una novela de este género, o sea a intentarlo, y después lo abandonan, cuando han creado una obra bien escrita, pero con poco españolismo y que se desarrolla en un ambiente de Edad Media muy convencional. Más que *Doña Isabel de Solís*, de Martínez de la Rosa, y que *Sancho Saldaña*, de Espronceda, valen *El señor de Bembibre*, de Enrique Gil, y *El doncel de Don Enrique el doliente*, de Larra, pero ninguna de ellas es obra acabada y perfecta.

Más adelante estudiaremos a dos novelistas influenciados en parte por Scott, pero con fisonomía propia muy marcada: Navarro Villoslada y Fernández y González. Si se añaden a estos los nombres de **Cánovas del Castillo**, autor de *La campana de Huesca*, y de **Castelar**, que escribió *Fra Filippo Lippi*, habremos citado a los principales escritores que revelan influencia del famoso novelista escocés.

En el cuadro de costumbres brilla: **Don Serafín Estévez Calderón**, conocido por *El Solitario*, malagueño (1799-1867), que por su educación clásica no incurre en atrevimientos románticos,

aunque se advierta en sus obras la influencia de este movimiento, triunfante cuando escribió. Fué poeta lírico y entre sus composiciones se recuerda principalmente su soneto satírico a don Bartolomé José Gallardo. Como prosista publicó novelas cortas, algunas, como *Cristianos y moriscos* de carácter histórico, aunque sin revelar influencia alguna de Scott, y sus famosos cuadros de costumbres titulados *Escenas andaluzas*.

En el mismo género se distinguió **Don Ramón de Mesonero Romanos** (Madrid. 1803-1882), que hizo célebre el pseudónimo *El curioso parlante*. En sus *Escenas matritenses* pueden encontrar un lector moderno demasiada inocencia y timidez, pero también cariñosa observación muy lejana de toda sátira acre, y simpática ingenuidad, méritos positivos que hay que añadir al valor histórico de las *Escenas*.

En el género del cuadro de costumbres quien más sobresale es el madrileño **D. Mariano José de Larra** (1809-1837), que con el pseudónimo de **Figaro**, aunque utilizó otros varios, alcanzó la celebridad. Hombre de extensa cultura, autor de comedias como *Tu amor o la muerte*, dramas románticos como *Macías*, en donde elige por protagonista a un poeta que era a la vez figura tradicional, cuya historia traza de nuevo en la novela *El doncel de don Enrique el doliente*, ya citada, autor también de traducciones y de varios artículos de crítica, debió su fama a sus artículos de costumbres, en donde con admirable dominio de nuestro idioma, traza una galería de tipos populares y de aspectos de la vida que le rodeaba, en la que no deja de reflejar de manera muy personal el temperamento pesimista y apasionado que le condujo a una muerte trágica.

LITERATURA POST-ROMÁNTICA

Los líricos.—El romanticismo, como todas las reacciones, es algo excesivo; no sabe contenerse en límites mesurados. Pero lejano ya el hervor de la contienda literaria, una nueva generación aceptando

cuantos elementos de valor positivo habían encontrado los poetas anteriores, crea un arte más equilibrado y muy difícil de sistematizar, porque la diversidad de estos artistas es muy grande.

Entre los poetas citaremos a **D. Ventura Ruiz Aguilera** (1820-1881), de Salamanca, autor de epigramas, sátiras y fábulas, en que a veces luce ingenio, sobre todo en sus parodias de la poesía pastoril. Enorme popularidad han conseguido sus *Cantares*, que han merecido ser *robados* por el pueblo por la exactitud de la comparación, que es el alma de la copla. Los *Ecos nacionales*, composiciones patrióticas escritas en gran variedad de metros, utilizando casi siempre el artificio de la letrilla, fueron muy leídos y hay algunos de gran valor. Pero lo que nunca será olvidado de Ruiz Aguilera es su composición poemática, que él llamó *Elegía*, y a la que D.^a Carolina Coronado puso como título *El dolor de los dolores*, en donde encuentra el poeta conmovedores acentos para cantar la muerte de su hija. Una vez más el dolor ha creado una obra imperecedera por la exquisita ternura y la intensidad de sentimiento expresado con una admirable sencillez.

Poeta tierno y delicado fué también **Antonio de Trueba** (Vizcaya, 1821-1889), llamado *Antón el de los cantares*. Con su *Libro de los cantares* alcanzó gran fama, mostrándose siempre como un enamorado de su país y de la poesía popular. Las mismas dotes y simpático candor se advierten en sus numerosos libros de narraciones breves, como los *Cuentos de color de rosa*, *Cuentos campesinos* y *Cuentos populares de Vizcaya*.

José Selgas (Murcia, 1822-1881), colaboró en el celebrado periódico satírico *El Padre Cobos*; su fino y delicado humorismo se advierte en sus breves escritos en prosa coleccionados con el título de *Hojas sueltas*; pero debe su fama a las poesías contenidas

en sus libros *La primavera* y *El estío*, que alcanzaron extraordinario éxito; es un cantor exquisito que sabe encontrar motivos poéticos de extraordinaria delicadeza que ahora parecen algo blandos y afectados. Sus versos finos y correctos están muy a tono con sus cualidades de poeta. Escribió en prosa la novelita *Deuda del corazón* ⁽¹⁾, que tiene más que acción poesía, y su continuación, inferior en mérito *El ángel de la guarda*.

Gustavo Adolfo Bécquer (Sevilla, 1836-1870), es uno de los poetas más famosos de nuestra patria. Consiguió la celebridad con sus *Rimas*, en que aunque imita algo a Heine, es original y sincero en aquellos breves gritos de pasión que sabe recorrer todos los tonos y expresar los más subjetivos matices del sentimiento. Breves son casi todas sus composiciones, pues es difícil sostener tal intensidad, y se advierte en ellas empleo casi exclusivo de la rima asonante, como si quisiera despojarse de las galas de la poesía para atender tan solo a la emoción. Nada más lejano que las rimas de Bécquer de la tradicional sonoridad y amplitud de frase de los poetas de la escuela sevillana. Su más extensa composición, la letrilla *¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos!*, es una elegía conmovedora.

En cambio, como prosista Bécquer es fluido, elegante, fácil, de frase encadenada y jugosa. Escribió, con algunos artículos de menor importancia, las interesantísimas *Cartas desde mi celda* y las maravillosas *Leyendas*, que son 22, una de ellas incompleta. Entre las mejores están *Maese Pérez el organista*, *El cristo de la calavera*, *Tres fechas*, *Los ojos verdes*, *El rayo de luna* y *El miserere*. En varias de ellas se manifiestan sus aficiones de arqueólogo en las magníficas descripciones de Toledo.

(1) La primera parte de *Deuda del corazón* se publicó en la *Familia cristiana*, con el título de *Un duelo a muerte*.

Bécquer influyó mucho en los poetas de su época que imitan su estilo, como lírico, no como narrador. Nombraremos entre ellos a **Eulogio Florentino Sanz** (1825-1881), que tradujo a Heine y tiene bellas poesías como la titulada *El color de los ojos*, alcanzando también un éxito clamoroso con su drama en verso *Don Francisco de Quevedo*, que no será olvidado; a **Augusto Ferrán**, y a **Don Teodoro Llorente** (de Valencia, 1836-1911), en sus poesías originales. Llorente tiene la importancia de haber dado a conocer en España a numerosos líricos alemanes y franceses con notables traducciones. La que hizo de la primera parte del *Fausto*, de Goethe, no carece de mérito.

Tendencia muy distinta es la representada por **Don Ramón de Campoamor** (1817-1901), natural de Navia (Asturias). Se le llama el *poeta filósofo*, y aunque Campoamor había hecho serios estudios de esta índole, que se manifiestan en sus obras en prosa, en sus poesías no revela sino un hondo conocimiento del corazón humano, que no está subordinado a sistema filosófico alguno. En este sentido es cierta la frase de Campoamor al decir de sí mismo «Soy el desertor de todos los ejércitos». Escéptico y creyente, optimista y desconsolado, es siempre poeta con felices atisbos de la contradictoria psicología humana y así es también contradictoria su psicología.

Su nombre no perdura por sus intentos épicos, como *Colón*, o *El drama universal*, aunque esta última sea obra de empeño; ni por sus *fábulas* y *cantares*, demasiado filosóficos para que pasaran al pueblo; ni por las poesías reunidas con el título de *Ayes del alma* y *Ternezas y flores* sino por las *Humoradas*, *Doloras* y *Pequeños poemas*, géneros por él inventados que tienen de común la intención trascendental y se diferencian en el desarrollo. Una humorada es el germen de una dolora, una dolora es el esquema de una composición menos breve. De sus composiciones más célebres son, entre las doloras *El gaitero de Gi-*

jón y *¡Quién supiera escribir!*, y entre los pequeños poemas el conocidísimo titulado *El tren expreso*. Como versificador no es siempre correcto, pero en su obra se atiende, sobre todo, al personal y delicioso humorismo y a la expresión del arte por la idea.

Entre sus obras en prosa sobresalen la originalísima *Poética* y los estudios *El personalismo* y *Lo absoluto* que son, para Revilla «dos doloras de bastante mérito».

Muy distinto es el carácter de otro gran poeta **Don Gaspar Núñez de Arce** (1834-1903) de Valladolid, que quiso ser, no como su paisano Zorrilla el poeta del pasado, sino el poeta de su siglo, cantando en estrofas esculturales sabiamente arrancadas de las cuerdas de bronce de su lira, las preocupaciones, las luchas y los ideales de su época. Cultiva por eso la poesía política, siendo un apasionado cantor de la libertad, pero tiene de ella un concepto altísimo, y no teme dejarse llevar de su indignación cuando la confunden con el desorden anárquico. Como poeta político compone los *Gritos del combate*, y canta *La duda* queriendo interpretar un estado psicológico de su época. Pero Núñez de Arce en el fondo tiene fe y por eso no acierta en esta como en otras composiciones. ⁽¹⁾

Núñez de Arce cultiva el poema de no desmesuradas dimensiones, escrito con nunca fatigada inspiración, en versos de irreprochable forma y gran sonoridad. De carácter alegórico son *La selva oscura* en tercetos, inspirado en Dante, y *La visión de Fr. Mar-*

(1) Recuérdese su hermoso soneto *A un hombre irresoluto* en que condena la duda y tiene fe en lo desconocido:

¡Oh, basta ya de indecisión! ¿Quién sabe
si hay un edén en medio del desierto?
De lo oscuro, lo incógnito y lo incierto
Dios, solamente Dios tiene la clave...

tin, en versos sueltos. *Hernán el lobo* y *El vértigo*, escrito en décimas, son de inspiración romántica. *La última lamentación de lord Byron* canta en octavas reales los últimos momentos de este poeta. Combate *A Darwin* y para componer su poema *Raimundo Lulio* utiliza un episodio de la vida de éste con verdadera inspiración, y da una nota de realismo fino y delicado en la exquisita poesía de *Maruja*, *El idilio* y *La pesca* ⁽¹⁾.

Aunque el renombre de Núñez de Arce perdura como poeta lírico, logró como dramático un gran triunfo con su drama *El Haz de leña*, en donde presenta a Felipe II y al Príncipe Carlos acercándose más a la verdad histórica que Schiller. En prosa escribió dos cuentos fantásticos, *Sancho Gil* y *Las aventuras de un muerto*, y *Recuerdos de la guerra de Africa*, que presenció como corresponsal de *La Iberia*.

Núñez de Arce encuentra discípulos en poetas de tanta inspiración y forma tan rotunda como **Don José Velarde** (1849-1892), que publicó *Voces del alma* y **Don Emilio Ferrari** (1853-1907), autor de poemas como *Dos cetros y dos almas*, y *Pedro Abelardo*.

Citaremos también al valenciano **Vicente Wenceslao Querol** (1836-1889), poeta de entonación clásica; a **Federico Balart** (1832-1903), notable crítico que se reveló como poeta con el libro titulado *Dolores*, y a **Manuel del Palacio** (1832-1905) correcto como versificador, autor de excelentes sonetos y de intencionadas composiciones satíricas.

Merecen ser mencionados **Bernardo López García** (1840-1870), de Jaén ⁽²⁾ que murió joven, tal vez sin dar la medida de su talento. Entre sus mejores poesías están la *Oda a Asia*, y las dedicadas *A Polonia* y *Al Dos de Mayo*; ésta última es la más popular. **Antonio Fernández Grilo** (Córdoba. 1845-1906) es poeta sencillo y fácil; su más famosa composición es la titulada *Las ermitas*. Poeta moderno y de exuberante forma fué **Carlos Fernández Shaw** (1866-1911), y extraordinario colorista, fácil y rico versifi-

(1) *El idilio* y *La pesca* están compuestos en la misma combinación que utilizó Zorrilla en su poesía *Al águila* y que Núñez de Arce emplea con mucha fortuna. Son endecasílabos y heptasílabos en esta forma: Aa-B-C-c-B.

(2) Estudió en el Instituto de su ciudad natal y después en Granada y en Madrid.

cador **Salvador Rueda** (n. 1857), autor de obras en prosa de costumbres andaluzas como *La reja*.

Gran poeta campesino, de inspiración netamente castellana es **José María Gabriel y Galán** (1870-1905), nacido en Frades de la Sierra (Salamanca). Es el cantor de «la llanura sin fin toda quietudes», en la que sabe colocar una figura de mujer, la que canta en su poesía *Castellana*, que había de ser la figura central de un poema que dejó sin terminar, el titulado *Ana María*.

A Galán se le ha llamado poeta clásico y poeta cristiano, pero su musa es predominantemente campesina, que encuentra su inspiración en las labores campestres y en el trato de la «gente sana» de su alquería. Sus composiciones han sido coleccionadas con los títulos de *Castellanas*, *Campesinas*, *Nuevas Castellanas*, *Extremeñas* y *Religiosas*. De las mejores son *El ama*, de elevada inspiración, *El amo* (que dejó sin terminar), *Castellana*, *Mi vaquerillo*, muy delicada, *Los pastores de mi abuelo*, de recia poesía, *Fecundidad*, muy valiente, pero de inspiración más pagana que cristiana, y otras muchas.

De las *Extremeñas*, escritas en el lenguaje popular de Extremadura ⁽¹⁾ son las mejores *El embargo* y *El Cristu benditu*. En las religiosas, la de mayor inspiración es la titulada *El Cristo de Velázquez*. También vale aunque menos, *La pedrada*.

En una prosa llena de sabor popular escribe tres breves estudios de costumbres campesinas, *Majada-blanca*, *Alma charra* y *El tío Tachuela* y el magnífico *Disparate*, muy corto, pero que tal vez sea su mejor página descriptiva.

(1) Galán vivió en Guijo de Granadilla (Cáceres).

Gabriel y Galán emplea en sus *Extremeñas* el lenguaje popular de Extremadura: coincide en esto con **Vicente Medina** (Archena, Murcia, n. 1866), que con inspiración propia y notable sencillez utiliza el habla popular de su tierra en sus *Aires Murcianos*. Sus mejores composiciones son *Cansera* y *Murria*. También escribió dramas regionales como *Lorenzo* y *El rento*. Hoy vive en Rosario de Santa Fe (Argentina) y se encuentra en plena producción literaria. Recientemente ha intentado utilizar de nuevo el lenguaje regional **Luis Chamizo** en su libro *El mijaón de los castuos*. Galán influye, aunque esta vez como poeta campesino y castellano en **Cándido Rodríguez Pinilla**, de Salamanca, buen poeta y de mayor profundidad filosófica.

La lírica actual. — En nuestra lírica actual se advierten varias tendencias. Hay escritores que persisten en el cultivo de las formas clásicas y que demuestran no están agotadas con sus frecuentes aciertos; entre ellos sobresalen, Ricardo León, Enrique de Mesa, Manuel de Sandoval y Antonio de Zayas. Otros han asimilado diestramente las innovaciones (que no lo fueron del todo) de Rubén Darío ⁽¹⁾ y dan notas personales: así Antonio y Manuel Machado, Luis Fernández Ardavin y Juan Ramón Jiménez que roza los linderos de lo ininteligible. Citaremos también, aunque solo sea por la popularidad de que gozan a Emilio Carrere y a Francisco Villaespesa. También han tenido eco en España las teorías estéticas más absurdas, pero no hemos de recordarlas. En general, puede decirse que hay muchos poetas a quienes no faltan condiciones, pero sus obras están afeadas por la intención deliberada de ser originales, persiguiendo en la extravagancia de la forma una originalidad que debe brotar de la concepción artística.

EL TEATRO POST-ROMÁNTICO

Evolución del teatro. — Al teatro romántico de exaltación en sus obras más características, sustituye otro más equilibrado en el cual se persiguen distintos valores estéticos; la reproducción de las costumbres, la sátira de los vicios y la exactitud psicológica de los personajes. En los mismos dramaturgos románticos

(1) De ellas se hablará al tratar de este autor en la Literatura hispanoamericana.

hemos visto, principalmente en García Gutiérrez, templarse en sus últimas obras el arrebató inicial; en plena época romántica escriben Bretón y Ventura de la Vega cuyo ideal no es el ardor sin freno; todo ello hace que de manera insensible, conservándose lo que en el romanticismo había de provechoso se vuelva a los clásicos, no a la tendencia afrancesada de Moratín, sino a nuestros escritores dramáticos del siglo XVII; pero no se vuelve a ellos para hacer un teatro igual, sino para inspirarse en lo que tienen de eterno y de humano.

A nadie se puede nombrar mejor aquí que al gran dramaturgo **D. Adelardo López de Ayala** (Guadalcanal ⁽¹⁾ 1828-1879). Ayala es autor de excelentes poesías líricas, sobresaliendo en la elegante sobriedad de los sonetos, y fué elocuente orador del que se recuerda el célebre discurso necrológico de la reina Mercedes. Pero su principal significación es como dramaturgo ⁽²⁾. Como dramaturgo, Ayala está colocado en el punto medio entre los clásicos y los románticos; y siendo así, no resulta su arte de eclecticismo artificioso, sino muy de su tiempo y de su época. La primera obra estrenada por Ayala fué el drama histórico *Un hombre de Estado*, pero antes había escrito *Los dos Guzmanes*, comedia imitada de los clásicos ⁽³⁾. Al mismo

(1) Guadalcanal pertenecía a la provincia de Badajoz; ahora está incluido en la de Sevilla. Las dos provincias se disputan la gloria de ser cuna de este eminente literato.

(2) En la *Historia de la literatura española* de Fitz Maurice Kelly que juzga con manifiesta incomprensión a Ayala, hay dos oportunas notas del traductor, señor Bonilla San Martín (págs. 511 y 512); en una de ellas justifica a nuestro autor y en otra da cuenta de la existencia de un manuscrito inédito de la novela de Ayala *Gustavo* (15 capítulos y 256 cuartillas), cuya publicación fué prohibida por el censor.

(3) Se inspira principalmente en Moreto para esta comedia. Además colabora en la loa a Calderón, que con el título de *La mejor corona* compusieron los ingenios de Sevilla. Pero a Alarcón es a quien más se parece por sus condiciones poéticas.

género de aquella pertenece *Rioja*. Pero en *El tejado de vidrio*, *El tanto por ciento* y *El nuevo Don Juan* escribe comedias de costumbres con evidente intención moralizadora, y en *Consuelo*, tal vez su obra más perfecta, crea, por la intensidad dramática una verdadera tragedia íntima, aunque en la acción no recurra á la intensidad de lo trágico. Escribió además zarzuelas delicadas y finas, como *Guerra a muerte*, o de intención política de actualidad, como *Los Comuneros* y *El conde de Castralla*.

Ayala preparaba cuidadosamente sus obras en las cuales siempre están bien compuestos los caracteres, y su versificación justa y correcta, sin exceso de lirismo, próxima a la realidad, es la verdadera versificación dramática.

Don Manuel Tamayo y Baus.—(Madrid. 1829-1898) es tal vez el dramaturgo más conocedor del artificio de la escena ⁽¹⁾. Si se añade a esto el exquisito cuidado con que componía sus obras, se comprenderá cómo consiguió crear algunas que no podrían ser mejoradas.

Tamayo escribió unas cuarenta obras entre originales y adaptaciones; algunas escritas en colaboración. Su primera obra original, *El 5 de Agosto*, puede colocarse entre las producciones románticas, pero en las restantes sigue tendencias muy diversas. Las mejores son *Virginia*, *La ricahembra*, *Locura de amor*, *La bola de nieve* y *Un drama nuevo*. *Virginia*, tragedia en verso, en cinco actos, que le parece a Fernánflor «la más bella estatua del clasicismo» en nuestra

(1) Fué hijo de cómicos; de don José Tamayo y doña Joaquina Baus, celebrados actores; su infancia transcurrió entre telones y hambalinas, y aficionado al teatro desde niño estrenó a la edad de diez años en Granada, una refundición de *Geneveva de Brabante*. Su modestia le lleva a emplear varios pseudónimos, entre ellos *El otro*, *Fulano de tal* y *Joaquín Estévez*. Con este último estrenó *Un drama nuevo*. Fué secretario perpetuo de la R. A. E., y director de la Biblioteca Nacional.

patria, era una de las obras predilectas de Tamayo, que tuvo en cuenta cuantas producciones anteriores se referían a este asunto, y nunca se cansó de corregirla hasta el punto de que ha sido aplaudida en dos formas desemejantes. *La ricahembra*, drama escrito en colaboración con don Aureliano Fernández Guerra es obra fuerte y vigorosa que tiene fundamento histórico. También lo hay en *Locura de amor*, drama en prosa en que presenta con admirable maestría la figura de la reina doña Juana siempre atractiva para los poetas; el amor y los celos son los resortes dramáticos principales, como en la obra titulada *La bola de Nieve*. En *Un drama nuevo*, tal vez la más perfecta de su autor, parece Tamayo recibir de Shakespeare, que es uno de los personajes de la obra, el poder mágico de crear sus escenas con aquel maravilloso soplo de vida y de realidad, que a veces ha conseguido hacer olvidar al espectador que se halla ante una ficción escénica.

Tamayo sobresale como creador de caracteres, versificador correcto e inspirado, buen prosista, aunque artificioso en demasía y poco natural a veces—como en *Un drama nuevo*—y otras descuidado y vulgar—como en *Lances de honor*.—Esta obra fué muy discutida por su tendencia docente y, en realidad, aunque el propósito sea digno de alabanza, los recursos teatrales están extremados en demasía. Por lo demás, la honrada y noble musa de Tamayo tenía predilección por las obras de tendencia moralizadora, entre las cuales ha sido alabada casi unánimemente la adaptación que con el título de *Lo positivo* hizo de la comedia de León Laya *Le Duc Job*; hoy el renombre de esta comedia nos parece excesivo.

Contemporáneos de Tamayo y Ayala hubo otros poetas apreciables aunque no de genio.

Luis de Eguílaz (1830-1874), natural de Sanlúcar de Barrameda alcanzó gran fama; es sencillo y natural y abunda en rasgos finos y delicados aunque a veces incurre en la sensiblería. *Verdades amargas*, *La vaquera de la Finojosa* y *La cruz del matrimonio* son de sus mejores comedias; entre las zarzuelas que se deben a su pluma se representó innumerables veces la titulada *El molinero de Subiza*.

Narciso Serra (Madrid, 1830-1877) obtuvo grandes éxitos en el teatro con sus comedias del corte de las de Bretón, aunque de inferior mérito. Tenía extraordinaria facilidad de versificador, y en sus obras hay siempre soltura y naturalidad. Escribió 28 comedias, varias de ellas en colaboración; son las más notables: *El amor y la gaceta*, *El reloj de San Plácido* y *Don Tomás*, tal vez la mejor en que reproduce con ingenio las costumbres militares que observó cuando fué alférez, cargo al que renunció. Le pertenecen 12 zarzuelas, de las cuales es la mejor *El loco de la buardilla* cuyo protagonista es Cervantes. En sus últimos quince años padeció una parálisis que le impide nuevos triunfos: entonces desempeña el cargo de censor de teatros y publica el volumen *Leyendas, cuentos y poesías* dedicado al Rey don Alfonso XII, que le protegió.

Después de Ayala y Tamayo aparece un dramaturgo que electrizó a las muchedumbres: **D. José Echegaray** (Madrid, 1832-1916), hombre portentoso, poeta de la ciencia, en cuyos dramas aparecen combinadas tendencias muy opuestas⁽¹⁾. En su primera comedia *El libro talonario*, estrenada con el transparente anagrama Jorge Hayaseca, se advierten inexperiencias de principiante, pero pronto Echegaray, con admirable seguridad produce gran número de obras, después discutidas, pero que llenaron el teatro español durante 30 años. En su teatro se marca muy bien una evolución; escribe primero en verso y más tarde en prosa, y aunque siempre es un romántico, no por el sentimien-

(1) Echegaray fué importante político, elocuente orador, hombre de ciencia, que vulgariza en interesantes trabajos, y además dramaturgo de gran fuerza. En 1904 le fué concedido, en unión del célebre Mistral, el premio Nobel, y al año siguiente España le tributó un grandioso homenaje.

to sino por el efectismo y los retorcidos recursos teatrales, manifiesta en otras obras atención hacia las nuevas tendencias, y es el primer dramaturgo español que revela haber estudiado el teatro de Ibsen. Su versificación es con frecuencia inhábil, pero siempre sus obras deslumbradoras y apasionadas, eminentemente teatrales, subyugan al auditorio, aunque estén lejanas de la realidad.

Entre las mejores citaremos *La esposa del vengador*, *En el seno de la muerte*, *El gran galeoto*, *Mariana*, *El loco Dios* y *O locura o santidad*. Aunque la fama de Echegaray fué como trágico, también escribió, aunque en menor número, comedias muy finas, como *Un sol que nace y un sol que muere*, y la bella sátira teatral *Un crítico incipiente*.

Hay otros dramáticos en la época de Echegaray de menos talla, pero que consiguen algunos aciertos, como **D. Leopoldo Cano** (nació 1844), que consiguió un éxito con *La pasionaria*, y **D. Eugenio Sellés** (n. 1844), mejor prosista que poeta, que triunfa con *El nudo gordiano*, obra gallardamente escrita en la que logró encontrar una situación verdaderamente dramática, pero que no consigue reiterar este éxito. En este lugar debe ser citado **D. José Feliú y Codina** (Barcelona, 1847-1897), a quien se recuerda, no por las numerosas obras que escribió en lengua catalana, sino por el magnífico triunfo conseguido con su *Dolores*, intenso drama de costumbres aragonesas, sobriamente planeado y versificado con singular gallardía. También son notables sus dramas *Miel de la Alcarria* y *María del Carmen*, en los que continúa su tendencia al teatro regional, el último de los cuales presenta en sus escenas costumbres de la provincia de Murcia.

Marcos Zapata (1844-1913), incorregible bohemio y poeta inspiradísimo, escribe varios dramas históricos de levadura romántica, en que sabe elegir figuras de nuestra historia, en cuyos labios pueda poner sus elocuentes imprecaciones contra la tiranía. Citaremos sus dramas *El compromiso de Caspe*, *El castillo de Simancas* y *La capilla de Lanuza*, y sus zarzuelas, innumerables veces representadas, *El anillo de hierro* y *El reloj de Lucerna*. Pero su mayor éxito lo consiguió con una obra no representada,

el «episodio histórico» en dos actos *La piedad de una reina*, cuyo estreno fué prohibido por el gobierno, lo cual le dió extraordinaria notoriedad.

Joaquín Dicenta (1860-1917), que estrenó con éxito su primer drama *El suicidio de Werther*, escrito en verso, adopta pronto la prosa para sus composiciones dramáticas, en las que se advierten influencias románticas y naturalistas y aun del teatro de Echegaray. En su drama más famoso, *Juan José*, y en otros como *Daniel*, *El crimen de ayer* y *El señor feudal*, aparece preocupado por tendencias sociales, que desarrolla desde su particular punto de vista. *Sobrevivirse*, tal vez su mejor obra, es el poema del amor conyugal.

En la comedia sobresalen **Miguel Ramos Carrión** (1848-1915), autor de obras un poco insípidas e inocentes, como *Mi cara mitad* y *La ocasión la pintan calva*, que ya no se representan, aunque sí sus zarzuelas *La Bruja* y *La Tempestad*, que sobreviven gracias a la magia de la música del gran Ruperto Chapí; **Enrique Gaspar** (1842-1902), autor de comedias satíricas de profundo pesimismo, como *La levita* y *Las personas decentes*; **Miguel Echegaray** (n. 1848), y **Eusebio Blasco** (1844-1903), escritor ingenioso y fino que cultivó también la novela, la crónica y la poesía.

Graciosos cuadritos son los que compone **Vital Aza** (1841-1912), con ingenio y gracia que no están subordinados a los absurdos retorcimientos de los vocablos. Sobresalen los titulados *La rebotica*, *La sala de armas*, *Ciencias exactas* y *Tiquis miquis*. Pero, en realidad, no pueden llamarse sainetes por faltarles la observación del tipo popular.

El gran sainetero de esta época es **Ricardo de la Vega** (1840-1910), del que nunca será olvidado su maravilloso cuadro *La verbena de la Paloma*, en el que acierta plenamente en la representación de la vida popular madrileña. En éste, como en sus restantes sainetes, no se limita a presentar tipos populares bien escogidos y bien observados como era tradicional, sino que liga las escenas y da alguna importancia a la acción. Notables saineteros son también **Javier de Burgos**, autor, entre otras obras, de *Los valientes*, *Las mujeres* y *El baile de Luis Alonso*, y **Tomás Luceño**, que es el que imita más a D. Ramón de la Cruz en

obras como *¿Cuántas calentitas, cuántas?*, *Cuadros al fresco*, *¡Viva el difunto!* y otras, llegando a presentarle en escena en *El maestro de hacer sainetes*.

Al teatro de Echegaray, todo efectismo y pasión, sustituye el de Benavente, todo elegancia e ironía. El primero supo subyugar a los grandes públicos; el segundo agrada a un público culto y escogido.

Don Jacinto Benavente (Madrid, n. 1866) es, sin duda, uno de nuestros más importantes dramaturgos. Con elegante frase y deliciosa ironía ha censurado los defectos de nuestra sociedad en comedias finamente escritas, en las que la emoción no suele desbordarse, sino que permanece contenida sin rozar los límites del drama; así en *Gente conocida*, *Al natural*, *Lo cursi*, *La farándula*, y *Las cigarras hormigas*, pero después evoluciona. Ya había escrito *Sacrificios*, que revela el estudio del teatro de Ibsen, y *El dragón de fuego*, obra de gran espectáculo, cuando estrena *Rosas de otoño* y *Señora ama*, dos de sus mejores comedias y la admirable obra *Los intereses creados*, tal vez la mejor de cuantas le pertenecen; farsa interpretada por polichinelas en la que el ingenio de Crispín sabe burlar a avaros y leguleyos, y triunfa el amor de Leandro, fundiéndose la más exquisita y delicada poesía con el más cruel latigazo de la sátira. No alcanza este interés humano la continuación que con el título *La ciudad alegre y confiada* estrenó Benavente más tarde. Su triunfo, que tuvo algo de apoteosis, era el de una obra brillantemente escrita, pero de un interés muy limitado, muy de actualidad política; obra de la que no sabe el autor si es profecía o farsa.

El estilo de Benavente, antes breve, conciso, cortado, es ahora más amplio, y su elegancia es también elocuencia. A esta época pertenecen tres magníficas comedias: *El collar de estrellas*, *Manto de armiño* y

El mal que nos hacen. Una tendencia distinta hay en *Los cachorros*. Citaremos también la novela escénica *La noche del sábado* y los dramas *Los Buhos* y *La Malquerida* que es una de las obras más intensas de este autor.

A esta labor hay que añadir su intento generoso del teatro de los niños, para el que escribió varias obras, la mejor *El príncipe que todo lo aprendió en los libros* y varios libros en prosa de los cuales el más importante es el titulado *Cartas de mujeres* que solo podía escribir un exquisito escritor y agudo psicólogo como Benavente.

El teatro en la actualidad.— Además de Benavente, cuya producción ahora está interrumpida, hay otros dramaturgos de indiscutible valor. Tales son los hermanos **Serafín y Joaquín Álvarez Quintero** (Sevilla, n. 1871 y 1873) que han escrito muchas obras con ingenio y gracia, cultivando diversos géneros teatrales. En sus comedias hay siempre emoción, sentimiento y optimismo, consiguiendo el chiste por el reiterado uso de estribillos, comparaciones o hipérbolos. Citaremos las tituladas *El patio*, *Doña Clarines*, *Malvaloca*, *Pepita Reyes*, *El centenario*, *La escondida senda*, *Piñola* y *La Calumniada*. De sus obras pertenecientes al llamado «género chico» son notables *La buena sombra* y *La patria chica*, de amplio pensamiento que dá más que lo que el título promete.

Manuel Linares Rivas (Santiago, n. 1867), satiriza las costumbres y preocupaciones sociales y aborda temas de ética con modernas orientaciones en *La garra*, *Aires de afuera*, *La cizaña*, *El abolengo* y *Cobardías*, entre otras muchas. Fracasó su tragicomedia *Toninadas* en el estreno, pero es una de sus obras de valor más positivo. Los diálogos de Linares Rivas elegantes y cuidados, están demasiado compuestos y por eso

resultan, aunque bellos y de réplicas agudas y oportunísimas, lejanos de toda realidad.

Gregorio Martínez Sierra (n. 1881), literato pulquérrimo y de exquisita sensibilidad, autor de novelas tan finas y delicadas como *Tú eres la paz*, cultiva el teatro luciendo las mismas condiciones en *Canción de cuna*, *Primavera en Otoño* y varias otras. Distintos aspectos de su personalidad señalan *La sombra del padre*, en donde hay fuerza dramática y *Madame Pepita* que ha sido llamada «caricatura sentimental».

Notables dramaturgos son **Federico Oliver**, autor de dramas históricos y de aparato como *Anibal*, que triunfó en las obras de acre sátira social *Los Semidioses* y *El crimen de todos*, y **José López Pinillos (Parmeno)**, fallecido no hace mucho, autor de fuerte temperamento trágico en obras como *Esclavitud*.

Como sainetero es notable, entre otros muchos, por su continuada labor y su acierto en la pintura de costumbres populares, **Carlos Arniches**, autor de *El Santo de la Isídra* y de otros breves cuadros, en que con temperamento propio continúa la tradición del sainete español. Además ha escrito muchas comedias de ambiente popular como *La cara de Dios* y *La venganza de la Petra*, y otras de carácter muy distinto entre las que sobresale la notable farsa *La señorita de Trevélez*.

En el llamado teatro poético ha habido éxitos tan resonantes como los de *La tizona*, de Ramón de Godoy y Enrique López Alarcón; *Blasco Jimeno*, de Fernando López Martín, y el reciente de *La dama de armíño* de Luis Fernández Ardavin; pero las dos figuras más representativas son las de Eduardo Marquina y Francisco Villaespesa.

Eduardo Marquina (n. 1879) tiene más condiciones de poeta épico que de dramático. Así acierta en *Las hijas del Cid* y *En Flandes se ha puesto el sol*, dramas en que el espíritu épico lo anima todo. Obra muy extraña y de difícil comprensión es *El*

retablo de Agrellano. Ahora Marquina utiliza la prosa, que le parece más en armonía con las exigencias de la civilización actual para sus creaciones dramáticas.

Francisco Villaspesa (n. 1874), en cambio, es exclusivamente lírico. De sus obras, de endeble contextura dramática, están en la memoria de todos algunos parlamentos que son verdaderas poesías líricas que nada pierden separadas de la obra y que a veces están extraídas de alguno de los innumerables libros de poesías publicados por el autor. Citaremos los títulos de algunas de sus obras más conocidas como *Aben Humeya*, *El Alcázar de las perlas*, *Judith* y *La leona de Castilla*.

LA NOVELA POST-ROMÁNTICA

Desarrollo de la novela después de la época romántica.

Después de la época romántica, ya en la segunda mitad del siglo XIX hay en España un enorme desarrollo de la novela, género cultivado por escritores tan eminentes que bien puede decirse que en él nuestra patria nada tiene que envidiar a los restantes pueblos. El carácter de estos escritores es eminentemente español; claro que están al corriente de las tendencias literarias que tienen resonancia del otro lado de los Pirineos, por ejemplo, del naturalismo, pero pocos se dejan seducir por él, para permanecer fieles a la tradición realista (no naturalista) de nuestra novela.

La novela de costumbres. Fernán Caballero.—La aparición de la novela de costumbres cuenta con el precedente de los costumbristas citados en páginas anteriores, como Larra, Mesonero Romanos y Estévez Calderón. Sólo faltaba unir estos cuadros deshilvanados, por el interés de una ficción única. Esto lo hace *Fernán Caballero*, en sus novelas que no pertenecen ya a la época romántica, pues la publicación de *Clemencia* en 1852 fué saludada por un bien escrito artículo de D. Luis de Eguílaz, que al año siguiente estrenaba *Verdades amargas*, su primera obra teatral.

Fernán Caballero fué el pseudónimo con que publicó sus novelas *Doña Cecilia Bohl de Fáber* (Morgues,

Suiza. 1796-1877) mujer de talento excepcional ⁽¹⁾. La primera novela de Fernán Caballero es *La gaviota*, publicada en 1849, cuyo renombre fué en parte debido a la entusiasta crítica de D. Eugenio de Ochoa, a quien Fernán Caballero dedicó su posterior obra *Clemencia*, tal vez la mejor de cuantas produjo. Tanto en las citadas, como en *Lágrimas* y *La familia de Alvareda* y en sus cuentos y narraciones cortas, Fernán Caballero reproduce con admirable realismo las costumbres andaluzas, sin que la atenta observación perjudique lo poético del sentimiento. Su amor a las locuciones, frases y cantos populares dan a sus obras interés especial para los estudios de folk-lore.

Otros novelistas. La novela histórica.—Ya han sido estudiados entre los poetas *Antonio de Trueba*, el delicado cuentista, y *Seigas*. La novela histórica que contaba con las producciones de Martínez de la Rosa, Larra, Espronceda y Enrique Gil, sigue siendo cultivada.

Gran popularidad en este género alcanzó **Manuel Fernández y González** (1821-1888), que, aunque nació en Sevilla es más granadino que sevillano, pues en Granada se educó, perteneciendo a la famosísima sociedad literaria «La cuerda», que tenía próspera vida hacia 1850. Después, en Madrid, se puso a la cabeza de los novelistas, escribiendo gran número de obras, probablemente más de 400, que dictaba a la vez a varios taquígrafos. Así se resienten de este apresuramiento, abundando en ellas los olvidos, distracciones, defectos de estilo y anacronismos, pues Fernández y González, cuya cultura no era sólida, no las preparaba

(1) Era su padre el bibliófilo don Juan Bohl de Fáber que coleccionó nuestra lírica en su *Floresta española* y es autor también del *Teatro español anterior a Lope de Vega*. Su figura tiene interés para el estudio de la aparición del romanticismo en España.

con cuidado, hasta tal punto que apenas puede llamarsele novelista histórico. Pocas de sus obras pasarán a la posteridad: tal vez las dos mejores sean *El cocinero de S. M.*, y *Men Rodríguez de Sanabria*, y también las tradiciones árabes en que hay notable riqueza de fantasía tituladas *Allah-Akbar* y *Las noches de la Alhambra* que fueron de sus primeros libros.

Aunque es principalmente conocido como novelista, vale más como dramático por sus obras *El Cid* y *Don Luis Osorio*, en donde presenta un tipo tenorioesco y, más aún, como poeta, por su gallardía de versificador ⁽¹⁾.

También era uno de los nudos de la famosa cuerda **Don José J. Soler de la Fuente** (Granada, 1828-1876), autor de un volumen de *Tradiciones granadinas* y de otros escritos.

El apresurado sistema de Fernández y González, que era el mismo que Dumas utilizaba en Francia, fué seguido por algunos escritores que acostumbraban a publicar sus obras *por entregas*; no hemos de citar los nombres de estos autores de obras interminables pseudohistóricas o de sensiblera tendencia social. Entre ellos está **Don Ramón Ortega y Frías** (1825-1883), granadino, autor de narraciones de violento claro oscuro que ya no se leen, cuyos restos, en unión de los de Quintana, fueron sólemnemente trasladados en Madrid el presente año, a un lugar de reposo más tranquilo que el destrozado cementerio en que yacían.

Autor más concienzudo, más serio, cuyas obras revelan estudio detenido y paciente, es **Francisco Navarro Villoslada** (Viana, Navarra, 1818-1895) el mejor imitador de Scott en España en sus novelas *Doña Blanca de Navarra*, *Doña Urraca de Castilla* y, sobre todo en su admirable *Amaya, o los vascos en el siglo VIII*,

(1) Recuérdese su poema *La batalla de Lepanto* y la composición en que describe maravillosamente la Capilla Real de Granada, que fué recogida e impresa por el Dr. Thebussem en su folleto *Granada*. Madrid. 1893, en donde inserta fragmentos de Cervantes, Fernández y González, Gautier, Rizzo y Ramírez y Zorrilla.

obra de verdadera entonación épica, a la que es lástima afee la tendencia excesivamente arcaizante del estilo. También es notable la novela que con el pseudónimo de *Juan García* publicó **Don Amós de Escalante** titulada *Ave Maris Stella*, cuya acción se desarrolla en el siglo xvii. Ya se han citado en otro lugar las novelas de Castelar y de Cánovas, que cultivaron el género histórico, aunque se distinguieron más como oradores y políticos.

Otros novelistas. Pedro Antonio de Alarcón (1833-1891). —Natural de Guadix, pero que estudió en Granada, siendo amigo de Fernández y González y uno de los individuos de la «cuerda», triunfó en Madrid pronto con sus admirables cuentos y su novela *El final de Norma*, obra juvenil, calificada por el autor mismo de *muchachada* ⁽¹⁾, y se hizo notar como periodista político apasionado. Su fama aumentó considerablemente con la publicación de las crónicas que enviaba desde Marruecos, en donde luchaba como soldado, que fueron reunidas con el título de *Diario de un testigo de la guerra de África*, y con dos libros descriptivos *De Madrid a Nápoles* y *La Alpujarra*.

Alarcón evoluciona; disminuyen sus reminiscencias románticas y su arte entra de lleno en el realismo; de hombre de atrevidas ideas pasa a ser defensor de la religión y de sus ministros; y escribe entonces sus obras más discutidas, la novela trágica *El niño de la bola* y la interesantísima obra *El escándalo*, escrita con arte maravilloso, que no deja decaer el interés y sorprende con el inesperado final. Estos libros, en que se defiende una tesis, han sido discutidos; pero no así la joyita *El capitán Veneno*, ni el de-

(1) En la *Historia de mis libros*. El autor proyectaba escribir cuatro libros de viajes; por el Norte, Sur, Este y Oeste. Sólo publicó el del Norte (El final de Norma), pues con el manuscrito de Oriente hizo tal vez justificado auto de fe.

licioso cuadro *El sombrero de tres picos* que tiene su origen en un cuento tradicional. Aquí como en las *Historias nacionales*, y en los *Cuentos amatorios*, se reconoce a Alarcón por todos como escritor clásico, estilista castizo, y hábil narrador. A esta labor de novelista hay que añadir un volumen de poesías excelentes y la *Historia de mis libros*, tan interesante y amena como la mejor obra de imaginación.

Uno de nuestros más celebrados novelistas, aunque no sean de ello sus mejores condiciones, es **Don Juan Valera** (Cabra, 1824-1905). Valera es uno de nuestros primeros estilistas; espíritu culto, fino, eminentemente social; su humorismo delicioso aparece expresado con exquisita elegancia en la magia de su prosa; la ceguera que padeció al final de su vida, que le obligó a dictar sus últimas obras, hace que en éstas no brillen como en las anteriores todas las facetas de su finura espiritual, porque el arte de Valera es lo más lejano del arte del orador, que es el único que puede con ventaja dictar en vez de escribir.

Su primera novela *Pepita Jiménez* (1874), representa un gran avance en la novelística española. Es cierto que tiene inexperiencias de novelista en la disposición de la trama, pero tal vez hasta su publicación no había en nuestra literatura un análisis psicológico tan minucioso. Los personajes de Valera sostienen una lucha espiritual que sustituye con ventaja a lo que pueda faltar de acción. Igual sucede en *El comendador Mendoza*, tal vez la obra compuesta por Valera con un cuidado más detenido, y que no es sino un caso de conciencia al cual se quiere sacrificar una juventud. El tema que había abordado en *Pepita Jiménez*, se renueva en *Doña Luz*, otra de sus novelas, pero *Juanita la larga* no es sino un pretexto para enterar al lector, con arte exquisito, de las cos-

tumbres y del ambiente de Cabra, su pueblo natal, designado en la novela por el nombre supuesto Villalegre.

En un segundo plano están sus restantes novelas, *Las ilusiones del Dr. Faustino*, una de las de propósito más ambicioso; *Pasarse de listo*, obra ingeniosa, aunque algo falsa; *Genio y figura*, estudio psicológico de atrevida concepción y *Morsamor*.

La personalidad de D. Juan Valera tiene otros aspectos; fué poeta brillante y limado; fué crítico: como crítico se agiganta su personalidad. Espíritu fino, de gusto clásico y helénicas aficiones, que revela en su traducción del idilio de Longo *Dafnis y Cloe* ⁽¹⁾, la exquisita urbanidad de su crítica cuando se trata de poetas actuales, como se ve en las *Cartas americanas*, no excluye el rasgo intencionado inocente en apariencia; sus críticas retrospectivas, siempre interesantes, son casi todas obra de vulgarización no vulgar, aunque no de investigación propia. Tal vez sus mayores aciertos estén en sus dos notables discursos sobre el Quijote, uno no terminado ⁽²⁾. Son interesantes sus *Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas*, terrible ataque a la tendencia naturalista.

Muy distinta es la fisonomía literaria de **D. José María de Pereda** (Polanco, Santander, 1834-1906). Aunque hace una excursión fuera de los escenarios montañoses en *Pedro Sánchez*, cuya acción se desarrolla en Madrid, y en *La Montalvez*, desarrollada en un am-

(1) «El aprendiz de helenista» le llama en un artículo póstumo así titulado, D.^o Emilia Pardo Bazán. (A B C 13-5-1921). En dicho artículo afirma: «Pepita Jiménez fué la cumbre de la vida literaria de Valera».

(2) *Sobre el Quijote y sobre las diferentes maneras de comentarle y juzgarle*; discurso leído ante la R. A. E. en 1864 y publicado en el vol. I de sus *Disertaciones y juicios literarios*.

El otro discurso fué escrito por encargo de la R. A. E. para conmemorar el centenario tercero de la publicación del Quijote. Madrid, 1905.

biente desconocido para Pereda, y que fué un desacierto casi en su totalidad, todos convienen en estimar a este autor, más como a novelista de su región, que nacional, y más costumbrista y autor de cuadros breves, que de novelas. Sin embargo, Pereda, por su ideología aferrada a lo tradicional y por su casticismo literario, traspasa los límites de lo puramente local, para adquirir importancia enorme en nuestra literatura.

De sus novelas largas, tal vez las más importantes son *Sotileza*, que tiene toda la grandeza del mar, y *Peñas arriba*, en que recoge la serenidad augusta de la montaña y, en donde más que acción, hay magnificas descripciones de los paisajes familiares a Pereda. De menos empeño, aunque dignas de mención, son *El sabor de la tierruca*, *Al primer vuelo*, *La puchera*, *Don Gonzalo González de la Gonzalera* y otras varias. En *De tal palo tal astilla*, escribe una novela de tesis que quiere oponer a la *Doña Perfecta* de Galdós ⁽¹⁾. Ya se ha dicho que hay quien estima a Pereda más que como novelista, como autor de cuadritos locales en que el paisaje y los tipos se compenetran con verdadero ambiente, y en este sentido, que quizás sea el criterio más acertado para juzgarle, son admirables los coleccionados en los volúmenes *Tipos y paisajes* y *Escenas montañosas*.

Íntimo amigo de Pereda ⁽²⁾, a pesar de lo opuesto de su ideología, fué **D. Benito Pérez Galdós** (Las Palmas, Canarias, 1845-1920). Su obra asombra por la extensión y por la vida que en toda su complejidad se derrama por el amplísimo cauce de su copiosa producción novelística. De todos estos grandes escritores

(1) También contestando a la obra de Balzac *Petites misères de la vie conjugale* escribió Pereda *El buey suelto*.

(2) También de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, nuestro gran crítico.

del siglo XIX, Galdós fué quien inició esta gloriosa fase de la novela española, pues su primera obra, *El audaz*, se publicó en 1871.

La obra de Galdós no carece de algún defecto de estilo: un censor minucioso encontraría en su prosa alguna incorrección, algún galicismo, tal vez algún olvido de detalle; pero también Cervantes los tuvo, precisamente en su obra inmortal y no en otras más cuidadas. Este censor minucioso no sabría ver la grandeza de la figura de Galdós, en cuyo mundo novelesco viven innumerables personajes, no todos creados con la misma fortuna, pero algunos no susceptibles de mejora: Este amplísimo marco de la obra galdosiana es su mayor excelencia, y lo que pone a su autor al lado de los novelistas más geniales.

Entre sus mejores novelas de costumbres están *Fortunata y Jacinta* ⁽¹⁾; *Angel Guerra*, interesante estudio psicológico, y *Marianela* ⁽²⁾. Problemas religiosos que apasionaron todos los espíritus, aborda en *Gloria*, *Doña Perfecta* y *La familia de León Roch*, en donde sólo la tendencia puede ser censurada ⁽³⁾.

Galdós funde la novela histórica con la realista en los *Episodios nacionales*, que más que a Walter Scott, se parecen a Erckmán-Chatrián, aunque son muy superiores. Los constituyen una larga galería de cuadros por la que desfila en forma novelesca toda nuestra historia contemporánea. Están divididos en cinco series, y cada una consta de diez volúmenes, excepto

(1) Es la mejor para Menéndez y Pelayo. Véase su contestación al discurso de ingreso de Galdós en la R. A. E.

(2) Una adaptación escénica de esta obra hicieron D. Serafín y D. Joaquín Álvarez Quintero.

(3) *Gloria* es una obra que habla al entendimiento; *Doña Perfecta* impresiona la sensibilidad. Desde el punto de vista estético tal vez el mayor defecto de ambas obras sea el que los protagonistas (no las protagonistas), son tipos no reales, sino convencionales, el tipo del perfecto héroe de novela.

la última, no terminada, de la cual solamente fueron escritos seis: el último es el titulado *Cánovas*. Las últimas series agradarán más cuando los acontecimientos que relatan no sean tan inmediatos; tal vez por ello, por su interés patriótico, pues se refiere a la guerra de la Independencia, y por no aparecer como en las otras el político junto al literato, sea la más leída la primera ⁽¹⁾. Sin embargo, en los siguientes hay algunos episodios de gran valor. Uno de los mejores es *La estafeta romántica*, escrito en forma epistolar.

Galdós ha cultivado también el teatro, sobre todo al final de su vida, llevando a todos sus dramas fuerza vigorosa y a veces cuestiones candentes. El mejor es *El abuelo*, debiendo también citarse *Realidad*, *La de San Quintín*, *Electra* y *La loca de la casa*.

Un éxito extraordinario consiguió con su novela *Pequeñeces* el **P. Luis Coloma** (Jerez, 1851-1915), de la Compañía de Jesús, que empieza imitando a Fernán Caballero y consigue crearse un estilo original y propio. El éxito de *Pequeñeces* hay que atribuirlo en parte a la curiosidad que despierta todo *roman a clef*: como novela de clave fué considerada esta obra de Coloma, en que se flagela duramente a la aristocracia madrileña, que Coloma conocía muy bien, porque a ella había pertenecido, pero la obra tiene innegable valor y está escrita en buen estilo.

Coloma escribió también una serie de cuentos de carácter moral que se publicaron en *El Mensajero del Corazón de Jesús* y se reunieron después en un tomo con el título de *Lecturas recreativas*. El más impor-

(1) Comprende: *Trafalgar*. *La corte de Carlos IV*. *El 19 de Marzo y el 2 de Mayo*. *Bailén*. *Napoleón en Chamartín*. *Zaragoza*. *Gerona*. *Cádiz*. *Juan Martín el Empeinado*. *La batalla de los Arapiles*. Los sucesos históricos están unidos por una ficción novelesca cuyo personaje principal es Gabriel Araceli, excepto *Gerona*, que aparece interpolado y rompiendo la unidad.

tante de estos cuentos es *La gorriona*, que parece el germen de una novela más extensa. Además publicó *Coloma Boy*, novela en la que hay más emoción que en *Pequeñeces*, y que es obra más intensa, aunque el cuadro sea más reducido; tres libros de historia escritos con gran amenidad: *Jeromín*, que refiere la vida de D. Juan de Austria, *La reina mártir* y *El Marqués de Mora*; y *Recuerdos de Fernán Caballero*.

Doña Emilia Pardo Bazán (La Coruña, 1851-1921), ha conseguido marcar fuertemente su personalidad literaria. Su enorme actividad hace ascender a considerable número el de sus obras, en todas las cuales luce su elegante prosa, notable por su gran riqueza de vocabulario.

Intentó la Condesa de Pardo Bazán el teatro en obras como *Verdad* y *La suerte* con las que no consiguió el éxito. Publicó numerosas crónicas de viajes, artículos de crítica, discursos, monografías sobre Feijóo, sobre los poetas épicos cristianos y varias otras y la revista titulada *Nuevo teatro crítico*, pero su gran fama es como novelista.

Su imaginación portentosa le permite crear inmenso número de personajes que aparecen en sus innumerables cuentos, que la acreditan tal vez de la mejor cuentista contemporánea. Entre sus novelas deben ser citadas *Insolación*, *Morriña*, *La Madre Naturaleza*, *Viaje de novios* y *Los Pazos de Ulloa*. La Condesa de Pardo Bazán es la defensora del naturalismo en España, aunque su buen gusto le haga ser más naturalista en la teoría que en la práctica; pero después evoluciona hacia el análisis psicológico en *La quimera* y *La Sirena negra* y hacia la exaltación espiritualista en *¡Dulce dueño!*

Una novela excelente publicó **Don Ricardo Macías Picavea** (1847-1899), cuyas indiscutibles condiciones no fueron sujetas a una

producción continuada. Picavea, pensador profundo y gran patriota escribe la novela regional de Castilla en *La tierra de campos*, obra bien concebida y diestramente planeada, fuerte y áspera; es un cuadro vigoroso de la vida en los pueblos castellanos, con su hervidero de pequeñas pasiones al que sirve de fondo la interminable extensión de la parda llanura.

Novelista regional fué **Don Juan F. Muñoz y Pabón** (1866-1920), que refleja con acierto y sin exageraciones de ambiente la vida en Andalucía en sus novelas, en las que hay unas veces rasgos satíricos, otras sentimentales y siempre gracia e ingenio. Citaremos las tituladas *El buen paño...*, *Paco Góngora*, *Justa y Rufina* y *Temple de acero*.

Don Jacinto Octavio Picón (Madrid, n. 1852) ha escrito con estilo excelente, cuidado y elegante, críticas literarias y artísticas, y novelas como *La hijastra del amor* y *Dulce y sabrosa...*

También vive aún, y acaba de publicar *Años de juventud del Dr. Angélico* y *La novela de un novelista* después de un silencio de muchos años, **Don Armando Palacio Valdés** (Asturias, n. 1853), que se distingue por el acierto con que caracteriza a sus personajes, por su humorismo suave y simpático, y por la finura de observación y sobre todo en sus últimas obras, por lo comunicativo de la emoción de algunos pasajes. Fué, como Picón, notable crítico, pero se le recuerda por sus obras novelescas a las que debe su fama.

Su primera obra fué *El señorito Octavio*, novela «sin pensamiento trascendental», pero pronto quebranta su propósito y escribe *Marta y María*, una de sus novelas mejores, que tiene una tesis, aunque ésta no se manifieste demasiado a la luz. *La aldea perdida* es un canto a las antiguas costumbres aldeanas de Asturias, y *La hermana San Sulpicio* una exacta y graciosa pintura de la vida sevillana. *Riverita* y *Maximina*, primera y segunda parte de una narración única y desconsoladora, son también de sus obras

mejores. También citaremos las tituladas *El idilio de un enfermo*, *Los majos de Cádiz*, *La alegría del capitán Ribot* y *Tristán o el pesimismo*. La afición dominante en la juventud de Palacio Valdés fué la filosofía; a ella vuelve, cuando había logrado su fama de novelista, en sus *Papeles del Dr. Angélico*. Ha escrito también cuentos muy notables como *El pájaro en la nieve* y *Seducción*.

Aunque aún está en plena producción **Vicente Blasco Ibañez** (Valencia, n. 1867), ha llegado a la cumbre de la fama y su nombre es universalmente conocido y respetado. Blasco Ibañez no es un estilista; a su frase le faltan pureza y corrección; pero, en cambio, tiene un fuerte poder plástico. Recio y vigoroso, palpitante de vida, que se desborda por el cauce de sus novelas, siente predilección por los asuntos dramáticos, que sabe desarrollar con enorme fuerza de emoción.

Se afilió al naturalismo y esto exalta sus cualidades de observador, haciéndole trazar cuadros minuciosos —una disputa de pescadoras en el primer capítulo de *Flor de Mayo*, una sesión en el Congreso, en el último de *Entre Naranjos*—que si desvían en parte la atención del asunto de la obra, tienen por sí mismos eficacia y virtualidad artística.

Blasco Ibañez quiso escribir una novela histórica, sin conseguirlo del todo, *Sónnica la cortesana*, y publica una serie de novelas de tesis, *La catedral*, *La boveda*, *La horda*, que aunque tienen rasgos felices, constituyen lo más imperfecto de su labor. Más brilla como pintor de las costumbres de su país en sus novelas *Flor de Mayo*, *Arroz y tartana*, *Cañas y barro* y *La Barraca*, obra de fuerte concepción en que no se disimulan ni disculpan los defectos de la clase popular. También es un admirable cuentista en sus *Cuentos valencianos*.

Pronto se ensanchan los horizontes de Blasco Ibáñez; viaja mucho, y como resultado de un viaje a la Argentina en que funda dos colonias a las que llamó Cervantes y Nueva Valencia, publica *La Argentina y sus grandezas*. Inspirándose en este episodio de su vida escribe *Los argonautas*, y escenas de la guerra mundial inspiran *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, *Mare nostrum* y *Los enemigos de la mujer*.⁽¹⁾

El cuento.—En el siglo XIX ha tenido el cuento numerosos cultivadores; entre ellos están varios de los novelistas citados como Alarcón, Valera, Palacio Valdés, Blasco Ibáñez, sobresaliendo en el género, como se ha dicho, D.^a Emilia Pardo Bazán. Excelentes cuentistas fueron también **Isidoro Fernández Flórez** (1833-1902), que utilizaba el pseudónimo *Fernán-flor*, y **José Nogales** (1860-1908), que alcanzó la fama con su pequeña obra maestra el célebre cuento *Las tres cosas del tío Juan*.

Los novelistas en la actualidad.—Entre los novelistas actuales, a los que citaremos brevemente por no haber actuado el tiempo sobre su obra, se destacan Valle-Inclán, Pío Baroja y Ricardo León.

Don Ramón del Valle-Inclán (Puebla de Caramiñal, Pontevedra, n. 1869), estilista cuidadoso y exquisito, que suele poner al servicio de sus obras los primores tipográficos, es autor de poemas escénicos y novelas, a veces dialogadas, siendo tal vez lo más conocido de su labor las *Comedias bárbaras* y las *Sonatas* que son cuatro, *de primavera, estío, otoño e invierno*.

A **Pío Baroja** (San Sebastián, n. 1872), por el contrario, no le preocupan la elegancia y riqueza del estilo, sino el contenido de las obras. Con frase concisa y

(1) Han quedado sin citar varias obras de Blasco Ibáñez, algunas de ellas novelescas; entre otras, los libros de viajes *En el país del arte* (Italia) y *Oriente*.

desligada escribe sus numerosas novelas que revelan estudio de los novelistas rusos; unas veces son tendenciosas, otras reflejan las luchas políticas de una época aún cercana, otras renuevan nuestra tradición picaresca, como es posible que sea renovada hoy. Tiene además cuentos y libros de comentario de temas de actualidad. Entre sus mejores novelas están *La casa de Aizgorri*, *Las inquietudes de Shanti Andia*, las que componen la trilogía *La lucha por la vida* y la larga serie de *Memorias de un hombre de acción*.

Por completo opuesto a Pío Baroja es **Ricardo León** (Málaga, 1877); aquél del Norte, éste del Mediodía; aquél atrevido ideológicamente, formando éste en las filas conservadoras; son más opuestas aún sus cualidades literarias. A Ricardo León lo único que le interesa es el estilo; sus mejores obras *El amor de los amores*, *Casta de hidalgos*, *Comedia sentimental* no son en realidad novelas, sino temas místicos o sentimentales, desarrollados novelescamente. Más acción hay en *Alcalá de los Zegries* y *Los centauros*. En Ricardo León lo es todo la prosa rica, abundante, castiza, sonora, que adopta a veces el ritmo del verso, pudiendo dividirse en octosílabos o endecasílabos⁽¹⁾, cualidades llevadas a colmo, de una manera tal vez excesiva, en su discurso de ingreso en la R. A. E. que fué un elogio de la lengua castellana.

Cuenta España en la actualidad con numerosos novelistas que no serán citados aquí. Su producción es aún vacilante o se orienta hacia géneros en que se atiende más que a la eficacia estética, a consideraciones de otra índole. Novelas han escrito **Azorín**

(1) No se crea que es nuevo este artificio. Ya Fr. Alberto de Aguayo en su traducción castellana del libro *De consolatione* de Boecio, Sevilla, 1518, advierte «Va el verso en coplas y la prosa por medida» lo cual quiere decir que la prosa se puede dividir en octosílabos. Aunque se ha dicho que esto lo hace notar su moderno editor el P. Alonso Getino se encuentra ya la noticia en Gallardo. *Ensayo*. Tomo I, núm. 43.

(pseudónimo de José Martínez Ruiz), y **Unamuno**, cuyas mejores condiciones no son las de novelista; **Martínez Sierra**, ya citado entre los dramaturgos; **Pérez de Ayala**, **Wenceslao Fernández Flórez**, **Gabriel Miró**, **Hernández Catá** y otros muchos. El mayor éxito corresponde a **Alejandro Pérez Lugín**, con su novela de estudiantes *La casa de la Troya*, obra escrita con sencillez y gracia, aunque utilizando un procedimiento algo anticuado. No le ha faltado a Pérez Lugín para su popularidad ni el ser acusado de plagiarlo, como Pierre Benoit, ni la adaptación escénica de su obra hecha por un dramaturgo tan notable como Linares Rivas. Después ha publicado *Currito de la Cruz*, novela de toreros de idéntico corte, aunque excesivamente larga. Notable novelista es también **Concha Espina**, que ha publicado entre otras obras *La niña de Luzmela*, *La rosa de los vientos*, *El metal de los muertos* y *Dulce nombre*. La más conocida es *La esfinge maragata*, tal vez por lo pintoresco de las costumbres que refiere. Concha Espina ha intentado el teatro en *El jayón*.

LA DIDÁCTICA Y LA ORATORIA

Causas que determinan el desarrollo de la didáctica y de la oratoria.—En la segunda mitad del siglo XIX, la introducción en España de doctrinas extranjeras y las discusiones doctrinales, determinan un gran florecimiento de la didáctica y de la oratoria. Se discute apasionadamente entre los partidarios de las diversas tendencias políticas, económicas, filosóficas, literarias. Unos y otros exponen sus doctrinas en libros didácticos y las defienden ayudándose de las galas de la oratoria. Esta brilla principalmente en dos tribunas, en el Parlamento, sobre todo al discutirse las Constituciones de 1869 y 1876; y en el Ateneo, por donde desfilaron casi todos los hombres de mayor valía de nuestra patria.

Historia.—La *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España en 1808*, es nuestro último libro clásico de Historia, bien escrito y bastante exacto en la relación de los hechos. Se debe a la pluma del

Conde de Toreno, citado antes entre los oradores que intervinieron con mayor brillantez en las famosas Cortes de 1812. Con estudio propio y laboriosa investigación, publicó **D. Modesto Lafuente** (1806-1866) treinta volúmenes de su monumental *Historia general de España*, que fué continuada por D. Juan Valera. Después se acentúa la tendencia crítica e investigadora y se tiende, más que a escribir historias generales, a profundizar en un punto concreto determinado, publicándose gran número de valiosas monografías.

Contribuyen a este movimiento los estudios orientales, que además de tener importancia filológica, la tienen histórica, por haber permitido el estudio de las crónicas arábigas. Entre nuestros orientistas más famosos están **D. Pascual Gayangos** (1809-1897), **D. Eduardo Saavedra** (1829-1912), **D. Francisco Fernández y González** (1833-1917), **D. Francisco Codera** (1836-1917) y **D. Julián Ribera**. El grupo de la Universidad de Granada estaba integrado por **Simonet** (1829-1897), y **Eguílaz**, aquél de mayor autoridad científica. También son de importancia para el desarrollo de la historia los estudios epigráficos que cultivó preferentemente el **P. Fidel Fita** (1838-1917).

La crítica literaria y la historia de nuestras letras tienen también eminentes cultivadores, entre los cuales están Larra, Hartzenbusch, Valera, Balart, Picón, Palacio Valdés y la Condesa de Pardo Bazán, que en otros lugares han sido estudiados. Entre los innumerables cultivadores de este género de estudios, citaremos a **D. Agustín Durán** (1793-1862), que supo admirar el tesoro de poesía de nuestro romancero; **D. José Amador de los Ríos** (1817-1862), por el venerable monumento *Historia crítica de la literatura española*, aunque por sus colosales dimensiones sólo puede llegar a la edad moderna; **D. Antonio Gil de Zárate**, ya nombrado como dramático, autor de un *Manual de Literatura* y de un *Resumen histórico de la Literatura española*, y **D. José Fernández Espino** (1816-1875), entre otros trabajos, por su *Curso histórico crítico de Literatura española*, incompleto también.

La fama de **D. Manuel Milá y Fontanals** (1818-1884), no ha disminuído, ni han perdido interés sus sólidos estudios *De la poesía heroico popular española* y *Los*

trovadores en España. Fué también notable preceptista, de hondos fundamentos estéticos. Como preceptista se distingue también **D. José Coll y Vehí** (1828-1876), catalán como el anterior, por sus *Elementos de literatura* y, más aún, por sus *Diálogos literarios*. Una notable *Literatura general* y numerosos estudios de literatura española, principalmente contemporánea, se deben al malogrado **D. Manuel de la Revilla** (1846-1881).

Polígrafo eminente y notable arqueólogo fué **Don José María Quadrado** (1819-1896) que se distinguió como poeta y como crítico literario. Le pertenecen los volúmenes de la colección *Recuerdos y bellezas de España* referentes a las provincias castellanas y leonesas que son de interés para la historia de nuestro arte y que le acreditan de prosista elegantísimo.

Importantes estudios se deben a **D. Leopoldo Augusto de Cueto, Marqués de Valmar** (1815-1901), y a los hermanos **Aureliano** (1816-1894), y **Luis** (1818-1877) **Fernández Guerra y Orbe**, de Granada. Del primero son notables su *Historia crítica de la poesía castellana en el siglo XVIII*, y su edición y prólogo de las Cantigas. Luis Fernández Guerra escribió una erudita e interesante monografía acerca de D. Juan Ruíz de Alarcón, y Aureliano, que fué poeta dramático de corte romántico en obras como *La hija de Cervantes* y *Alonso Cano*, y colaboró con Tamayo y Baus en *La rica-hembra*, estudio detenidamente a Quevedo y a nuestros líricos del siglo XVII. *La literatura española en el siglo XIX* ha sido estudiada por el **P. Blanco García** (1864-1903), autor también de un trabajo acerca de Fr. Luis de León.

En la crítica militante, la crítica de obras de actualidad, sobresalen **D. Manuel Cañete** (1822-1891), serio y bien intencionado, autor también de estudios de literatura retrospectiva, que ocupa con sus artículos las columnas de *La Ilustración española y americana*, y el temido **Leopoldo Alas** (1850-1901), que hizo célebre el pseudónimo de *Clarín*, y colaboró en nu-

merosas revistas, censurando sin piedad en sus famosos *Solos de Clarín*, *Paliques* y otros artículos a los escritores de su época, aunque sabe alabar el verdadero mérito literario. Cultivó la novela, inclinándose hacia el naturalismo en *La regenta* y *Su único hijo*, y el cuento escribiendo algunos admirables como *Pipá* y *¡Adiós, Corderal!*, pero fracasó en el teatro con *Teresa* ⁽¹⁾.

Pero el mayor de nuestros críticos es **D. Marcelino Menéndez y Pelayo** (1856-1912), figura de colosal importancia ⁽²⁾ en nuestras letras, poderoso entendimiento que con genial impulso marca la honda huella de su paso en nuestra historia literaria. Sus excepcionales condiciones críticas, su erudición pasmosa, su memoria felicísima y su ardiente patriotismo, le permiten desarrollar una labor inmensa en la que no se perjudican la enorme extensión y el minucioso detalle.

En sus primeras obras, *La ciencia española* (3 volúmenes. 1878), y las conferencias reunidas con el título de *Calderón y su teatro* (1881), el ardor juvenil le lleva a afirmaciones de algún exclusivismo; pero en

(1) Un interesante estudio acerca de Clarín, es el Discurso leído en la apertura del curso 1921-2 en la Universidad de Oviedo por el catedrático de Literatura don Pedro Sáinz.

(2) Don Marcelino Menéndez y Pelayo nació en Santander en 1856 en cuyo Instituto, del cual era su padre uno de los catedráticos, estudió con aprovechamiento la segunda enseñanza. Estudió después en la Universidad de Barcelona siendo discípulo de Milá y uno de los que han ensalzado más las obras de este ilustre crítico, terminando la carrera en la Universidad de Madrid. Sin embargo, se licenció en Valladolid consiguiendo, por oposición, el premio extraordinario desarrollando con gran lucimiento el tema «Conceptismo, Gongorismo y Culteranismo». Este trabajo de Menéndez y Pelayo ha sido publicado con otros documentos por la Universidad literaria de Valladolid en 1912. Pensionado por el Ayuntamiento y la Diputación de Santander recorrió Portugal, Italia, Francia, Bélgica y Holanda estudiando en sus principales bibliotecas. A los 22 años, después de brillantes oposiciones presididas por D. Juan Valera, en las que tuvo como contrincante principal a Canalejas, ganó una cátedra del Doctorado en la Universidad de Madrid, y a los 25 ingresaba en la R. A. E., y más tarde en la de la Historia. Después fué nombrado Director de la Biblioteca Nacional, cargo que desempeñó hasta su muerte, acaecida en 1912.

las obras posteriores no arde en él otro fuego que el del vivo amor a la belleza, y su amplio criterio sabe olvidar en los juicios estéticos aquellos elementos que no pertenecen a la categoría de lo bello.

A todo ello hay que añadir que su prodigioso saber y su agudeza crítica tenían por medio de expresión un lenguaje admirable, rico, flexible y elocuente, de palabra siempre apropiada y de epítetos enérgicamente expresivos, aunque no en todas sus obras haga alarde de la misma galanura de dicción. Algunos escritores han adquirido importancia porque él se la ha dado con sus estudios, resultando cierta la frase del señor Menéndez Pidal que decía en 1919, después de nombrar a Menéndez y Pelayo, que «siempre hemos de partir de su nombre al hablar de literatura» (1).

La excesiva amplitud de sus proyectos impidió que dejara todas sus obras terminadas, pero en ellas, aunque de manera fragmentaria, está contenida la historia de nuestra literatura. Además de las citadas publicó la *Historia de las ideas estéticas en España* (9 vols.), libro algo desproporcionado, pues dedica volúmenes enteros a la estética extranjera, pero meritísimo. *Horacio en España*, deliciosa monografía, *Antología de poetas líricos castellanos* (13 vols., el último de los cuales está dedicado a Boscán) tal vez su obra de estilo más galano, *Orígenes de la novela* (3 vols.) obra de pasmosa erudición, *Historia de la poesía hispano americana y Estudios de crítica literaria* (5 vols.), en donde reúne sus trabajos sueltos, aparte de los prólogos a la edición de obras de Lope de Vega (13 vols.) y de una obra de otro carácter, la *Historia de los Heterodoxos españoles*.

(1) Discurso leído en el Ateneo en la inauguración del curso 1919-20.

Publicó Menéndez y Pelayo, además, un volumen de *Odas, epístolas y tragedias* (1883) prologado por don Juan Valera, en donde aparece como un poeta de tendencia clásica, que maneja muy bien el verso libre, por ejemplo en la *Epístola a Horacio*. Incluye la traducción en verso de varias poesías griegas y latinas, de dos tragedias de Esquilo—*Los siete contra Tebas* y *Prometeo encadenado*—un idilio de Teócrito, el poema de Fóscolo *Los sepulcros* y tres poesías de Andrés Chenier.

En el siglo XIX se publicó la *Biblioteca de autores españoles* de Rivadeneyra (1846-1880) en que se reunieron las obras de nuestros clásicos en volúmenes precedidos de prólogos de interés muy desigual debidos a las plumas de los eruditos de la época. Más tarde Menéndez y Pelayo empezó a publicar la *Nueva Biblioteca de Autores españoles* (1905). En la actualidad las ediciones de nuestros clásicos se multiplican, habiéndolas de todo carácter, desde la edición monumental, hasta la de vulgarización afinada.

En nuestros días son muchos los eruditos que continúan la labor de aumentar los datos para el conocimiento de nuestra literatura; al frente de ellos citaremos a **Don Ramón Menéndez Pidal**, el mejor conocedor de nuestra época medieval; también hay que nombrar al archivero y documentado cervantista **Don Cristóbal Pérez Pastor** (1842-1908); al comentarista de las obras de Cervantes **Don Francisco Rodríguez Marín**; al culto y erudito **Don Adolfo Bonilla San Martín** muy inclinado a los estudios filosóficos; a **Don Narciso Alonso Cortés**, atento a las glorias castellanas, y al malogrado **Don Francisco Navarro Ledesma** (1869-1905) culto y elegante escritor de quien queda el bello libro *El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra*. En la crítica efímera, que ve la luz en revistas y periódicos sobresalen **Azorín**, **Julio Casares** y **Enrique Díez Canedo**.

El periodismo.—El enorme desarrollo alcanzado por la prensa al final del siglo XIX ha obligado a que escritores de indudable talento le dedicaran toda su actividad o lo mejor de ella. El apremio con que se escribe la mayor parte de cuanto aparece en las hojas diarias impide conseguir la perfección; el periodismo ha gastado sin gloria a escritores de talento, pero otros han conseguido dejar su nombre fuertemente grabado en la memoria de todos. Entre los periodistas más eminentes citaremos a **Julio Bu-**

rell (1859-1919), **José Ortega Munilla** (n. 1855), que también ha cultivado la novela, **E. Miguel Moya** (1856-1921) y **Mariano de Cavia** (1855-1920) uno de nuestros prosistas más castizos e ingeniosos.

Filosofía.—No hay en España autores que cultiven la filosofía con arranques geniales y sean creadores de sistemas; sin embargo, hay algunos nombres que han sobresalido en esta disciplina intelectual, bien cultivándola directamente, o bien dirigiendo su pensamiento a otros aspectos con cierto carácter de sistematización tomado de alguna doctrina filosófica, y que por esta razón pueden ser incluídos en este grupo.

Entre los escritores de más firme personalidad del siglo XIX está **Doña Concepción Arenal** (Ferrol, 1820-1893), notable por su espíritu filantrópico que informa sus libros más famosos *El visitador del preso*, *el Manual del visitador del pobre* y los *Estudios penitenciarios*, obras más admiradas aún en el extranjero que en nuestra patria y que han puesto los cimientos de las nuevas teorías sobre regímenes penitenciarios seguidas en todo el mundo culto.

Aunque Concepción Arenal es un temperamento de filósofo, apto para las manifestaciones del raciocinio, no era insensible a los encantos de las bellas artes y así cultiva la poesía en odas, romances y fábulas.

Lugar preferente merece el sacerdote **Don Jaime Balmes** (Vich, 1810-1848) polemista infatigable y hombre de sólida cultura y vastos conocimientos. Mucho trabajó en la prensa interviniendo en las cuestiones políticas candentes en su época, pero su fama la debe a sus obras *Filosofía elemental*, *El criterio*, *Cartas a un escéptico* y *El Protestantismo comparado con el catolicismo*, que le acreditan de pensador original, de claro lenguaje y correcto estilo, cualidades que hacen sus obras de agradable lectura, aun para los no iniciados en estas cuestiones.

Tampoco debe olvidarse al **P. Zeferino González** (1831-1894) autor de una *Historia de la Filosofía*, escrita muy oportunamente y que durante mucho tiempo ha sido casi la única fuente de estos estudios en España.

También hay que citar al extremeño **Juan Donoso Cortés** (1809-1853) poeta lírico y dramático y gran orador, que desde joven reveló afición a los estudios filosóficos, y que debe su fama a la obra titulada *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*, en la que en grandes síntesis y en frases de construcción oratoria, examina las cuestiones candentes en su tiempo con gran elevación de miras y con cierto espíritu profético.

Mencionaremos también a **D. Francisco Pi y Margall** (Barcelona, 1824-1901) catalán que siempre escribió en castellano, y que es uno de los escritores más correctos y castizos de nuestra lengua. Su espíritu rectilíneo y su lógica inflexible son los elementos que aparecen en sus obras políticas y sociológicas, de las cuales *Las nacionalidades* es la más importante y la que ha traspasado las fronteras.

Pi fué también orador de fuerza eminentemente convencitiva y por eso era temible en la tribuna; historiador en sus *Apuntes para el reinado de D. Amadeo de Saboya* y en su *Historia de América* obra documentada que trata de la América precolombina, y crítico sagaz de arte y literatura que traduce y comenta al P. Mariana y hace un estudio histórico acerca del carácter de D. Juan Tenorio.

No se puede olvidar a **D. Francisco Giner de los Ríos** (Ronda, 1840-1915), de extensa y variada cultura ⁽¹⁾, cuya influencia en la dirección pedagógica de España

(1) Hoy están en publicación las obras completas de Giner de los Ríos; desde luego puede asegurarse que son muy numerosas y que abarcan materias jurídicas, sociales, filosóficas, literarias, estéticas, pedagógicas y críticas.

en el siglo XIX es innegable y que además es escritor de palabra correcta y estilo claro.

Fama grande adquirió también **D. Joaquín Costa** (Monzón, Huesca, 1845-1911), ejemplo admirable de energía y de voluntad y que desde humilde esfera se elevó a las cumbres del saber. Orador también famoso, es polígrafo muy diverso que tuvo siempre vivo el deseo del enaltecimiento de su nación por la ciencia, y de aquí su célebre frase «defended a la Patria con los libros en la mano», que él cumplió perfectamente, realizando una numerosa labor literaria ⁽¹⁾, pero su acción ha sido más intensa en los estudios sociológicos y jurídicos, en los que al tratar los problemas obreros ha expuesto en prosa vibrante, expresiva y flúida numerosas ideas que van teniendo realidad.

Pensador extraño y original fué **Angel Ganivet** (Granada, 1865-1898), que formó parte de la célebre cofradía del Avellano. Hay en él marcada influencia de la doctrina senequista, y a pesar de que en ciertas obras se hace notar su pesimismo, es alentador y tiene fe en el porvenir de nuestra patria, para la que desea un afianzamiento de su personalidad sin extranjera imitación. Es un excelente y originalísimo prosista que ha influido en los escritores jóvenes y que cada día es más estudiado.

Los artículos enviados desde el extranjero, en donde residía por su cargo de cónsul, a *El Defensor de*

(1) El catálogo bibliográfico de Costa se descompone así: una obra de Pedagogía; nueve sobre cuestiones agrícolas; dieciocho sobre Política nacional; una sobre Marina; cuatro sobre colonización africana; una sobre política internacional; dieciséis de Derecho; tres sobre Administración municipal; tres de Sociología; seis de Historia; una novela y algunos otros trabajos. Estos datos están tomados del discurso leído por D. Ricardo del Arco, profesor del Instituto de Huesca, en la velada que este Centro organizó en honor de Costa y Ramón y Cajal que habían cursado en él sus estudios de 2.^a enseñanza.

Granada, han sido recogidos en los volúmenes *Cartas finlandesas*, *Hombres del Norte* (estudios de Ibsen, Bjorson y Jonas Lie) y *Granada la bella*, una de sus obras más originales. Novelas filosóficas son *La conquista del reino de Maya*, extraña y desconsoladora, y *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, obra constructiva. Lo más fuerte de su labor está en *Idearium español* y el *Epistolario*. Escribió versos en castellano y en francés y un drama místico también en verso *El escultor de su alma*. ⁽¹⁾

Oratoria.—Es verdaderamente imposible reseñar la historia de nuestra elocuencia durante el siglo XIX; solamente su enumeración llevaría numerosas páginas; consignemos, sin embargo, que la efervescencia política en el reinado de Doña Isabel II y en la época comprendida entre la revolución del 68 y la Restauración, hace brillar la tribuna española, que se enaltece con oradores de fama extraordinaria.

Pero citaremos en sitio preferente a **D. Emilio Castelar** (Cádiz, 1832-1899) de viva y ardiente imaginación, y de palabra fogosa y arrebatadora, constructor admirable del período, que alcanza la máxima elocuencia en las admirables síntesis históricas desarrolladas en amplias enumeraciones, tormento de cuantos después las imitaron, pues en esto el célebre orador ejerció una decisiva y total influencia.

Castelar estudiaba y cuidaba detenidamente los discursos sobre todo en la forma, y en esto consistió principalmente la fuerza de su éxito; hombre de extraordinaria sensibilidad artística, brillaba más en aquellas cuestiones que afectaban al sentimiento, y arrebatava al auditorio hiriéndole en su sensibilidad

(1) Entre las obras inéditas de Ganivet está la *España filosófica contemporánea*. Véase la notable conferencia *Ganivet* por Antonio Gallego Burín. Granada 1921.

y acudiendo a mover sus afectos; por eso es famoso entre otros, el discurso que pronunció en defensa de la abolición de la esclavitud y muchos más de propaganda política, en los cuales, sean cuales fueren sus opiniones, hay siempre un vivo sentimiento de amor y cariño a la patria española.

Hoy, pasada la época que ocasionaron los discursos de Castelar, faltos de la comunicación directa entre el orador y el público, y libre éste de la fascinación e influencia de la palabra improvisada, hay que reconocer que muchos discursos del gran orador cansan y fatigan en la lectura reposada y serena, pues le faltan la entonación y el gesto, alma de la oratoria castelarina, que daban alas de fuego a su palabra.

Aun a trueque de caer en olvidos lamentables, citaremos a algunos oradores famosos; en la oratoria política y forense, además de los ya mencionados, sobresalen **D. Antonio Alcalá Galiano** (1789-1865); **D. Joaquín María López** (1798-1855); **D. Luis González Bravo** (1811-1871); **D. Salustiano de Olózaga** (1805-1873); **D. Antonio Aparisi y Guijarro** (1815-1872); **D. Manuel de la Cortina** (1802-1879); **D. Joaquín Francisco Pacheco** (1808-1865); **D. Cándido Nocedal** (1821-1885); **D. Antonio Ríos Rosas** (1812-1873); **D. Cristino Martos** (1830-1893); **D. Nicolás Salmerón y Alonso** (1838-1908); **D. Antonio Cánovas del Castillo** (1828-1897); **D. Práxedes Mateo Sagasta** (1827-1903); **D. Segismundo Moret** (1838-1913); y **D. José Canalejas** (1854-1912).

Casi todos estos oradores florecieron también en la tribuna académica, pero el que en esta clase ocupa lugar preeminente, es el sabio extremeño **D. José Moreno Nieto** (1825-1882).

En la oratoria religiosa sobresalen el canónigo **D. Vicente Manterola y Pérez** (1833-1891), adversario de Castelar en las Constituyentes del 69; el cardenal **Antolín Monescillo** (1811-1897); el **P. Luis Calpena** (1860-1916), el cardenal **Sanz y Forés** (1828-1895), el **P. Cámara** (1847-1904), y el escolapio **Jiménez Campaña** (1850-1916), que también fué buen poeta lírico.

CAPÍTULO XXVIII

LITERATURAS REGIONALES

Literatura provenzal.—En el siglo XIX hay un renacimiento de la poesía provenzal conseguido por el esfuerzo de varias sociedades literarias principalmente por la de los *Felibres*, establecida en 1854, con carácter puramente literario y que nunca se ha rozado con nada que pueda afectar a la intangibilidad de la patria francesa.

El *felibre* más notable es **Federico Mistral** (1830-1914) cuya obra más importante es el poema *Mireya*. También escribió los titulados *Nerto*, *Calendal* y *El poema del Ródaño*.

El poema *Mireya* es de extraordinaria importancia en la Historia de la Literatura. Con él renace la poesía provenzal que la centralización política y literaria de Francia no pudo matar por completo, pues los *felibres* se encargaron de conservarla aunque sin contaminarla con el veneno de separatismos odiosos. *Mireya* es un himno a la naturaleza, cantada con el carácter moderno de la poesía bucólica, y que tan excelentes cultivadores ha tenido en España con Núñez de Arce, Pereda y Gabriel y Galán. Mistral no era un poeta abundante. A *Mireya* y al poema que le siguió *Calendal*, los separa un silencio de siete años casi absoluto. *Calendal* es obra más ambiciosa; pero todo lo que en ella quiso conseguir Mistral, está en *Mireya* alcanzado.

Las primeras palabras del poema

«Canto a una niña de Provenza»

son imitación de las primeras de la Iliada. Pero así como Homero, o quien sea, no cantó la cólera de Aquiles sino la cultura y la civilización de los helenos, Mistral no canta a una niña de Provenza sino a Provenza toda, a Provenza con sus campiñas rientes, con sus plantas y sus ganados, con su Ródano, fuente inagotable de misteriosas leyendas. El pretexto son los sencillos pero trágicos amores de Mireya, la niña de la alquería, y Vicente, el cestero. Los otros pretendientes de Mireya, Hilario el pastor, Verán el yegüerizo y Elzear el boyero, son un motivo para un inspirado canto a la ganadería de Provenza. Este poema de inspiración campesina no tiene una fatigosa igualdad de tonos: así, al lado de cantos de tan delicada poesía como el de la deshojadura, están el de nervio épico de la lucha de Vicente y Elzear y el de fantásticas leyendas de la muerte de éste o de la cueva de la bruja.

LITERATURA CATALANA

El renacimiento literario en Cataluña en el siglo XIX.—

El punto inicial de este despertar de la literatura catalana corresponde al año 1839 en que **D. Joaquín Rubió y Ors** (1818-1899) publicó sus primeras poesías con el pseudónimo que hizo famoso de *Lo gayter del Llobregat*, vibrando en ellas el aliento romántico que entonces triunfaba; su labor poética no se prolongó mucho, pues en 1842 publicaba su última obra *Rouedor del Llobregat*, poema épico en tres cantos; pero bastó el impulso que había dado para que surgieran nuevos poetas en lengua catalana.

Fija la atención en la lengua catalana, se publican estudios gramaticales y se crean escuelas puliéndose el lenguaje para darle mayor brillo literario. A ello contribuyen los *Juegos florales* re-

instaurados en 1841 por la Academia de Buenas Letras de Barcelona, interrumpidos de nuevo y restablecidos otra vez en 1.º de Mayo de 1859 bajo la presidencia de D. Manuel Milá y Fontanals, citado antes por sus obras en lengua castellana. Los juegos florales tenían tan solo carácter literario y no político; pero no faltan escritores que alienten el movimiento regionalista; así el famoso **Victor Balaguer** (1829-1901), que escribió muchas obras en catalán y en castellano. Entre las escritas en catalán recordaremos las *Tragedias* y el poema *Los Pirineos*. Entre las castellanas la apasionada *Historia de Cataluña* y la *Historia de los trovadores*. **Milá y Fontanals** cuya labor más seria está en lengua castellana, escribe en catalán obras poéticas de épica entonación. Recordaremos también al celebrado músico **Anselmo Clavé** (1824-1874) organizador de los famosos coros e inspirado poeta.

Pero el mayor poeta de Cataluña es **Jacinto Verdaguer** (1843-1904) sacerdote, que sabe arrancar a su lira elevados acentos en sus *Idilios y cantos místicos*, *Eucarísticas* y otros muchos volúmenes de poesías. Escribió también en prosa pero su envidiable fama la ha conseguido por sus poemas épicos *Canigó* y *La Atlántida*. El primero es un poemita legendario de singular perfección, pero el segundo es obra de más empeño. *La Atlántida* es un poema en diez cantos en que canta el hundimiento en el mar del continente de ese nombre con estilo elevado y grandioso.

Entre los líricos, además de los citados, y en una época más cercana sobresale **Juan Maragall**, que refleja antes que los poetas de Castilla las modernas tendencias líricas. Es poeta sencillo, de profundo sentimiento. Marquina ha traducido algunas de sus poesías entre ellas la célebre *La vaca ciega*. Entre los numerosos poetas que florecen en la actualidad se destacan **Apeles Mestres**, por sus *Poemas del mar*, y **José M. López Pico**, escritor muy abundante.

Poeta lírico fué también **Federico Soler** (1838-1895), que hizo popular su pseudónimo *Serafi Pitarra* abandonando su taller de relojero para cultivar el teatro. Empezó escribiendo obras de costumbres y de sátira y parodia del teatro romántico que fueron el fundamento de su fama, pero después cultiva el drama histórico, romántico y efectista, consiguiendo que, a pesar de escribir en catalán premiara la R. A. E., en 1838 su obra *Batalla de reinas*. Se le ha considerado como el fundador del teatro catalán, pero a sus obras, improvisadas, les falta densidad, y su figura tiende a empequeñecerse.

Mucho más vale **Ángel Guimerá** (n. en Canarias, 1847); más poeta y con más temperamento dramático que Federico Soler, alcanzan más difusión sus obras que las *gatafas* del popular Serafí. Como Echegaray, Guimerá tiene espíritu romántico, sobre todo en sus primeros dramas, escritos en verso, como *Mar y cielo*, pero después utiliza la prosa orientando su obra hacia el realismo. Citaremos las tituladas *Agua que corre* y *Tierra baja*, la más famosa, que fué traducida por D. José Echegaray.

Un pintor que ha sabido interpretar de manera muy personal los jardines españoles, **Santiago Rusiñol** (n. 1861), ha escrito relatos como *El pueblo gris* y obras dramáticas; breves piezas con humorismo muy marcado o dramas de los que el más famoso es *El místico* que suele ser representado en España según la traducción de Joaquín Dicenta.

En la novela sobresalen **Pin y Soler**, que combina reminiscencias románticas con elementos realistas. **Narciso Oller** (n. 1846), que entra de lleno en el naturalismo con obras como *La mariposa* y *La fiebre de oro* y **Víctor Catalá** (pseudónimo de doña Catalina Albert. n. 1873) que es tal vez el más poderoso novelista de Cataluña por la sobriedad algo descarnada y la intensidad trágica de sus *Cuadros rurales* y de *Soledad*.

En los estudios filosóficos alcanzó gran nombradía **Pompeyo Gener** (1850-1920), que también escribió en castellano frecuentemente incorrecto y se distinguió como conocedor de la religión y filosofía de los pueblos de Oriente. El más influyente cultivador de la crítica literaria de obras de actualidad fué **Ixart**.

En Mallorca hay también líricos tan brillantes como **Costa** y **Miguel S. Olivert y Llovera** (1).

LITERATURA GALLEGA

Su carácter peculiar.—Si el renacimiento de la literatura catalana en el siglo XIX deriva por amplísimo cauce, marcándose en todos los géneros literarios y

(1) Don Ildelfonso Rullán tradujo al mallorquín el *Quijote* en los primeros años del siglo XX.

sin anudar la tradición rota, el de la literatura gallega es exclusivamente lírico y tradicional; tradicional y lírico por el sentimiento.

El alma gallega que puso dulzura y melancolía en sus cantos populares de los cancioneros, tan distintos de las artificiosas composiciones cortesanas hace resonar las mismas notas en sus líricos modernos tal vez, como creen algunos, por haberse perpetuado en la raza el espíritu suave de sus orígenes célticos que sabe gustar de la delicada emoción de lo que los gallegos llaman *saudade*, palabra que en castellano no tiene un equivalente comprensivo de toda su finura de matices.

Entre otros poetas menores sobresalen en el renacimiento de la poesía gallega tres grandes líricos **Rosalía de Castro**, **Lomas Carvajal** y **Curros Enríquez**.

Rosalía de Castro (1837-1885) se parece a Bécquer en las notables poesías castellanas de *Orillas del Sar*, aunque parece que estas fueron escritas (no publicadas) antes que las *Rimas* del poeta sevillano (1). En sus composiciones en gallego canta con exquisita dulzura y suave acento de intimidad los paisajes, las costumbres, las leyendas de Galicia. Sus *Cantares* tienen delicioso sabor popular que los avalora aunque en las *Follas novas* tal vez haya más sentimiento.

Valentín Lomas Carvajal continúa la labor de Rosalía viniendo a estar en sus cantos, contenidos en *Saudades gallegas* y otros volúmenes, la interpretación sentimental de su país.

Manuel Curros Enríquez.—(1851-1908) cultivó la novela y la dramática y, por su profesión de periodista, numerosos escritos y artículos de crítica. Su nombre perdura como el de poeta de verdadera inspiración por el libro *Aires d'a miña terra*. Una de sus mejores composiciones es la titulada *O gaitero*.

(1) Rosalía de Castro dejó también un modelo de novela corta en la narración titulada *El Caballero de las botas azules*.

CAPÍTULO XXIX

LITERATURAS DEL NORTE DE EUROPA

Importancia de estas literaturas.—La literatura escandinava, que tuvo un período de florecimiento de la poesía tradicional, ha adquirido modernamente nueva vida, con tan fuerte empuje y tan rica savia, que su influencia es innegable en toda Europa desde fines del siglo XIX.

Solamente se indicarán aquí las figuras de mayor importancia de esta literatura interesantísima.

Dinamarca.—En el teatro sobresale **Ønenschøger** (1769-1850) que utiliza para sus asuntos la poesía tradicional y **Andersen** (1805-1876), que tiene más fama como novelista; su nombre está unido a los recuerdos más agradables de la infancia, porque en sus famosos *Cuentos*—cuyo renombre ha hecho olvidar otras interesantes obras suyas—han aprendido a leer todos los niños españoles, y su mérito será sólido y legítimo cuando desde las brumas de Dinamarca han descendido hasta nosotros. Entre ellos los hay de intención didáctica, como «El lino»; de enredo, como «Claus el grande y Claus el chico»; fantásticos, como «La semana de Fernandillo», y alguno, muy breve, en el que vibra un humorismo suave y gracioso: el titulado «La princesa sobre un guisante». En todos ellos hay cierta inocente gracia unida a una gran sencillez y tan gran naturalidad, que no advierte el lector artificio ni esfuerzo narrativo. Además escribió novelas y dramas.

En la época actual sobresale el gran crítico **Georg Brandés** (n. 1842) que ha conseguido renombre en todo el mundo por

obras que, como la magistral que dedicó a *Las grandes corrientes de la literatura en el siglo XIX* le acreditan de uno de los maestros de la literatura comparada.

Noruega.—Un noruego, **Jonas Lie** (1833-1908), poco o nada conocido en España, es el más característico representante de la novela moderna. Escritor realista, no abrumba, sin embargo, al lector con minuciosas descripciones, habiendo sabido reflejar en sus páginas la vida y las costumbres de su país. *El vidente*, una de sus más breves novelas, es de lo más perfecto suyo. *El piloto y su mujer* es una novela de ambiente marino que ha conseguido en Noruega una popularidad parecida a la de «Robinson» en Inglaterra.

En cambio, otros dos escritores, de Noruega también, han tenido mayor penetración y uno de ellos una influencia muy grande en las modernas tendencias literarias: nos referimos a **Bjorson** y a **Ibsen**.

El primero (1832-1910) no podía influir en el extranjero tanto como el segundo por ser su inspiración más nacional. Bjorson es el poeta de Noruega, el de los brillantes cantos líricos alentadores, el de las novelas de costumbres de campesinos: en su rostro de patriarca brilló siempre una mirada atrevida y siempre hubo un gesto de voluntad inquebrantable que sabía prestar a sus conciudadanos el calor de su incorregible optimismo.

Sin embargo, en el teatro supo hacer una labor más universal. Intentó la creación, como en *El Rey*, de unos extraños intermedios alegóricos, de inspiración lírica, entre acto y acto, y en otras obras suyas como *El guante* y *Leonarda*, se fija en asuntos de interés social, referentes a la condición en la sociedad del hombre y de la mujer, siendo además la última un verdadero poema del sacrificio. En las dos partes de *Más allá de las fuerzas humanas* aborda con gran

inspiración, aunque con alternativas de acierto, el tema del milagro, de enorme dificultad teatral.

Bjorson tiene coincidencias con Ibsen como dramaturgo, pero siempre propia e inconfundible fisonomía; sin embargo, siempre que se aborda el tema del teatro de ideas todos se acuerdan del segundo, que ha llegado a convertirse en algo representativo.

Henrik Ibsen nació en Skien en 1828 y ha muerto en 1906. Estudió farmacia y medicina, y dedicándose por último a la poesía, llegó a ser director artístico de un teatro. Pero aunque consiguió triunfar en la dramática atravesó una vida difícil hasta que fué pensionado por el Estado para estudiar en Italia y Alemania. Después de un viaje al primero de estos países, estrenó *Emperador y Galileo* y *Juliano, emperador*, que son las obras cumbres de su primera época.

Al principio escribió obras dramáticas de asunto histórico, aunque en algunas se vislumbran ya las dotes originalísimas que más adelante había de utilizar. Trata temas de la historia de Roma, como en las obras ya citadas, o de las tradiciones de los pueblos del Norte, como en *Los guerreros en Helgeland*, en donde no falta nervio de poesía y verdadera emoción trágica, aunque de bárbara rudeza. Su obra *La comedia del amor*, estrenada en esta época, fué un ruidoso y justificado fracaso.

Ibsen, definitivamente formado, extremando su procedimiento artístico, iniciado ya, de fundar el interés dramático más bien en el análisis de los caracteres y en la lucha de pasiones que en lo sorprendente e inesperado, encuentra la fórmula definitiva de su genio en el llamado teatro de ideas, retratando la vida moderna en la lucha del individuo contra las injusticias y preocupaciones sociales en *Un enemigo del pueblo*; la maldición de la herencia fisiológica en *Los espec-*

tros; la lucha de dos medios sociales diferentes en *Hedda Gabler* (tal vez su obra más extraña y en donde creó personajes con más complejidad psicológica) y el problema del amor, la comprensión mutua y la educación de la mujer en *Casa de muñecas*, que es acaso la obra más accesible y en que encuentran menos estridencias los lectores latinos.

Porque a pesar de su enorme influencia en toda Europa, encontramos en el teatro de Ibsen algo extraño que no comprendemos bien; tal vez sea que la emoción va muy escondida y hay que apoderarse de ella en los detalles menudos en estas obras escritas entre las nieblas y los hielos del Norte; pero resulta exacta la frase de Benavente (influenciado por Ibsen en algunas obras, como en «Sacrificios») de que «el caviar noruego no sentaría bien en nuestros estómagos».

Suecia.—Sobresalen el poeta Isaias Tegner (1782-1846), y, en época más cercana, el gran lírico Gustavo Fróding (1860-1911); la novelista Selma Lagerlöf (n. 1858), a quien ha sido concedido el premio Nobel, y el famoso novelista y autor dramático Augusto Strindberg (1849-1912).

PAÍSES ESLAVOS

Polonia.—Esta nación que en el siglo XVI presenta importante desarrollo literario tiene un renacimiento en el siglo XIX que coincide con la pérdida de su independencia. Es un ejemplo de como esta puede ser reconquistada cuando se ha conservado el espíritu de nacionalidad por la persistencia del idioma y por su cultivo literario.

Al perder la independencia fijan su atención los eruditos, como **Kollontay** en los antiguos tiempos y surge buen número de escritores; uno de ellos, **Benthowski**, publica su *Historia de la literatura polaca*. Más conocido que el novelista **Bernatowicz** es **Adán Mickiewicz** (1798-1855) por haber sido profesor en París, en el Colegio de Francia. Fué erudito, poeta romántico y novelista; en este último aspecto es de sus mejores obras la titulada *Conrado Valenrord*, de fondo histórico.

Pero el novelista que ha conseguido más fama es **Enrique Sienkiewicz** (1846-1916) que alcanzó un éxito

mundial con su novela histórica *¿Quó vadis?* ⁽¹⁾ que tal vez no sea la mejor de las que escribió. Tiene otras muy notables como las tituladas *Los cruzados* y *La familia Polaniecki* y narraciones cortas como *El torrero del faro*. ⁽²⁾ Ha sido laureado con el premio Nobel.

Rusia.—En el siglo XIX ha alcanzado gran desarrollo la literatura de este país en el que florecen poetas como **Puchkine** (1799-1837) y **Lermontov** (1814-1841), de inspiración romántica que acusan tal vez la influencia de poetas occidentales como Byron. Pero lo que más florece es la novelística.

Uno de los capítulos más interesantes de la historia literaria es el que hay que dedicar al estudio del extraordinario florecimiento que ha alcanzado la novela en Rusia en el siglo XIX. Los novelistas rusos han sabido poner calor de alma en la frialdad de las estepas, y además de hacer obras de arte han hecho obras intensamente humanas que, con la sencilla narración objetiva impersonal, pero sincera, conmueven profundamente. Ni hacía falta para producir emoción que mezclaran los novelistas con la trágica realidad, la obsesión de los problemas sociales que a veces perjudican a la obra artísticamente cuando se trata no de una consecuencia que el lector saca por sí, sino de algo que quiere el autor demostrar y a lo cual se subordina todo. Por esta realidad humana de la novela rusa moderna, su influencia es enorme en todas partes.

Prescindiendo de escritores anteriores, hallamos el arranque de la novela actual—caracterizada por dos preocupaciones, una social y otra religiosa—en **Nicolás Gogol** (1809-1852) aunque no se encuentre en él un definido realismo. Su obra *Almas muertas* causó gran sensación al ser publicada, y su extraño espíritu satírico no está bien definido aún.

(1) Trata de la vida de los primeros cristianos, y en esto coincide con *Fabiola*, novela escrita en inglés por el cardenal Wiseman (1802-1865) que nació en Sevilla y fué Arzobispo de Westminster. La novela polaca tiene más interés dramático, pero le falta la serenidad mística que tanto encanta en *Fabiola*.

(2) También es notable su trilogía novelesca *A sangre y fuego*, *El diluvio* y *Pan Miguel Woloskiowski*.

Ivan Turguenev (1818-1883) es el más latino de los escritores rusos; vivió en Francia, y en Francia murió, y es el mejor entendido por el público occidental por ser el más artista. Aunque en alguna de sus obras, como en *Tierras vírgenes*, haya influencias naturalistas, no es naturalista Turguenev, y más que por la concepción de sus obras es famoso por el encanto de su estilo.

Fedor Dostoyevski (1821-1881) es ya un escritor ruso tal como concebimos a los escritores rusos hoy: acres, fuertes, torturados. Además de su trágica visión de la vida y de su penetración psicológica admirable, presenta en alguna de sus más famosas novelas como *Crímen y castigo* su teoría de la aceptación voluntaria de la pena, como purificación, para conseguir con la tortura del cuerpo la paz del espíritu.

La misma doctrina encontramos en una de las más renombradas novelas de **Tolstoy**: *Resurrección*. León Tolstoy (1828-1910) es el novelista ruso más famoso, artista genial al mismo tiempo que extraño hombre de ideas; su vida fué un intento de resurrección espiritual, abandonando su brillante posición para convertirse en el solitario de Yasnaïa Poliana. Su extraordinaria vida de hombre rodea su figura de un colosal prestigio y da la autoridad del ejemplo a las atrevidas predicaciones de sus obras. Además de obras dramáticas como *El poder de las tinieblas* y de libros estéticos de propósitos demoledores como *¿Qué es el arte?* tiene tres grandes novelas (entre otras muchas) de grandeza épica en las que la vida se derrama por un cauce amplísimo: *La guerra y la paz*, que es el poema de los combates; *Ana Karenine*, que es la tragedia del amor desordenado, y *Resurrección*, tal vez su libro más intenso, en el que se desbordan sus preocupaciones religiosas y sociales.

Korolenko (n. en 1853), novelista cuyas obras tienen melancólica poesía, fué quien ayudó, en sus principios, al famosísimo escritor *Alejo Pechkov*, conocido por el pseudónimo de **Máximo Gorki**, o sea «el más desgraciado», pues Gorki significa desgraciado en lengua rusa. Alejo Pechkov, de humilde origen, ha viajado mucho y ha desempeñado todos los oficios antes de manejar la pluma para reflejar, con realismo cruel, la vida de los desgraciados, de los aventureros, de los «ex hombres», como él los ha llamado, y su pobreza mental, por insuficiencias educativas, su egoísmo, su espíritu fraternal a veces, toda su contradictoria psicología. Gorky utiliza con preferencia el cuento y la narración corta.

CAPÍTULO XXX

LITERATURAS AMERICANAS

Escritores sud-americanos.— Las jóvenes literaturas hispano-americanas suelen ser estudiadas por naciones, independientemente unas de otras; no lo hacemos así teniendo en cuenta el carácter elemental de este libro y la forzosa brevedad de estas páginas, que nos obliga sólo a la cita de algunos nombres. Además las literaturas de los pueblos de América del Sur carecen de carácter nacional lo cual hace que no sea indispensable que se sujete su estudio al sistema antes indicado. (1)

Lo que florece más en estas literaturas es la poesía y, sobre todo, el género lírico. En general puede afirmarse que sus poetas mantienen el tono dominante en el siglo XIX en la poesía castellana que en ellos in-

(1) Los críticos e historiadores hispano-americanos sostienen, sin embargo, la existencia de carácter nacional distintivo.

fluye, pero después fijan su atención en Francia y, espíritus menos ligados a la tradición, se abren a las nuevas tendencias poéticas, hasta el punto que uno de ellos, Rubén Darío, es su introductor en nuestra patria.

Poetas.— Entre los principales poetas americanos está **José María Heredia** (Cuba, 1803-1839) que vivió en Méjico algunos años y al final de su vida se apartó de sus ideales políticos de independencia. Es un escritor que empieza como clásico, pero que sigue pronto el romanticismo manifestándose en sus obras influencias de varios poetas, como Byron y Espronceda que le inclinan hacia la poesía filosófica; pero en donde más brilla su poesía fogosa y arrebatada, es en las descripciones; así en la que lleva por título *La catarata del Niágara*. Otra de las mejores es la dedicada *Al Sol*.

Poeta vibrante, a la manera de Quintana y Cienfuegos, es **Don José Joaquín Olmedo** (Ecuador, 1780-1847), entre cuyas escasas poesías sobresalen los extensos cantos dedicados a Bolívar en *La Victoria de Junín* y *Al general Flores, vencedor en Miñarica*.

El mulato Gabriel de la Concepción Valdés, conocido por **Plácido** (Cuba, 1831-1871), incorrecto en la forma, ha conseguido fama tal vez superior a su mérito, aunque tiene poesías agradables como *La flor de la caña* y otras de verdadera inspiración como la *Plegaria a Dios*, escrita poco antes de su trágica muerte. Cubano también fué **Juan Clemente Zenea** (1831-1871), poeta delicado y fino a quien no faltaba sentimiento de la naturaleza.

Poetas románticos de verdadera inspiración fueron dos escritores de Colombia, **D. José Eusebio Caro** (1817-1853), en cuyas composiciones nunca faltan entusiasmo ni pasión, y **Julio Arboleda**, que además de lírico, cálido a veces, y a veces dulce y conmovedor, fué

notable poeta épico. Romántico también fué **Olegario Víctor Andrade** (Argentina, 1838-1882), que acusa en sus poesías, notables por la riqueza de la forma, la influencia de Víctor Hugo.

Rafael Pombo (Colombia), fué poeta excelente, que sabe dar notas muy variadas en su lira; su clasicismo brilla en sus elegantes versiones de Horacio irreprochablemente versificadas. Traductor, no de clásicos, sino de modernos, de Heine y de Edgard Poe, fué **Juan Antonio Pérez Bonalde** (de Venezuela). Su traducción de la poesía de Poe *El cuervo*, preludia en la rítmica las transformaciones que en el verso castellano han introducido los escritores designados como modernistas.

El modernismo.—Nada más falso ni más impropio que esta denominación; con ella se agrupa a escritores tan desemejantes en su espíritu y en su procedimiento poético que no tienen de común otra cosa sino el afán renovador. El jefe de la escuela—si se la puede llamar escuela—es Rubén Darío; aunque éste aconsejaba «no imitar a nadie; y menos a mí» porque para él «no hay escuelas; hay poetas».

Rubén Darío (Nicaragua, 1867-1916) además de su excepcional importancia como poeta, es excelente prosista en varios volúmenes, como el titulado *Los raros*. Entre sus mejores escritos en prosa están los magníficos relatos incluidos en el libro *Azul* por el cual le juzgo Valera.

No es cierto que Valera en esta crítica, contenida en sus *Cartas americanas*, le censure sin piedad aunque encubiertamente; en esa crítica, que se ha reimpresso al frente de alguna edición de *Azul*, la obra es acogida como de escritor de grandes condiciones, al que únicamente se censura en realidad la falta de tradición española; esa censura es cierta; en la formación de Rubén hay algo de Víctor Hugo, mucho de modernos líricos franceses; de español, nada. Ni aun en las composiciones en que podía buscarse y casi exigirse una inspiración más española: por ejemplo, en la que con el título de *Cosas del Cid*, se incluye en *Prosas profanas*. Tal vez los mismos escritores franceses, acaso Leconte de Lisle, despertaron en Rubén el amor a la antigüedad helénica

que le inspira composiciones como las incluidas también en el citado volumen *Coloquio de los centauros, Friso y Palimpsesto*.

Han sido muy censuradas las innovaciones de Rubén en nuestra rítmica, sin advertir que en parte no existen; ⁽¹⁾ el endecasílabo que utiliza en el *Pórtico* a Rueda, no es sino el de ritmo anapéstico popular en Galicia; otras veces, como en los *Decyres, layes y canciones*, imita la versificación de los Cancioneros ⁽²⁾; otras quiere encontrar en lengua castellana el ritmo del hexámetro latino ⁽³⁾ y otras, en fin, como en *La págica blanca*, utiliza la versificación libre, que no dejó de emplearse en España hasta el siglo XVIII y que es de constante uso en la poesía popular, a pesar de lo cual para algunos es un intolerable atrevimiento de Rubén. La influencia de los simbolistas franceses se advierte en otras poesías en que desdeñando el ritmo verbal, se busca un ritmo interior muy bien logrado en *Heraldos*. ⁽⁴⁾

Rubén Darío no siempre acierta; a veces su labor no corresponde al intento; pero otras consigue una gran intensidad lírica. Entre sus mejores poesías, además de las mencionadas, están la famosa *Sonatina*, el *Responso a Verlaine*, *Era un aire suave*, *Margarita*,

(1) Escribe Amado Nervo en «La lengua y la literatura» vol. I, pág. 38... pero no deja de ser lastimoso hacer constar que todo el virtuosismo moderno no haya dado aún una forma nueva a la lírica castellana. Eso sí, las resurrecciones han abundado.»

(2) Véase el trabajo de P. Henríquez Ureña «Rubén Darío y el siglo XV», «Revue Hispanique», 1920.

(3) Así en la «Salutación al águila» y en «In memoriam», Bartolomé Mitre escribe, como dice en esta última poesía: «recordando el hexámetro que vibraba en la lira de Horacio y a Virgilio divino, guía excelso y amado del Dante». Están incluidas en el volumen «El canto errante».

(4) Rubén Darío escribió «Hay una música ideal, como hay una música verbal». Todas las composiciones citadas en este párrafo pertenecen a *Prosas profanas*. Esta labor de desenterrar los viejos metros la habían iniciado los poetas románticos, que vuelven a utilizar el alejandrino metro que había sido olvidado en nuestra poesía.

A una novia, A Roosevelt y Los motivos del lobo. Las cuatro primeras están incluídas en *Prosas profanas*, tal vez su mejor volumen. En *El canto errante y Cantos de vida y esperanza* extrema, tal vez demasiado, sus intentos líricos.

Poeta y prosista exquisito, de delicada inspiración, a quien nunca falta originalidad fué **Amado Nervo**, de Méjico.

Entre los poetas actuales siguen con inspiración a Rubén Darío **José Santos Chocano**, del Perú; **Leopoldo Lugones**, de la Argentina, y **Salvador Díaz Mirón**, nacido en Méjico.

Prosistas.—El espíritu nacional puede forjarse con el recuerdo de las leyendas; en este sentido son importantes, y además como excelentes prosistas **Ricardo Palma** (Perú, 1833-1919) por sus *Tradiciones peruanas*, y **Rafael Obligado** (Argentina), que fué también poeta, por sus *Tradiciones argentinas*.

La novela ha tenido varios cultivadores notables; uno de ellos es **Jorge Isaacs** (Colombia), muy conocido por su novela *María*, en la que hay comprensión de la naturaleza pero demasiado sentimentalismo. De corte realista son las novelas del escritor argentino **Carlos M. Ocantos**, autor de *Quilito*, *León Zaldívar*, *La Ginesa* y otras; **Rufino Blanco Fombona** (Venezuela) ha marcado su potente personalidad en obras como *El hombre de hierro*, y **Enrique Larreta** (Argentina) ha publicado *La gloria de Don Ramiro* cuya acción se desarrolla en Avila, obra maestra de reconstrucción histórica de las costumbres y del ambiente castellano.

El teatro no ha contado, hasta ahora, con escritores importantes, aunque ya empieza a haberlos, sobre todo en la Argentina. En cambio existen notables cultivadores de los estudios gramaticales. En este sentido hay que considerar a **Andrés Bello** (Venezuela, 1781-1865) pues aunque fué también poeta, principalmente

traductor y escribió también poesías originales como la titulada *La agricultura de la zona tórrida*, su renombre es inmenso como filólogo. Sus *Opúsculos gramaticales* y su *Gramática castellana* no han perdido actualidad, y continúan siendo objeto incesante de estudio. Las mejores ediciones de la *Gramática* son las que contienen las notas de **Don Rufino José Cuervo** (Colombia, 1850-1911) filólogo eminente, autor de las admirables obras *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano* y *Diccionario de construcción y régimen*.

LITERATURA NORTEAMERICANA

Interés de esta literatura.—Durante mucho tiempo, la erudición y la crítica no se han interesado en el estudio de esta literatura, considerándola como un apéndice de la inglesa, por creer que le faltaban interés y originalidad. Nos parece injustificada esta indiferencia, pues si es verdad que los estudios literarios se desarrollaron tardíamente con carácter propio, no lo es menos, que cuando razones políticas lo han favorecido, el pueblo norteamericano ha producido obras que hay que estudiar con simpatía por la alteza de las ideas que las han inspirado.

Además, en nosotros, los españoles, está menos justificado este desdén, pues el pueblo norteamericano es uno de los que mejor conocen nuestras cosas, y de los que las han estudiado con mayor cariño, pues han reivindicado para nosotros glorias y aciertos en estudios de erudición y crítica que el tiempo ha confirmado en gran parte, han traducido a nuestros autores y fomentado con entusiasmo y cariño el conocimiento de nuestra lengua.

Comienzos de su literatura.—Tiene este pueblo la particularidad de carecer de infancia literaria; ocupado

en la conquista de una naturaleza espléndida, y en lucha formidable para su constitución como estado, no se dedica al cultivo del arte sino después de haber vencido a aquélla, y constituido una nacionalidad rica y poderosa en el orden material, del cual nace como consecuencia el cultivo del arte.

Nace, pues, adulta esta literatura, floreciendo en primer término aquellos géneros literarios en que la belleza está de alguna manera subordinada a la utilidad, tendencia en armonía con la época en que la oratoria y la didáctica tenían que cumplir una misión de propaganda.

Pero en la historia de los Estados Unidos hay dos momentos en que los literatos realizan una obra importantísima que contribuyen a la formación de una nacionalidad independiente y a la exaltación de ideas generosas que movieron a todo el mundo culto: uno de ellos fué la guerra de independencia y otro la cruzada antiesclavista, que tuvieron grandes oradores y excelentes poetas.

Poetas.—El lírico más notable de Norte América es **Longfellow** (1807-1882) hombre de gran cultura, conocedor de nuestra historia, traductor de Jorge Manrique y autor de un ensayo sobre la poesía moral y religiosa en España.

Aunque cultivó diversos géneros, en donde brilla más es en el lírico por sus condiciones imaginativas, exquisita sensibilidad, nobleza de ideas y gusto depurado y perfecto.

Alguien le acusa de falta de poder creador y de potencia imaginativa, pero todo esto queda oscurecido, en el supuesto de que sea verdad, ante el vivo sentimiento de amor a la humanidad y de generoso altruismo que late en algunas de sus composiciones y el espíritu patriótico que anima a otras.

Hay en todas ellas calor de romanticismo, pero sin que moldeara su inspiración servilmente, y aunque conoce la transformación literaria llamada naturalismo, permanece alejado de ella, temeroso de manchar sus alas en el fango de lo deforme y de lo feo, y con mucha frecuencia de lo sucio y mal oliente en que tanto se movieron los cultivadores de esa tendencia, sobre todo en Francia.

Entre sus poesías líricas citaremos *Excelsior* y el *Salmo de la vida* que se completan cantando la fecunda acción de la voluntad, y el *Arsenal de Wolwich*, expresión viva y sincera de sus aspiraciones de paz, vibrante anatema de la guerra y del espíritu de conquista e himno a la cultura y a la civilización.

Longfellow se inspira también en la Naturaleza y hace un poema bucólico, *Evangelina*, idilio delicadísimo, pero con carácter moderno, en el que al cantar las bellezas de Acadia (Nueva Escocia) retrata la dura y feroz conquista de los ingleses.

Animado por sus éxitos y arrullado por el aplauso de sus paisanos tuvo también una idea patriótica y publicó *Hiawatha*, especie de poema épico, mezcla de leyendas históricas y de tradiciones religiosas dedicadas a enaltecer los orígenes americanos.

Entre los líricos merecen también citarse **Guillermo Cuyen Bryan** (1794-1878) que se inspira en la naturaleza, que canta con dulce sentimiento, que se refleja también en su *Himno a la muerte* escrito con profundidad filosófica.

Igualmente hay que citar a **Lowell (Jacobo Russel)** (1819-1889), hombre de gran cultura, y de espíritu crítico que se traduce en composiciones satíricas y que como lírico se distingue por la brillantez de sus imágenes.

La novela.—En este género sobresale **Fenimore Cooper** (1789-1859), el primero en orden cronológico y quizás el más popular de todos los novelistas. Sus

aptitudes artísticas encontraron marco adecuado en la vida marítima, en la observación de la Naturaleza y de las razas primitivas de Norteamérica que narra con viveza y colorido siendo las más famosas *El espía*, *El piloto*, *El último de los mohicanos*, y *Los dos almirantes*.

Edgardo Poe.—(1811-1849), es un literato formidable, de originalidad tan potente y de fuerza expresiva tan enérgica, que ha influido en las direcciones literarias modernas lo mismo en Francia que en Alemania, que en Bélgica.

Su imaginación calenturienta y desbordada dió realidad a sensaciones de fuerza trágica, a veces con finalidad ética como en *El corazón delator* y en alguna otra obra, en que pinta la fuerza permanente de la conciencia y el poder del remordimiento.

Narraciones extraordinarias, es el título genérico de sus obras narrativas y, en efecto lo son, pues conducen al lector a las regiones más inverosímiles; en esto se asemeja al cuentista alemán Hoffman, con quien tiene gran semejanza en su procedimiento artístico.

Como poeta, su obra más importante es *El cuervo*, en la que encuentra la crítica actual la iniciación de la moderna dirección poética, así como la novela científica de Julio Verne se inició en las tituladas *El escarabajo de oro* y *Hans Pfaal*, del autor que examinamos.

Mayne Reid.—(1818-1883) aunque nacido en Irlanda, hay que considerarle como norteamericano, pues vivió mucho tiempo en los Estados Unidos y sus obras pudiéramos decir que son la historia novelesca de sus aventuras de cazador y viajero, en las cuales observa las costumbres de los pueblos indígenas.

Muy leídas en todas partes, las más famosas son: *Los pueblos salvajes*, *En la selva*, *Los jóvenes esclavos*,

Los naufragos de Borneo y *La montaña perdida*.

En la obra de propaganda en favor de la liberación de los negros de Norteamérica ocupa lugar preferente la novelista **Enriqueta Beecker Stowe** (1814-1872) con su famosa obra *La choza de Tomás*, formidable acusación de la esclavitud cuyos horrores pinta con vivos colores, tomándolos de la realidad y sin que la imaginación tuviera nada que añadir para hacerlos más odiosos. El sentimiento de justicia y de indignación que surge de la lectura de esta obra explica su enorme influencia en favor del movimiento antiesclavista.

Algunos otros novelistas pudiéramos citar, pero a estos que son los más notables solo añadiremos el nombre de **Marcos Twain** (1835-1910), pseudónimo de *Samuel Langhorne Clemens*, humorista de original pensamiento que en sus cuentos y novelas demuestra gran abundancia de ideas y mordaz e irónico estilo. Sus obras más conocidas son: *Aventuras de Hund*, *Cuentos escogidos*, *El diario de Eva* y *El prometido de Aurelia*.

Historiadores.—En este aspecto de la didáctica, hay algunos autores de especial interés para nosotros los españoles. Citaremos en primer término a **Washington Irving** (1783-1859), que publica en estilo sencillo, de fácil y agradable lectura la *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colón*, y *Viajes y descubrimientos de los compañeros de Colón*, y la *Crónica de la conquista de Granada*.

Fué además escritor de amena literatura y para nosotros tienen especial interés los *Cuentos de la Alhambra* que han alcanzado gran popularidad por el brillante estilo que desplegó en estas narraciones legendarias. Además, escritos en el palacio nazarita, en las mismas habitaciones que ocupara un día el

emperador Carlos V, nos enseñan cuál fué no hace mucho el estado en que la Alhambra se encontraba y recogiendo sus leyendas, han sabido despertar inquietudes de curiosidad en todas partes.

Guillermo Prescott (1796-1859) es un caso de decidida vocación por los estudios históricos, y resultado de su labor son dos obras de especial interés para nosotros, escritas bajo la impresión de las hazañas de los españoles en América, *Historia de la conquista de Méjico* e *Historia de la conquista del Perú*, en las que el interés épico se acrecienta por la brillantez del estilo.

En otro aspecto de la historia hay que citar a **Jorge Ticknor** (1791-1871), que en sus viajes por la Europa culta desarrolló especial amor y cariño por España, a la que estudió directamente en sus obras literarias y publicando como fruto de esta investigación su *Historia de la Literatura española*, primeramente en inglés y que se tradujo enseguida a otras lenguas y a la castellana por D. Pascual Gayangos.

La obra de Ticknor es la primera de alguna importancia que acerca de nuestra literatura se publicó dentro y fuera de España, y aun hoy se estudia con fruto en muchas cuestiones, a pesar de que tiene lagunas de importancia.

También hay que citar entre los historiadores a **Jorge Bancroft** (1800-1882), que escribió una *Historia de los Estados Unidos desde el descubrimiento de América hasta nuestros días* que tiene el mérito de haber servido de precedente a los trabajos de Guillermo Prescott de índole análoga que fueron publicados unos diez años más tarde. Además, Bancroft era un entusiasta de la filosofía alemana, la cual conocía perfectamente, y este aspecto de la didáctica es el que inspira el pensamiento de sus obras.

Influído por los historiadores alemanes, en lo que éstos tienen de amantes del estudio detallado y minucioso, aparece **Huberto Howe Bancroft** (n. 1832), que con gran espíritu investigador y atendiendo más que a la elegancia de la forma a la posesión del documento histórico publicó una obra *Sobre las razas indígenas de los Estados del Pacífico*.

Especial importancia para los españoles tiene el arqueólogo e historiador **Charles F. Lummis** (n. 1856), que ha reivindicado gallardamente nuestra acción colonial en América en su libro *Los exploradores españoles del siglo XVI*.

Oratoria.—En este género abundan los autores que dedican sus esfuerzos a conseguir la independencia de Norte América, pero el nombre que culmina entre todos es el de **Benjamín Francklin** (1706-1790), ejemplo admirable de constancia, voluntad y fe, nunca entibiada ni por el halago ni por los peligros en los destinos de su patria. Su admirable labor científica se armoniza perfectamente con su obra como orador, y su vida se encierra en aquella famosa frase de Turgot *Eripuit cælo fulmen sceptrumque tyrannum*.

Entre los oradores norteamericanos que dirigieron su palabra a la realización de la generosa idea de abolir la esclavitud figura **Guillermo Channing** (1780-1842), que fué, en este aspecto, entusiasta colaborador de *Lincoln*. Los discursos de Channing fueron de gran eficacia, más aún que por la acción de su elocuencia, por la fuerza que sus palabras adquirían ante el impulso de las ideas de paz y fraternidad humanas que constantemente le inspiraban.

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Preliminares.	3
PRIMERA PARTE. EDAD ANTIGUA	
<i>Capítulo I. Literaturas orientales.</i>	10
El pueblo egipcio y la escritura	10
El pueblo indio	11
Literatura hebrea	14
<i>Capítulo II. Literaturas clásicas. I. Literatura griega.</i>	17
Época de formación	18
Época clásica	25
Época decadente	39
<i>Capítulo III. Literaturas clásicas. II. Literatura latina.</i>	44
Época de formación	46
Época clásica	50
Época decadente	60
Escritores latino cristianos	67
SEGUNDA PARTE. EDAD MEDIA	
<i>Capítulo IV. La literatura latina en los pueblos cristianos (1).</i>	71
Los mozárabes	76
<i>Capítulo V. Literaturas orientales en la Edad Media.</i>	77
Literatura persa	77
Literatura árabe	78
Literatura árabe en España.	79
Literatura judaica	82
La poesía hebrea en España	83
<i>Capítulo VI. Evolución y descendencia del latín.</i>	86
La lengua española	88
<i>Capítulo VII. Formación de las literaturas nacionales.</i>	95

(1) ADVERTENCIA IMPORTANTE. — Sustituyase en el texto la palabra **ORIENTALES** que aparece en el título, por la de **CRISTIANOS** que se pone en el Índice.

	Páginas
Los cantos épicos	95
La épica en Castilla	99
Las primeras manifestaciones dramáticas	102
El mister de clerecía.	103
<i>Capítulo VIII. La poesía lírica en la Edad Media</i>	107
Sus manifestaciones en Europa	107
Literatura catalana en la Edad Media	110
Extensión de la lírica en la Península	113
<i>Capítulo IX. La literatura italiana en la Edad Media</i>	114
Literatura inglesa en la Edad Media.	117
<i>Capítulo X. Época de Alfonso X</i>	118
<i>Capítulo XI. Transformación de la épica</i>	124
<i>Capítulo XII. La poesía castellana en el siglo XV</i>	128
Reinado de D. Juan II	128
Alfonso V de Aragón en Nápoles.	133
Reinado de Enrique IV	134
La literatura en la época de los Reyes Católicos	140
El romance	143
Los libros de caballerías.	152

TERCERA PARTE. EDAD MODERNA

<i>Capítulo XIII. El Renacimiento en Italia y España</i>	156
<i>Capítulo XIV. Direcciones de la lírica española</i>	167
Escuela salmantina.	168
Escuela sevillana	170
La poesía culterana	174
Poetas aragoneses, castellanos y valencianos	181
Poetas granadinos y antequeranos.	184
La escuela sevillana en el siglo XVII	185
<i>Capítulo XV. El conceptismo</i>	188
<i>Capítulo XVI. La épica, la novela y el teatro anterior a Lope de Vega</i>	196
La poesía épica erudita en España y Portugal.	196
Tentativas dramáticas en España	202
Desarrollo de la novela	206
<i>Capítulo XVII. Cervantes y su obra.</i>	212
<i>Capítulo XVIII. Apogeo del teatro español</i>	222
<i>Capítulo XIX. Los místicos españoles</i>	238

	Páginas
<i>Capítulo XX. La didáctica española en los siglos XVI y XVII.</i>	245
La historia en esta época	245
Filósofos, moralistas y políticos	250
Los humanistas.	253
<i>Capítulo XXI. El Renacimiento en Francia, Inglaterra y Alemania</i>	256
<i>Capítulo XXII. El siglo XVIII en Inglaterra, Francia e Italia</i>	269
<i>Capítulo XXIII. El siglo XVIII en España</i>	278
Evolución literaria al final del siglo XVIII	287
<i>Capítulo XXIV. El siglo XVIII en Alemania.</i>	296

CUARTA PARTE. EDAD CONTEMPORANEA

<i>Capítulo XXV. Las literaturas alemana e inglesa en el siglo XIX</i>	301
<i>Capítulo XXVI. Las literaturas italiana, francesa y portuguesa en el siglo XIX</i>	310
<i>Capítulo XXVII. La literatura española en el siglo XIX.</i>	331
El romanticismo	331
Literatura post-romántica	343
<i>Capítulo XXVIII. Literaturas regionales</i>	385
Literatura provenzal	385
Literatura catalana.	386
Literatura gallega	388
<i>Capítulo XXIX. Literaturas del Norte de Europa</i>	390
Dinamarca	390
Noruega.	391
Suecia	393
Países eslavos	393
<i>Capítulo XXX. Literaturas americanas</i>	396
Escritores Sud americanos	396
Literatura norteamericana	401